

NO MIENTAS

A man in a dark suit is running away from the viewer down a city street. The sun is low on the horizon, creating a bright, hazy glow that fills the street and casts long shadows. Several cars are parked or moving in the background, and buildings line both sides of the street. The overall mood is one of urgency and suspense.

«UN THRILLER SENCILLAMENTE BRILLANTE.»
ANNE RICE

GREGG HURWITZ



NO MIENTAS

Greg Hurwitz

Traducción de Paula Vicens



Título original: Tell No Lies

Traducción: Paula Vicens

1.ª edición: febrero, 2016

© 2013 by Gregg Hurwitz

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009

Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-328-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la

distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

Agradecimientos

Para el doctor Bret Nelson, quien, como futuro médico de Urgencias, tuvo la desgracia de compartir habitación con un aspirante a escritor de novelas de misterio.

Por veinte años de amistad.

Por permitirme abarrotar su sala de espera de heridas ficticias, libro tras libro, guion tras guion.

Y por servir de guía a mis personajes en incontables enfermedades, fracturas, contusiones,

apuñalamientos, heridas de
bala, patologías,
intervenciones quirúrgicas y
neumotórax.

Le damos las gracias.

Los hombres no se atribulan por las cosas sino por su modo de entenderlas.

E

Daniel llevaba cinco minutos, desde que las falsas campanas de iglesia de su despertador habían repicado, disfrutando de las sábanas nuevas, que de tan gruesas parecían mantequilla caliente. Hizo un esfuerzo a fin de despertar del todo y se puso de lado para contemplar a su mujer, Cristina, que dormía tendida boca arriba, con los oscuros bucles sobre la cara, un brazo abierto y el otro doblado por encima de la cabeza como la Venus en su baño de Corot,

de piel morena y suave, con las pestañas arqueadas y aquella boca grande siempre dispuesta a sonreír o a soltar alguna ocurrencia; llevaba desabrochada hasta el canalillo la camisa del pijama, lo que dejaba al descubierto los tres puntos azules tatuados en el esternón: las marcas de alineación de la radioterapia, que por fin empezaban a difuminarse.

Esa mañana, por alguna razón, la familiar imagen de aquellos tres puntos lo pilló desprevenido. La emoción se reflejó en su cara. Cristina solía decir que se los quitaría con láser, puesto que hacía

ya cinco años que carecían de propósito, pero con el tiempo les había cogido cariño. Eran su pintura de guerra.

De repente recordó cómo se levantaba sin aliento, en plena noche, con el corazón desbocado, incapaz de respirar. Recordó las náuseas que la obligaban a estar en el sofá durante horas, el modo en que se encogía su atlético cuerpo. La cita con el médico, siempre para al cabo de una semana, que había que reprogramar por una u otra razón. Y luego el incidente en la recaudación de fondos, a Cristina en un baño de azulejos pálidos,

tosiendo hasta mancharse de sangre el vestido blanco. Su maltrecha elegancia recordaba una paloma abatida a perdigonadas.

La había limpiado con las manos temblorosas mientras ella permanecía de rodillas, inclinada sobre el lavabo, a punto de desmayarse. «Ya tenemos una edad en que cuando alguien enferma no es necesariamente de la gripe», le había dicho.

Hasta entonces su relación había ido viento en popa.

Habían encajado con una inmediata intimidad, riendo de lo que había que reír y serios para lo

demás. Habían coincidido delante de un cuadro del Museo de Arte Moderno de San Francisco, admirando ambos la misma obra. Ella había entablado conversación y Daniel le había mencionado que a su madre le encantaba Lautrec y que a él, ya desde muy pequeño, le atraían los colores vivos y atrevidos de las bailarinas. Estaba hablando de la deuda del francés con las xilografías japonesas cuando Cris se mordió el labio inferior, pensativa, y ladeó la cabeza para abarcar con la mirada la hilera de cuadros de la pared. «Ya ves lo excluido que se sentía», dijo, y Daniel se quedó

anonadado de admiración. ¿Era aquello amor a primera... conversación? ¿Quién lo sabía? Sin embargo, después de las copas de después de la cena de después del paseo de después de su espontáneo almuerzo en la cafetería del museo, Daniel sabía una cosa: que ella era la primera buena razón que había tenido para querer vivir eternamente.

Y ahora, al cabo de cinco años, sus sentimientos seguían siendo los mismos. Estaba a punto de cumplir los cuarenta y todavía se ruborizaba como un colegial viéndola envolverse el pelo mojado en una

toalla o picar cilantro cantando bajito o metiendo el pie en los pantis enrollados.

Le posó una mano con suavidad en el pecho, encima de los tres puntos, y notó los latidos de su corazón. Ahí estaban: uno, y otro, y otro más.

Ella se movió y abrió los párpados, revelando las pupilas castañas. Le sonrió y luego miró hacia abajo, dándose cuenta de que él tenía la mano en su pecho. Frunció el ceño, desconcertada.

—¿Qué notas? —le preguntó.

—Gratitud —repuso.

Daniel corrió por las empinadas cuestas de Pacific Heights con el mismo ímpetu que cuando las encaraba si trataba de ganar peso en su época de luchador del instituto, solo que ahora con las quejas de un cuerpo de treinta y nueve años haciendo las veces de mediador en lo que al ritmo se refería.

Alguien le había comentado en una ocasión que cuando te cansas de pasear por San Francisco, siempre puedes apoyarte en San Francisco. En aquel momento le apetecía apoyarse. En lugar de hacerlo, anduvo a zancadas por

Vallejo hasta Presidio y subió corriendo los majestuosos Lyon Street Steps, flanqueado de arriates primorosamente cuidados a la sombra de árboles altísimos. Pasó junto a un grupito de adolescentes que, después de pasar la noche en vela, fumaban cigarrillos y practicaban muecas, y junto a unos cuantos madrugadores a los que reconoció: bolsistas y empleados de banca de inversión que salían a sudar un poco antes de que abriera la Bolsa.

Delante de él, un joven con las pantorrillas duras como piedras y los músculos dorsales muy

marcados subía los escalones de dos en dos y a la carrera. Daniel se desafió a alcanzarlo. Veía borroso y le dolían los músculos en su persecución, hasta que no fue ya esparcimiento sino algo más. Se apoderó de él la ancestral necesidad de ser más rápido, más fuerte, mejor.

Adelantó silbando al tipo y siguió adelante; le ardían las piernas y al respirar sentía como si le quemase la garganta. La colina era como un muro que se prolongaba más y más arriba. Sin embargo, no podía parar, no podía aminorar la marcha, ni siquiera

cuando las pisadas del hombre no fueron más que un recuerdo. No lo hacía por aquel hombre, por supuesto, ni por el desafío que se había impuesto aquel día. Lo hacía para acallar el coro de voces de su cabeza; esas voces que siempre le decían que, si alguna vez quería tener una vida que pudiera considerar propia, debía luchar para conseguirla.

De los rizos de Daniel caen gotas de sudor que motean la colchoneta a sus pies. El gimnasio está abarrotado, demasiado para

una competición de instituto, pero se trata de esa clase de instituto y de esa clase de padres. La cinta del casco se le clava en la barbilla y nota un sabor salado allí donde casi se mordió el labio durante el último derribo. Sin embargo, ha completado el movimiento y ha estado a punto de obtener la victoria por puntos. Si algo tiene a su favor es que no va a permitir que el dolor lo frene. Su desgredado contrincante, de piel muy blanca, está más desarrollado y tiene unos buenos bíceps, pero a sus doce años Daniel lucha como si le fuera la vida en ello, como si tratara de

escapar de algún lugar. Gana cinco a dos cuando queda menos de un minuto. Dan vueltas el uno alrededor del otro con cautela. El chico propina unas cachetadas en la cabeza a Daniel, pero sin ganas. Por los hombros caídos y los ojos cansados, se nota que ya da por perdido el combate. Daniel, sin embargo, no quiere ganar así. Quiere luchar hasta que suene la campana.

Quiere oír la palmada definitiva del árbitro sobre la colchoneta anunciando que tiene a su oponente vencido, demostrando que no renuncia a un desafío

llegando en punto muerto a la línea de meta.

Un silbido detiene el combate: los chicos se sueltan. Daniel se levanta de un salto para liberarse, sacudiendo el delgado cuerpo. Alguien tiene la brillante idea de amenizar el tiempo muerto poniendo a todo volumen Danger Zone, de Kenny Loggins, por unos anticuados altavoces. Mientras el otro se agacha para ajustarse las zapatillas, Daniel se vuelve para echar un vistazo a las gradas. En la parte superior de la tribuna está su madre, que desentona entre sudaderas y rostros maquillados de

madres de futbolistas, desplazando los dedos por la manga de su abrigo de pieles con un movimiento ondulatorio, muerta de ganas de fumarse un cigarrillo. Lápiz de labios intenso. El pulso le late bajo la piel fina como el papel de las sienes. Nota que la mira pero sigue con la misma expresión y él sabe que su mirada completamente fija tiene que ver con que no se conforma con ganar por puntos.

El combate no ha terminado todavía, así que dan vueltas y se abofetean; el otro chico arrastra los pies, agotado. Las zapatillas chirrían sobre la colchoneta. Daniel

percibe el olor a goma y sudor. Estudia las piernas de su contrincante, el ángulo de los pies, hasta qué punto dobla las rodillas. Se desplazan arrastrando los pies un poco más. El reloj sigue descontando los segundos y luego, justo ahí, ve su oportunidad. Arremete contra los hombros del otro, pero la suela le resbala en un invisible charco de sudor y pierde el equilibrio, cae de espaldas y su oponente, más corpulento que él, se le echa encima. Daniel se sacude y se revuelca, pero no consigue liberarse. Antes de lo que parece posible, la palma del árbitro golpea

la colchoneta junto a su cara y el combate acaba.

En los vestuarios revive el momento, solo que en esta ocasión no resbala: sujeta a su contrincante, más robusto que él, con una llave y lo derriba; la multitud ruge y ahí está su madre, en pie, aplaudiendo, con el rostro iluminado, triunfal.

Abandona el edificio con el cabello aún húmedo. El cielo sobre San Francisco, encapotado, es de color pizarra. El aire cortante le atraviesa los pantalones y el jersey ligero del uniforme escolar. Su madre lo espera, apoyada en el

coche, con los brazos cruzados para protegerse del frío y cara de contrariedad. No, de contrariedad no: de furia contenida.

—Estabas ganando el combate por puntos —le dice—. Solo tenías que dejar que se acabara el tiempo.

—Ya lo sé.

—La medalla habría sido tuya.

—Ya.

Evelyn enciende un cigarrillo con las manos enguantadas y se lo lleva a los labios rojo sangre.

—Te complicas la vida.

Daniel desvía la mirada. Al volante del coche, James es poco más que una sombra con sombrero.

Mantiene la vista fija al frente. Esto no es asunto suyo y tiene que ganarse el sueldo.

—Ya lo sé —repite Daniel.

Oscurece. Evelyn suelta una controlada bocanada de humo y abre la puerta trasera para subir al automóvil. Daniel avanza un paso, pero ella lo detiene con un gesto antes de que pueda entrar también y se vuelve hacia él.

—Los perdedores caminan —le dice.

Le cierra la puerta en las narices y el coche arranca y se aleja. Daniel se lo queda mirando hasta que lo pierde de vista. Se sopla en las

manos y emprende el largo camino a casa.

Daniel se detuvo jadeando en la cima de la Lyon Street Steps y se volvió para mirar atrás. Mucho más abajo, el otro hombre, más joven, al que había adelantado, se esforzaba subiendo a la carrera el último tramo. Daniel, que sintió húmeda de sudor la capucha de la sudadera, tardó unos segundos en recobrar el aliento. El aroma de los eucaliptos le despejaba los pulmones, le cosquilleaba en la nariz. Desde la cima, con la ciudad

a sus pies, la panorámica abarcaba el vasto bosque de Presidio hasta Sea Cliff, donde Evelyn presidía desde su finca con vistas a la ciudad.

Bajó las escaleras a buen ritmo y corrió hacia casa, esquivando los contenedores de reciclaje. Las mansiones victorianas se alternaban con las de estilo Misión y algún que otro palacete. Las espléndidas fachadas dejaban claro por qué Pacific Heights se merecía sus apodos (ya fuese el de Costa de Oro o el de Specific Whites, dependiendo de quién hiciera referencia a la zona).

El hogar de Daniel y Cristina no dejaba de ser asombroso por el hecho de estar varias manzanas más abajo que Billionaire's Row. De tamaño medio para lo que se estila en cualquier ciudad que se precie, la casa, de mediados de siglo, con tres plantas de cemento y madera oscura, tenía en la parte delantera un cuadrado de césped flanqueado por dos callejones y, en el centro del patio trasero, una zona de guijarros negros para encender hogueras.

Daniel entró, dejó las llaves sobre la mesa decorativa, junto al jardín zen en miniatura, donde unos

trazos en la arena formaban un dibujo hipnótico.

Subió la escalera hasta la primera planta. Era diáfana y, al entrar, la vista se explayaba más allá de los ventanales con marco de acero que iban del suelo al techo. Aquello todavía le cortaba el aliento. Como telón de fondo de la cocina se apreciaba un panorama en descenso por la colina hasta la bahía, con el Golden Gate adentrándose con majestuosidad en los abruptos promontorios de Marin y la isla de los Ángeles flotando en un manto de niebla. En el extremo opuesto del piso, más allá de la

pequeña zona que ellos llamaban «sala de estar», la vista abarcaba los barrios de Fillmore y Haight, así como las casas situadas más allá, que se destacaban como piezas de dominó de colores pastel formando una textura en ascenso por el único pico visible de los Twin Peaks.

La torre Sutro despuntaba por encima de todo ello, alzándose de la tierra como un gigantesco diapasón.

Subió hasta su dormitorio de la segunda planta. Con un lápiz rojo entre los dientes, Cris estaba corrigiendo una página impresa al tiempo que forcejeaba para

enfundarse unos vaqueros. Se había subido las gafas sobre la frente, y se había olvidado de ellas.

—¿Es tu página de opinión? — preguntó él.

Ella asintió, distraída, sin apartar la mirada de lo que estaba leyendo.

—Era magnífica hace dos borradores.

—Tiene que ser mejor que magnífica. Tiene que convencer a la comisión de planificación de que no vale la pena su política si desplaza a sesenta familias de pocos recursos para que sus amigos puedan construir casas de falso

estilo italiano.

El trabajo de Cristina como organizadora comunitaria para sociedades de inquilinos sin ánimo de lucro se había ido incrementando de año en año desde el agresivo aburguesamiento de la época de las puntocom. Los especuladores se habían hecho con los solares vacíos y las propiedades habitadas por okupas, repasando hasta el último rincón de la ciudad en un círculo en expansión. Los restaurantes y los bares de moda de Divisadero trepaban ya hacia Western Addition, y los promotores no paraban de apoderarse de

edificios que no estaban considerados oficialmente como proyectos pero sí protegidos con subsidios federales, incluido el complejo de sesenta apartamentos que Cris trataba de salvar.

Cristina garabateó en la hoja.

—Han sobornado al estúpido del propietario —dijo—, que está ayudando a echar a los inquilinos. No hace reparaciones, ni una sola. Hay una familia de seis miembros con el inodoro roto desde hace un mes. Tienen que usar el de los vecinos, dos drag queens de raza negra. Imagina el panorama. Hay parejas de ancianos que no tienen

adónde ir. Ayer una madre soltera vino llorando porque no puede permitirse vivir en su propio barrio. Una familia chino-filipina de cinco generaciones del segundo piso...

—¿Cinco generaciones?

—Hay una madre de una tía abuela por alguna parte.

—A lo mejor en la alacena — comentó él en tono irónico.

A Cristina se le iluminó el rostro... brevemente.

—Te estoy aburriendo —dijo.

—En absoluto —repuso él.

Cristina tachó otro párrafo.

—Cuento con dos voluntarios y un interino. Nos hemos pasado seis

meses coordinando acciones en iglesias y colegios para reunir treinta mil firmas, y todo para que algún «socio» —escupió la palabra— contribuya con doscientos de los grandes para el supervisor adecuado e incline la maldita balanza hacia el lado opuesto.

Cuando estaba furiosa su acento era más marcado. Se echó en la cama mordisqueando el capuchón del bolígrafo rojo. Como había crecido en un edificio de apartamentos parecido en el barrio de Mission, se tomaba su trabajo como algo personal.

—Los poderosos corredores de

bolsa... —añadió—. Son más importantes que nosotros.

—No digas eso.

Cristina lo miró sin inmutarse, sin rastro de autocompasión.

—Pero es cierto —dijo.

Habían cortado la calefacción la semana anterior y las paredes del apartamento conservaban ávidamente el frío de San Francisco. Hubiérase dicho que estaba puesto el aire acondicionado. Una mancha oscura con la forma de la cola de un cometa ennegrecía la placa de escayola de la campana de la chimenea, donde había ardido una hoguera y se había apagado.

El aseo no tenía puerta y carecía de techo, como una letrina carcelaria. El suelo de cemento

parecía de hielo incluso a través de las suelas de los zapatos, y más aún a través del delgado colchón que compartían todas las noches, completamente vestidos.

Si la golpeaba justo debajo de la mejilla izquierda, habían descubierto, le producía un cardenal pero no le hacía daño, en realidad. Ella esperó pacientemente, expuesta, con la cara levemente vuelta hacia un lado, aguardando. Él descargó el primer puñetazo, procurando no imprimirle demasiada fuerza. La cabeza de la mujer, que sonrió con la mirada turbia y distante, se fue hacia atrás.

Su vida, por lo visto, se había convertido en poco más que una serie de malas rachas que se sucedían sin pausa. Últimamente había trabajado de pinche, cocinando hamburguesas y cebolla. El tufo de la parrilla se le había adherido, le rezumaba por los poros, le impregnaba la ropa, llenaba la ducha cuando el agua tibia caía sobre su cabeza. A poco más de nueve dólares la hora, menos los cuarenta y nueve centavos que le retenían para la Seguridad Social, Medicare y el SDI (fuera aquello lo que fuese) le descontaban un par más. Ya casi se

habían terminado la carne enlatada, pero cobraría al día siguiente y entonces tendría cigarrillos, unos cuantos paquetes de salchichas, gasolina para el depósito y cinco o seis litros de leche. Si las cosas salían demasiado mal, podía echar mano de las reservas, aunque ese dinero lo guardaba para el Propósito, y el Propósito lo era todo. Por lo tanto, habían cumplido la promesa de abstenerse, aunque a veces pasaran el día entero sin llevarse nada a la boca. Esa mañana había encontrado en la acera una colilla todavía encendida y se había

refugiado bajo la marquesina del autobús para fumársela, observando a los peatones que pasaban con los pies bien calzados.

Ella temblaba en la penumbra, con los delgados brazos a los costados. Detrás de ella, esparcidos por el suelo, estaban sus planes ocultos: mapas con círculos rojos, horarios deducidos durante meses de vigilancia, archivos confidenciales meticulosamente reunidos...

—¿Lista? —le preguntó él.

—Ahora en la boca —repuso ella

—. Vamos, cariño.

Él le dio una palmada en la nuca

antes de golpearla. Fue un golpe con los nudillos, lo bastante fuerte para partirle el labio. Su sonrisa relució oscuramente, llenando de rojo los espacios, enmarcando la dentadura inferior. Ella se lamió los labios; su mirada irradiaba un dolor profundo, casi sexual.

—Más —dijo—. Dame más.

Otra vez.

Eso era lo verdaderamente dulce: el sacrificio. La distancia que estaban dispuestos a recorrer.

La pena se había adueñado de ella, entrando en tromba con el dolor. Lágrimas relucientes, una pluma de sangre en su mejilla, los

hombros temblorosos.

Sábanas de niebla se revolvían en la ventana, fantasmagóricos atuendos que se formaban y transformaban, difuminando el resplandor de las farolas. El ronroneo de un autobús que bajaba la colina llegó hasta ellos. Otro estómago vacío, otra bestia de la ciudad que salía para alimentarse. Inspiró con un gorgoteo. Los ojos le relucían como monedas de diez centavos.

Superado por la situación, él bajó los brazos y flexionó los dedos, intentando alcanzar lo inalcanzable. Miró los mapas y las carpetas

esparcidos, las direcciones subrayadas, los nombres de las páginas impresas. Tanto trabajo, tanto planear cuidadosamente durante años... Trató de sacar fuerzas de todo aquello, de permitir que lo impulsara a actuar.

Ella lo agarró por la nuca y apoyó la frente en la suya. Sus sollozos cálidos se fundieron con los de él.

—Te quiero, cariño —dijo la mujer—. Y la quiero a ella.

Él asintió y se secó las mejillas con el raído puño del jersey.

—Yo también —logró responder. Ella se llevó un dedo a los labios

para tocar la sangre.

—Entonces, hazme sufrir. Haz que lo sienta. —Se apartó un poco y alzó la cabeza, preparándose para el dolor.

Sin dejar de llorar, él echó el puño hacia atrás.

polvorientos y viviendas ruinosas.

El autobús 22 de Fillmore, conocido por todos como «el 22 a la Vida», pasó rugiendo, dirigiéndose todavía más al sur de la zona de alto riesgo.

El lugar de trabajo de Daniel se alzaba amenazador por encima de su cabeza. Metro Sur, un colosal mausoleo de mediados de los setenta, era tan frío y funcional como un manicomio o un ministerio soviético. Una puerta subterránea se abrió de golpe y Daniel entró en la mazmorra del aparcamiento. Con muros de cemento que rezumaban agua y fluorescentes que

parpadeaban en el techo, no le faltaba de nada.

Daniel estacionó donde siempre y tomó el ascensor, que olía a algún producto de limpieza industrial. Mientras subía, rogó que no se atascara de nuevo.

El edificio de cinco pisos albergaba Libertad Condicional, Libertad Bajo Palabra y varios servicios sociales por el estilo. Durante el último año habían trasladado a cerca de la mitad de los trabajadores al norte a las nuevas oficinas, de modo que en Metro Sur reinaba una atmósfera de edificio condenado al derribo:

pasillos desiertos, tuberías que protestaban, suelos a los que les faltaban baldosas...

Los únicos departamentos que quedaban eran los abandonados a propósito, como el de Daniel.

Tenía un trabajo que muy pocos hubieran querido; un trabajo que ponía a prueba su paciencia, su valor y, de vez en cuando, su cordura. Pero ahí estaba él. Nadie podía decir que no le encantaran los retos.

El ascensor vibraba colgado de los cables. Qué distinto de su vida anterior en la oficina de un ático gestionando la cartera de valores

de la familia. Recordaba claramente la respuesta de Evelyn cuando le había dicho que estaba cambiando el rumbo de su carrera... hacia ese en particular.

—No es propio de ti. Tienes el mundo a tus pies y tropiezas con él. —Se vuelve, hunde la nariz en el gimlet—. Un loquero. —Suelta un bufido—. ¡Oh, qué lujo! Bueno, supongo que yo te apporto un montón de material.

Él observa su expresión irónica; a los treinta y cinco, ha aprendido a controlar sus reacciones ante ella.

Al menos aparentemente. No es que eso la frene en absoluto.

—¿Qué te he hecho yo para que tengas que hacer siempre lo contrario de lo sensato? —le pregunta—. ¿No podrías por una sola vez elegir el camino fácil?

—Lo fácil está sobrevalorado.

Ella sonríe sin ganas y aparta de  el la mirada para centrarla en algo m as agradable. La ventana de su sala de estar da a los acantilados curvos que bordean Baker Beach. A lo lejos, un aladeltista despega y planea colgado de un ala irisada: un punto contra la picada extensión del Pacífico.

—Todos hemos tenido alguna afición —dice Evelyn—. Cuando bailaba para Balanchine siendo joven, nunca perdí de vista mis auténticas responsabilidades. Y ahora que tu padre no está y tú eres el último... —Calla y toma un sorbo, como si necesitara calmar los nervios, aunque nunca necesita tranquilizarse—. Esto es por ella, ¿verdad? Por la enfermedad.

—Sí, pero para bien —dice él—. Esto es lo que quiero. He tenido suerte. He ganado mucho dinero...

—Con el trabajo que «yo» te he dado. —La mofa no es propia de Evelyn, a quien se le nota que se

arrepiente de inmediato de sus palabras. Sus insultos suelen ser menos triviales, suelen estar mejor urdidos. Se vuelve hacia la ventana, con el cabello gris acero recogido en un moño—. Estás hecho para este trabajo. A esto nos dedicamos. Esta familia ha capeado el Gran Terremoto, dos guerras mundiales, el Lunes Negro, el Viernes Negro... ¡Maldita sea, Todos los Días Negros de la Semana! Y ahora quieres..., ¿qué? ¿Dejarlo? ¿Abrirte camino por ti mismo en la vida? —Esto último, con sorna.

—Sí.

Evelyn se vuelve hacia él. Su

figura, enmarcada por el cristal doble, sigue siendo llamativa.

—Nunca lo harás.

—¿Por qué?

Evelyn posa los labios en el borde de la copa de cóctel como si fuera a morderla.

—Porque yo no pude —dice.

Sale. Está llegando al coche cuando oye a su espalda pasos en el pavimento del camino circular; James es demasiado educado para gritar. Antes de que le diga nada, Daniel asiente, suspira profundamente y regresa a la casa.

Ha habido un cambio de escenario. Evelyn está sentada en

el diván de terciopelo del solárium, hojeando una revista.

—¿Sabes, Daniel? He estado pensando que a lo mejor es conveniente. Todo eso de ayudar a los demás... Tú y Constanza...

—Cristina.

—... Os habéis llenado tanto la boca con las buenas obras y la caridad —prosigue Evelyn— que eso me ha hecho pensar en mi propio bendito destino en la vida. Una larga contemplación en el espejo y todo eso... —Esboza una sonrisa falsa—. De hecho, me habéis inspirado para que legue mi herencia, toda mi herencia, al arte.

A un museo. Tal vez al teatro de la ópera. ¿No lo aprobaríais? —añade, y ahora su sonrisa es sincera.

«Esto sí que es un ataque digno de Evelyn», piensa Daniel. Se le seca la boca y nota la conocida furia bulléndole en las venas, pero parpadea y la mira. Experimenta un momento de prístina claridad, como si le hubieran cambiado el filtro del objetivo de la cámara. La ve como si fuera simplemente una anciana más de setenta y seis años sentada a su lado en una partida o bajándose del autocar del Medio Oeste; como una mujer malhumorada e infantil llena de

defectos y cicatrices que quiere recoger sus juguetes y volver a casa. Suelta el aire y nota que la presión del pecho cede, por lo menos un poco.

—Sí, mamá —dice—. Es una idea magnífica.

El ascensor se detuvo en el vestíbulo con una sacudida. Daniel dejó las llaves en una bandeja de plástico y pasó por el arco detector de metales. Tomó otro ascensor hasta el segundo piso y salió al pasillo. Durante tres años había caminado por aquellos pasillos y

tomado aquel ascensor. Al cabo de pocos meses se mudaría. Se mentalizó y se encaminó a la sala de reuniones, sorprendido de lo mucho que iba a echar de menos todo aquello.

Ya oía al grupo reuniéndose tras la esquina del pasillo. Una risotada. Una palabrota. La amenaza de violencia abriéndose paso como el sonido de un timbal por debajo de los murmullos.

Notó la adrenalina, la fuerza del pulso en la sangre. Inspiró profundamente. Hizo acopio de valor.

«Vamos allá.»

—¿Cómo demonios va a ayudarme alguien como usted? —dijo A-Dre, echándole un vistazo a Daniel.

Anton Andre Powell respondía al apodo de A-Dre solo si respondía, lo que no era frecuente.

Había permanecido taciturno durante la reunión de acogida de la semana anterior, pero su alto C. I. y su emotividad habían convencido a Daniel de apostar por él para integrarlo en el grupo. Ahora, A-Dre estaba sentado desmañadamente

en la silla ante los demás, con una camiseta de tirantes desteñida y los brazos cruzados. Tenía la oscura piel cubierta de tatuajes: llamas en los antebrazos, «LaRonda» escrito en letra gótica en un lado del cuello, una telaraña carcelaria en el codo. La cicatriz de una quemadura del diámetro de una pelota de softball le desfiguraba el bíceps izquierdo, con la piel brillante y rizada en los bordes como una chapa de botella.

—Todavía no estoy seguro — dijo Daniel—. ¿Te quedas y lo averiguas?

—¿Qué remedio me queda? —

repuso A-Dre con tono de desdén.

—Siempre hay alternativas.

A-Dre sorbió entre dientes, mirando a los otros cinco miembros del grupo. Los tres hombres, como el propio A-Dre, eran altos y corpulentos. Estaban repantigados en la silla, con las manos en la nuca y despatarrados, ocupando la mayor cantidad de espacio posible, en actitud prepotente.

Daniel sentaba al grupo en círculo, sin mesa en el centro, para poder observar el lenguaje corporal de cada miembro. X ocupaba mucho espacio, como los hombres, mientras que Lil se abrazaba el

vientre, cruzaba las piernas y se inclinaba hacia delante en una postura que declaraba a las claras «yo no estoy aquí».

La espaciosa habitación tenía pinta de fábrica; a pesar de las sillas amontonadas y de las mesas pegadas a las paredes, quedaba mucho suelo libre alrededor del grupo.

Varios ventanales que solo podían abrirse unos pocos centímetros dominaban la pared norte. El escaso aire fresco que conseguía entrar dispersaba en parte el olor de cemento húmedo y cera de suelos.

A-Dre echó un vistazo a la anticuada pizarra y a las tres palabras que había escritas en ella: «Razón y rehabilitación.»

—¿Qué va usted a enseñarme sobre alternativas? —dijo.

—Nada que no quieras aprender —repuso Daniel.

A-Dre sopesó la respuesta sin cambiar de expresión, desdeñoso. Aparentaba más de los veinticuatro años que tenía. Se había mantenido apartado de los demás mientras entraban arrastrando los pies, ignorándolos mientras bromeaban acerca de antiguos miembros que habían terminado la terapia de

grupo y habían seguido adelante. El hábito de los Buenos Viejos Tiempos resurgía siempre que alguien nuevo se les unía. Era la manera que tenían los miembros consolidados de hacer piña frente a una alteración.

Daniel había colocado a A-Dre dando la espalda a la puerta, la posición en la que menos querría estar un chico duro y mandón. Mantenerlo fuera del centro, quiebra su estrategia habitual, cambia su perspectiva. El chico, desde luego, se había ganado su lugar en el sistema. Hacía unos años lo habían encarcelado por posesión con

agravantes y el agente responsable del arresto le había encontrado en los bolsillos un arma sin registrar y el esbozo de un plan para ayudar a su hermano mayor a escapar de prisión. De modo que al final él y su hermano se reencontraron.

—¿Por qué no os vais presentado a A-Dre, le explicáis por qué estáis aquí, lo que esperáis obtener del grupo y le dais quizás algún consejo? —dijo Daniel dirigiéndose a los presentes.

Se produjo la predecible demora en la respuesta. Parpadeos. Alguien tosió. Daniel dejó que el silencio dictara el siguiente movimiento.

—Empiezo yo —dijo por fin Big Mac, apoyando una bota en la gruesa rodilla. Con una mano hacía rechinar un grip de fortalecimiento y se le marcaban los nudillos—. Tengo mujer y dos hijos de los que ocuparme y tuve problemas económicos, problemas para conservar mi trabajo... aunque ahora tengo un buen empleo como basurero.

X lo miró boquiabierta. «Basurero.» Sin embargo, Big Mac no se dio cuenta.

—Un buen curro, menos cuando me pillo los putos dedos entre los contenedores. —Les enseñó el

dorso de la mano magullado—. En cualquier caso, he estado dentro por temporadas cortas; un año aquí, cuatro allá. Aun así, cuatro años cuando tienes hijos... —Negó con la cabeza—. Esa condena... Bueno, había estado alejado del trabajo una buena temporada y la situación se había puesto... fea. De modo que intenté robar un furgón blindado.

—¿Tú solo? —preguntó A-Dre, animándose por primera vez.

—Sí. No asalté el furgón. Soy estúpido, pero no tanto. Pillé al guardia del furgón en un ascensor. Me lo llevé. Pero había otros

esperando en la planta baja y la cosa pintaba mal, así que... —Se encogió de hombros—. No hubo heridos. —Se lamió los labios—. Y aquí estoy. Tengo cuarenta y cinco años y no quiero volver nunca más a la cárcel. —Un par de nerviosos apretones al grip, clang, clang—. El grupo no garantiza que la vida no sea una mierda ni que vayas a tener todo lo que desees cuando lo desees. Esto es jodidamente duro. Tendrás contratiempos. Como dice el consejero, el cambio no se produce de la noche a la mañana. Algunas veces ni siquiera llega. Pero acudes. Eso haces: acudes.

Todos los ojos se posaron en Walter Fang, que se dio cuenta, con evidente disgusto, de que era el siguiente. Tenía uno de esos cuerpos trabajados en el gimnasio y estaba repantigado en la silla, con los puños raídos del jersey remangados, lo que dejaba al descubierto sus musculosos antebrazos. Mantenía el abrigo sobre el regazo, preparado para salir pitando. Cuando no miraba la puerta estaba mirando el reloj. Solía entrar en la sala despacio y salir de ella rápido. Llevaba unas zapatillas Puma de un amarillo chillón a juego con el ribete de los

pantalones del chándal. El pelo de punta, engominado a la perfección, brillaba a la cruda luz azulada como si estuviera mojado.

—Me trincaron por asalto con..., hummm..., intento de asesinato. El cabrón le disparó a mi primo. Fui por él a Portsmouth Square y le partí la mandíbula, aparte de la nariz y un brazo. Y una rodilla. Luego me pillaron. Estaba borracho, así que no me largué corriendo cuando llegaron los polis. Cuando bebo no controlo. Intento no ir al club de striptease porque me gasto la pasta y allí..., hummm..., bebo. Y si bebo, me separo del grupo, y si

pierdo al grupo, vuelvo a entrar. Así que..., hummm..., nada de clubes de striptease. Hace tres meses que a final de mes no voy al club de striptease. Me he comprado..., eh..., hummm...

Se había atascado, de modo que Daniel terminó por él la frase.

—Se ha comprado unas zapatillas nuevas.

Fang asintió y volvió a repantigarse en la silla. A-Dre se cruzó de brazos con cara de aburrimiento.

—Vale. Me llamo Xochitl. —Hizo una pausa—. Se pronuncia Sochi, pero todos me llaman X. Esta es mi

silla. No te sientes en mi puta silla. Veamos... un consejo: usa la escalera. No se rompe dos veces por semana. —Rio enseñando una reluciente y blanca dentadura. Con aquella larga melena morena ondulada sujeta con dos finas trenzas en la frente, podría haber sido guapa de no haberse esforzado tanto por parecer dura—. Me estoy sacando la secundaria. El consejero aquí presente me apuntó a un programa. —Dio unos golpecitos a la carpeta que tenía en el regazo, cuya portada estaba cubierta de imágenes de guerreras enjoyadas y reinas de los elfos—. Solo tengo

diecinueve años, así que, pensándolo bien, no voy tan retrasada. Voy a ser humorista y a tener mi propio reality show en la tele, Mojándose con X, con jacuzzis y...

—X... —la interrumpió Daniel.

—Vale, vale. También tuve una asquerosa infancia de mierda. A los cinco años llevaba droga escondida entre la ropa interior. Tenía una madre enferma de la que ocuparme, de modo que a los diez ya traficaba. Se murió y entonces me escapé de casa y me uní a una banda.

—En la que hiciste... —apuntó

Daniel.

—Las cagadas propias de las bandas —dijo X, y una sonrisa juvenil le iluminó el rostro.

Big Mac hizo un gesto hacia A-Dre.

—Dile a ese de qué te acusaron.

X miró amenazadora a todos los presentes.

—Me detuvieron por violación. Nos tiramos a las nuevas integrantes de la banda, con un palo. Cinco de nosotras. Una para sujetar las piernas, otra para... ¿sabes? Así lo hicimos. Como he dicho, éramos cinco, pero yo fui la cabeza de turco.

Al otro lado del círculo, Lil compuso una expresión de asco.

A-Dre apenas se había molestado en establecer contacto visual con nadie. Irritado, echó un vistazo hacia la puerta por encima del hombro.

—Vale. ¿Martin? —dijo Daniel.

Martin se rebulló en la silla. Sus anchos hombros se agitaron como los flancos de un oso. Llevaba unas gafas negras a lo J. J. Abrams y tendía a usar camisas de franela: ese día la llevaba de cuadros negros y verde aceituna.

Se había puesto un cigarrillo detrás de la oreja izquierda.

—Mi reina se moría —dijo—. Cáncer de piel. La perforó y... se la comió literalmente. Al final la tenía... —Con la mano hizo un gesto abarcando la cara y el cuello—. A trozos. Los tratamientos eran carísimos y nos dejaron secos. Al cáncer no le importó que nos quedáramos en la ruina, así que robé en un par de gasolineras. Unas cuantas cajas registradoras, cosa de entrar y salir. —Con un cierto orgullo, añadió—: Tardaron un mes en pillarme. —Hablaban con un leve acento urbano, lo bastante indeterminado para que resultara imposible atribuirlo a un grupo

étnico en concreto—. Solo me cayeron seis años. No había hecho daño a nadie, así que a los tres me soltaron por buena conducta. Tenía casi cuarenta cuando salí sin nada por lo que mereciera la pena estar en la calle. Mi reina había muerto mientras estaba dentro. Era la persona más pura que he conocido. —Inclinó la cabeza. El oscuro cuero cabelludo le brillaba entre el pelo rapado. Tenía retoques de Magic Marker en los gastados zapatos—. Lo mejor del grupo es que no puedes estafar a un estafador. Sabemos que somos unos cabrones y podemos aprender de los errores

de los demás.

Lil soltó una risita nerviosa.

—Creo que me toca. Es mi turno. —Hurtó la mirada mordiéndose el labio inferior y, al igual que siempre, se arregló la ropa como si se sintiese profundamente incómoda—. Era una especie de vigilante de mi marido, que era ladrón de bancos. Está en... bueno, está en la cárcel. Los robos siempre los planeaba él, no yo.

—Pronto te darás cuenta de que ningún error ha sido suyo jamás — le comentó X a A-Dre.

Daniel miró a Lil para ver si se

defendía, pero ella se limitó a dedicarle a A-Dre una leve sonrisa y a tironear de sus greñas castañas, dejando sin querer al descubierto por un breve instante la mejilla quemada.

—Yo... nunca había vivido sola, en realidad..., hasta ahora. Él era lo único que conocía, así que, si decía salta yo decía cuánto, y si él decía aparca ahí y ponte una máscara, yo preguntaba si del Zorro o de Batman. —Otra risita nerviosa—. Daniel me ha estado ayudando a entender cómo debería plantearme todo eso, supongo. Tengo que recordar que lo que pretendo no es

la perfección sino progresar, porque a veces el progreso es..., bueno, lento.

Se produjo un incómodo silencio que, por supuesto, X rompió.

—Vamos, consejero —dijo—. Ahora dele a él la palabra.

En terapia de grupo, las normas eran fundamentales. En una terapia de grupo para delincuentes, las normas eran cosa de vida o muerte.

Daniel se volvió hacia A-Dre.

—Sin violencia ni amenazas de violencia —dijo—. Nos reunimos dos horas todos los lunes, miércoles y viernes. Tienes que ser puntual y llegar sobrio. Estarás aquí seis

meses y no puedes saltarte una sola sesión si no es presentando un justificante médico. Si llegas tarde, se te anotará una falta. Si se te pide que te marches o decides marcharte dos veces, se te anotará una falta.

—¿No puedo faltar a una sola puta sesión? —preguntó A-Dre.

—Ni a una sola puta sesión —respondió Daniel—. Seguir la rutina importa tanto como aquello de lo que hablamos aquí. Aprender a asistir, a ser responsable, de fiar. Además, por ningún concepto puedes revelar la identidad de los otros miembros del grupo. Nada

sale de esta habitación. Aquí la confidencialidad es absoluta.

A-Dre sonrió con expresión de suficiencia.

—Excepto para usted —masculló—. Como si no fuera a contarle a mi agente de la condicional hasta la última palabra que diga...

—Mi trabajo no consiste en pillarte ni en meterte en un lío con tu agente de la condicional —dijo Daniel—. Si no eres una amenaza para ti mismo o para los demás, nada sale de esta sala. Si hablas de antiguos delitos por los que no has sido condenado, no nos digas el quién, el cuándo, el dónde ni el

cómo. —Se volvió hacia el grupo—: ¿Queréis explicarle las normas?

—Si te tocan las pelotas, no te levantes. —Clang, clang.

—No nos gusta, ejem..., que nos pinchen con el dedo.

—No nos vemos fuera de las reuniones del grupo. Ni..., hummm..., tenemos sexo entre nosotros.

—No cojas mi puta silla.

A-Dre escuchaba en silencio, frío e inmóvil, con el torso rígido y la inexpresiva mirada fija en la pared del fondo. Daniel cogió una de sus tarjetas de visita, tachó el número del móvil que constaba en ella y

anotó el nuevo en el dorso. Ya había entregado tarjetas con tachones a los demás. Dado que su marcha era inminente, no tenía sentido hacer imprimir otras nuevas.

Le tendió la tarjeta a A-Dre.

—Este es mi móvil —dijo—. Solo en caso de emergencia. Te sugiero que la lleves siempre encima.

A-Dre miró fija y largamente, de un modo agresivo, la tarjeta que le ofrecía antes de aceptarla.

—Lo que pedimos es honestidad y responsabilidad —añadió Daniel—. Si eres honesto aquí, harás progresos. Si no lo eres no. Así de

sencillo.

—Conque honestidad, ¿eh? —A-Dre hizo una mueca de desdén—. Bien, deje que le diga yo a usted un par de verdades. Si estoy aquí es solo porque hay un mandato judicial de por medio. Este sitio apesta.

Nada que no estuviera en el programa.

—De acuerdo —dijo Daniel—. Lo he entendido. Estás aquí por obligación. Lo detestas. Sin embargo, aquí estás. Así que mejor piensa en lo que quieres hacer mientras tanto.

La intención, descartada con un

movimiento rápido de cabeza.

—¿Y si me largo?

—Ya conoces la respuesta.

Volverás ante el tribunal por incumplimiento de las condiciones y la libertad te será revocada. Te meterán otra vez en la cárcel. Pero, si no te pierdes ninguna sesión, tu expediente queda limpio y todos contentos o, al menos, fuera de prisión.

—Pues eso. Como he dicho, no tengo elección.

—La primera semana yo también estaba asustado —
intervino Martin.

—Yo no estoy asustado,

pachuco. A mí nada me asusta.

—Esa es otra norma: nada de descalificaciones —le advirtió Daniel—. Di todos los tacos que quieras, pero los insultos raciales no se toleran. ¿Entendido?

A-Dre asintió de forma apenas perceptible y dijo:

—Yo no soy como vosotros, tíos. A mí no me hace falta estar aquí.

X se enrolló un mechón de pelo alrededor del dedo.

—Error —murmuró.

—Tú ya lo sabes todo, ¿eh? —intervino Big Mac.

—Sí —repuso A-Dre—. Así es.

—¿No te queda nada por

aprender? —le preguntó Daniel.

—No.

X alzó la barbilla para indicar el tatuaje del cuello de A-Dre y dijo:

—Tu chica, LaRonda, ¿diría que eres perfecto?

A-Dre alzó el hombro izquierdo. No respondió que no. Era un progreso, aunque escaso.

Daniel esperó, le dio un respiro, esperó a que las palabras se abrieran paso hasta la superficie.

—Tenía un amigo que vino a esta mierda del consejero —dijo A-Dre—. No lo consiguió. Vuelve a estar dentro.

—Vale —dijo Daniel—. Así que...

Nada.

Daniel terminó la frase por él:

—Así que nadie puede conseguirlo.

Un ramalazo de rabia.

—Puede que no —repuso A-Dre—. Aquí sentado hablando de opciones... ¿Qué sabe usted de lo que es tener la espalda contra la pared? ¿Qué sabe de hacer lo que hace falta hacer? —añadió con furia—. Mire, lo tengo claro. Fui yo quien planeó la fuga de mi hermano de la penitenciaría. Pero, soltemos la mierda que soltemos aquí... al cabo del día para la gente como usted seguiré siendo simplemente un

delincuente.

—Yo no te considero eso —dijo Daniel.

—Ah, ¿no? —Un bufido—. ¿Qué me considera?

—Igual que todo el mundo: alguien que tomó decisiones, algunas buenas y otras pésimas.

—Bien, deje que le diga una cosa. Estar aquí con usted no va a cambiar toda la mierda. Soy quien soy porque me hicieron así. ¡No me hable de cambio! No tengo opción de cambiar. Acabé en la cárcel porque eso es lo que hace el sistema con la gente como yo. —A-Dre se cruzó de brazos y ladeó la

cabeza—. Mi única elección era entre Folsom y San Quintín. — Sorbió entre dientes de nuevo y apartó la mirada del resto.

Impenetrable. Inalcanzable.
Desconectado.

Daniel observó detenidamente a los demás. Todos mantenían la mirada baja.

Se mordió el labio inferior y miró las sillas plegables metálicas que formaban un círculo muy parecido a una lona de lucha libre. Combatientes y reglas y períodos de tiempo fijos. Sueltas, te mueves como un gato estudiando a tu oponente. La danza continúa hasta

que ves un punto débil.

Fallas, terminas con una patada en el culo, mirando al techo, con los dientes chirriándote en el cráneo. O tu oponente arremete primero y vuelve su ataque contra sí mismo, encontrando un punto para hacer palanca y desequilibrarlo por completo, bloqueándole una articulación, dejándolo a merced de su propio impulso.

A veces apuestas por un ataque frontal, sin tregua; lo que, por supuesto, entraña más riesgos... pero compensa más.

Daniel se notaba el pulso en la carótida, el bombeo en la frágil

arteria, un recordatorio de que la apuesta podía salirle mal. «¿No podrías, aunque fuera por una vez, elegir el camino fácil?»

Se aclaró la garganta. Inclinado, con los codos en las rodillas, los hombros hacia atrás como un navajero.

—¡Idiota patético! —exclamó con tono agresivo.

A-Dre se puso rígido. Fuera lo que fuese lo que esperaba, no era aquello.

—Dejas que el mundo te desaliente, ¿eh? —dijo Daniel—. Nada es por tu culpa. Tú tienes tus marcas, tus tatuajes de tipo duro...

Los otros se incorporaron despacio en sus asientos. Habían visto a Daniel manejarse en toda clase de situaciones, pero nunca seguir ese rumbo.

A-Dre se lamió los labios.

—¿Qué coño me está diciendo, culo blanco pedazo de mierda?

Daniel sintió que se le aguzaban los sentidos y se le erizaba la piel. Una de las deslumbrantes zapatillas de Fang rechinó sobre las baldosas. El aire olía a tuberías herrumbrosas, a humo de tabaco y a la dulce podredumbre del suelo radiante en descomposición.

—Esa telaraña que llevas

tatuada en el codo, supuestamente indica que has caído presa del sistema, ¿verdad? Bah, eres demasiado ignorante para saber que solía ser un tatuaje muy común entre los supremacistas blancos.

A-Dre se levantó de un salto como si un anzuelo tirase de él. La silla cayó hacia atrás, rebotando en las baldosas. Tensó los hombros y los brazos, y se le hincharon las venas del cuello.

Daniel imploró en silencio: «No me ataques. Contrólate lo suficiente para permitirme llegar al otro lado.»

Forzó una carcajada.

—Un negro con un tatuaje de la Hermandad Aria... ¡Tiene gracia!

A-Dre arremetió contra él y, por un instante, Daniel tuvo la seguridad de que había hecho una apuesta equivocada, de que había calibrado mal a aquel hombre y que la sesión acabaría con salpicaduras de sangre por el suelo. Sin embargo, A-Dre se detuvo a un palmo de él, con un brazo en alto, martilleando el aire con el índice y el pulgar juntos por encima de la cabeza de Daniel, remarcando cada palabra.

—¡Di una sola cosa más, hijo de puta! —gritó, ciego de ira—. ¡Una

sola!

Daniel permaneció sentado, luchando contra su propio instinto. Cada fibra de su cuerpo lo empujaba a levantarse, a protegerse. Controlando el tono de voz, sin alzarla pero sin bajarla, le sostuvo la mirada con expresión hostil.

—En apenas diez segundos acabas de infringir tres normas —dijo—. Mírate. Tienes el corazón acelerado, los puños crispados, gritas, aprietas la mandíbula. ¿Te gusta sentirte así?

—¡Claro que no me gusta, joder! Me está haciendo...

Daniel aprovechó.

—Es verdad. Te lo estoy haciendo. Yo te hago todo esto. ¿Sabes por qué? Porque soy más inteligente que tú. Soy mejor que tú. Eres una marioneta. Controlo tu voz, los latidos de tu corazón, tus músculos...

—¡Nadie me controla! —gritó Andre—. Este es mi cuerpo. Me comporto como quiero comportarme.

—No —repuso Daniel—. Te he hecho saltar de la silla y abalanzarte hacia aquí jurando y gritando. Admítelo. He sido yo quien te ha obligado a hacerlo,

¿verdad? ¡¿Verdad?!

A-Dre echó un puño hacia atrás, tembloroso.

Lil soltó un gritito. Daniel alzó la vista hacia el puño, el brazo abultado. Todos en la habitación contenían el aliento.

—¡Mierda! —exclamó A-Dre—. Yo lo he hecho. Yo lo he hecho por mí mismo.

Las palabras resonaron en las paredes. A-Dre volvió la cara como atento al eco, oyéndolas por primera vez.

En la estancia no se oía ni una mosca. Era como una imagen fija, un cuadro: seis personas sentadas

en sendas sillas y una figura de pie. A-Dre respiraba agitadamente.

—Tienes razón —dijo Daniel—. Lo que implica que puedes cambiar eso.

Fue como si A-Dre se desinflara. El pecho se le deshinchó, los músculos se le relajaron de golpe y todo él empezó a temblar. Bajó el brazo, retrocedió dos pasos arrastrando los pies y se sentó.

—Bienvenido al grupo —le dijo Daniel—. Me alegro de que estés aquí.

—¡Daniel Brasher, no huyas de mí!

La sesión había terminado y los asistentes salieron en fila, mezclándose en el pasillo con un grupo de adolescentes huraños del reformatorio. Daniel se giró sonriente mientras Kendra Richardson, una mujer enorme, se le acercaba tranquilamente, con las muñecas cargadas de tintineantes pulseras. El pasillo se vació, las puertas se cerraron, el ascensor bajó y los dejó con la única

compañía del leve siseo de la calefacción.

Dejando a sus pies la cartera, abrazó a la directora de su programa, sumiéndose en aquella deliciosa mezcla de perfume Ed Hardy y chicle con saber a canela.

—¿Has firmado el acuerdo de rescisión? —le preguntó ella. Luego, al ver la cara inexpresiva de Daniel, añadió—: Mira, cariño, si no lo has hecho, me alegro.

—¿Qué acuerdo de rescisión?

—El que se te envió el mes pasado.

—El que se me envió ¿adónde?

La mujer echó la cabeza hacia

atrás.

—¿Adónde crees? A tu buzón de aquí.

—¿Quieres decir que no me han reenviado el correo a casa?

Kendra agitó una mano.

—¿Otra vez el mismo lío? —dijo—. Recuérdame el problema.

Habían hablado de ello una docena de veces. La sala del correo, situada en las entrañas del edificio, nunca se había reformado. Los buzones de los empleados no eran otra cosa que un casillero de madera destartelado con capas de quebradizas etiquetas desconchadas: restos de los

antiguos trabajadores.

Daniel era el propietario de una casilla situada casi arriba del todo, justo debajo de la del correo saliente, etiquetada como «Correo para mandar». Por ese motivo la gente metía a menudo por descuido el correo en la suya. Por eso había pedido en múltiples ocasiones que toda su correspondencia le fuera reenviada a casa, para no tener que volver a clasificar la de sus colegas o las cartas de más de uno en libertad condicional meticulosamente franqueadas, solo para recibir alguna que otra notificación departamental.

Supuestamente la secretaria de Kendra comprobaba su casilla para asegurarse de que todo llegara al destino apropiado, pero pocas veces demostraba interés por algo, aparte de maquillarse y hablar por el móvil a voz en grito.

—El problema es —dijo— que el único correo que recibo aquí es el de otros.

—Lo arreglaremos a tiempo para que te dediques al ejercicio privado y nos olvides por completo. —Kendra alzó, ofendida, la barbilla. Dirigía aquel departamento siempre escaso de personal como una matriarca bondadosa; el cariño y la

culpabilidad no solían escasear.

—En primer lugar —dijo Daniel —, yo nunca olvidaría a la mujer que me dio mi primer trabajo en este campo.

Kendra se relajó un poco.

—En segundo lugar, no me iré hasta dentro de un par de meses, de modo que todavía no redactes mi esquila.

Daniel había estado reduciendo lenta pero progresivamente su carga de trabajo para que cuando se marchase la transición no fuera traumática para el programa. Antes llevaba cuatro grupos, pero había terminado con tres cuyos

integrantes ya se habían graduado. Kendra le había rogado que se quedara con aquel último grupo, a pesar de que deberían convocar a otro terapeuta si querían ver a sus componentes llegar a la meta. Pronto tendría que decirles que se iba, así tendrían tiempo de acostumbrarse a la idea.

Después de prometer a Kendra que se pondría al día con el acuerdo de rescisión, bajó por la escalera trasera que conducía a la sala del correo. Consultó el reloj; su conversación en el pasillo lo había retrasado para su ya tardía cena con Cristina, de modo que apretó el

paso. Las luces tenían sensores de movimiento para ahorrar dinero a la ciudad, así que los pasillos se iban iluminando por tramos a medida que avanzaba deprisa por ellos. Por supuesto, su casillero estaba abarrotado de correo, de manera que abrió la cartera y metió en ella todas las cartas. Ya las ordenaría en casa y devolvería las que no fueran suyas el miércoles.

Sacando un último fajo de cartas, se clavó una astilla en el nudillo y luego las luces se apagaron.

Se inclinó hacia atrás manteniendo en equilibrio la

cartera sobre una rodilla y tanteando con la mano para activar el sensor. No pudo evitar tomárselo un poco a risa. ¡Qué contraste con la nueva oficina que había visitado aquella mañana! Mármol brillante, moqueta mullida y luces que permanecían encendidas todo el tiempo. Después de tres años de sangre, sudor y lágrimas, angustia y pequeños triunfos, tal vez por fin estuviera preparado para tomárselo con calma.

Restableció la alarma antirrobo y se dirigió hacia la escalera

reluciente, cosa de Cris. De vez en cuando contrataban a una mujer de la limpieza, pero cada vez que tenían una, Cris acababa limpiándolo todo de antemano, preparándole la comida y aconsejando a su hijo acerca de los préstamos universitarios. Rápidamente, aquello se había convertido en su segundo trabajo. Ella se reía (¡Qué gracia! ¿Has oído aquel sobre el ama de casa supercelosa de Pacific Heights?), pero al final de la jornada prefería que los Brasher limpiaran su maldita casa.

Estaba esperando arriba, en la

cocina, sentada ante una copa de vino y el cabello recogido revelando la suave piel de la nuca. Se volvió al oír sus pasos, apoyando la barbilla en el hombro.

—El pollo se está recalentando en el horno, mi vida.¹ Serán cinco minutos.

Él se acercó, la besó entre los homóplatos.

—¿Qué tal hoy?

Cris negó levemente con la cabeza y bebió un sorbo de vino. Se llevó la mano a la mejilla y una mancha húmeda cayó en la foto que tenía delante, sobre la encimera. Era el anuncio del

nacimiento del hijo de una amiga. En la foto se veía al recién nacido envuelto en una manta azul del hospital con los ojos como dos costuras en una cara arrugada.

Daniel se puso a su lado, le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la cabeza mientras ella se enjugaba las lágrimas.

—¡Uf! —dijo Cris—. Soy una egocéntrica. Tendría que estar contenta por ellos, y de hecho lo estoy, pero no solo contenta.

—Culpabilidad: cuando con sentirse mal no basta —dijo Daniel con voz de anuncio televisivo.

Cris rio y le dio un golpecito

cariñoso en el brazo.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. ¿Sabes cómo me sentiría mejor? Mandándoles un regalo. —Cogió el ordenador portátil plateado que estaba sobre la encimera—. Babyregister-dot-com. A estas alturas ya deben de tener registrada mi tarjeta de crédito.

Él esperó, observándola.

—Estoy bien. —Cris le dio un beso empujándole la cara—. Estoy bien. Dos minutos. El pollo.

Daniel se fue al salón, se sentó en el sofá y dejó la cartera sobre la mesa baja de cristal. Folletos de propaganda y sobres y correo

basura. Seleccionando aquella mezcla, buscó el formulario (no, el acuerdo de rescisión). ¿Quién inventaba el nombre de esas cosas? La semana anterior lo había atrapado un «receptor de problemas adjunto» que le había dado ganas de...

Por fin. Un sobre con cierre de broche del característico color gris del departamento.

El reloj del horno sonó y Cris cerró el ordenador y se dispuso a sacar el pollo.

Daniel abrió el sobre y sacó una única hoja. Al principio no entendió lo que leía (escrito a mano con

rasgos desiguales, las letras garabateadas a lápiz, apelo-tonadas aquí y espaciadas allá sobre la hoja blanca sin pautar), pero fue comprendiendo las palabras una a una, y el corazón le dio un vuelco. El aire se había vuelto repentinamente glacial y se le había erizado el vello de la nuca. Cerró los ojos con fuerza, los abrió y volvió a leer. Esta vez las frases lo agredieron...

admite lo que hiciste o lo lamentarás.

1. En español en el original. (N. de la T.)

—Eh... ¿cariño? —dijo Daniel sin apartar la mirada de la nota.

Cris respondió con un leve sonido gutural. A continuación Daniel oyó el sonido metálico sobre la encimera y, como si hubiera levitado hasta su lado, notó la manopla en su espalda; seguramente su cara era el espejo de la conmoción que lo sacudía por dentro.

Cris leyó por encima de su hombro.

—¿Es una broma?

—No lo parece.

—«Admite lo que hiciste.» ¿Qué se supone que hiciste?

—No tengo ni idea —repuso él.

—¿Un miembro insatisfecho de algún grupo, tal vez? —Cris se quitó la manopla y la dejó caer sobre el entarimado—. Sea lo que sea, resulta espeluznante.

Daniel volvió la hoja, dejando huellas dactilares. Detrás, con la misma escritura descuidada y apretando tanto con el lápiz como para dejar marcas en el papel, ponía:

tienes hasta el 15 de noviembre

a medianoche

—El viernes pasado —dijo Daniel—. El quince de noviembre fue el viernes pasado. El plazo ya ha expirado. Esto no tiene sentido.

Cris le arrebató el sobre del regazo y le dio la vuelta. Soltó el aire entre dientes con tanta fuerza que el sobre aleteó en su mano.

—No es para ti —dijo.

—¿No es para...? —Daniel calló, todavía demasiado impresionado por el susto—. Está bien. —Sintió una oleada de alivio—. De modo que era correo saliente que alguien metió por error en mi casillero.

¿Destinado a...?

Ella bajó el sobre para que lo leyera.

jack holley

Y una dirección de Tenderloin escrita con faltas de ortografía, sin mención de estado ni de código postal; con sello pero sin matasellos. Tampoco figuraba la dirección del remitente, lo que no era de extrañar.

—Así que Jack Holley, sea quien sea, no ha recibido este ultimátum —dijo Daniel. Alzó la mirada hacia su mujer al tiempo que ella la

bajaba, con la mano, fría y sudada, en su cuello.

Regresaron a la cocina, Cris abrió el ordenador, entró en Google y tecleó JACK HOLLEY TENDERLOIN. Inspiró profundamente. Acercó el índice a la tecla de retorno sin decidirse a pulsarla. Una fina capa de sudor hacía brillar su mejilla.

Pasando el brazo por delante de ella, Daniel le agarró la mano y le bajó el dedo hasta la tecla. La ruedecita giró en la página mientras se cargaba la información y luego el primer resultado de la búsqueda fue como una bofetada.

VECINO DESDE HACE MUCHOS AÑOS
DE TENDERLOIN VÍCTIMA DE UN
BRUTAL ASESINATO CON ARMA
BLANCA

16 de noviembre. Todos en Tenderloin conocían por lo visto a Jack Holley. Siempre sonreía cálidamente y saludaba con un gesto cuando subía hasta el primer piso, donde llevaba viviendo casi treinta años. Por eso su sanguinario asesinato la pasada noche ha conmocionado a la comunidad...

Daniel notó un sofoco. Sintió que se ruborizaba y que el aliento

se le atascaba en la garganta.

—No era una broma —dijo.

Cristina miró el sobre que todavía tenía en la mano y lo dejó rápidamente en la encimera, como si quemase. Tragó con dificultad y dijo:

—Muy bien. Y ahora ¿qué?

Cuando Daniel abrió la puerta se encontró con una mujer que no era en absoluto como él esperaba. Atractiva, casi despampanante, con los pómulos marcados, una suave piel de ébano y un cuerpo esbelto, llevaba zapatos Oxford planos y pantalones con raya. Además era increíblemente joven. No podía tener ni treinta años. La funda de una pequeña pistola le abultaba en la cadera derecha, bajo la chaqueta.

—Gracias por venir con tanta

rapidez, agente.

—Inspectora. En San Francisco nos gusta ser especiales, así que llegamos a inspectores en lugar de quedarnos en simples agentes. — Una sonrisa le iluminó la cara un instante y se le marcaron hoyuelos. Dejó de ser casi despampanante para serlo del todo.

Daniel se apartó.

—Cristina, mi mujer.

La inspectora le tendió la mano.

—Encantada. Soy Theresa Dooley, de Homicidios. He hablado por teléfono con su marido.

—Me alegro de que esté aquí — dijo Cristina—. ¿Le traigo algo de

beber?

—No, estoy bien así. —Dooley entró de una zancada rápida, mirando la chimenea, de dos pisos de altura—. Así que es usted un Brasher, ¿eh?, de los Brasher de...

—Sí —repuso Daniel—. La carta está en la encimera de la cocina, arriba. Es por aquí.

—No podíamos seguir tocándola desde que... ya sabe... desde que hemos visto lo que era —dijo Cris mientras Dooley los seguía hasta el piso de arriba—. Por las huellas.

—Inteligentes —dijo Dooley.

—Me gradué en el Mission. Nos enseñaban esas cosas en lugar de a

hornear pasteles en economía doméstica.

—¿En el instituto Mission? —
Dooley se paró en la escalera—. No me diga. Yo fui al Balboa.

A Cris se le iluminó la cara.

—Los Buccaneers.

—La primera vez que oí a Bear no nos llamaba otra cosa que los Fuckaneers.²

—Va armada, así que creo que voy a contenerme.

—Menos armada de lo que iba por entonces. —La sonrisa de Dooley parecía provocada por el crack—. ¿Conoce a los hermanos Hernandez? —le preguntó—. A los

Linebackers.

—No soy de su generación, señorita —dijo Cris—. Conocía a los antiguos hermanos Hernandez. A los ladrones de coches.

Dooley soltó una carcajada.

—¡Madre mía, aquellos partidos! Padres ex convictos llegando en Harleys, Tupac a todo volumen... Ustedes tenían aquellas animadoras moviendo el trasero.

—Lo hacíamos, sí —repuso Cris—. Estaba bien salir.

—Sí. No veo a muchos graduados en casas como esta —comentó Dooley—. De hecho, no veo a muchos graduados a los que

no esté esposando.

Llegaron al rellano y Cris y Daniel dejaron de ir de prisa. El buen humor se había evaporado de golpe. En la isla de la cocina, junto a la sartén de pollo que iba enfriándose y la copa de vino de Cris, ahora vacía, el sobre y la hoja de papel estaban iluminados como obras de arte.

A la inspectora le cambió la cara. Era toda profesionalidad.

Leyó la carta y luego se sacó unas pinzas del bolsillo de la chaqueta y las usó para dar la vuelta a la hoja.

—Una escritura rara, ¿eh?

—El lápiz ha rascado el papel — dijo Daniel—. Es como si hubiera tallado las palabras. Esconden mucha ira. Y la organización espacial de la página también es extraña. ¿Ve cómo se inclina aquí? Además, algunas letras están demasiado juntas y otras, demasiado separadas. Puede ser un síntoma de dislexia.

Dooley se mordió la mejilla, inclinada sobre el papel.

—Ha dicho que es terapeuta, ¿verdad? ¿Alguna otra intuición?

—Bueno, probablemente es de alguien de South San Francisco. Lo que quiero decir es que, ¿quién

llevaría una carta a la sala del correo de la parte posterior de un edificio escogido al azar?

—Alguien que intenta que no lo pillen.

—Pero esa persona evidentemente no tenía previsto meter la pata y dejar la carta en el casillero equivocado. Seguramente suponía que la recogerían junto con el resto del correo saliente y la mandarían. Llevaría el matasellos de la estafeta, así que no tendría que preocuparse por ningún rastro que pudieran seguir hasta el edificio.

—Tomo nota. —Dooley abrió

una bolsa grande de pruebas—. Así que, ¿quién está en su edificio un día cualquiera?

—¿Aparte de los trabajadores de los servicios sociales? Criminales, delincuentes en libertad provisional, delincuentes juveniles...

Dooley hizo una mueca.

—Tenemos Libertad Condicional y Bajo Palabra en el primer y el segundo piso, Manejo de la Ira en el tercero, Violencia Doméstica en el cuarto y... —Daniel se calló—. En definitiva, no hay nadie en el edificio que no sea un posible sospechoso.

—Estupendo. —Sirviéndose de

las pinzas, Dooley metió la carta en la bolsa de cierre hermético—. Me pondré mi traje de Miss Marple y encerraremos a todos de forma preventiva hasta que lo resolvamos.

Daniel apenas pilló la broma. Pensaba en la gente con la que se cruzaba por aquellos pasillos a diario, con la que iba en los ascensores, con la que charlaba junto a las máquinas expendedoras. Uno de ellos había urdido una amenaza y la había llevado a cabo con el filo de un arma blanca. Por un momento de vértigo, se puso a considerar a los delincuentes en libertad bajo palabra que

componían su propio grupo. Recordó repentinamente el ceño fruncido de A-Dre, la furia de sus palabras: «Soy quien soy porque ellos me han hecho así.»

Dooley había dicho algo.

—¿Qué? —le preguntó.

Ella dio unos golpecitos al sobre con las pinzas.

—He dicho que qué información puede extraer del sobre. ¿Ha dicho que era del tipo que se usa en el departamento?

—Sí, pero eso no implica que haya sido un empleado —dijo Daniel—. Desaparece material fungible cada dos por tres.

Cualquier cosa que no esté bajo llave.

—Parece que en ese sitio están llevando a cabo una rehabilitación muy efectiva.

—En el artículo ponía que fue brutal —dijo Cris de sopetón.

Tenía los brazos cruzados, como para protegerse de un frío repentino, y Daniel se dio cuenta de que había estado un rato sin participar en la conversación.

—El asesinato —insistió ella—. ¿Fue brutal?

Dooley se quedó con las pinzas en el aire, pero no la miró.

—Sí —repuso.

Cris volvió a llenar su copa. Le temblaban las manos. Dooley alzó la vista, tomando nota del temblor del líquido que vertía.

Más que beber, Cris apoyó el borde de la copa en ambos labios, controlándose.

—Han estado investigando el asesinato de Jack Holley. Ya lo han investigado, quiero decir, ¿no?

—Yo tomé el caso, sí —dijo Dooley—. Por eso estoy aquí.

—¿Alguna pista? —quiso saber Cris—. Me refiero a si están cerca de pillar a quien sea que haya hecho esto.

—De hecho, no puedo hablar del

asunto —dijo Dooley—, pero no.

Daniel observó cómo la inspectora metía el sobre en la segunda bolsa de plástico. Luego miró a Cristina. Estaba todo lo pálida que podía estar.

—Lo siento. Yo no hice... —Se disculpó.

—Mire —le espetó Dooley—, esto es un cambio. Habría estado mejor hace una semana, pero... —Lo miró, captó su expresión alicaída, ató cabos—. Vamos. ¿Cree que tendría que haber ido a ver su casilla todos los días por si un asesino inepto metía en ella por accidente una amenaza con fecha

límite?

Daniel notaba un sabor amargo en la boca: el sabor del arrepentimiento.

—Pero un hombre ha muerto porque el correo se clasificó mal.

—Me considero una experta en culpabilidad —dijo Dooley—, así que permita que le deje clara una cosa. Usted no podría haber hecho nada. Esta es una de esas pequeñas bromas cósmicas que nos gasta el mundo una y otra vez. Un diminuto rasgón en la tela simplemente para mostrar cómo son las cosas realmente. ¿Cómo son? Están fuera de nuestro control.

Miles de personas mueren a diario porque pillan el semáforo en verde equivocado o porque escogen el cirujano que no les conviene. No es usted quien lo hizo. Un tipo que empuñaba un cuchillo lo hizo. Así que usted no tiene más culpa de ello que la hija de Jack Holley por no invitarlo a cenar esa noche o que su vecino por no llamar a su puerta un minuto antes de las doce para pedirle una taza de azúcar. — Cerró la segunda bolsa hermética y las agitó ambas para enfatizar sus palabras—. Ahora el CSI le echará un vistazo a esto. Mientras, yo veré lo que puedo hacer con muestras

de escritura de los depravados que se pasean por su lugar de trabajo. Como sabe, los expedientes psiquiátricos son confidenciales, así que tendremos que ser creativos. Además, controlaremos el correo saliente por si la espantosa letra de nuestro sospechoso aparece en una carta para su tía Shandrika. Mi trabajo es responder a la pregunta clave.

—¿Qué pregunta? —dijo Daniel.

—¿Qué fue lo que hizo Jack Holley? —Dooley los señaló con el índice—. Su trabajo es cuidarse mutuamente y no pensar demasiado en esto. ¿Creen que

podrán hacerlo?

—Una de las dos cosas seguramente sí —contestó Daniel.

La acompañaron a la puerta y se acostaron, pero veinte minutos más tarde Daniel seguía tumbado mirando al techo, en la oscuridad, con las sábanas enredadas como plantas trepadoras y asaltado por imágenes ponzoñosas. La sala del correo con sus luces que se apagaban y las casillas ruinosas. Aquella escritura apelotonada que había ido viendo a medida que sacaba la hoja del sobre. El pobre

Jack Holley.

Sudando, exasperado, apartó las sábanas y se sentó, frotándose la cara. Entre las cuatro paredes quedaba un ligero aroma de la vela que habían encendido la noche anterior. La antes tranquilizadora fragancia le resultaba ahora empalagosa. Notó la mano caliente de Cristina en la espalda.

—¿Estás bien, mi vida?³

—¿Estás despierta?

—No del todo.

—Duerme.

Daniel volvió a recostarla en la almohada y le besó la sien. Después de beber agua del vaso

que tenía en su mesilla de noche, bajó los escalones y encendió la iluminación de debajo de los armarios de la cocina. Notó las baldosas del suelo radiante cálidas bajo los pies y el refrigerador Sub-Zero zumbando tranquilizadoramente.

No faltaba ninguno de los cuchillos, todos ellos pegados a una placa magnética y colocados por tamaño, de mayor a menor. Al otro lado de la habitación, el piloto de la alarma brillaba en verde.

Seguridad. Allí había seguridad.

Puso el vaso bajo el grifo del agua filtrada y lo llenó. Luego

volvió hacia la escalera, pasando por delante del sofá y de la mesa de cristal con el montón de correo. Acababa de accionar el interruptor de la luz cuando se quedó helado. Una oleada de pavor le atenazó la garganta. Volvió a ver algo: una fantasmagórica imagen residual de las retinas. ¿Era real o imaginaria?

Se quedó clavado donde estaba, con las yemas de los dedos todavía en el interruptor, paralizado. Sintió una irresistible necesidad de subir la escalera hacia la calidez de su cama.

Pero...

Pulsó el interruptor y las luces

volvieron a encenderse. Volvió despacio la cabeza para mirar aquel montón desordenado de cartas tiradas sobre la mesa, perfectamente visibles a la tenue luz.

Parte de un segundo sobre gris del departamento sobresalía de un lado del montón y, del otro, lo hacía un tercero. En ambos vio la ya conocida escritura irregular.

2. Juego de palabras intraducible. Buccaneers, «bucaneros», el nombre del equipo de fútbol americano, suena parecido a Fuckaneers, «jodedores». (N. de la T.)

3. Las palabras en cursiva en español en el original. (N. de la T.)

Con la enorme camiseta de los San Francisco Giants de Daniel y el pelo recogido en un moño suelto, Cristina iba continuamente de un lado para otro mientras Daniel permanecía sentado en el sofá con los dos sobres todavía cerrados y pulcramente ordenados.

El resto del correo lo había tirado a la alfombra turca. Se había puesto, aunque era ridículo, unos guantes amarillos para lavar los platos. Los había usado para cribar el montón y dar al llamado, de

forma rocambolesca, «ayudante policial de secretaría» de Homicidios que estaba al otro lado de la línea telefónica el número exacto de sobres grises del departamento que obraban en su poder.

Eran dos.

Tres, de hecho, pero el tercero, con una etiqueta pulcramente mecanografiada, era en realidad para él: el acuerdo de rescisión del que le había hablado Kendra en el pasillo.

El APS le dijo a Daniel que no hiciera nada y colgara, asegurándole antes que la

inspectora Dooley iría de nuevo a su casa.

Cristina y él se quedaron solos a las 11.51 de la noche con dos amenazas de muerte apuntándolos desde la mesa del café como un arma de dos cañones.

*lyle kane
c/ bay 316
san francisco*

Y, a su lado:

*marisol vargas
c/ chestnut #2, 1737
san francisco*

Ya habían tecleado ambos nombres en Google sin encontrar nada acerca de Lyle Kane y solo alguna que otra mención acerca de varias Marisol Vargas, en ninguna de las cuales se mencionaba ningún crimen.

Cris se mordió un padrastro.

—¿Qué estarán haciendo ahora Lyle y Marisol?

Daniel no conseguía apartar los ojos de las palabras garabateadas. Dos nombres, dos vidas.

—Durmiendo —repuso.

—Y no saben... No tienen ni idea de...

Daniel entrelazó los dedos. Los

estúpidos guantes amarillos
crujieron. Por alguna razón no se
los había quitado. También se
había puesto los vaqueros y una
sudadera, para enfrentarse vestido
al asunto.

—Nosotros tampoco sabemos
con seguridad que estas cartas
anuncien una fecha límite.

—No tienen pinta de tarjetas de
Navidad.

—No la tienen, no.

Aquellas marcas de lápiz
grabadas como con un escoplo, los
sobres, delgados y ligerísimos...
Ambos, como el primero, parecían
contener una sola hoja de papel.

¿Qué demonios decían?

Cris consultó el teléfono, que sostenía en una mano, como si pudiera habersele pasado por alto alguna llamada en los últimos treinta segundos.

—¿Dónde demonios está Dooley? —Se impacientó.

Una idea asaltó a Daniel. Las palabras se le atascaron, así que tragó saliva e hizo un esfuerzo por hablar.

—¿Y si ya están muertos? ¿Y si su plazo ha expirado ya, como el de Jack Holley? —No dijo el resto: «En tal caso el embrollo del correo habrá costado otras dos vidas.»

Cristina se quedó quieta al oír aquello. A pesar del frío nocturno, tenía las mejillas coloradas. Por la ventana que daba al sur, las luces de la ciudad relucían y titilaban como si estuvieran vivas.

—¿Deberíamos... abrirlos? —le preguntó.

Aquella idea lo había estado royendo como una úlcera de dedo que había puesto los ojos en aquellos sobres.

—¿Eso no los inutilizará como pruebas?

—No si usas guantes.

—¿Cómo lo sabes?

— Veo CSI: Miami. —Cris se

inclinó, apoyó los brazos cruzados en la mesa de café y lo miró. Los sobres estaban entre ambos. Se dio unos golpecitos en los labios con la antena del teléfono—. En el trayecto entre tu casillero y aquí, ya los has tocado bastante. El policía te ha dicho que usaras guantes para contarlos. No creo que el hecho de abrirlos vaya a comprometer las pruebas de repente.

Daniel siguió su razonamiento.

—Y cuando Dooley les ponga las manos encima, de todas formas los abrirá. —Notaba un sabor amargo en la boca. Oía el tictac del reloj a

su espalda.

Cris se pasó una mano por el flequillo y cerró la mano. El pelo le asomaba entre los dedos.

Él le hizo un gesto de asentimiento.

Ella se lo devolvió.

La primera solapa, insuficientemente humedecida, se despegó con facilidad.

admite lo que hiciste. o lo lamentarás.

La hoja le temblaba en la mano cuando le dio la vuelta.

*tienes hasta el 20 de noviembre
a medianoche*

Se le escapó un suspiro tembloroso.

—Eso será el miércoles, pasado mañana.

Cris apretaba tanto el teléfono que tenía los nudillos blancos.

—Entonces Lyle Kane sigue con vida.

—Y Dooley puede avisarlo. — Cogió el otro sobre y pasó un dedo cubierto de goma amarilla por debajo de la solapa, desesperado por ver si Marisol Vargas ya estaba muerta o si tenía todavía alguna

posibilidad de sobrevivir. La hoja salió del sobre. Por delante ponía lo mismo que las otras. Por detrás:

*tienes hasta el 18 de noviembre
a medianoche*

El corazón se le heló.

Era esa misma noche.

—¿Qué? —dijo Cris—. ¿Qué pone, cariño? Me estás asustando.

Él echó un vistazo al reloj de pared por encima del hombro. Eran las 11.54 de la noche.

—Esta noche —dijo, con la voz estrangulada.

—¿Dónde? —Cris rodeó la mesa

para leer el sobre sin tener que tocarlo. ¿Dónde vive?

c/ chestnut #2, 1737

—Dios mío... Eso está al otro lado de Moscone Park.

A cuatro manzanas.

A seis minutos.

El teléfono sonó y Cris gritó, dando un respingo. El aparato se le cayó al suelo. La tapa de la batería se soltó, pero siguió sonando mientras daba vueltas hasta chocar con los zapatos de Daniel, que lo recogió.

—¿Dooley?

—Acabo de volver. Mi compañero me ha puesto al corriente. Estaba en el garaje sin...

—Esta medianoche va a matar a otra persona. —Lo dijo apresuradamente, con una voz irreconocible.

—¿Los ha abierto? Un momento. A medianoche. Para eso... —Su respiración era agitada—. ¿La dirección es?

Se la recitó de un tirón y ella a su vez se la gritó a alguien.

Daniel estaba de pie.

—¿Cuánto tardarán en llegar allí?

—Estamos demasiado lejos, en

el Palacio de Justicia, a unos veinte minutos.

»La comisaría más cercana es la Northern. Les diré que manden un coche patrulla de Western Addition. Si salen ahora, pueden estar allí dentro de un cuarto de hora, tal vez diez minutos si van con la sirena.

—Yo puedo llegar en cinco.

—¡Brasher! —le espetó Dooley con dureza—. ¡Quédese ahí!

Daniel ya se había puesto en marcha y cruzaba a zancadas la habitación. Cris lo seguía, retorciéndose las manos en el dobladillo de la camiseta de los Giants, cambiando el peso del

cuerpo de un pie desnudo a otro.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó temerosa, con un hilo de voz.

Él pasó la isla de la cocina, dejó el teléfono en la encimera y se volvió hacia la escalera.

—No.

—No eres policía, Daniel.

—Ya lo sé, pero en cuestión de minutos van a atacar a una mujer. ¿Como no voy por lo menos a ir a llamar a su puerta?

—Podrías toparte con ese tipo.

—Me quedaré en la calle. Solo voy a advertirla y me quedaré en la calle con ella esperando a la policía.

Mira... no es el momento de darle muchas vueltas. Tendré cuidado.

Cris estiró el brazo por encima de la encimera. El cuchillo trinchador se soltó de la placa magnética con un suave tañido. Lo sostuvo por la hoja y se lo ofreció. Los delgados brazos le temblaban.

Daniel eligió el Audi, más potente, y bajó disparado por la empinada calle Webster, con el chasis rozando el asfalto y soltando chispas. El parque, una extensión oscura detrás de la valla metálica, pasaba velozmente a su izquierda. Las letras de los edificios pasaban zumbando por la ventanilla del acompañante. Patinó hasta el bordillo, tanteando con la mano para dar con el cuchillo. En el tablero brillaba la hora de un rojo amenazador. Eran las 12.03 de la

noche.

Se apeó a toda prisa, dando un traspiés. Una risa discordante, que le llegó desde una tardía reunión en los campos oscuros de softball del otro lado de la calle, no hizo sino acentuar la desolación reinante a aquellas horas. El edificio, infundido de su propio miedo, tenía un aspecto posapocalíptico.

Crecía en la zona de césped de la acera una hilera de sicomoros. Los tocones de las ramas podadas parecían brazos de espantapájaros. Mientras la cruzaba corriendo, el impacto de sus pisadas convertía en temblorosa su visión. Rozó con el

hombro un tronco del que se desprendió una nube de polvo de corteza.

Buscó frenético los números de las casas y acabó por dar con el 1737. Las columnas estaban desconchadas y unos escalones mellados conducían a un gran porche sin iluminar de baldosas art déco. Tres puertas rojas destacaban como salidas de un concurso televisivo. El edificio estaba dividido en tres apartamentos pero, curiosamente, el número 2 era el de la derecha.

Subió de un salto al porche y se detuvo delante de la puerta número

2 con el corazón desbocado. Se quedó mirando fijamente la aldaba de latón en forma de león que lo miraba a su vez.

¿Y ahora qué?

Durante su descenso en esláalom por la colina, no había meditado mucho. Solo pensaba en Marisol Vargas y el reloj del tablero de mandos.

«Perdone, señora, pero alguien con mala letra vendrá a matarla... eh... ahora mismo.»

Tendría que decírselo.

Cuando iba a agarrar la aldaba de latón, se fijó en la estrecha rendija negra entre la hoja de la

puerta y la jamba. Aquella puerta estaba ligeramente abierta.

El asesino ya había entrado.

La brisa nocturna lo caló hasta los huesos. Alzó la mano y la apoyó en la madera para ejercer una leve presión. La puerta se abrió en silencio hacia dentro, revelando poco a poco el recibidor. Había en él una mesa lateral con un bol, una litografía de Jim Dine muy torcida, una alfombra cara con el fleco enredado y una esquina doblada que enseñaba el entramado.

La mujer había luchado.

Le dolía la mano con la que apretaba el cuchillo. Tenía el brazo

agarrotado por la tensión. Ordenó a sus dedos que aplicaran más presión contra la puerta y le obedecieron. Lo que veía fue ampliándose centímetro a centímetro, de un modo enloquecedor. Más allá del recibidor, al otro lado del comedor a oscuras y pasada otra puerta, una luz empotrada brillaba en el techo de la cocina.

Parpadeó. Los pedazos de lo que veía iban encajando.

Bajo el haz de luz había una mujer tendida boca abajo, con una mejilla contra el suelo, la sien tumefacta y mechones de pelo

apelmazado en la otra mejilla ensangrentada. El marco de la puerta de la cocina impedía que le viera los muslos. Con los brazos dolorosamente doblados a la espalda y las muñecas atadas a la altura de las lumbares, tenía los ojos muy abiertos y las pupilas fijas en él.

Se dio cuenta, horrorizado, de que lo habría estado observando todo el tiempo, pegada al suelo de su casa, viendo únicamente de lado dos habitaciones sin luz, su última esperanza pendiente de que la puerta de entrada se abriera.

Regueros oscuros le corrían por

el puente de la nariz y desde la sien a la mejilla.

Daniel estaba tan conmocionado que tardó un momento en caer en la cuenta de lo que eran. Eran lágrimas de sangre.

¿La había rajado?

La mujer movió los labios y de algún modo oyó su voz seca por el terror.

—... ayúdeme...

Su mirada fija y el modo en que le imploraba ayuda lo dejaron petrificado en el umbral. Lo último que quería era entrar en aquella casa, pero ¿cómo iba a dejarla allí?

Desde algún punto detrás de la

mujer resonaron unos pasos. Daniel tomó la decisión instintiva de entrar; simplemente, sus piernas se movieron. Colándose dentro, dejó la puerta casi cerrada a su espalda para evitar que la luz del porche, por débil que fuera, creara sombras.

Allí estaba él, armado con un cuchillo de cocina y dos semanas de adiestramiento en intervención en crisis con rehenes, encerrado con un asesino.

Avanzó con precaución, sin hacer ruido, por el recibidor. Luego atravesó el comedor por donde no podían verlo, sin acercarse a la

pared hasta que estuvo justo al lado de la puerta de la cocina. Cuando se asomó a ella, proyectó una sombra alargada dentro. Se irguió de inmediato y apoyó los omóplatos en la pared, ocultándose. Las numerosas plantas en macetas colgantes perfumaban el aire con un fecundo aroma terroso.

—¿Qué? —preguntó una voz masculina y poco nítida.

Desde su punto de observación, Daniel solo veía un trozo de cocina, el límite del foco de luz y parte del pelo de Marisol. Respiraba con dificultad. El corazón le latía tan

fuerte que temió que lo delatara.

«Respira. Respira.»

Quería pillarlo desprevenido, pero no había tiempo. Tendría que entrar a ciegas. Abalanzarse sobre él con el cuchillo antes de que tuviera tiempo de bloquear el golpe. Como en un derribo de lucha libre, pero con un trinchador.

—... yúdeme.

Daniel se preparó. Notaba un latido de pánico en el cráneo. Tensó las piernas para girar y saltar. Uno, dos...

Un segundo antes de que dijera «tres», oyó la misma voz susurrante.

—Ahí vamos —dijo. Siguió a las palabras un sonido nauseabundo de apuñalamiento.

Daniel vio de inmediato que una neblina sanguinolenta manchaba la parte de las baldosas de la cocina que él veía. Luego oyó una respiración gutural, un gorgoteo y vio otro débil chorro de sangre producido por el latido del corazón o los pulmones.

Un espantoso estertor contra el suelo. Era el inconfundible sonido de alguien que se muere justo a la vuelta de la esquina. El momento de duda de Daniel, el segundo que había tardado en hacer acopio de

valor, había supuesto la diferencia entre la vida y la muerte para la mujer.

Tenía el corazón en la garganta.

Incluso desde el otro lado de la jamba de la puerta vio que un destello iluminaba la cocina. ¿De una cámara fotográfica? Echó atrás la cabeza, achicando los ojos para protegérselos de la luz.

Antes de que se hubiera recobrado, una silueta oscura salió en tromba por la puerta y pasó por delante de él sin darse cuenta de su presencia. El asesino se movía con rapidez pero sin pánico, yendo directamente hacia la puerta de la

calle. La corriente de aire que creó al pasar le heló el sudor del miedo que le perlaba la cara. En la penumbra, Daniel solo vio al hombre en parte cuando pasaba por los rayos de débil luz que entraban por las ventanas. Era corpulento, ancho de hombros, de figura amorfa bajo la holgada ropa negra. Llevaba al cinto una hoja curva, un cuchillo militar que se balanceaba por delante del muslo, adelante y atrás.

Sin ser consciente de la presencia de Daniel, el hombre cruzó el comedor y entró en el recibidor. De repente, sin razón

aparente, se detuvo. Le daba la espalda a Daniel y no era sino una sombra en la negrura, una silueta de carboncillo. Daniel estaba electrizado, con el pecho paralizado. No se atrevía a respirar, tampoco a soltar el aire. Si desplazaba el peso del cuerpo, podría delatar su petrificada presencia en la oscuridad.

El hombre ladeó la cabeza. ¿Qué diablos estaba mirando?

La puerta de entrada. Al llegar Daniel, estaba apenas entornada. Sin embargo, en su apresuramiento por llegar hasta Marisol la había dejado abierta varios centímetros.

El tipo giró el brazo en la manga de la sudadera, flexionando los músculos para agarrar el arma.

Se volvió y miró hacia el fondo del comedor a oscuras, hacia Daniel.

Tenía una terrorífica cara inexpresiva. Era un simple óvalo lustroso. Un momento, no... Una máscara negra de neopreno le apretaba la cara y le borraba las facciones, con un espacio abierto en forma de ocho para los ojos, como un antifaz ausente de superhéroe. Un pico triangular ocupaba el lugar de la nariz, con un círculo de agujeros para respirar a la altura de

la boca.

El hombre hizo girar el cuchillo con la mano enguantada. La hoja pareció hacerlo como por voluntad propia, reflejando la luz. Luego lo sujetó con firmeza nuevamente, apuntándolo hacia abajo con el filo hacia fuera. Era una maniobra bien ensayada.

Daniel no percibía otra cosa que el ruido blanco de su torrente sanguíneo en los oídos. Con la espalda literalmente pegada a la pared, no tenía hacia adónde huir, aunque eso implicaba asimismo que el atacante solo tenía una vía para llegar hasta él. Así que deslizó el

talón hacia el zócalo, calibrando la distancia. Deja que venga y luego contraataca. Alzó el trinchador.

El otro dio un paso hacia él y luego otro. Sus botas resonaban en el suelo mientras se lanzaba a la carrera. Entonces, a lo lejos, ululó la sirena de un coche patrulla. El hombre se detuvo en seco justo cuando había cogido carrerilla.

Daniel y él se miraban fijamente, cada uno desde un extremo del comedor. A Daniel le ardía el pecho y se dio cuenta de que seguía conteniendo el aliento.

El enmascarado agachó un poco la cabeza, quizá divertido, y sacó la

otra mano enguantada del bolsillo. Sujetaba una cámara digital.

Antes de que Daniel consiguiera entender lo que sucedía, un cegador fogonazo iluminó el comedor y todo se puso blanco como en un hospital. Manchas luminosas en sus retinas motearon la oscuridad que siguió.

Chillando y dando manotazos, parpadeó hasta recuperar la visión. Cuando la recuperó, vio que estaba solo apuñalando la oscuridad.

—¿Qué tal está? —le preguntó Theresa Dooley.

Inclinado hacia delante en la silla, Daniel se miraba las manos.

—Mejor que Marisol Vargas.

Segundos después de que se fuera el asesino, los policías habían entrado en el apartamento de Marisol y encontrado a Daniel de pie con el trinchador a sus pies, los brazos en alto y la espalda todavía contra la pared.

Tras esposarlo bruscamente, lo habían obligado a sentarse en una

silla, donde había esperado, tratando de explicarse sin éxito y soportando miradas fulminantes, hasta que por fin había llegado Dooley para aclarar las cosas.

La inspectora lo había dejado llamar a Cristina que, a esas alturas, estaba frenética.

Cuando lo sacaban de allí, había visto el cadáver rodeado de investigadores forenses. Un tajo en el cuello, la herida mortal, con un corte debajo de cada ojo del que manaban lágrimas de sangre que descendían por las mejillas de Marisol. Era una repulsiva representación de llanto forzado.

Se detuvo, paralizado por la rígida cara de muñeca, hasta que Dooley le dio un empujoncito para que siguiera.

Lo acompañó al Palacio de Justicia, sito en el 850 de la calle Bryant, un edificio de piedra que albergaba el cuartel general del Departamento de Policía de San Francisco, la comisaría sur, los tribunales y la cárcel. El edificio, que sobresalía por encima de multitud de tiendas, aparcamientos carísimos y tenderetes de lazos salados, estaba a menos de un kilómetro y medio del trabajo de Daniel. Un ruido continuaba

reverberando en su cráneo. Ras. Era el ruido del asesinato de alguien a pocos pasos de donde él estaba. Y el destello del flash que le había paralizado el corazón. Había hecho más que cegar lo momentáneamente: la cara de Daniel había quedado registrada en la cámara del asesino. ¿Para qué?

La adrenalina había menguado por fin, dejándolo agotado. Los músculos del antebrazo izquierdo se le contraían de vez en cuando: una reacción al estrés que no había tenido hasta entonces. Se apretó el codo para que se estuviera quieto, hasta que se dio cuenta de que se

había clavado las uñas en la piel y se miró la mano contraída para ordenarle que se relajara. En la sala abarrotada de la División de Homicidios del tercer piso, la oficina de Dooley era pequeña y parca en adornos. Un escritorio de pequeño tamaño, dos sillas, estanterías en las que había carpetas provisionales y un único cartel en la pared con la insignia del Departamento de Policía de San Francisco, iluminada desde atrás como si fuera el logo de un superhéroe. Ni fotos de familia ni taza de café manchada, ni siquiera un helecho artificial a la vista. Dooley se sentó en el borde

del escritorio, de cara a él, con los hombros hacia delante como si soportara un gran peso. Por la ventana empañada y mojada por la lluvia, el amanecer asomaba por el horizonte.

—Este es el problema de vivir en un buen barrio —decía Dooley—. No hay ninguna comisaría cerca. No hemos podido llegar a tiempo.

Daniel asintió con la cabeza.

—El teléfono del dormitorio de Marisol estaba descolgado... Seguramente lo descolgó el asesino. Por eso no ha recibido ninguna de nuestras llamadas de advertencia. El tipo se ha cubierto

las espaldas. Hemos llegado tarde por un pelo.

—Como yo. —Daniel se dio cuenta de que volvía a agarrarse el antebrazo—. No tendría que haber dudado en el comedor. Tendría que haber entrado directamente en la cocina...

—Es un asesino organizado y muy agresivo —dijo Dooley—. Si hubiera irrumpido, ahora tendríamos entre manos dos asesinatos.

A Daniel se le hizo un nudo en la garganta y notó un escalofrío.

—La misma petición en todas las cartas: «Admite lo que has

hecho.» Pero ¿por qué Marisol Vargas? ¿Por qué Jack Holley?

—Todavía no hemos encontrado la relación que existe entre ambos. Los separa un mundo. Nuestra chica, Vargas, es profesora en el estado de San Francisco y vive en... bueno, en el mismo vecindario que usted. Jack Holley era un antiguo segurata que vivía en Tenderloin. Como sabe, se trata de un barrio difícil. A los dos, sin embargo, les han hecho las mismas marcas de cuchillo: lágrimas de sangre. A nuestro hombre le gusta hacerlos llorar.

—Tengo una pregunta.

Dooley achicó los ojos.

—¿Solo una?

—Parece que en la entrada hubo un forcejeo, pero no habían forzado la puerta. Marisol tenía cerraduras de seguridad y todo eso. ¿Cómo consiguió que le abriera la puerta?

Por primera vez, Theresa tenía cara de cansancio.

—Es la misma pregunta que nos hacemos respecto a Jack Holley. Tampoco había signos de que hubieran forzado la puerta en su casa. Puertas, ventanas, nada. ¿Un ex guardia de seguridad con experiencia en la calle, que vivía en el cruce de Turk y Taylor, le abre

sin más la puerta a un desconocido corpulento?

—Tal vez no fuera un desconocido —dijo Daniel, y Dooley alzó ligeramente una fina ceja para indicar que aquella idea no era nueva.

La sugerencia flotó en el aire hasta que otro inspector se asomó a la oficina. Cincuentón, con los ojos inyectados en sangre, con el pelo blanco y un bigote pelirrojo de morsa.

—¡Dios, Dooley! ¿Has dormido algo desde el asesinato de Holley? Yo puedo con esto. Tienes que descansar.

—Los negros nunca nos rendimos, O'Malley.

—Me lo han contado. —Hizo un gesto de asentimiento hacia Daniel—. Esta noche ha sido muy valiente. Estúpido, pero valiente. —Y volviéndose hacia Theresa—: Está bien, Pam Grier. ¿Que necesitas?

—¿Además de un nuevo referente? ¿Pam Grier? ¿A ti puedo llamarte Burt Reynolds?

—Ojalá lo hicieras. Y ahora veamos, señorita, ¿qué tengo que hacer?

—¿Qué sabemos de la casa de Lyle Kane? —le preguntó Dooley.

Daniel tardó un instante en

situarse: Kane era el supuesto destinatario de la tercera carta.

—Todavía nada —repuso O'Malley.

—Mandé una unidad allí hace horas —se quejó Dooley—. ¿Por qué no tenemos la simple confirmación de que está a salvo? Además, consigue una orden judicial y pon vigilancia con cámara oculta en la sala del correo de Metro Sur, por si aquí nuestro Daniel recibe más correo del fanático.

O'Malley asintió brevemente antes de retirarse.

—Lo que necesites.

A Daniel le pareció que lo decía en serio. Se dio cuenta de que Dooley no era únicamente la inspectora de homicidios más joven que había visto esa noche, sino también la única mujer y la única que no era caucásica. Había fotos de todas las promociones de la Academia desde los años veinte en el pasillo del ascensor; en su desconcertada y casi en trance llegada, Daniel se había fijado en todas aquellas caritas inmóviles. Con los años iban cambiando: había más negros y más mujeres, excepto, por lo visto, en Homicidios.

—La cámara del asesino de Marisol era digital, ¿verdad? —le estaba diciendo Dooley.

—Me lo ha parecido.

—Solía ser el departamento el que tenía la última palabra en los Fotomats, pero ahora cualquier psicópata con un portátil puede imprimir el recuerdo que le venga en gana en la intimidad de su guarida.

—¿Cree que sacó la foto por ese motivo, como recuerdo? —le preguntó Daniel.

—Sean las transgresiones de las víctimas reales o imaginarias, esas cartas dejan clara una cosa: estos

asesinatos son por venganza. Así que sí, creo que nuestro hombre quiere regodearse en ellos con posterioridad.

Daniel tenía la boca seca.

—También tiene mi foto.

Dooley asintió con solemnidad.

—Lo sé.

No descartó el nefasto hecho con falsos consuelos. Tampoco se entretuvo con él. Se bajó del borde del escritorio y lo rodeó para acercarse a su ordenador.

—Esa máscara —le dijo—, ¿se parecía a esta?

Giró el monitor y Daniel vio una imagen de Google de una máscara

sin facciones, siniestramente incorpórea. Se imaginó aquella cabeza ladeada, el experto movimiento con el cuchillo y notó que el antebrazo se le contraía de nuevo. Le costó un poco tragar.

—Sí —confirmó—. Muy parecida a esa.

—Y los guantes. Ha dicho que eran de piel fina con tiras de sujeción, ¿de velcro quizá? —Sus dedos volaban sobre el teclado—. ¿Algo así?

Daniel se inclinó hacia delante en la silla, señalando la pantalla, como si la imagen también fuera nueva para ella.

—¿Cómo ha sabido...?

—Me ha parecido una máscara de motorista. Así que he supuesto que serían guantes de motorista también. Eso ayuda, Brasher.

Se miraron desde la distancia del escritorio que los separaba.

—¿Ahora puede...?

—Empezar a sudar sangre —dijo ella—. Comprobar las tiendas de material para motos. Preguntar en los alrededores de los escenarios de los crímenes si alguien vio una moto. No es seguro que el tipo sea motorista, pero apostaría a que está familiarizado con las motos. Hay máscaras menos evidentes,

¿sabe?

—Y puede comprobar quién de Metro Sur tiene moto.

—Delincuentes con moto. Pues sí que va a ser una lista corta...

—Aun así.

—Sí. Es un comienzo. Eso si alguno de sus convictos se ha molestado en registrar la moto. Ese es el problema con los criminales, que son jodidos criminales. Son un verdadero desastre. Conducen coches sin registrar, disparan armas sin registrar, cambian de trabajo como otros se cambian de ropa, abandonan el piso de alquiler para caer en el sofá del primo Héctor.

Sus archivos están incompletos o sin actualizar. Todo eso hace difícil seguirles la pista. —Hizo una mueca y fue al grano—. ¿Cómo demonios ha elegido usted tratar a esa gente?

—¿Esa gente?

—Sí, maldita sea, esa gente. Yo me crié entre esos hijoputas. Consiguieron que quisiera proteger al resto del mundo de ellos. —Se mordió la mejilla, sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos—. Así que, ¿qué lo impulsa a usted? ¿La culpabilidad del liberal? ¿Salvar el mundo? ¿Ayudar a los desfavorecidos?

—No, nada tan noble. Simplemente, me hace feliz. Me gustan los retos y me gustan los perdedores. Es a ellos a quienes quiero ayudar. El tipo al que todos han tratado a patadas. La mujer que no cree poder llevar la vida que desea.

—¿Cómo se identifica con eso?
—Algo cambió en su expresión. De pronto lo había entendido—. Ah, por el hecho de haber crecido bajo el yugo de la infame Evelyn Brasher.

Daniel encogió un hombro, una revelación que lamentó de inmediato.

—Lo tuvo fácil en muchos sentidos —dijo.

Pero Theresa ya había cogido carrerilla.

—Así que eso es lo que hacen en sus sesiones de rehabilitación. ¿Hablan de los abusos sufridos durante la infancia?

—A veces.

—A veces. Vale. Digamos que normalmente..., normalmente los criminales de mierda están completamente echados a perder. No puede usted abrirles los ojos. No puede enmendarlos. A pesar de todo, lo intenta.

—Con diversos grados de éxito.

—¿Y esta noche? Cuando ha visto a Marisol Vargas tirada en el suelo, degollada y rajada, ha querido..., ¿qué? ¿Curar al tipo que lo había hecho?

Daniel no estaba seguro de en qué momento la conversación había tomado por aquellos derroteros, pero se habían distanciado mucho y estaban viendo un panorama distinto. Notó que le latía la sien, un síntoma inequívoco de que debía mantener la boca cerrada.

—¿Cuál es la diferencia entre ese hijoputa y los pacientes de esos grupitos que usted lleva? —le preguntó Theresa—. ¿Que esta

noche ha tenido que ver realmente lo que hacen antes de que decida tratarlos por ello? —Señaló el cartel de la insignia policial, con el lema del departamento en español—. «Oro en la paz, hierro en la guerra» —leyó con marcado acento. Se le ensancharon la aletas de la nariz—. Lo que le pasó a Jack Holley, lo que ha pasado esta noche pide hierro.

A Daniel se le había relajado el antebrazo.

—Esta noche era yo quien empuñaba el cuchillo. Así que déjese de la anticuada mierda clasista esa de «yo me crié en la calle» y dedíquese a hacer su

trabajo o deje que me vaya a casa con mi mujer.

Theresa se levantó impetuosamente con el ceño fruncido y golpeó el escritorio con ambas manos. Tenía una expresión dura como el mármol, pero Daniel vio las emociones que se arremolinaban bajo aquella máscara. Sus palabras habían sacado el tapón que ella había metido a martillazos.

Daniel se retiró y evitó la confrontación, se veía y la veía como si él mismo estuviera al otro lado de la habitación: eran una policía y un testigo presencial,

ambos sin haber dormido, intentando mantenerse a flote tras una noche espantosa y desalentadora.

A Dooley el cuello le temblaba. La fina línea entre la rabia y la pena. Entonces él lo comprendió y escogió con cuidado las palabras antes de hablar.

—No es culpa suya no haber comprobado el resto de la correspondencia —le dijo—. Yo tampoco caí en la cuenta.

A ella le tembló ligeramente la boca y luego se mordió el labio inferior. Tenía los ojos vidriosos y parpadeó unas cuantas veces

rápídamente para evitar las lágrimas. Volvió a sentarse y respiró profundamente uno o dos minutos.

—Lo siento —dijo por fin—. Me he comportado como una estúpida. Es la única cosa que he hecho bien en toda la semana.

—Lo comprendo. No se preocupe.

Ella le dio la espalda y apoyó los pies en aquel alféizar sin plantas ni fotos de familia ni nada aparte de una capa de polvo. Mordiéndose la mejilla, miró por la ventana empañada.

O'Malley se asomó a la puerta,

rompiendo el pesado silencio.

—El motivo por el que no nos han confirmado lo de Lyle Kane del 316 de la calle Bay es que no existe ningún 316 de la calle Bay. ¿Y? Tampoco hay ningún Lyle Kane. No en San Francisco.

Dooley no dio muestras de haberlo oído. El silencio reinaba en la oficina. Alguien gritó desde el extremo del pasillo que repusieran el jodido papel del fax. La inspectora bajó los pies y se puso de cara al escritorio. Se frotó la cara con las manos.

—Lo siento —dijo O'Malley—. El tipo no existe. Tenemos una carta

de un fantasma a un fantasma.

Por encima de su hombro, al final del pasillo, hubo movimiento. Cris apareció en la puerta de seguridad acristalada, gesticulando mientras hablaba detrás del Plexiglás con APS. Seguía llevando la camiseta, ridículamente grande, de los Giants.

Daniel se levantó. O'Malley se apartó para dejarlo ver y Cris se detuvo a media frase y miró a su marido. Los hombros le temblaron de alivio al verlo. El instinto lo impulsó a ir a su encuentro, pero luego recordó dónde estaba y echó un vistazo por encima del escritorio

a Dooley.

—Vuelva a su vida —le dijo la inspectora haciéndole un gesto con la mano—. Atentos y mantengan los ojos abiertos. Les mandaremos un coche patrulla cada varias horas.

—¿Y usted?

—¿Yo? —Se rio sin ganas—. O'Malley y yo estaremos aquí cazando fantasmas.

—Hermosas vistas de la Pirámide Transamérica.

La agente inmobiliaria andaba a pasos cortos, deliberadamente forzados, debido a la falda de tubo que llevaba. Se paró al lado de Daniel y se quedaron codo con codo, admirando el panorama de la ciudad como dos políticos malvados de una película de acción. Efectuó un barrido con la mano de uñas muy cuidadas.

—Como puede usted ver —añadió.

Podía verlo. De hecho, costaba que el edificio Transamérica pasara desapercibido. Era una mañana encapotada; el sol no era más que un borrón amarillo detrás de las agitadas nubes. Allí, en el piso 23, estaban al nivel de las «diosas corporativas» de Muriel Castanis, que coronaban el postmoderno rascacielos de Philip Johnson situado al otro lado de la calle como antiguas gárgolas griegas, tres a un lado. Vestidos blancos fruncidos cubrían las estatuas de cuatro metros que se destacaban contra las ventanas negras como la obsidiana.

Los residentes en la ciudad habían discutido mucho acerca de las inquietantes cariátides encapuchadas. ¿Eran los ángeles del capitalismo? ¿Eran profetas que advertían contra la codicia y los privilegios?

—Es usted psicólogo, ¿verdad?

—Terapeuta. —No se dio cuenta de que se sentía mucho más a gusto con su actual trabajo hasta un instante después de que la respuesta hubiera salido de sus labios. Otro ajuste que debía realizar.

Las paredes de color beis olían a pintura, los candelabros murales de

cristal esmerilado tenían aspecto de ser nuevos y habían entornado estratégicamente la puerta del baño para que se viera el mármol curvo con los dos lavabos empotrados. Aquello estaba a un mundo de distancia de los urinarios con manchas de óxido y el jabón en polvo de Metro Sur.

—¿Cuánto hace que se dedica a la práctica privada?

—Oh, empiezo ahora. Aquí. —Se volvió y la moqueta se hundió agradablemente bajo sus mocasines—. Estoy en un momento de transición. Tengo otro trabajo.

—¿A qué se debe el cambio?

—El trabajo que tengo ahora es bastante agotador. Quisiera algo un poco...

—¿Más fácil?

Se dio cuenta de que aquella respuesta lo inquietaba.

—Bueno —prosiguió la agente—, seguro que puedo mandarle a unos cuantos amigos. Por no mencionar a mi madre —añadió en un susurro teatral, llevándose el canto de la mano a una comisura de la boca. De cerca, el perfume que llevaba era mareante—. Es la primera vez en siete años que este local está disponible. Así que es una estupenda ocasión para un alquiler

de dos años...

Daniel desconectó. Había vuelto a casa desde la comisaría la noche anterior... no, aquella mañana temprano... y conseguido dormir unas cuantas horas de manera intermitente con Cris acurrucada contra él. Cuando se había levantado como una zombi y se había ido a trabajar, él se había sentado pesadamente en el mostrador de la cocina, en boxers, y se había tomado una taza de café tratando de que su cabeza siguiera otros derroteros. Pero nada. Seguía viendo el mismo carrete de película, las mismas imágenes. Una puerta

de entrada roja, ya abierta. Estalactitas carmesíes pendiendo de los párpados inferiores de Marisol. Una silueta voluminosa volviéndose en el recibidor; aquella máscara sin facciones detectándolo en su escondite. Y la mano enguantada alzando la cámara digital y disparando.

Había una foto suya en aquella cámara.

En ese mismo momento, algún lugar de la ciudad se extendía ante él. Volvía a mirar fijamente las espectrales estatuas de la acera opuesta. Sin cara, no eran más que sombras bajo la capucha. Las nubes

se movieron e iluminaron las figuras esculpidas de un modo distinto. Una vez más se vio en el comedor de Marisol, petrificado en la oscuridad, intentando fundirse con la pared mientras los anchos hombros del asesino giraban y podía ver la horrible cara lisa.

Sonidos fantasmagóricos volvieron a sonar en su mente. El de la hoja cruzando el cuello de Marisol, el de la sangre salpicando las baldosas de la cocina.

Tendría que haber entrado en la casa más rápido. No tendría que haberse quedado quieto en la puerta de la cocina sin atacar al

asesino. Un segundo.

Un segundo antes y podría haberle salvado la vida. Una gota de sudor le hizo cosquillas en la mejilla. Apartó los ojos de las estatuas hacia el embarcadero y más allá, donde el puente de la bahía cruzaba hacia Oakland, aunque seguía viendo de reojo las manchas blancas de las diosas atrayéndolo como sirenas. La voz alegre se impuso de nuevo.

—... y está a un tiro de piedra de Chinatown.

—Cierto —dijo él—. Yo trabajaba allí. —Señaló hacia un punto situado detrás del resplandor

rojizo del Banco de América, hacia la oficina del ático donde él y el equipo solían barajar los activos de Evelyn en varios monitores—. Un edificio distinto con la misma vista.

Recordó la rutina de su antigua vida, los días que se confundían mientras conseguía que el dinero diera dinero, algo para lo que poseía un talento innato. Acostumbraba pasar la hora de la comida precisamente en la zona verde que estaban viendo en aquel mismo momento. Tomaba café en un banco empequeñecido por el principal atractivo del lugar, una escultura de doscientas toneladas

de granito negro pulido titulada Trascendencia, a la que en el distrito financiero apodaban con sorna El corazón del banquero. Cercando el mamotreto, había rectángulos de seto recortado tan prieto como se sentía él en su traje caro. Un paisaje mental como ninguno.

Luego había conocido a Cris, que le habría gustado decir que cambió su vida pero no lo hizo; en realidad no.

Lo que había cambiado su vida había sido la perspectiva de perderla. Aquella certeza le había abrasado el cerebro.

Están sentados, prácticamente levitando en la silla de expectación. Las palabras llegan, abruptas y duras, como piezas de un todo indigerible. Cuando el médico termina, se quedan mirándolo.

—Ni siquiera sabía que se pudiera tener cáncer de corazón — dice por fin Cris.

El médico parece inusualmente nervioso para ser alguien que se enfrenta a cosas parecidas todos los días. Tal vez sea porque los Brasher financiaron la mitad del ala de oncología cuando algún tatarabuelo tuvo cáncer de próstata y el Centro Médico de la

Universidad de California en San Francisco todavía estaba en pañales. O tal vez, lo más probable, porque se trata de un asunto tremendamente serio.

—Un mixoma en la aurícula izquierda —dice el facultativo desde su lado del escritorio—. Normalmente se dan en el lado derecho...

—Bueno —comenta Cris—, al menos soy especial.

El corazón de Cris en peligro. La idea deja sin aliento a Daniel. Se esfuerza por hablar a través de la niebla que lo envuelve.

—¿Qué será lo siguiente?

¿Cirugía? Quiero decir que...

—Mediante cirugía extraemos el tumor y unos cinco milímetros del septum. Sin embargo, los bordes del tumor de Cristina son muy difusos y se mezclan con el tejido que lo rodea. No queremos eliminar tanto tejido sano.

Cada uno en su silla, Daniel y Cristina evitan mirarse como por acuerdo tácito, pero han unido las manos sudorosas y se las aprietan fuerte.

—Entonces...

—Entonces la incluiremos enseguida en la lista de espera para un trasplante de corazón y

esperaremos a que llegue uno compatible.

No recuerda nada más. Ruido y viento en los oídos, una nevada ártica.

Luego, en casa, frenético, comete el error de buscar en Internet. Fiebre. Falta de aire. Espujo sanguinolento. Gente que se atraganta hasta la asfixia, ahogándose en sus propios fluidos.

Esperar no es una opción válida. Cris se encierra en sí misma, pero él hace lo que mejor sabe hacer: afrontar un problema insuperable sin ambages.

Canaliza toda la rabia y todo el

terror en setenta y dos horas de llamadas telefónicas y derivaciones a otros médicos hasta que consigue incluirla en un ensayo de la Universidad de California en San Francisco, la primera fase de una braquiterapia experimental que consiste en implantar isótopos radiactivos en el tumor para reducirlo.

Incluso combinada con altas dosis de radioterapia externa sigue teniendo una remota posibilidad de éxito, pero se acaba el partido, el cronómetro no se detiene y ya no pueden pedir tiempo muerto.

En la primera sesión, antes de

empezar el ensayo, se quedan solos en la sala del TAC un momento. El técnico se ha ido para realizar algunos cambios a los ajustes previos y Cris está tendida en la camilla, pálida como el papel, con los labios agrietados, con el escáner detrás como un salvavidas gigantesco.

Mira hacia arriba, enseñando la esclerótica, para ver la imponente máquina.

—Mi proscenio. —Se lleva las manos a una imaginaria chistera, itachán! El efecto cómico, estando en posición horizontal, es calculado. Él le toca un brazo.

—¿Lista para el siguiente número?

—Ya me parece estar en la morgue —dice ella, y las lágrimas le resbalan por las sienes.

Daniel le aparta el pelo de la frente y le besa los labios resecaos.

Llevan juntos menos de dos años y tal vez no tengan más tiempo.

Cris está llorando, por fin ha despertado a la realidad.

—Solo tengo treinta y tres años —dice—. No es ni la mitad de una vida.

Él lamenta cada momento desperdiciado, cada palabra airada,

cada estúpida discusión.

—Cuando esto pase —se da cuenta de que está diciendo—, haremos las cosas de otra manera. No daremos ni un segundo por seguro. Solo haremos lo que importa, lo que nos gusta hacer.

Ella le aprieta la mano y se la lleva al corazón, asediado por la enfermedad.

—Ojalá podamos —dice.

Oírla decir eso le afloja las rodillas. Cuando consigue hablar, le hace una proposición.

—Cásate conmigo.

La expresión de Cris cambia por completo. Ríe y se muerde el labio,

encantada.

—Cuándo.

—Esta noche. En la capilla del hospital.

—Estás loco. —Sonríe ladina—.

A Evelyn le dará un ataque.

Cuando, al cabo de dos horas, en la puerta de la pequeña capilla, llama a su madre, esta se resiste.

—No pienso ir a una boda en un hospital.

Al día siguiente, sentados en las mismas sillas pero en otra oficina, notan el metal de las alianzas en el anular cuando se cogen de la mano. Se miran y se sonríen.

—... mínimamente invasiva —

está diciendo el cirujano—. Los isótopos se implantan con agujas huecas. Cabe esperar un cierto dolor muscular y la radiación tiene efectos secundarios: náuseas, fatiga, pérdida de peso y... —Echa un vistazo al expediente y la cara se le ensombrece momentáneamente.

Cris sigue sonriéndole a Daniel, pero nota la expresión del médico y se pone rígida.

—¿Qué?

—Me temo que va a perder al bebé.

A Cris se le llenan los ojos de lágrimas. Parpadea y le ruedan por

las mejillas.

—¿Qué bebé? —pregunta.

—Y estamos dispuestos a darle una cantidad por la moqueta si decide ponerla de otro color.

Daniel volvió a la realidad en el piso 23, en la oficina vacía. La agente inmobiliaria, por lo visto, no había parado de hablar ni para respirar. Tardó un momento en recordar, en darse cuenta de lo que le estaba diciendo.

—¿Una cantidad por la... moqueta?

Después de haber soportado

recortes hasta en la cantidad de clips y de haber tenido que rellenar formularios incluso para hacer fotocopias, aquello le parecía algo de otro universo. Sentía una pizca de inseguridad, no podía negarlo. Ya había llevado aquella vida tan cómoda y le había parecido insuficiente. Había trabajado en un lugar como aquel, disfrutado de aquellas vistas magníficas hasta que ya no se lo habían parecido. ¿Hasta qué punto echaría de menos la determinación y la presión del grupo, la sala, las almas rotas de sus combatientes en el cuadrilátero? Los remordimientos y

la fealdad de aquel desenfrenado estilo de vida pero también la desenvoltura y el valor que requería. Esos momentos en los que se abría paso un rayo de esperanza para iluminar una vía oculta.

Sin embargo, la atmósfera allí arriba era embriagadora.

—Es un despacho muy codiciado, como puede imaginar. Si decide aprovechar esta oportunidad, podemos tener listo el contrato dentro de...

—Me lo quedo.

La mujer pareció no haberlo entendido hasta haber transcurrido

uno o dos segundos de maravilloso silencio.

—Magnífico. Aquí tendrá un nuevo comienzo excelente.

Antes de marcharse, Daniel echó un último vistazo a las siluetas fantasmagóricas de las estatuas con túnica, apenas distinguibles pero atentas, observando, como la personificación de la muerte, como el asesino de Marisol Vargas, como su conciencia.

En cuanto hubo reservado el despacho, Daniel tenía intención de volver en coche a casa, pero sin embargo enfiló en sentido opuesto. Era martes y no había reunión de grupo, pero se dejó llevar por un impulso, impelido a bajar al aparcamiento de Metro Sur. Se desvió y disminuyó la velocidad al pasar por delante de las plazas estrechas de la pared del fondo, donde se alineaban motos de todo tipo, desde Harleys hasta máquinas japonesas, con los cromados

relucientes o montones de herrumbre.

Recordó el comentario desdeñoso de Dooley: «Delincuentes con moto. Pues sí que va a ser una lista corta...»

Después de dar toda la vuelta al aparcamiento dejó el coche en su plaza y se apeó, inhalando el aire húmedo. Fragmentos de la noche anterior le asaltaban los nervios, enterrados bajo la piel. Se sacudió de encima la sensación y se acercó al ascensor. Las puertas se abrieron y salió un hombre. Daniel se detuvo en seco junto al coche, sorprendido de ver a A-Dre. La silueta se le

parecía y se movía como él, de un modo bastante parecido al del asesino de Marisol.

Vale. El asesino llevaba ropa holgada y negra. Aparte de ser alto y corpulento... No podía decir nada más de él. Era como todos los hombres del grupo y como muchos de los que daban vueltas por el edificio.

Sin embargo, Daniel sintió una descarga de adrenalina. Una leve punzada: trastorno por estrés postraumático, nada más.

A-Dre se paró al verlo.

—¿Qué haces hoy aquí? —le preguntó Daniel. No pretendía que

pareciera un reproche, pero lo pareció. ¿Qué esperaba que le dijera? «¡Oh!, he venido a dejar unas cuantas amenazas de muerte más en la sala del correo.»

A-Dre ladeó la cabeza y Daniel vio una vez más aquella máscara de motorista ladeándose para verlo desde el lado opuesto del recibidor de Marisol Vargas. El otro se le acercó despacio.

—¿No debería haber venido?

—Yo no he dicho eso.

A-Dre le dio la espalda ofendido y se alejó unos pasos hacia la pared del fondo donde estaban aparcadas las motos. Cuando se detuvo para

mirar hacia atrás, Daniel se dio cuenta de que se había quedado clavado delante del coche, esperando para ver si A-Dre se subía a una de aquellas motos.

—¿Vas a vigilarme?

—¿Hay algún motivo por el que no quieres que te miren?

A-Dre torció el labio superior en una sonrisa sardónica antes de acercarse directamente a Daniel.

—Asegúrate de que no me meto en uno de esos bonitos coches extranjeros. —Hizo un gesto con la cabeza para indicar el Audi de Daniel.

Él se aseguraba de no llevar

nunca aquel coche al trabajo, pero no era un día laborable. Tenía tan pocos motivos para estar allí como el otro.

—Unas ruedas muy chulas —dijo A-Dre—. En ese trabajo tuyo deben de pagar bien.

—Pagan bien.

—No, bien no. Tú tienes pasta. Te vistes para no atraer la atención, ¿verdad?, antes de dejarte caer por aquí. Con esos vaqueros usados y esas camisetas desteñidas.

A-Dre se le acercó tanto que notó su aliento en la cara. Se apartó ligeramente y el otro lo

imitó, cerrándole nuevamente el paso. En aquel momento no estaba para enfrentarse con A-Dre; lo único que necesitaba era irse rápida y limpiamente.

—Apártate, A-Dre.

En los tres años que llevaba dirigiendo grupos, no había tenido jamás una confrontación violenta con ninguno de sus miembros. A-Dre cruzó los brazos, ceñudo.

Siempre hay una primera vez para todo.

Daniel le sostuvo la mirada mucho más de lo que habría resultado cómodo, hasta que por fin A-Dre se rio y lo dejó pasar.

—Solo estaba bromeando.

Mientras Daniel iba hacia el ascensor, A-Dre se quedó quieto mirándolo. Era un juego de poder. A menos que hubiera alguna razón por la que no quisiera que Daniel viera qué vehículo conducía. Cuando el terapeuta entró en el ascensor y se volvió, el otro seguía inmóvil, observándolo desde el fondo del aparcamiento, y así permaneció hasta que las puertas se cerraron ocultándolo.

Antes de que el coche pudiera salir, Daniel pulsó el botón de emergencia para detener el ascensor y esperó, aguzando el

oído. Oyó pasos sobre el cemento y una pausa. Luego el inconfundible ronroneo del motor de una moto al ponerse en marcha.

Daniel se quedó con las manos apoyadas en las puertas metálicas hasta que el ruido de la moto de A-Dre se alejó.

Era una prueba indiscutible, pero...

Bajó el interruptor y el ascensor subió al vestíbulo. Pasó por el arco de seguridad y subió por la escalera al primer piso. Yendo por el pasillo, se dio cuenta de que sospechaba de todos. Estudiaba cada rostro con el que se cruzaba. No había tenido

en cuenta cómo se sentiría al volver a estar en el edificio. Estaba inquieto. Se detuvo junto a la fuente que estaba fuera de servicio para llamar a Cris.

—Solo quería comprobar si estás bien.

—Estoy bien, cariño.

—No lo parece.

—Propietarios corruptos, notas de desahucio ilegales... Van sacando a las familias una por una.

—Entonces..., ha sido un día normal.

Ella rio entre dientes.

—¿Y tú qué tal?

—Todavía un poco nervioso,

pero bien.

En la cola oyó voces de ancianos que discutían en tagalo.

—Te dejo ya, mi vida,⁴ o habrá un matricidio en mi departamento.

Observó una rata que corría por la unión entre la pared y el suelo para luego desaparecer por una grieta del zócalo.

—Vale. Pero..., ten cuidado.

—¿A mí me lo dices?

Se guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió hacia las oficinas de administración.

La recepcionista se sopló las

uñas pintadas y le indicó con un gesto de cabeza que pasara a los archivadores metálicos de expedientes que forraban la sala de los documentos confidenciales situada al fondo.

Daniel sacó el expediente de A-Dre y fue pasando las hojas hasta encontrar un formulario de consentimiento cumplimentado a bolígrafo con una letra descuidada pero que no coincidía en absoluto con la de las amenazas de muerte.

¡Qué alivio! Seguramente habría reconocido aquella caligrafía tan espantosa si la hubiera visto antes. Vale. Sospecha descartada.

Salía cuando se paró en la puerta.

En el grupo había otros cinco miembros.

Otra vez aquella repelente paranoia, aquellas termitas bajo la piel. «Así es como empieza», pensó.

Volvió a los archivadores y sacó los expedientes de los tres hombres restantes para confirmar lo que ya sabía. Luego comprobó la escritura de las dos mujeres, solo para asegurarse, por si..., ¿qué? Aquello era absurdo.

Avergonzado, devolvió los expedientes a los cajones y los

cerró. Bien, pues. Su gente estaba libre de sospecha. Punto.

A menos que alguien, otra persona, le escribiera las cartas al asesino. Algo que habría sido una jugada inteligente del plan de un criminal experto para un asesinato.

Contempló las hileras de archivadores que iban del suelo al techo. Contenían miles de expedientes. Recordó lo que él mismo había dicho: «No hay nadie en el edificio que no sea un posible sospechoso.»

¿Qué había aprendido indagando acerca de sus clientes como un Hermano Mayor de

pacotilla? Poco. Se fijó en la etiqueta de un cajón: «Kaal-Keaner.»

Aquel nombre garabateado, Lyle Kane, salió a la superficie de las aguas oscuras de su mente. Era el hombre que moriría asesinado a las doce de la noche del día siguiente. El hombre que, según el Departamento de Policía de San Francisco, no existía.

Daniel abrió el pesado cajón y fue pasando los expedientes, leyendo las etiquetas: «Kanatzar», «Kandt»; pasaban luego directamente a «Kaneko».

Así que no había ningún Lyle

Kane de la calle Bay ni de ninguna otra calle de San Francisco, ni tampoco ningún Lyle Kane que hubiera hecho uso de los servicios de Metro Sur.

Sin embargo, un breve vistazo al reloj incrementó su temor. Estuviera donde estuviese, el asesino había prometido que derramaría su sangre al cabo de treinta y cuatro horas escasas.

La incursión a lo Nancy Drew en los archivos no iba a cambiar nada. Salió y cerró la puerta.

Cuando pasaba por delante de la de Kendra, esta lo miró desde su mesa.

—¿Tienes lo que te pedí, Daniel?

—No. Se me olvida todas las noches. Lo siento. Te lo traeré.

La mujer lo miró por encima de los cristales de las gafas con fingido abatimiento.

—Uno de los de tu grupo acaba de venir. Ha traído sus papeles. A lo mejor debería dejarle dirigir el grupo a él...

—¿A-Dre?

Ella pareció un poco sorprendida por la intensidad con que se lo preguntó.

—Sí. Al parecer estará en el grupo hasta el final.

Y al parecer A-Dre tenía una

buena razón para estar allí siendo martes. Una entre muchas.

Kendra seguía estudiando desconcertada a Daniel cuando este se marchó.

El forro de goma de la escalera posterior chirriaba bajo sus suelas. A Daniel, el pasillo sin ventanas de la planta baja le parecía más desolado de lo habitual debido a sus temores. Cuando se acercaba a la sala del correo, empezó a oír un ronco murmullo que resonaba en las paredes blancas. Caminó más despacio, con el alma en vilo.

Con unos cuantos pasos cautelosos llegó a la altura de la

puerta de la oficina del conserje, que estaba ligeramente entornada. Los murmullos salían de allí dentro. Parecía que alguien hablaba en español, pero no entendía lo que decía, solo distinguía una voz ronca y el acento.

Se inclinó hacia la puerta y le dio un empujoncito. Al abrirse, reveló al conserje sentado en un banco delante de tres taquillas destrozadas. Hispano, con coleta lisa y la cabeza ladeada, sacaba un calcetín tras otro. Era un personaje conocido. Se lo veía por el edificio a todas horas, ya fuese con la fregona, sacando la basura o

haciendo pequeñas reparaciones con meticulosidad mientras la estructura en su conjunto se deterioraba alrededor de ellas.

En un primer momento, Daniel se preguntó por qué el conserje no lo miraba, pero luego se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Llevaba el mono sin abrochar bajado hasta la cintura. La camiseta interior, sin mangas, le dejaba al descubierto los hombros abultados llenos de cruces góticas tatuadas. La bombilla desnuda del techo lo iluminaba de perfil, sombreando la fina tira de vello que le bajaba desde la patilla por el filo

de la mandíbula y subía luego hasta formar un bigote.

Crispó los labios y el torrente de palabras tenía una intensidad casi esquizofrénica.

Daniel echó un vistazo a la pequeña habitación. Había un lavabo manchado en un rincón. Un montón de losetas de insonorización para techos agujereadas. En una caja de cartón abierta había paquetes de bolígrafos y blocs y (sí, allí) un fajo de sobres sin usar del departamento. Se le aceleró el corazón todavía más. ¿Para qué necesitaba un conserje tanto

material de oficina?

Iba a apartarse de la puerta cuando los murmullos cesaron de repente y el conserje volvió la cabeza y lo miró fijamente.

—Perdón —se disculpó Daniel—. La puerta estaba abierta y lo he oído hablar...

Sin responderle, el otro siguió fulminándolo con la mirada.

El aire enrarecido olía a sudor y productos químicos. Daniel tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no mirar los acusadores sobres.

Se aclaró la garganta y trató de acordarse de cómo se llamaba el

conserje.

—Alberto, ¿verdad?

—No. —Puso un pie en el banco y se ató el cordón de la bota negra.

La visión de la bota dejó helado a Daniel. Rebobinó hasta aquel momento de terror en casa de Marisol en que el asaltante se había vuelto y lo había atacado. Recordó las botas oscuras aporreando el recibidor. Pero ¿qué aspecto tenían exactamente aquellas botas? Volvió a notar el mismo prurito en la piel, como de una costra que no sana.

Se daba cuenta de que tenía que responder algo, así que se obligó a centrarse en el presente.

—Lo siento. Se llama usted...

—Angelberto.⁵ —Se levantó y se cubrió la camiseta sudada con la parte superior del mono.

—Trabaja muchas horas.

—Turno de día y turno de noche estoy aquí. Estoy aquí hasta que acabo el trabajo.

Recogió la caja de cartón y salió, obligando a Daniel a apartarse de la puerta, que cerró a continuación. Daniel esperó a que se volviera y señaló el contenido de la caja. Los sobres estaban encima.

—¿Para qué son? —le preguntó.

—El señor Carpenter me ha pedido que los lleve a Violencia

Doméstica, al cuarto piso. Puede preguntárselo. No son robados.

Daniel notó que se ruborizaba.

—No era mi intención...

Pero sí que lo era, y las botas negras ya se alejaban por el pasillo. Se quedó allí tal vez un minuto entero para rehacerse. El zumbido de las luces de techo era lo único que quebraba la quietud. Luego siguió andando hacia el final del pasillo, donde lo esperaba la sala del correo. Hasta que se detuvo en el umbral no se dio cuenta de lo mucho que había temido aquel momento. Contuvo el aliento y entró. Vio los casilleros. Vio su

casilla. Estaba vacía.

Se puso de puntillas y miró en la casilla del correo saliente. Al ver un sobre interdepartamental, el corazón le dio un vuelco, pero cuando le dio la vuelta llevaba una etiqueta impresa.

Estaba devolviendo el correo a su lugar cuando sonó el iPhone y lo sobresaltó. Era la llamada de alguien desconocido. Respondió.

—¿Qué demonios estás haciendo, Brasher?

Daniel ordenó el correo saliente en el casillero.

—¿Con quién hablo?

—Con la inspectora Dooley. —La

voz bajó unas cuantas octavas—. ¿Hace falta que le diga que manipular así el correo es un delito federal?

La cámara oculta de seguridad que la inspectora había instalado, claro. Giró en redondo, buscándola, pero no vio nada fuera de lo habitual.

—¡Oh! Esto es fantástico. — Soltó una carcajada—. La expresión de su cara... ¿Ha encontrado alguna galleta de Scooby en la casilla del correo saliente?

Daniel sonrió con suficiencia.

—Tendría que haberme visto antes.

—¿Temeroso de su propia sombra?

—Hoy no me hace falta ni la sombra.

—Me lo imagino. Estamos en la misma zona. Reúnase conmigo en el Philz dentro de veinte minutos. Quiero hacerle una proposición.

—¡Qué escándalo!

Pero la inspectora ya había colgado.

4. En castellano en el original. (N. de la T.)

5. Juego de palabras intraducible. En el original inglés, el conserje divide su nombre, «Angelberto», en cuatro sílabas que compara con cuatro palabras fonéticamente similares: on, «encima»; hell, «infierno»; bear, «oso» y toe, «dedo». (N. de la T.)

—En cualquier otro caso me serviría de su culpabilidad y apelaría a su deseo de ser un buen ciudadano para que hiciera esto —dijo Dooley—. Sin embargo, usted es listo y yo soy lista, así que hagamos como si ya hubiéramos superado ese preámbulo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —convino Daniel.

Esperaron a que les sirvieran lo que habían pedido en el Philz, el mejor café de la zona de la bahía. Fuera, en Mission, sonaban las

bocinas y los coches aceleraban en su soleada y sucia gloria, con los Twin Peaks sobresaliendo de la neblina. Vastos murales de santos, la Madre Tierra y obreros inmigrantes decoraban las animadas callejuelas y las puertas de los garajes. Los cables del tranvía cortaban el cielo y los cuadriculaban en los cruces. Cada cinta para el pelo era una fiesta cultural, cada mendigo llevaba un poncho andrajoso, en cada coche chillón sonaba rap de pandilleros a un volumen que ni siquiera los alquileres en alza podían amortiguar. Vivían allí muchos más

centroamericanos que en ningún otro lugar excepto..., bueno, Centroamérica. Así que si no querías entrar para tomarte un café con hielo y menta, el popular mint-mojito iced coffee del Philz, podías hacerte con una pupusa⁶ o con un burrito típico de Mission que te daba ganas de cambiarte al catolicismo. Dentro, el Philz era una mezcla de la City en su conjunto. Un tipo con una BlackBerry implantada en la cabeza gritaba órdenes de venta. La enorme pegatina de la pared que tenía detrás le servía de leyenda: «Apoye el programa de erradicación

de los yupis.» Una niñera empujaba el cochecito doble de unos gemelos llorones. Dos norteños con jersey de los 49ers⁷ miraban con arrogancia a Dooley y a sus dos colegas. Y Daniel hacía todo lo posible para seguir la conversación de los policías.

—Que quede entre nosotros: en su departamento hay una bruja —dijo Theresa.

—Y nosotros no podemos pedir todos esos documentos. ¡De verdad! Cuando le echamos el ojo a un sospechoso, si lo hacemos, vamos a necesitar que revise algunos expedientes por nosotros.

—Sabén que no puedo hacer eso —dijo Daniel—. Además, ustedes tienen pleno acceso a esos expedientes. Todos los que pasan por nuestro departamento son criminales convictos con un oficial de la condicional. Hablen con los oficiales y les facilitarán cualquier expediente que necesiten. Es un procedimiento simple.

—Un procedimiento que requiere más tiempo.

—¿Más tiempo que hacerme romper la confidencialidad? —Sintió una oleada de remordimientos por lo hipócrita que estaba siendo. Hacía menos de una hora que había

estado fisgando en los expedientes por motivos mucho menos profesionales.

—Usted estaba fisgando el correo.

—No he hecho ningún juramento que me obligue a no mirar el correo saliente.

Uno de los colegas de Dooley, al que ella llamaba Rawlins, hizo un ruidito de irritación. Theresa no se había molestado en presentarle a ninguno de los dos, pero encajaban en el molde de Homicidios: cincuentones, de raza blanca, aspecto duro y buena presencia estropeada por la edad y el estrés.

—Y menos cuando la seguridad de otra persona está en juego — dijo Dooley.

—Desde luego. En cuyo caso su teléfono estará sonando a los dos segundos. Créame.

—Así que, ¿eso es lo que está haciendo, llevar su propia investigación? ¿Entrar de puntillas en la sala del correo en su día libre?

—¿De puntillas? ¿Tan evidente ha sido?

Theresa atacó.

—¿Y eso de entrometerse con lo que hace el conserje?

—Se lo estoy diciendo —dijo Daniel—. El tipo no es trigo limpio.

—¿Es una opinión profesional?

—¡Sí!

—Hemos descartado al conserje

—dijo Rawlins—. Fichó la noche pasada. Hizo el último turno.

—¿No se puede falsificar una tarjeta para fichar? —preguntó Daniel.

—Sí. Por eso me aseguré de encontrar a alguien que lo hubiera visto personalmente en el edificio a eso de la medianoche, anoche. Una coartada irrefutable. Ya hemos cubierto más posibilidades de las que a usted puedan ocurrírsele, Brasher. No es el conserje. Es uno de los otros diez mil habitantes de

Metro Sur que usan botas de trabajo.

—¿Qué se supone que va a llevar un conserje para trabajar? —dijo el otro inspector—. ¿Guaraches?⁸

—A lo mejor hay botas especiales de teletransporte —dijo Rawlins—. Unas que lo llevaron de Metro Sur hasta casa de Marisol con un simple taconeo.

Aquello iba camino de convertirse en rutina.

Daniel hizo un gesto con las manos: me rindo.

Dooley estaba disfrutando.

—Mire, Brasher, sé que se ha

visto metido en esto y que desearía que no hubiera sido así. Pero está metido. —Sonrió muy brevemente, como solía—. Así que, ¿por qué no usa sus superpoderes por el bien de todos?

Antes de que pudiera responderle, el camarero gritó su nombre y ella fue a recoger el café. Daniel miraba fijamente el tatuaje de banda del tipo que tenían delante: un sombrero cortado por un machete del que goteaba sangre. El teléfono de Rawlins sonó y él lo sacó y borró un texto. Cuando volvió a verse el fondo de pantalla, Daniel se dio cuenta de

que era un reloj digital en cuenta regresiva hasta la medianoche del día siguiente: el fin del plazo del asesino.

Rawlins siguió su mirada y se guardó rápidamente el teléfono. Se quedaron allí de pie, incómodos, un momento.

—No encontramos ni rastro de Lyle Kane —le confesó Rawlins con cansancio—. Nada de nada.

—Tal vez el asesino tampoco sea capaz de encontrarlo —comentó Daniel—. Tenía la dirección errónea.

—No confío demasiado en eso. El Hacedor de Lágrimas es muy

organizado...

—¿El Hacedor de Lágrimas?

Rawlins hizo un gesto de disgusto: se suponía que no debía dejar caer el apodo.

—La ocurrencia de uno de los oficiales. Se ha convertido en una etiqueta. No pueden acusarnos de ser imprevisibles.

»Haga como si no lo hubiera oído nunca —le sugirió el colega a Daniel de un modo un tanto amenazador—. Si este apodo se filtra a la prensa, esto va a estallar. Y el capitán también.

Daniel asintió.

—Nunca lo he oído.

—El sospechoso —continuó Rawlins recalcando el término— planea el modo de acceder, actuar y salir del lugar del crimen sin contratiempos, limpiamente. Tiene decidido de antemano quién será la víctima. Eso significa probablemente que ya ha localizado a Lyle Kane. Recuerde: ha elegido a esas personas por alguna razón, así que sabe dónde buscarlas. — Rawlins observó a Dooley, que echaba azúcar en el café al otro lado del local—. A lo mejor tendremos suerte y pillaremos a ese pedazo de mierda antes de que acabe el plazo. Estamos

removiendo cielo y tierra.

—¿No había nada interesante en las grabaciones de seguridad de la sala del correo?

—¿Aparte de usted? No. Pero Dooley lleva el caso, y es buena.

—Eso parece.

—Sí.

—Podría haber conseguido este trabajo por ser mujer y negra, pero yo lo conseguí porque soy un hombre blanco, así que...

—Relevará a O'Malley o a Gubitosi cualquier día de estos — dijo el otro inspector.

Dooley volvió tomando sorbos de café y reanudó la conversación

como si nunca la hubieran interrumpido.

—Ya lo pillo, Brasher. Pedirle que se salte la confidencialidad no va a funcionar. Bien. Lo único que digo es que a lo mejor podemos echarnos una mano mutuamente.

Le tendió la mano y Daniel se la estrechó.

—Todavía no se ha terminado el café. ¿Qué prisa tiene? —le dijo Dooley cuando ya iba hacia la puerta.

—Tengo que ir hasta la otra punta de la ciudad para ver a mi madre. Quiero ser yo el primero en contarle lo que pasó anoche. No

quiero ni imaginar lo furiosa que se pondría cuando se enterara.

—No le hemos dado su nombre a la prensa. ¿Cómo va a enterarse?

—Ella se entera de todo lo que pasa en esta ciudad —repuso Daniel.

6. Tortilla de maíz rellena de diversos ingredientes. (N. de la T.)
7. Los San Francisco 49ers son un equipo profesional estadounidense de fútbol americano de la ciudad de San Francisco. (N. de la T.)
8. Sandalias toscas de cuero. (N. de la T.)

Dos columnas de piedra flanqueaban la entrada de Sea Cliff, la acaudalada zona residencial enclavada por encima de las playas de la costa noroeste de la ciudad. Pasando por las mansiones con sus terrazas y sus leones de piedra, Daniel sintió la familiar contracción de la base del cuello que notaba siempre que se acercaba al hogar de su infancia.

Sus padres se habían casado allí, en un acantilado de China Beach. En el momento culminante

de la ceremonia, habían soltado un par de palomas y dos halcones de cola roja habían descendido de las alturas y las habían despedazado ante los ojos de los invitados al banquete: una apropiada metáfora del matrimonio. Denis Milner aportaba al enlace dinero y un título universitario en administración de empresas, pero Evelyn Brasher aportaba la fortuna amasada por su tatarabuelo, que había sabido sacar hábilmente ventaja de las concesiones de tierras del Congreso para el ferrocarril transcontinental.

Denis adoptó el apellido, más

prestigioso, de la familia de su mujer, una maniobra de la que hizo alarde bajo la capa protectora del San Francisco de los años sesenta y adoptó también sus cuentas bancarias. Aparte de las dos semanas que pasaba en julio en Bohemian Grove⁹ para fumar puros con Kissinger y Nixon, trabajaba de sol a sol, que era lo mejor para evitar a su cruel esposa. Cuando murió de un infarto a los treinta y siete años, un columnista de sociedad opinó que lo había hecho tan solo para escapar de Evelyn. Daniel recordaba a su padre como poco más que un retrato al óleo y

una silueta difusa.

En el camino de entrada, esperando a que las puertas de hierro se abrieran sin prisas, se acordó de la primera vez que había llevado allí a Cristina para presentársela a Evelyn. Eso había sido antes de que enfermara, antes de que él cambiara de profesión y volara el puente que lo unía a la fortuna familiar. Llevaban saliendo apenas unos meses, pero la relación había progresado bastante y a él le parecía que le debía a Cristina algo más que algunos detalles vagos acerca de su pasado. Le bastó poco para saber que

aquella primera reunión de su madre con su futura esposa sería también la última.

Evelyn los saluda en el comedor, con un ondeante chal de gasa. Acerca la mejilla a la de Daniel y le ofrece una mano firme a Crisitna.

—Consuelo, ¿verdad?

—Cristina.

—Bien, bienvenida, bienvenida.

Cristina ha traído un regalito que agarra con mayor fuerza a medida que la casa se le revela en toda su magnitud. Mira a su alrededor, fijándose en los cuadros,

atraída por uno de Toulouse-Lautrec, La Blanchisseuse, y los nudillos se le ponen blancos.

Daniel le ha advertido que su madre es difícil y una privilegiada, pero se da cuenta de que ningún adjetivo habría sido suficiente para describirla.

Evelyn sigue la mirada de Cris.

—Denis lo compró en una subasta unas cuantas semanas antes de su muerte.

—¿Denis? —consigue preguntar Cristina.

—Con una sola «n», como «pene».

Así es el odio cuando lo aviva un

fuego intenso: se vuelve frialdad.

La cena está prevista para después del partido de los Giants. Nada interfiere el disfrute de Evelyn con sus chicos vestidos de naranja y negro. En un extremo de la enorme mesa han puesto los cubiertos para los tres. Evelyn se da cuenta de que Crisitna intenta esconder el regalillo en el regazo.

—¿Es para mí?

Reacia, Cris le da el paquetito y la mira abrirlo con la cara tensa.

Son unos posavasos con cuadros de Toulouse-Lautrec. Cris juega nerviosa con el collar del barrio de Haight. Los posavasos de la casa de

objetos de regalo parecen más pequeños de lo que son en realidad en comparación con la verdadera obra que domina la pared que tienen detrás. Evelyn alza la cabeza. Su mirada encierra algo semejante al triunfo.

—Qué monos —ronronea, y los deja en una bandeja para mantequilla con gesto displicente.

Les sirven pollo asado y espárragos con un Riesling de la bodega.

—Así que trabajas en un comedor para indigentes —dice Evelyn.

Daniel no puede seguir

ocultando su irritación.

—Te he dicho que...

Pero Cristina se adapta a las reglas del juego.

—Soy asistente social, pero entiendo la confusión. En ambos trabajos hay que tratar con los pobres.

La sonrisa de Evelyn se vuelve franca. Ahora puede divertirse.

—Cuéntamelo todo.

—Mi trabajo consiste en proteger a los inquilinos de unos cuantos edificios de Dogpatch. Están desplazando a toda esa gente a bloques de apartamentos...

—Ah, sí —dice Evelyn,

llevándose a la boca unos espárragos—. Creo que hemos invertido en eso. ¿No es así, Daniel?

La habitación se ha quedado sin aire, o tal vez es que Daniel trata denodadamente de respirar.

—No lo sé —responde—. Eso es trabajo de Vimal.

—Bien, los dueños de las propiedades han decidido darles un uso más lucrativo —dice Evelyn.

—Echando a residentes que llevan allí muchos años y que ya no podrán permitirse vivir en su ciudad —le espeta Cris.

—Instaladlos en Hunters Point.

—¿En Hunters Point? Lo mismo

daría trasladarlos a Marte. Eso es como si le dijera a usted que solo puede vivir en Oakland.

Evelyn toma un sorbo de la copa de cristal.

—Yo podría vivir en Oakland si tuviera que hacerlo.

Una pausa cargada de implicaciones y luego las dos mujeres sonrían con suficiencia.

Son honestas adversarias.

—¿Tienes idea de los ingresos públicos que un proyecto de construcción como ese aporta a la ciudad? —le pregunta Evelyn—. ¿Qué crees que subvenciona esas pequeñas aficiones tuyas libres de

impuestos?

—Ah. La teoría económica de la filtración...¹⁰

—¿Puedes rebatirla, Carmela?

—Con vehemencia y eficacia. Y me llamo Cristina.

—Mamá —tercia Daniel—. ¿Es realmente necesario que adoptes el papel de Joan Crawford?

—No —le dice Cris, con las mejillas encendidas de excitación—. Estoy bien. —No queda en ella ni resto de incomodidad.

Daniel toma un saludable sorbo de vino antes de que Evelyn continúe con la partida de pimpón.

—Entonces unas cuantas

familias negras se mudan...

—¿Es que ya no se ha echado a los afroamericanos de bastantes zonas de esta ciudad? —dice Cris.

—Claro, de todas las zonas a las que se habían mudado cuando los japoneses fueron llevados a campos de internamiento. —Deja que sus palabras cuajen antes de proseguir—. Los negros que vinieron aquí huyendo de Jim Crow no prosperaron en el barrio de Fillmore hasta que echaron a los japoneses.¹¹ Toda mejora tiene un coste, querida. Los negros desalojaron a los asiáticos. Los indios desalojaron a los yuppies.

Los gays, esos guardias de asalto del aburguesamiento, desalojaron a los hispanos. Y además, lo reformaron, a Dios gracias. —Se da unos toquecitos con la servilleta en las comisuras de la boca—. Así que los edificios de lofts están aumentando en Dogpatch y a los pobres les toca perder. No es nada nuevo. Nosotros vivimos en las tierras de los indios yelamu. ¿Cómo se las arreglaron en esa época? Los trenes para transportar a la gente hasta aquí iban por las vías que habían construido los coolies, los obreros chinos que cobraban unos centavos al día. Siempre ha sido

así...

—¿Y debería seguir siéndolo?

—No, querida. Seguirá siendo así, no te quepa la menor duda.

No han probado bocado. Los platos siguen intactos. El pollo en su jugo resulta de repente indecoroso. El servicio quita la mesa y se retira. Otra noche más en Brasher Manor.

—¿De verdad crees que alguna vez algo va a cambiar? —pregunta Evelyn.

—Lo que creo es que esta vida es tremendamente dura y que tenemos la obligación de intentar hacerla menos dura para los demás

si tenemos ocasión —dice Cristina, y mueve los codos arrugando el mantel de lino—. Creo que muchos hacen lo que buenamente pueden y tratan de arreglárselas con lo justo. Malvive el tiempo suficiente y acabarás por no ser nada. ¿Alguna vez ha vivido con lo justo, Evelyn?

—¡Esto tiene gracia! —contesta Evelyn, y no es del todo insincera—. Te gusta decir a los demás unas cuantas verdades. La mayoría de la gente me dice solo lo que quiero oír, pero tú... Tú tienes huevos.

—Es una expresión muy vulgar, señora Brasher. Una expresión más propia del pie de esta colina. Y me

niego a prosperar a expensas de otros.

—¡Oh, cariño! Todos prosperamos a expensas de los demás. Llevar zapatos horribles y bisutería barata no te hace distinta.

Cristina se queda un momento sin habla, verdaderamente sorprendida por la pulla. Luego hace algo que deja de piedra a Daniel: se echa a reír; no con una risita ni una risa despectiva, sino con una hermosa, auténtica y sonora carcajada.

Evelyn la estudia con atención; en teoría ella es la única que disfruta con esos rifirrafes. Espera a

que pase la magia antes de preguntar:

—¿Postre?

—¿Por qué no? —responde Cris.

Se sirve el té.

Evelyn moja en su chocolate una magdalena con vainilla y le da un bocadito.

—Tengo entendido que eres sudamericana.

—Peor, lo siento —dice Cris—. Soy mexicana.

—No digas tonterías.

—¿Ella dice tonterías? —tercia Daniel—. Tú todavía no le has hecho una sola pregunta que no estuviera envenenada.

—¿Respecto a sus orígenes étnicos? Venga ya. ¿Crees que me importaría un comino si fueras por ahí con la hija de Carlos Slim?¹² No soy racista, soy clasista. Y lo soy por una buena razón. Cómo puedes, con la vida que has tenido, suponer que...

—¿Podemos tener esta repugnante discusión en privado?

—No veo por qué —contesta Evelyn—. Esto nos compete a los tres.

—Yo tampoco veo por qué —dice Cris—. ¿Por qué no desembuchamos sentados a esta mesa?

—Sí, adelante. —Con la boca pintada apretada, Evelyn centra la atención de nuevo en Cristina—. Ya has estado casada, ¿verdad?

La gente de su madre, siempre comprobándolo todo.

—Mamá —dice Daniel—, incluso para tu rígido patrón esto...

—Diez meses —responde Cris.

—Así que no cuenta —dice Evelyn.

—Realmente no.

—¿Y cuál es la historia de ese matrimonio «inexistente»? —insiste Evelyn.

Cris se muerde el labio, tratando de decidir por dónde empezar.

—Tuve una infancia desagradable, una de esas infancias desagradables que algunos cuentan en sus memorias. Unos padres negligentes, unos tíos lascivos; el lote completo. Él bebía. Me quedé embarazada. Lo despidieron, vino tarde a casa, beligerante y apestando a ron. A la mañana siguiente ya no estaba embarazada.

Daniel no recuerda haberse sentido tan marginado de una conversación en toda su vida. Lo han dejado sin palabras no solo la fascinación que siente en su papel de espectador, sino la autenticidad

de la mujer que tiene enfrente y su creciente admiración por ella. Está como abstraído en una película. Ninguna novia se había enfrentado a Evelyn de un modo tan competente y acaba de darse cuenta de que la cena es un estira y afloja al que él, sin darse cuenta, ha arrastrado a Cristina.

—Supongo que lo inteligente habría sido no casarse de entrada con alguien así —comenta Evelyn.

—Tiene toda la razón. Pero ¿sabe lo que hice? Lo dejé y juré no volver a permitir que nadie, fuera quien fuese, viviera donde viviese, me hiciera sentir de nuevo que no

valgo nada.

Evelyn hace una cosa que Daniel no le ha visto hacer a su madre en dos docenas de reuniones de juntas directivas ni en un centenar de almuerzos con la alta sociedad. Le rehúye la mirada a Cris.

Cristina se levanta y deja la servilleta, aún sin desplegar, en el plato.

—Gracias por la cena.

Daniel se levanta también y la sigue. Cuando salen de la casa, Cristina le susurra:

—¿Cómo es posible que provengas de una familia así?

Atónito, acelera para alcanzarla

en los escalones de mármol del porche.

—Yo...

—¿Qué?

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Aquella sonrisa deslumbrante le ilumina la cara. Busca colgarse de su brazo pero en el último instante se lo pellizca, tan fuerte que Daniel da un respingo.

—¿A qué ha venido eso?

Ella le lleva otra vez la delantera.

—Para que no lo olvides nunca.

Se detuvo delante de aquellos mismos escalones de mármol y miró hacia el Pacífico. La vista era lo único que echaba de menos de aquel lugar, el modo en que la casa parecía suspendida sobre el terreno en lugar de pegada a él. Al este, el Golden Gate protegía la bahía, con sus famosos pilares envueltos en niebla. Su color rojo anaranjado, oficialmente llamado «naranja internacional», era de hecho accidental: el color de la capa de imprimación que gustó al arquitecto porque combinaba a la perfección con el follaje otoñal de los cabos y además lo hacía más visible para la

navegación, destacándolo y confundiéndolo simultáneamente con el paisaje, único y paradójico; la personificación de San Francisco.

San Francisco era una ciudad de contradicciones como la que más. Sinónimo de libertad, pero sede de la prisión más conocida del mundo. Corazón del movimiento pacifista y cerebro de la máquina de guerra. Convivía en ella con el viejo tranvía la innovación más puntera. Era la ciudad más de la Costa Este de la Costa Oeste.

Mientras se acercaba a la casa, pensó en su vida con Cris, en que ellos también habían sido siempre

paradójicos, en cómo se las habían arreglado para armonizar las contradicciones y cerrar el círculo.

Un pintor de mediana edad con una gorra invertida del Oakland Athletics Baseball Club dejó de trabajar en la puerta principal para devolver el saludo a Daniel y dejarlo pasar. Un leve aroma de leña de abedul perfumaba el aire del interior. Recorriendo los bien amueblados pasillos, se preguntó si realmente debía estar allí. A lo mejor Dooley tenía razón y la noticia de su aparición en el escenario del crimen no se había filtrado.

La encontró en la biblioteca, ante a un fondo de libros encuadernados en piel, en un sillón orejero, como la mala de una película de James Bond, aparte del aparentemente anacrónico iPad que tenía en el regazo. A su lado el fuego chisporroteaba tras una triple pantalla de rejilla sobre el cual pendía aquel solemne retrato de su padre, que vigilaba la escena con tensa dignidad.

Ocupaba la pared que daba al sur un retrato de su abuelo materno.

Alzó la mirada y se ahuecó con una mano el pelo gris acero para

dejarse la nuca al descubierto.

—Daniel —le dijo duramente—. ¿Qué es eso de que estuviste presente en un asesinato?

No había sobreestimado el alcance de sus antenas, desde luego.

—Recibí una carta por error...

—Ya he hablado con el comisario de policía. Sé más acerca de esto que tú. —Volvió a centrarse en el iPad, tecleando y deslizando el dedo por la pantalla—. Voy a tener guardaespaldas asignados a tu casa.

Por eso había ido Daniel. Evelyn no solo había reaccionado a la

noticia: había tomado medidas al respecto.

—Estamos bien. No hace falta exagerar.

—¿Sorprendiste a Jack el Destripador, te sacó una foto y estoy exagerando?

—Es evidente que ese tipo va contra quienes considera que han hecho algo...

—¿Como pillarlo en plena evisceración?

—Si nos sentimos amenazados —dijo Daniel—, tomaremos medidas por nuestra cuenta.

—Estás siendo obstinado y niegas lo evidente. ¿Por qué será

que no me extraña? —Surgieron del iPad bufidos y tañidos caricaturescos.

—Mamá, ¿estás jugando a Angry Birds?

—No puedo evitarlo. Es tan... gratificante. —Sonrió a su pesar—. ¿Qué tal te va? ¿Sigues codeándote con delincuentes para ganarte la vida?

—De momento. Estoy pasándome a la práctica privada.

—Gracias a Dios. Al menos eso tiene un mínimo de respetabilidad.

La semiaprobación de su madre por aquel cambio le gustó más de lo que había pensado. Por en

guardia que estuviera, ella siempre encontraba la fisura en su armadura, razón por la cual se relacionaban solo muy de vez en cuando, con una llamada telefónica un mes y un almuerzo al siguiente.

Aunque durante el tiempo que pasaba entre contacto y contacto más y más arena se acumulaba sobre las minas terrestres, todavía tenía que fijarse bien dónde pisaba. Cambió de tema.

—¿Todavía sales con aquel compositor?

Un portugués veinte años más joven que ella, con todo el pelo y una impresionante colección de

ropa formal.

—No. Quería tener un hijo, conmigo.

—¿Estás segura de que no te perdiste algo con la traducción?

—Bueno..., no conmigo. Alguien iba a acoger su esperma y luego nosotros... No sé, lo habríamos criado. ¿Te lo imaginas? ¿A mi edad? Me imaginé a un niño pálido de cuello delgado tosiendo en un rincón de la habitación. Le dije a Leandro que hiciera las maletas y volviera a Braga.

Se oyó un timbrazo apagado y su madre metió la mano debajo de la manta con la que se cubría el

regazo y sacó un teléfono inalámbrico. Frunciendo el ceño, pasó la llamada al buzón de voz.

—Nos estamos poniendo duros últimamente con lo de apostar por las divisas —le dijo a Daniel—. Seguimos a largo plazo con el yuan cuando los chinos llevan veinte años viniendo a nuestro país. Vimal me llama a todas horas como una colegiala asustada. No tiene los arrestos que tú tenías para esto.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Indirectamente. Hasta ahí llego. Sobre todo cuando hace siete semanas y media que no te veo. No es que lleve la cuenta. Desde

luego, quién sabe si tú habrías tenido ahora lo que hay que tener para hacer las llamadas de negocios difíciles. Todas esas terapias pueden haberte ablandado. —Arqueó las finas cejas para dejar claro que lo estaba retando.

El pintor entró y se quitó la gorra de béisbol, una muestra de servilismo de las que Evelyn solía inspirar.

—He terminado, señora Brasher.

—Un día tarde. Le pagaré los cuatrocientos dólares.

—El coste del trabajo era de quinientos.

—Ha tardado demasiado.

—¿No debería pagarme más entonces? —Sonrió débilmente.

—Si así fuera, cobraría de más para lo que se estila en este barrio, pero lo dejaré pasar. Nos pusimos de acuerdo acerca de la fecha de finalización del trabajo. Los invitados a mi cena de anoche tuvieron que entrar por una puerta a medio pintar.

—Han hecho falta varias manos para que quedara...

—James... —Evelyn apenas levantó la voz, pero James apareció en la puerta—. Por favor, tráeme quinientos dólares.

El pintor sonrió agradecido y James sacó quinientos dólares crujientes de una bolsa de piel con cremallera y se los entregó a Evelyn, que apartó la manta y se levantó arrugando el primer billete del montón y lo arrojó al fuego por encima de la pantalla de rejilla. Luego entregó al perplejo pintor los cuatro restantes.

El hombre asintió una vez, despacio, comprendiendo, y se marchó.

Evelyn miró enfáticamente a Daniel para que supiera que el desafío seguía en pie.

—¿Lo menosprecias así

simplemente para dejarme las cosas claras? —le preguntó Daniel.

—Me alegro de habértelas dejado claras —repuso ella.

—Ha sido una visita muy agradable, mamá. —Fue hacia la puerta—. Nos veremos dentro de otras siete semanas y media.

Fuera, vio al pintor subirse a una furgoneta hecha polvo. Sacó cinco billetes de veinte de la cartera y se los ofreció por la ventanilla abierta. El hombre miró el dinero.

—No era su puerta de entrada —le dijo.

—Es mi madre.

—¿Y?

—Nadie debería tener que aguantarla aparte de mí.

El pintor puso en marcha el motor y puso las manos sucias de pintura en el volante.

—Yo tengo que aguantar a la mía, tío.

Los neumáticos hicieron crujir la grava y Daniel se quedó con el dinero en la mano.

9. Es un campo de 1.100 hectáreas situado en el 20601 de la avenida Bohemian, en Monte Ríó, California. Pertenece a un club de arte privado masculino de San Francisco conocido como el Bohemian Club. A mediados de julio acoge todos los años durante dos semanas en un campamento a algunos de los hombres más poderosos del mundo. (N. de la T.)

10. Teoría económica que defiende que hay que dejar que los negocios prosperen porque sus beneficios acabarán por filtrarse hacia las clases bajas y al resto de la economía. (N. de la T.)

11. En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, el presidente Roosevelt firmó la orden 9066 de traslado de todos los ciudadanos de origen japonés a campos de internamiento repartidos por los estados del oeste estadounidense, lo que vació Fillmore de japoneses. (N. de la T.)

12. Empresario mexicano. Es el tercer hombre más rico del mundo. (N. de la T.)

A la hora que Daniel llegó a casa, la falta de sueño de la noche anterior había hecho mella en él y volvía el crepúsculo del otro lado del parabrisas todavía más borroso. Refunfuñó cuando vio el coche aparcado en doble fila delante de la casa de los vecinos. Y allí estaba Ted, saliendo de detrás de la puerta del maletero con bolsas de la compra reciclables y tres niños, saludando por señas a Daniel, que sonrió forzadamente mientras entraba en el garaje. Luego salió al

encuentro de Ted, que estaba junto a su Subaru Outback, ese que tanto se había molestado en hacerle saber que se había fabricado en una planta industrial de producción nula de residuos.

—¡Hola, Ted! —Fingiendo tener prisa, Daniel comprobó el buzón, situado en la parte delantera de su pequeño patio. Eso le daba una excusa para evitar mirarlo directamente a los ojos y, eso esperaba él, tener que iniciar una conversación.

—Oye, Daniel, Danika y yo celebramos otro evento de escultura implosiva en el patio

trасero este viernes y nos encantaría que tú y Cristina asistierais.

El último había sido insoportable. Todo el mundo de pie sorbiendo sangría mientras extraían el aire de un enorme cubo de acero, que se arrugaba de una manera ostensiblemente artística.

Daniel sacó las cartas y se quedó quieto, haciendo acopio de fuerzas en el espléndido crepúsculo dorado de Pacific Heights. Estaba colado por muchos aspectos de San Francisco, pero allí estaban Ted y Danika Shea.

Danika había poseído acciones

de una nueva compañía que prosperó lo suficiente en los años noventa como para convertir las opciones de compra de acciones del mercado terciario¹³ en dinero. Desde entonces, ella y Ted se habían dedicado a una vida de constante autocomplacencia, y se embarcaban en cada proyecto con la agresiva y autoritaria pasión de los recién convertidos. Una semana eran partidarios de la dieta paleolítica; a la siguiente, de la macrobiótica. Tomaban almendras para la libido, bayas de acai para perder peso, café procedente del comercio justo para el alma. El

entrenamiento en suspensión, el cross-fitness y el Bikram yoga te salvaban la vida. Hacían referencia en tono confidencial a los chefs famosos: «¡No veas cómo está la andouille de Emeril!» Y blandían las causas como armas o bolsas de la emisora radiofónica NPR: la compensación de emisiones de CO₂, la ablación, los huérfanos de Ruanda. Trataban la obra de caridad de cada semana con la misma devoción que el último modelo de tabla de windsurf o el queso manchego.

Cinco años antes habían empezado los partos en casa con

velas y comadrona y bañeras de agua a temperatura corporal, todo ello relatado con inapropiado detalle en extravagantemente cautivadoras participaciones. Los productos de esas místicas entregas eran dos indistinguibles niños de pelo rubio, Jayden y Lucas, quienes, armados con botellas de agua de metal, se dedicaban en aquel momento a luchar por encima de la cabeza de su hermana pequeña adoptada, Simone.

Esa noche la irritación de Daniel con los Shea estaba más a punto de aflorar que nunca, tal vez debido a lo agotado que lo habían dejado las

pasadas veinticuatro horas, o tal vez como reacción a los efectos de «casa de los espejos» que sus vecinos causaban a sus propios valores, destacando las contradicciones y recalcando las hipocresías. Los Shea eran unos falsos de cuidado, desde luego, pero Daniel sentía una punzada de desconfianza en sí mismo por las mañanas, cuando le parecía que estaba aparentando también él mientras se vestía para salir al mundo real. Recordó las palabras de Evelyn: «¿Qué tal te va? ¿Sigues codeándote con delincuentes para ganarte la vida?»

Por fin se volvió hacia Ted y murmuró una excusa para no ir con Cris al evento de escultura implosiva.

—Bueno, haz todo lo que puedas —lo instruyó—. Es que es absurdo. Vivimos puerta con puerta y nunca nos vemos.

Jayden o Lucas le dio un porrazo en la cabeza a la niña, que soltó un alarido estridente. Ted se acuclilló y sujetó a Jayden o a Lucas por los hombros amablemente.

—Me parece que Simone está diciendo que eso no le gusta —le dijo.

Daniel aprovechó la distracción

para escabullirse.

La lluvia golpeaba la pared de cristal, convirtiendo las luces de la ciudad en manchas anaranjadas y amarillas y haciendo que el primer piso de su salón pareciera un fuerte del árbol. Cris estaba acurrucada contra Daniel en el sofa, leyendo el Chronicle y tomando sorbos de un Pacífico con lima. Él tenía los pies apoyados en la mesita de centro, al lado de los platos sucios de la cena, y usaba las rodillas de improvisado escritorio para complimentar el acuerdo de finiquito. Aunque

intentaba concentrarse, su mente volvía a la puerta roja entornada de la calle Chestnut. Solo que esta vez, en lugar de quedarse parado, la abría de una patada, arrancándola de los goznes. El enmascarado aparecía en la puerta de la cocina, se sorprendía y luego él y Daniel cargaban el uno contra el otro como salidos de una película de samuráis. Si apenas detenerse, Daniel clavaba el trinchador en el plexo solar del asesino, que caía redondo, y llegaba junto a Marisol, que tenía los ojos dilatados de pavor, sí, pero aún respiraba, y era capaz de desatarle las manos y limpiarle la

sangre de las mejillas, diciéndole que la ayuda estaba a punto de llegar, que ya había pasado todo y...

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina.

—¿Qué?

—Meneas las rodillas. La cabeza se me bambolea.

La habitación se iluminó con dos relámpagos y al cabo de un momento el trueno retumbó en el suelo de madera. El efecto del gran ventanal y la lluvia que caía oblicuamente convertía el mundo exterior en algo traicionero.

—Perdona. Yo...

—¿Qué?

—Ojalá hubiera entrado por esa puerta con más rapidez. —No lo había expresado todavía con tanta claridad, al menos a su mujer, y las palabras destaparon la emoción que había estado manteniendo a raya.

Cris le tocó la cara.

—Lo sé, mi vida. Pero ¿quién sabe en qué clase de lío te habrías metido? Quizá Marisol hubiera muerto de todos modos, y no te tendría conmigo esta noche. —Se incorporó para mirarlo—. Esa media hora que pasé esperando tu llamada, Daniel, me pareció un

mes. Estuve imaginándomelo todo: la notificación de tu muerte; tu funeral; que no podría vivir aquí sin ti porque estás en todo lo que veo en esta casa y lo condenadamente furiosa que estaría contigo por haberte marchado corriendo y permitido que te mataran.

—Vale. No te pongas furiosa ahora.

Ella volvió a tocarle la cara.

—Llévame arriba.

Él dejó el papeleo, se levantó y la cargó a hombros.

—¡Para! ¡La espalda! Peso demasiado y esos repulsivos hijos de los Shea, Grayson y Chase, nos

van a ver por la ventana.

La dejó en el sofá, riendo.

—Se llaman Jayden y Lucas.

Cris se estaba partiendo de risa y tiraba de su camisa, intentando derribarlo encima de ella.

—Hamilton y Greydon. Y su hermana, Baba Ghanoush.

Todavía riendo, Daniel se dejó caer, abrazándose, contra el brazo del sofá. Por la ventana azotada por la lluvia, se fijó en una silueta que había en la calle y la risa se le congeló.

Una forma femenina con un chubasquero amarillo y la cabeza cubierta por la capucha, de pie en

pleno centro de la calle. Sin embargo, no fue su imprudencia lo que lo dejó helado, sino que estaba completamente quieta, como una de las diosas de Castanis.

La capucha le ocultaba la cara, pero la inclinación y aquello hacia lo que se dirigía el óvalo oscuro estaban claros: lo miraba directamente a él.

Luego la figura hizo algo que a Daniel le heló la sangre en las venas. Alzó un brazo que chorreaba lluvia y lo señaló.

Pasó un coche junto a ella sobre el resbaladizo asfalto, tocando el claxon y lanzando una cortina de

agua contra el chubasquero amarillo, pero ella ni se inmutó. Era una estatua de piedra señalándolo, por lo visto, acusadora. ¿De qué lo acusaba?

Cris se había incorporado un poco para echar un vistazo por encima del brazo del sofá y Daniel oyó cómo contenía el aliento.

Las gotas que se deslizaban por el cristal y la tromba de agua que estaba cayendo convertían a la mujer en una silueta borrosa. Daniel seguía sin respirar, sin moverse. Era como si lo hubiera dejado allí petrificado mediante algún conjuro.

Un fuerte repiqueteo rompió el hechizo. Daniel dio un respingo y Cris volvió a apoyarse en los almohadones, protegiéndose el pecho con los brazos.

No era más que el móvil de Daniel, que vibraba en la mesa de cristal.

Sin apartar los ojos de la mujer, tanteó a su espalda para hacerse con él antes de mirarlo. Era un mensaje de texto de alguien desconocido. ¿De Dooley, tal vez? Gracias a Dios.

Pulsó la pantalla y se abrió una foto.

Tardó en entender lo que veía.

Primero comprendió que la cara de sorpresa, pálida por el flash de la cámara, era la suya. Luego, que su postura, pegado a la pared junto a una puerta angosta, con el trinchador en la mano, era de puro terror.

Por último, que la salpicadura de sangre de las baldosas de la cocina, más allá de la silueta congelada de Daniel, era el chorro que había salido con el último aliento de Marisol Vargas por el tajo de su garganta.

Cuando por fin se rehízo y apartó los ojos del teléfono, la mujer de la calle había

desaparecido.

13. Mercado no oficial que incluye acciones registradas con operaciones de compraventa con menores comisiones. (N. de la T.)

Oyó las preguntas de Cristina como si estuviera debajo del agua; las palabras le llegaban desdibujadas y burbujeantes. Cuando le tendió el teléfono, le temblaba la mano. El doble shock le había vaciado los pulmones y se dejó caer en el sofá para recuperar el aliento mientras Cris entraba en acción y llamaba a Dooley, reenviándole el SMS. Contestó luego al remitente de la foto, pero no obtuvo más que un mensaje de error.

—Ahora tiene tu número —le comentó a Daniel entrecortadamente.

—Saben dónde vivo.

—Entonces, ¿crees que esa mujer colabora con el asesino?

—Tiene que estar relacionada con él, ¿no te parece? Ha sido algo coordinado. El teléfono ha sonado justo en el momento en que...

—Te han encontrado. —Hablabaja bajito, muerta de miedo—. Y no han tardado nada.

Daniel pensó en aquella dichosa fotografía suya en el tablón del personal del segundo piso de Metro Sur. Qué fácil tenía que haber sido

para alguien que frecuentara el edificio atar cabos.

Cris le había preguntado algo. Repitió la pregunta.

—¿Por qué te señalaba?

—No lo sé. Tal vez simplemente para que sepa que saben quién soy.

—Pero parecía..., no sé...

—No tengo ni idea.

En su teléfono sonó de nuevo el aviso de que había recibido un mensaje de texto. Le reenviaban la foto.

Y otra vez. Y otra. Y otra. La pantalla se fue llenando, para horror suyo y de Cristina, de una copia tras otra de aquella foto. Un

implacable bombardeo.

—Apágalo —dijo Daniel.

Cris no se movió, así que le cogió el móvil y lo apagó.

Se quedaron sentados en el sofá, jadeando. Luego, Cris se levantó y empezó a recoger los platos. Él la imitó. Los aclararon y los metieron en el lavavajillas. Pusieron en marcha el compactador de residuos y después Cris se volvió hacia él repentinamente y se abrazaron con fuerza.

—Dooley tiene el mensaje de texto —le dijo pegada a su pecho—. Intervendrá nuestro teléfono para intentar rastrear la llamada. Le he

dado permiso para que lo haga.

Él asintió. Le puso una mano en la frágil nuca.

—¿Qué me dices de la mujer?

—No ha sabido qué decirme de eso pero cree que la vía del teléfono es lo mejor que puede hacer por ahora para avanzar. Que mantengamos las puertas cerradas y la alarma conectada. ¡Qué menos!

Escucharon el repiqueteo de la lluvia en los cristales y en el tejado.

—¿Cómo crees que ha conseguido tu número de teléfono?

—le preguntó—. ¿Y nuestra dirección?

Daniel echó la botella de Pacífico en el cubo de reciclaje.

—Por los archivos del trabajo.

—Se supone que son confidenciales.

—No es precisamente Fort Knox. Además, el edificio está plagado de maldita escoria.

Lo dijo sin pensar, con dureza, y sintió de inmediato un ramalazo de remordimiento.

Cris se limitó a mirarlo.

—Venga —dijo él—. ¿Qué? Ahora mismo estoy furioso. ¿Tengo que cuidar el lenguaje en mi propia casa?

—No. Nunca deberías tener que

hacerlo.

—¿A qué viene eso? ¿Digo algo cuando me están amenazando y eso significa que estoy soltando lo que en realidad pienso?

—Claro que no. —Empezó a subir hacia el dormitorio.

—¿Qué, entonces?

Cris se volvió con la mano en la barandilla.

—Cuando era un bebé, mi madre me coló en este país con el certificado de nacimiento de mi prima, que había muerto cuando tenía tres meses. No fui legal hasta que me gradué en el instituto. Da igual cómo me apellide ahora:

siempre seré lo que soy.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Te preocupa no poder superar tus orígenes?

—No. Me preocupa que tú no puedas superar los tuyos.

Dijera lo que dijese, iba a lamentarlo, así que mantuvo la boca cerrada.

—Hay un asesino que tiene tu número de móvil —dijo Cris, y se le quebró la voz—. Tiene tu número. Ese bastardo ya ha matado a dos personas. Créeme: lo sé. Pero sigue chocándome oírte... No sé, parafrasear a Evelyn.

Daniel inspiró varias veces,

tratando de relajar los hombros.

—Está bien —contestó—. Pero no podemos meter nuestras historias en esto.

—Si tú puedes decir estupideces cuando estás desquiciado, entonces yo puedo decir estupideces cuando estoy aterrada. —Apretó los párpados y las lágrimas le rodaron por las mejillas—. ¿Vale? Los dos tenemos que poder decir alguna estupidez de vez en cuando. —Volvió a fundirse con él en un abrazo, apretándolo tanto que lo dejó sin respiración—. Quiero que alguien te proteja —le dijo—. Que te proteja a todas horas.

Daniel tiró ligeramente de su brazo y ella aflojó la presa. Estaba un escalón más arriba que él, de modo que quedaban a la misma altura, con la mejilla húmeda de Cris contra la suya. Al final del día, apenas quedaban trazas del aroma de su champú, y el azahar y la vainilla se mezclaban con el delicioso e intangible aroma de su cuerpo.

—Hablemos de ello —le dijo Daniel.

—¿De qué hay que hablar? Piensa en lo que ese tipo le hizo en la cara a esa mujer, en lo que le hizo a Jack Holley. Prometió que los

mataría y, simplemente..., lo ha hecho.

—Nadie ha jurado matarme aún.

—Te vio. Te sacó una foto. Te la ha mandado a tu móvil. Seguramente ha mandado a alguien hasta casa. Sea lo que sea que esté haciendo, va en aumento.

Sonó el timbre de la puerta.

La alarma estaba conectada y habían puesto el pestillo, activado la cerradura de seguridad y asegurado la cadena. Daniel y Cristina se quedaron al pie de la escalera, mirando la puerta de entrada desde el otro extremo del recibidor.

Daniel se acercó y pegó el ojo a la mirilla. Vio el bulto distorsionado de una cara de hombre. Apenas reconoció el gruñido amenazador de su propia voz.

—¿Quién es?

—Me llamo Leo. —Un entrecortado acento difícil de reconocer—. Yo...

—Apártese de la puerta —dijo Daniel—. Vaya hasta el borde del porche.

El hombre obedeció y Daniel pudo verlo mejor por la mirilla. Era calvo, bajo y fornido: un bolo humano. Parecía que le hubieran chafado la nariz contra la cara, aplanada por múltiples fracturas. La lluvia lo mojaba en el borde del porche, pero parecía no darse cuenta.

—¿Qué quiere?

—Me envía la señora Brasher.

Cristina lo miró con cautela, haciendo un gesto defensivo, confusa.

—¿Es usted guardaespaldas? — gritó Daniel a través de la puerta.

—No exactamente.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Me he enfrentado a situaciones parecidas en varios continentes.

—¿Parecidas a cuál?

—A esta. —El hombre se llevó las manos a la cintura, inmóvil a excepción de un leve desplazamiento de una rodilla, que traicionó su impaciencia—. ¿Cómo podría decirlo? Estoy más que

capacitado para este trabajo en concreto.

—Todavía no me ha dicho a qué ha venido.

—Ya le he dicho por qué he venido. —Una pausa antes de añadir—: La señor Brasher tiene mucho dinero.

—Y usted quiere..., ¿qué? ¿Seguirnos a todas partes?

—No. Mi trabajo es protegerlos aquí, en su casa, mientras duermen. Considérenme un perro guardián muy caro.

—¿Piensa dormir aquí?

—Dormir no, pero sí pasar la noche.

—No, gracias. —Se apartó de la mirilla.

Cristina puso la mano en la puerta, bloqueándolo con el brazo. Se le acercó y le susurró:

—El asesino de Marisol tiene una foto tuya. Tiene tu número de móvil. Sabe quién eres. Sabe dónde vivimos. Eres mi marido, así que tengo voz y voto en esto.

—No acepto nada de mi madre —dijo Daniel, haciendo un verdadero esfuerzo para no alzar la voz.

—Es tu vida lo que está en juego.

—Podemos contratar nosotros

mismos un guardaespaldas. —Tenía la mandíbula apretada—. Acudiremos a nuestros contactos.

—Eso llevará tiempo. Tenemos un problema hoy mismo, esta noche.

Cris, tiesa como una tabla, de puntillas, tenía la cara tan cerca de la suya que habría podido besarlo, tratando de discutir con él en susurros detrás de la puerta cerrada. A Daniel le resbaló una gota de sudor por las costillas.

Oyeron la voz áspera del de fuera.

—¿De veras quiere arriesgarse a que lo maten por un estúpido pique

con su madre, por una cuestión de orgullo?

Suspirando, Daniel miró las formas dibujadas en el jardín zen en miniatura de la mesa. Cris leyó la respuesta en su lenguaje corporal y la tensión la abandonó. Le besó la mejilla, desactivó la alarma, descorrió los cerrojos y accionó el picaporte. Sin embargo, Daniel puso la palma contra la puerta y la mantuvo cerrada.

—¿Cómo sabemos que es mi madre quien lo envía? —le gritó al de fuera.

El tipo se aclaró la garganta.

—«Y trate de no discutir con

Catalina, esa ansiosa mujer suya»
—citó simplemente.

Daniel apartó la mano de la
puerta, rindiéndose, y Cris,
lanzándole una sonrisa, la abrió.

A la noche siguiente, antes de aparcar y apearse del coche, Daniel recorrió todo el garaje de Metro Sur para echar un vistazo, como le había dicho Leo Rizk, el enviado de Evelyn, que hiciera. Cuando lo dejaron entrar para resguardarse de la lluvia la noche anterior, el hombre demostró ser muy concienzudo y capaz. Leo aseguraba que debían considerar su casa una fortaleza, y Daniel tenía que admitir que se sentía bastante más seguro estando el tipo allí.

Aquella mañana, cuando había bajado para salir a correr, se había encontrado a Leo sentado en la escalera tieso como una baqueta, con el arma contra el muslo.

Se había vuelto hacia Daniel.

—Nada de iPod, ¿vale? Lo necesitamos atento y al tanto ahí fuera —le había dicho.

Daniel se había quitado la capucha para que viera que no llevaba auriculares. Leo le había hecho un gesto brusco de asentimiento y se había apartado para dejarlo pasar.

La carrera había sido un ejercicio paranoico. Daniel se volvía

al menor ruido de cualquier pelota de fútbol que oyera a su espalda, y el corazón se le desbocaba cada vez que pasaba un coche por su lado. No ayudaba que Dooley hubiera rastreado el SMS hasta un número asignado a un teléfono desechable. El asesino enmascarado y la mujer sin rostro bajo la lluvia, unos desconocidos que estaban en algún lugar de aquella ciudad, esperando su momento.

Sentado en el coche con las puertas aseguradas, llamó a Cristina.

—¿Estás a salvo en casa?

—Llamas al hijo, así que va a ser que sí.

—¡Oh! Es verdad. ¿Nada extraño en el trabajo?

—El proyecto ya lo es bastante, pero no. No ha habido nada inusualmente inusual.

—¿Está ahí Leo?

—Claro. Le estoy preparando tamales.

—Me estoy poniendo celoso.

—Tiene un arma. Protege nuestro hogar. Se merece los tamales.

Daniel colgó, se apeó del coche y corrió por el garaje, preparado para una emboscada. Hasta que no

hubo pasado por el detector de metales del vestíbulo no respiró tranquilo. El paseo por el pasillo trasero fue otra prueba. Los sensores de movimiento de las luces, colocados a intervalos, se activaban solo cuando ya entraba en una zona oscura para iluminar el siguiente tramo de pasillo. Así que avanzó con cautela hacia la sala del correo, en tensión, esperando una espantosa revelación. Un imaginario horror lo aguardaba en cada tramo de oscuridad que tenía por delante. Marisol Vargas con lágrimas de sangre en las mejillas. Aquella máscara sin facciones del

asesino. Una mujer con chubasquero amarillo y la cara oculta en la oscuridad y el brazo alzado para señalarlo acusadoramente.

Cuando por fin llegó a la sala del correo tenía la camisa pegada al cuerpo. Se acercó indeciso a su casilla, pero no contenía más que unos cuantos folletos.

La casilla del correo saliente estaba vacía. Dejó escapar un siseo. Echó un vistazo al reloj que redujo el alivio que sentía.

Faltaban poco más de cuatro horas para la medianoche, momento en que la amenaza de

muerte a Lyle Kane de la calle Bay seguramente se materializaría.

Recordó que lo estaban viendo por la cámara de seguridad, enderezó la espalda y salió de la sala del correo. El pasillo estaba todavía iluminado por las luces del techo, tanto como de día, y Daniel sonrió un poco pensando en su agónico avance de antes. La puerta del conserje estaba entornada y llamó con los nudillo.

—Entre.

Angelberto estaba sentado en el banco, aplicando masilla de madera en un cuadrado de cartón con el palo de un polo. Alzó la vista y

asintió respetuosamente. ¡Qué ridículas le parecían a Daniel sus sospechas a la luz de un nuevo día!

—Solo quería disculparme por haber entrado sin permiso el lunes —le dijo.

—No pasa nada. Esto no es mío. No me pertenece. Simplemente me alegro de estar aquí y tener trabajo. —Amasó la masilla, ablandándola.

—Aun así, tiene usted derecho a su privacidad.

—Muchos sospechan que los empleados roban. Lo entiendo. Usted solo quería proteger el departamento.

—De hecho no —repuso Daniel—. Más bien estaba siendo un imbécil.

Angelberto sonrió apenas y Daniel se dio cuenta de que era la primera vez que veía sonreír a aquel hombre.

—Todavía no me he presentado, Angelberto. —Le tendió la mano—. Soy Daniel Brasher.

Mientras el otro se la estrechaba, vio una foto Polaroid de Angelberto con una mujer y un niño pegada a la puerta abierta de la taquilla.

—¿Es su familia?

—Sí.

—¡Qué guapos!

—Están en México. Los traeré cuando haya ahorrado lo suficiente.

—Espero que sea pronto. Buena suerte.

—Gracias, amigo, pero no creo en la suerte. Sé que la suerte no te lleva a ninguna parte, así que confío en el trabajo.

Daniel se despidió y se marchó. Tuvo que apresurarse por el pasillo y escaleras arriba, consciente de que el breve encuentro le estaba haciendo llegar unos cuantos minutos tarde a la terapia de grupo. Mientras se acercaba a la sala hizo cuanto pudo para prepararse

mentalmente para la sesión, pero una idea de vértigo lo perseguía: a Lyle Kane, dondequiera que estuviera, le quedaban seguramente menos de cuatro horas de vida.

—Fuera de mi puta silla. —
Xochitl, con los brazos cruzados e inclinada hacia delante, amenazó a A-Dre, que estaba arrellanado en la silla más cercana a la puerta.

El otro se incorporó, sonriendo.

—De todos modos, no quería este asiento. Solo quería verte el tanga.

—Eres un gilipollas.

—¿Ni siquiera un ser despreciable?

—No —repuso X—. Eres un gilipollas. El rey de los...

—Ya vale —terció Daniel—.

Empecemos.

A-Dre ocupó otra silla del círculo.

—Pero ¿por qué tiene que coger su silla? No es justo.

—Yo ingiero mil calorías comiendo en un minuto y quemo noventa y una por minuto en la cinta de correr —dijo Big Mac—. La vida no es justa.

—Tengo mucho frío —dijo Lil—. Con esa ventana abierta esto está helado.

—¿Quieres pedirnos algo? —dijo Daniel.

Ella se miró el regazo.

—A lo mejor podríamos...
¿Alguien más quiere que cerremos la ventana?

—Este edificio huele a mierda. Necesitamos..., bueno..., aire fresco —dijo Walter Fang, que abría de par en par la ventana todas las noches en cuanto entraba en la sala.

Lil se encerró todavía más en sí misma.

—Supongo que vale.

—Deja de suponer.

Nada.

Daniel notó una punzada de frustración.

—Lil, si no pides lo que quieres,

nadie podrá ayudarte.

—De verdad. —Lil se cogió un mechón de pelo—. No tiene importancia.

—¿Por qué no lleva chaqueta? —dijo Fang—. Todas las semanas dice que tiene frío, pero nunca trae chaqueta, ¡ah, no!

—Porque prefiere quejarse —contestó X—. Quejarse de que tiene frío, de que está sola, de que su marido la dejó...

—¿Cómo te sentirías tú? —preguntó Lil—. Lo hice todo por él. Hice todo cuanto me pidió y a pesar de todo me dejó.

—Mierda —dijo X—. Te dejó

precisamente por eso.

—Tú qué sabes —repuso Lil—. Nunca has estado casada.

—Cierto, un divorcio te convierte en una verdadera autoridad.

—Al menos yo lo intento. Puede que no parezca mucho, pero al menos me esfuerzo. Al menos no me limito a esconderme... como algunas.

Daniel le hizo un gesto de ánimo.

—Sí, esforzarse es genial —señaló X—. Un verdadero paso en la buena dirección.

La risa de A-Dre ocultó la ruindad del comentario.

Daniel esperaba que Lil siguiera defendiéndose.

—Tienes razón. Soy una estúpida —dijo en cambio, arrugándose como siempre que la presionaban.

El otro hombre observaba el altercado sin intervenir. Daniel dejó que las cosas siguieran su curso, observando, esperando el momento oportuno para empezar bien.

—Eres una zorra pusilánime —soltó X—. Dejas que cualquiera te pise. Te avienes a esta mierda y esperas que alguien te rescate. — La sudadera de hombre con capucha que llevaba le llegaba

hasta medio muslo. Nadaba en ella. Aunque era muy delgada y de huesos finos, sorprendía la intensidad que emanaba de ella. Era fácil olvidar que se trataba de una adolescente que dibujaba unicornios en el cuaderno—. Dime que estoy equivocada —le espetó a Lil—. Venga, dime que estoy completamente equivocada.

Lil abrió la boca pero no dijo nada. Agachó la cabeza y se escondió detrás de una cortina de pelo.

—Fallo garrafal —dijo X.

—Déjala en paz —intervino Martin.

—Ya está. —X aplaudió—. Ya te ha hecho morder el anzuelo.

Martin entrelazó los dedos de las manos.

—Lo digo en serio. Deberías disculparte con ella.

—Vale. —X se volvió hacia Lil—. Siento que seas una zorra patética.

—Dejémoslo así. —Lil daba golpecitos en el suelo con las sandalias—. No tiene importancia.

X se dio por vencida.

—¿Veis lo que digo?

Daniel intervino por fin.

—Xochitl, ¿qué te parece Lil cuando reacciona así?

—Me parece una zorra quejica.

Lo intentó de nuevo.

—Cuando Lil se queja, ¿tú qué haces?

—Me meto con ella.

—Bien. ¿Y qué consigues con eso?

El escaso viento que entraba por la ventana apenas podía con el aire viciado de la sala.

—¿A qué te refieres? —inquirió X.

—A que tal vez te alegra que todos..., bueno, que todos le presten atención a ella.

—En lugar de a ti —sentenció Fang.

—¡Ah! —dijo X—. Crees que

que... ¡Ah! ¿Crees que eso hago?

—Sí —intervino Big Mac—. Así nadie se mete con tu culo furioso.

—No digo que Lil sea perfecta —dijo Daniel—. Pero tú mantienes la atención tan centrada en ella como puedes.

X soltó una risita.

—Dadme un respiro, cabrones.

—Así que todos nos equivocamos —comentó Martin.

—Pues claro que sí. Miraos.

—Tú siempre estás pendiente de ser la número uno, ¿verdad? —dijo Big Mac—. Siempre pendiente de ti misma.

—Demonios, sí —repuso X. Por

primera vez, su cara denotaba una emoción auténtica—. ¿Quién va a ocuparse de mí sino yo? Nadie se preocupa por... —Se contuvo. Con los brazos cruzados, se quedó mirando fijamente un punto en la pared situado un metro y medio por encima de la cabeza de Daniel.

El terapeuta acabó por ella la frase.

—Nadie se preocupa por ti.

—Yo no he dicho eso. Eso parece una de las quejas de mierda de Lil.

—Si no lo dices, si no lo admites, ¿te lo parece menos?

—No me parece una mierda. —

Bajó los ojos y garabateó en el cuaderno.

Daniel cogió una silla desocupada de las que había alrededor de la sala y la añadió al círculo, convirtiéndolo en una herradura. Siguió mirando a X hasta que ella le devolvió la mirada.

—¿Quieres ser la primera en recibir feedback?

—Perfecto. —La palabra fue una flecha disparada contra su cabeza.

La chica se levantó y se dejó caer en la silla, frente a los demás, con una mirada amenazadora.

Daniel volvió a sentarse.

—¿Has escrito la carta?

—¿Qué carta?

—La carta a tu víctima.

—¡Ah! Esa mierda. Sí. —Se sacó un papel arrugado del bolsillo y lo leyó con monotonía—: «Querida chica violada. Perdón por haberte violado con un palo. No volveré a hacerlo. Atentamente, X.»

Big Mac cabeceó y bufó ligeramente.

—Error garrafal.

—Sí —dijo Martin—. Es una auténtica porquería.

—¿Eso es todo lo que se os ocurre? —inquirió Daniel—. Ya entiendo por qué queréis que estemos todos pendientes de Lil.

—¿Alguna vez ha pertenecido a una banda, terapeuta? —le preguntó X—. No lo creo. Hice lo que tenía que hacer y no lo lamento. Puedo escribir un montón de florida mierda arrepentida si va a sentirse mejor, pero estoy siendo simplemente sincera.

—Amén —añadió A-Dre.

—Sincera, ¿eh? —dijo Daniel—. ¿Cómo se llamaba esa chica?

—¿Quién? —contestó X.

—La que violaste.

X parpadeó dos veces, rápidamente, antes de alzar la barbilla.

—Sophie.

—Quiero que escribas una carta para la próxima sesión, pero desde el punto de vista de Sophie.

—Está bien. —Se levantó y fingió quitarse una mota de polvo del hombro—. Dices que evito esa mierda, pero al menos yo hablo. Sabes que quien lo evita todo aquí es Fang.

Daniel interrogó a todos los presentes.

—¿Creéis que eso es verdad?

Mientras los demás hacían ruiditos de diversa índole para manifestar su conformidad, Daniel echó un vistazo al reloj, calculando lo que faltaba para medianoche. Le

sorprendió haber pasado veinte minutos sin pensar en Lyle Kane, Marisol Vargas, o el enmascarado del vestíbulo, y sintió un arrebató de aprecio por aquel trabajo que le exigía estar concentrado al máximo.

Volviendo a centrar la atención en sus pacientes, señaló la silla desocupada y, al cabo de un momento, Fang se sentó en ella. Llevaba las deportivas impolutas, relucientes como las botas de un soldado, y el pelo peinado a la perfección. Ese día se había puesto un polo verde lima con un caballo enorme en la pechera.

Frunció los labios y se mantuvo en silencio. Siempre costaba mucho hacer hablar a uno de los silenciosos del grupo, y Walter Fang era uno de los menos habladores con los que Daniel se había topado.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —le preguntó.

—No.

—No te estás quieto en la silla. ¿Te molesta algo?

—No.

—Bien. ¿Cuál es la mejor pregunta que podemos hacerte?

Fang miró su reloj, la puerta, otra vez el reloj.

—No me han dado el..., eh..., el

trabajo en Home Depot.

Era una mala noticia. Llevaban varias semanas ayudándolo a encontrar un empleo, practicando las entrevistas de trabajo en grupo y aportando todos su granito de arena. Además, la oferta de la sección de herramientas y maquinaria de Home Depot era su Santo Grial.

Los otros murmuraron su desilusión, pero Fang los miraba inexpresivo.

—¿Tienes alguna idea de por qué? —le preguntó Daniel.

—A lo mejor odian a los chinos —sugirió X con brillantez.

Fang la ignoró.

—Simplemente, no me han gustado.

—Pero si preparamos mucho la entrevista —dijo Lil—. Lo hacías estupendamente...

—La entrevista me fue bien.

—Entonces, ¿qué salió mal? —
Quiso saber Daniel.

—Había que cumplimentar un formulario.

—Bien...

—No lo entregué.

—¿Por qué?

Fang daba golpecitos en el suelo con los pies, agitado.

—Tengo... Bueno..., me cuesta

escribir.

—¿Dificultades de aprendizaje?

—preguntó Martin.

—Mi padre dice que no eran dificultades de aprendizaje. —Puso un perfecto acento cantonés—. «¿Sabes cómo lo llamábamos cuando yo era niño, Waltah? Lo llamábamos estupidez.» —La menor animación era para él un exabrupto. Pareció avergonzado de haber captado la atención de todo el grupo—. Cuando era joven... —Calló y se humedeció los labios.

Martin había dejado de limpiar los cristales de las gafas con la camisa de franela.

—¿Qué?

—Me obligaban a dormir en el sofá del salón. Era el segundo de cinco y el chico mayor, pero era el..., eh..., el tonto. Así que no podía irme a dormir hasta que todos dejaban de ver la tele y tenía que levantarme cuando se levantaba el más madrugador. El último en acostarme; el primero en levantarme. Era como un mueble.

—Tus padres nunca te quisieron —comentó Lil.

—No, sí que me quisieron. Simplemente, ellos..., bueno... —Se aclaró la garganta ruidosamente—. Simplemente querían a alguien que

no era yo. Un buen estudiante, alguien que escribiera bien. Y yo no soy capaz, lo que significa que nunca tendré un trabajo decente.

—No —dijo Daniel—. Que nos lo hayas contado es fantástico. Ahora sabemos cuál es tu problema: la escritura. Eso implica que podemos dedicarnos a él y solucionarlo. Hay terapeutas ocupacionales especializados en el tema.

Fang se lo quedó mirando un buen rato con la cabeza un tanto agachada y la barbilla ligeramente adelantada. ¿Con altivez? ¿A la defensiva?

Daniel lo observaba, a pesar de

que el silencio se había vuelto insoportable. Big Mac apretó más el puño y todavía más de nuevo.

—Tengo el impreso de solicitud en el coche —dijo por fin Fang—. Si se lo entrego después de la sesión, podría... Ah, bueno... ¿Podría ayudarme?

Parecía sobresalir del asiento, colorado, completamente vulnerable, todo nervios. ¿Cuánto tenía que haberle costado preguntarle aquello?

Daniel notó que, por empatía, también él se ruborizaba.

—Sí —repuso—. Estaré encantado de hacerlo.

Cuando Fang volvió a su silla, Martin se inclinó hacia delante y le dio una palmadita de apoyo en la rodilla.

A-Dree fue el siguiente en ocupar la silla vacía, con los brazos cruzados y encorvado.

—Que quede una cosa clara, consejero. No voy a decir ninguna mierda sobre mi madre. La mujer es una reina. Y tengo una pregunta. Me ha dicho todas esas normas que tengo que seguir. ¿Cuál es su parte del trato?

—Mi parte del trato es que estaré aquí tres noches por semana, llueva o haga sol —dijo

Daniel—, y que te ayudaré a pasar por este trance. Podemos empezar cuando quieras.

A-Dre se rascó el tatuaje de LaRonda del cuello.

—Vosotros diréis, tíos.

—¿Quién es LaRonda? —empezó Martin.

A-Dre se puso rígido.

—Mi hermana.

—¿Se nos permite bromear acerca de las hermanas, consejero?

—intervino X.

La mirada fría de A-Dre la taladró.

—Yo no lo haría.

—¿Podrías descruzar los brazos,

A-Dre? —dijo Daniel.

—¿Por qué?

—Pareces agresivo, enfadado, cerrado; intimidas.

—Gracias.

Risas aisladas.

—Lo que digo es que la cicatriz y la tinta, sobre todo los tatuajes del cuello, inducen a la gente a ser prudente en cuanto te ve —dijo Daniel.

—Cierto.

—Si no te conociera, seguramente yo te tomaría por un tipo peligroso.

—Usted es un blanco con título universitario que se viste de pena.

¿Por qué tendría que importarme lo que piense?

—Quieres que las cosas te sean más fáciles en esta sociedad, ¿no? Pues en el mundo hay un montón de tipos que visten tan penosamente como yo.

—No sé yo —soltó X.

Big Mac chocó con ella el puño.

—Me gustaría que trataras de ser más abierto —le dijo Daniel a A-Dre—, y eso empieza por tu actitud corporal.

A-Dre se encogió de hombros y descruzó los brazos, dejándolos colgar torpemente. Se le vaía la cicatriz circular del bíceps.

Big Mac hizo un gesto hacia la zona pálida de piel.

—¿Cómo te hiciste eso?

—A los doce años, mi padrastro me quemó con un cigarrillo.

—Ese círculo es más grande que el de un cigarrillo —comentó Martin.

—Luego me quemé yo por encima con una sartén.

Lil se quedó pasmada.

—¿Por qué?

—No había nada que ese negro hiciera que no pudiera hacer yo mejor.

Todos se quedaron un momento pensativos.

A-Dre volvió a cruzar los brazos.

—Esto es una estupidez —
añadió.

—No te gusta que te consideren un delincuente —dijo Daniel—. Tienes problemas con la ley. Quieres controlarte mejor. Sin embargo, todo lo que te decimos parece no servirte de nada. ¿A qué se debe?

—Tengo un código. Los hombres no huyen de una pelea. Los hombres no se echan atrás ni, eso seguro, comparten una puta mierda en una porquería de grupo.

—Ese código te va a devolver a la cárcel de una patada en el culo —intervino Martin.

—O vas a conseguir que te maten —añadió Big Mac.

A-Dre alzó la cabeza.

—No me da miedo morir. Nunca he tenido miedo de morir.

—¿Hay algo de tu código a lo que estés dispuesto a renunciar? —le preguntó Daniel.

—No.

—¿Te aportan tus decisiones lo que quieres?

A-Dre se inclinó hacia delante en la silla, furioso.

—Puede que no, pero al menos me jodo yo la vida. Nadie me la jode. Nadie... —Se calló.

—¿Qué? —Daniel lo animó a

proseguir—. ¿Qué?

A-Dre se mordió el labio inferior.

—Nadie puede decirme que no soy lo bastante bueno.

—Porque tú se lo dejas claro nada más conocerte —dijo Daniel.

—No puedo hacer una mierda sobre eso de «cómo me ve la gente».

—Yo sí —afirmó Big Mac—. ¿Soy mejor que tú?

A-Dre se lo quedó mirando sin responder. Sudaba. Una capa de sudor le cubría los brazos y la cara, incluso el tatuaje de LaRonda.

—Venga, dime: ¿soy mejor que tú? —La voz de Big Mac retumbó en

las paredes.

—No, no lo eres.

—Entonces tú también puedes hacer «una mierda» sobre eso.

En los ojos de A-Dre hubo un destello de esperanza mientras asimilaba aquello, pero volvió a fruncir el ceño.

—¿Ya está? —Se levantó y volvió pavoneándose a su asiento de siempre.

—Todavía no —dijo Daniel.

Todos esperaron mientras A-Dre volvía sobre sus pasos, rezumando desprecio.

—¿Por qué peleas? —le preguntó Daniel cuando volvió a

estar sentado en la «silla caliente».

—Me gusta.

—¿Por qué?

—Es divertido, y se me da bien.

Los otros rieron.

—No he perdido ninguna pelea

—dijo A-Dre. Con aquellos músculos tan desarrollados no costaba creerlo—. ¿Nunca se ha peleado, terapeuta?

—Yo practicaba la lucha libre...

—A Daniel le interrumpieron diversas exclamaciones de incredulidad.

—¡Lucha libre!

—... con reglas y toda esa mierda...

—... y esas mallitas...

Daniel tardó un momento en reconducir la sesión.

—¿Qué tiene de bueno pelearse? —le preguntó a A-Dre, que se quedó dudoso sin saber qué responder.

—Nada —intervino Lil.

—No —dijo Daniel—. Nada, no. No me digáis la mierda que creéis que quiero oír. ¿Qué tiene de bueno?

—Por lo menos haces algo —dijo A-Dre—. No solo aguantas lo que venga.

—Vale. ¿Qué más?

—Consigues que te respeten.

Consigues chicas. Consigues lo que sea que puedes quitarle a alguien. Consigues que los demás hagan lo que quieres.

Daniel se levantó y se puso a escribir las ventajas en la mitad izquierda de la pizarra: «Respeto. Poder. Parejas sexuales. Control. Dinero.» Luego dejó la tiza y se limpió el polvo de las manos.

—Vale, muy bien. Ahora hablemos de lo que pasó después.

—¿Como qué?

—Como lo que pasó luego. A ti, a la gente que te rodea.

—A tu hermanita LaRonda —dijo X.

—Cierra la boca. No hables de LaRonda.

La cosa no avanzaba demasiado, pero por fin Daniel consiguió que A-Dre enumerara algunas de las consecuencias de las peleas, que anotó en la otra mitad de la pizarra: «Te despiden. Te arrestan. Te encarcelan. Rompes con la novia.»

Big Mac iba riéndose mientras crecía la lista.

—Sí. Ganaste todas las peleas, ¿verdad?

—Sí, las gané. Hubo algunas represalias, claro. Pero mira todo lo que obtuve antes. —A-Dre tendió

una mano hacia la lista de la mitad izquierda de la pizarra: «Respeto. Poder. Tías. Pasta.»

—¿Cuántas de esas cosas seguías teniendo al cabo de seis meses? —le preguntó Daniel.

A-Dre rechazó la pregunta con un gesto displicente.

—Seis meses después estaba en la cárcel.

Daniel dejó la tiza en la bandeja.

—¿Cuántas de esas cosas seguías teniendo al cabo de seis meses? —volvió a preguntarle.

A-Dre leyó la lista de la izquierda varias veces, inquieto, y

luego su expresión se ablandó.
Enlazó los dedos y se miró las
manos.

—Ninguna —repuso.

Cuando Big Mac ocupó la silla caliente tras la pausa, se quedó callado un momento, apretando con fuerza el puño.

—He tenido un contratiempo esta mañana —dijo finalmente—. No he podido estar con mis hijos porque estaba trabajando para alimentarlos, ¿vale? Mi hija tiene asma. El niño necesita libros para la escuela. Se acercan las navidades y... No gano lo suficiente como recogedor de residuos.

—Tío, eres «basurero» —

comentó X.

—X, lo que ponga en mi jodida nómina es...

—Recogedor de basura —dijo X—. ¿Sabes cómo llamamos a eso?

—¡Cállate de una puta vez, X! —gritó Martin—. Déjalo hablar.

Big Mac inspiró profundamente, cuadrando de nuevo los tremendos hombros.

—Siempre andamos cortos de dinero. La luz, la comida, el móvil...

—El coche que se avería cada dos por tres —añadió Martin.

—Exacto. Y a mi mujer no le pido mucho, solo que no me agobie, que cocine y limpie.

—¿Eso es todo lo que quieres de ella? —le preguntó Lil—. ¿Quieres estar casado con una señora de la limpieza?

—Eh, tú —dijo X—, que yo soy una señora de la limpieza.

Daniel no había dejado de prestar atención a Big Mac.

—Adelante.

Cling-cling. Cling-cling.

—Esta mañana se ha puesto a agobiarme, ¿vale? Ha sido lo primero que ha hecho, mientras tomábamos los cereales del desayuno. Que si se acercan las vacaciones. Que si tengo que conseguir un ascenso. Como si eso

fuera fácil, ¿eh? Como si fueran a ascenderme sin más. Y yo..., bueno, he dado un puñetazo en la pared. Pero ella ha seguido con lo mismo. Así que le he puesto la mano encima. Ha sido una simple bofetada, pero aun así... Y los niños estaban asustados, me tenían miedo. Lo he visto. Son demasiado educados, ¿sabéis? Aunque nunca les he pegado, nunca les he tocado. Son demasiado educados conmigo. Recogen la jodida mesa y se van a su habitación hasta que su madre puede llevarlos en coche al cole. Cuando he entrado estaban sentados en la cama como si... —Se

le quiebra la voz—. Como si no supieran qué hacer. He intentado decirles que lo sentía y ellos me han dicho: «Vale, papá, vale», como si lo único que quisieran fuese que los dejara en paz. Y eso es lo que quieren. Solo quieren que me vaya. No saben que lo siento de veras. No saben que lo siento de veras.

X soltó el aire y Daniel la miró.

La historia de Big Mac la había tenido en vilo; era la primera vez que Daniel la veía bajar la guardia. Nadie más había notado su reacción.

—Veréis —dijo Big Mac—. Yo

nunca tuve padre. Mi viejo se largó cuando tenía ocho años y mi madre se fue cuando tenía catorce, así que mis hijos están mejor, pero... No debería comportarme así, ¿vale? Cuando en el hospital los tienes en brazos y les besas los piecitos, no esperas que se sienten en la cama mirándote asustados, como si desearan que ya te hubieras ido. Estoy agotado y malhumorado de tanto trabajar para mis hijos y luego ellos me tienen miedo porque estoy agotado y malhumorado.

—Deberían entenderte — comentó X—. Deberían entender por qué has hecho lo que has

hecho.

De nuevo Daniel notó que lo decía con sinceridad. Algo de la relación de Big Mac con sus hijos la había conmovido profundamente, pero no quería interrumpir el momento centrando la atención en ella.

—... mi mujer —iba diciendo Big Mac—, la quiero, pero joder, quiere tocarme las narices.

—¿Hay alguna otra posible explicación? —le preguntó Daniel—. Aparte de que ella quiera tocarte las narices.

—Puede que también ella esté cansada —dijo Lil—, o tan

preocupada por el dinero como tú.

—No paro de decirle todo lo que hago por la familia.

—¿Qué más le dices? —le preguntó Daniel.

Big Mac se miró las manazas.

—La quiero, ¿vale? Ella lo sabe. No tengo que decírselo. Ella lo sabe por lo que hago, por lo mucho que trabajo para mantenerla.

—Entonces, ¿nunca le dices que la quieres? —le preguntó Lil.

—No hace falta.

—¿Por qué no? —le preguntó Daniel.

Un silencio.

—De todos modos me dejará. —

Cerró aquellos ojos suyos de tortuga—. Ella. Los niños. Más vale que lo acepte.

—¿Cómo sabes que se irá? —le preguntó A-Dre. Era la primera vez que le hacía una pregunta a otro miembro del grupo, un primer paso para incorporarse al círculo, por pequeño que fuera.

Big Mac inspiró y se le ensanchó el pecho, ya de por sí descomunal.

—Todo el mundo se va —respondió.

Daniel dejó en suspenso la frase antes de intervenir:

—Pero tú no quieres que se vayan. Quieres estar con tu familia.

—Todo el mundo se va —repitió Big Mac—. Lo aprendí de muy joven.

—Si lo aprendiste —dijo Daniel —, eso quiere decir que puedes «desaprenderlo».

—Pero es lo que pasa.

—Vale. —Daniel hizo un gesto apaciguador, recapitulando—. Si todo el mundo se va, ¿cómo tratas a todos?

El grandullón se lo quedó mirando sin entenderlo.

Daniel hizo un nuevo intento.

—Has decidido que todos los que te importan van a abandonarte. ¿Qué has decidido acerca de cómo

portarte con ellos?

Big Mac se pasó la mano por la mejilla sin afeitar.

—No confío en nadie —repuso—. No permito que nadie intime conmigo.

—Si vivieras con una persona que no confiara en ti y no te permitiera acercarte emocionalmente a ella, ¿qué harías?

Big Mag tragó saliva ruidosamente, con las comisuras de los ojos encogidas.

—Dejarla —contestó.

Se pasaron el resto de la sesión desentrañando las creencias de Big Mac, tirando de los cabos sueltos y viendo lo que salía. X se mantuvo ensimismada, perdida en sus pensamientos. No dijo ni una palabra, no soltó ni una sola ocurrencia, ninguna barbaridad colosal.

Cuando el grupo ya se disponía a marcharse, Daniel se acordó de que el plazo de Lyle Kane se terminaba. Faltaban solo dos horas. Aquella vuelta a la cruda realidad fue tonificante, y sintió otra oleada de gratitud por la calidez que habían creado en la sala.

Se aclaró la garganta.

—Solo quería deciros que habéis sido un verdadero estímulo para mí estos dos últimos días. La valentía que demostráis aquí es..., es verdaderamente inspiradora.

Big Mac sonrió de oreja a oreja.

—Mirad al terapeuta con sus topicazos de tarjeta de Hallmark.

—Ya lo sé —respondió Daniel—. Ha sido una metedura de pata.

X recogió los libros de texto rápidamente y fue la primera en marcharse, pero antes se detuvo en el umbral, con una mano en la jamba, por lo visto para soltar una de esas declaraciones típicas de

antes de hacer mutis, cuando ya no había tiempo para un análisis adecuado de lo que dijera. Se volvió ligeramente de perfil. Los demás seguían hablando y recogiendo las cosas, pero Daniel la observó, cautivado.

—Tuve un bebé a los diecisiete —dijo ella.

Todos se quedaron callados, congelados en la postura en que estaban.

—Renuncié a ella cuando vine a San Francisco —prosiguió—. Está en alguna casa de acogida, no sé en cuál. —Seguía evitando mirarlos directamente—. Debe de tener dos

años ahora.

Antes de que nadie pudiera responderle se había esfumado.

Cuando los otros se hubieron ido y Fang se fue al garaje a buscar el impreso de solicitud de empleo, Daniel se quedó un momento a solas para echar atrás la cabeza y suspirar en silencio. Se dio cuenta de que se moría por llamar a la inspectora Dooley y enterarse de si había hecho progresos para localizar a Lyle Kane, pero no la llamó; seguramente estaba ya lo bastante nerviosa, mirando el reloj

cada dos por tres como él y preparándose para las malas noticias. En la habitación silenciosa, notó el peso de cada segundo que pasaba.

Fang volvió nervioso con una hoja de papel manchada de café, como si fuera un boletín de notas. Se la entregó reacio y Daniel le echó un vistazo.

Vio inmediatamente que Fang era disléxico. Las líneas que había garabateado le recordaron las amenazas de muerte y lo angustiaron. Sin embargo, como ya había notado, la escritura era bastante diferente, espaciada y

poco firme.

Dominó los nervios y ayudó a Fang a reunir información para un currículum, observándolo escribir y fijándose en el modo en que sujetaba el lápiz. A pesar de que hizo cuanto pudo por no pensar en Lyle Kane, la cuenta atrás hasta medianoche repercutía en todo como la profunda vibración de la cuerda de una guitarra. Cuando por fin Fang se marchó, fue hasta la oficina del primer piso a dejar un mensaje para Sue Posada, una terapeuta ocupacional a la que había conocido en un curso de educación continua. No era fácil

encontrar a alguien de su campo que quisiera trabajar codo con codo con delincuentes violentos, pero él y Sue se conocían y ella confiaba en sus referencias.

Esperando a que saltara el contestador de su oficina, dio golpecitos con el lápiz en la página superior de la muestra de escritura de Fang.

Se le secó la boca.

Miró fijamente una palabra: había escrito «bar» en lugar de «dar». Ya no oía el tono de marcación.

Aunque no había aire acondicionado en el techo, notaba

la habitación helada.

Apretó los párpados y obligó a aquella escritura irregular de las amenazas a instalarse en la oscuridad de su pensamiento.

*lyle kane
c/ bay 316
san francisco*

Volvió a leer la hoja de Fang.

C/ Bay

C/ Day

En la línea solo había estática. El mensaje grabado de Sue seguramente se había terminado y había sonado la señal para que él

hablara. Colgó, aturdido. En la pantalla de su iPhone ponía que eran las 11.37 de la noche.

Veintitrés minutos.

Pulsando con el pulgar en el teclado virtual, llamó a Dooley, que descolgó al primer timbrazo.

—Sí, estoy aquí.

—...

—Sí, ya sé que nos quedan solo veintitrés minutos.

—El asesino es disléxico. — Daniel trató de hablar despacio, con poco éxito—. Ha equivocado una letra. Ha escrito calle «Bay» en lugar de calle «Day». —Cerró los ojos, escuchando teclear a Dooley.

Era como si el tiempo se estirara con intensidad onírica.

—No —dijo ella—. No hay ningún Lyle Kane en el número 316 de la calle Day.

La decepción lo invadió. Luchó con ella, tratando de concentrarse.

¿Qué otros errores cometía un disléxico? Los errores podían ser unos u otros dependiendo de su concentración, velocidad y estado de nerviosismo.

Volvió a cerrar los ojos y se imaginó aquella dirección garabateada.

—Pon el seis boca abajo. Busca en el número 319 de la calle Day.

¿Hay algún Lyle Kane?

Oyó de nuevo cómo ella tecleaba. La respiración se le aceleraba y era más profunda, de modo que se notaba la cabeza muy ligera. La espera duró una eternidad.

—No —dijo por fin Theresa.

Daniel agachó la cabeza.

—... pero hay un Kyle Lane.

Daniel se incorporó de golpe, derribando la silla. Se puso la pantalla del iPhone delante de la cara para ver qué hora era (veintiún minutos y bajando), pero seguía oyendo la voz de Dooley por el auricular.

—Reúnase aquí conmigo,
Brasher.

Salió en tromba y recorrió apresuradamente los pasillos vacíos. Sus pasos resonaban casi tan fuerte como su corazón.

La casa estaba en un modesto cuadrado de hierba de una manzana sin nada de especial de Noe Valley. Cuando Daniel dobló la esquina en el ridículo Smart, vio una ambulancia y cuatro coches patrulla en la siguiente curva, con luces estroboscópicas. Un vecino de edad avanzada estaba en calzoncillos, con la bata abierta, en su porche, hablando por el móvil y gesticulando. A otras muchas personas las estaba apartando un agente del cordón policial. El reloj

del salpicadero marcaba las 12.03 de la noche, tarde otra vez, pero resultaba evidente que los policías llevaban allí al menos varios minutos.

Un paramédico se fumaba un cigarrillo delante de las puertas completamente abiertas de la ambulancia y Daniel vislumbró la camilla, que seguía dentro, sin desplegar. ¿Qué significaba aquello? Miró hacia el porche. No vio ninguna bolsa para cadáveres, pero un haz de luz le indicó que la puerta delantera estaba abierta.

Hizo una pasada con el coche. La puerta de entrada estaba

desencajada, e incluso desde aquella distancia logró ver el panel astillado del que había sido arrancada. Mientras pasaba por delante distinguió a un par de agentes uniformados en el recibidor. Uno llevaba una tablilla sujetapapeles, el otro conversaba animadamente con alguien a quien no podía ver.

Daniel bajó la ventanilla y frenó delante del agente.

—¿Han llegado a tiempo?

—¿No parecemos ocupados? —repuso el tipo—. Estamos aquí fuera a medianoche dando vueltas y deseosos de responder a las

preguntas de los mirones.

—He venido a ver a la inspectora Dooley. Soy el que...

—Lárguese para que la inspectora Dooley pueda hacer su trabajo. Muévase. Y cómprese un coche de verdad.

—¡Está bien! —La inspectora se asomó a la puerta abierta, gritando hacia la acera. Le hizo señas a Daniel con dos dedos, como hacía para que obedecieran sus órdenes.

El agente sonrió y se apartó para permitir que Daniel aparcara. Un viento furioso le golpeó la cara cuando se apeó y se encorvó para protegerse de él mientras recorría

la acera.

Dooley lo esperaba en el porche, bajo un complicado móvil que tintineaba, con cara de disgusto.

—¿Cómo está Kyle Lane? —le preguntó Daniel.

—No está aquí. Así es como está.

Se quedaron junto a la puerta destrozada.

—Lo que no ha impedido que este de aquí haya derribado la puerta a lo Vin Diesel.

Un joven oficial agachó la cabeza sumiso y le puso la tablilla sujetapapeles en la mano que ella

le tendía. Se la tedió a Daniel.

—Firme en el registro del escenario del crimen y sígame.

Una agente canosa le arrebató la tablilla a Dooley, recelosa.

—Espere. El teniente, su teniente, me ha dicho que mantenga el escenario seguro. Sabe condenadamente bien que la prensa se está entusiasmando con este caso, Dooley, y ¿se va con un testigo?

—No es un simple testigo —dijo Dooley—. Forma parte del caso. Eso significa que tiene una ventaja que nadie más tiene. Necesito sus ojos y su experiencia, y si añadiendo

otro nombre al registro voy a acercarme un poco más, por poco que sea, al Hacedor de Lágrimas... —Dooley le cogió la tablilla de las manos a la mujer—, entonces voy a añadir otro nombre al registro.

Se la entregó a Daniel, que firmó, y se la devolvió con aire de disculpa a la molesta agente. Dooley lo agarró del brazo y tiró de él hacia el interior. El exterior de la casa no lo había preparado para aquel mobiliario tan recargado. El salón estaba forrado de papel rojo aterciopelado que lo oscurecía y varias lámparas, dignas de un burdel y rematadas por pantallas de

flecos, iluminaban una antigua mesa de centro en la que se amontonaban libros de arte sobre la Toscana. Encima de un aparador ornamentado había una colección kitsch de figuritas de porcelana Lladró y otra de copas apropiadas para cualquier vino varietal.

En la tapa cerrada de un piano de cola Mignón, una serie de fotos enmarcadas contenían los retratos de varios grupos de hombres en lugares diversos: tomando el sol en el muelle de una casa de la playa; posando bajo el alto techo abovedado y artesonado del vestíbulo del Teatro de la Ópera de

San Francisco; posando para la cámara a las puertas de un bar del barrio de Castro.

Theresa lo observaba mirar detenidamente las fotos.

—Sí —dijo—. Más vistosa que un mantel navideño.

Un rostro aparecía en todas las fotos, el de un hombre de ojos oscuros, de cuarenta y tantos, con una cola de caballo escasa y el mentón hundido. Kyle Lane.

—¿Lo reconoce? —le preguntó Dooley—. ¿Le suena de algo?

—No. Es la primera vez que lo veo.

Fuera, el móvil tintineaba de

manera apenas audible. Besos de metal contra metal.

—Mire el resto de las fotos. —Se dejó caer pesadamente en el sofá de chenilla y plantó los talones en la mesa de centro, haciendo tintinear un plato negro de porcelana Wedgwood que había encima de un libro de arte—. ¿Reconoce a alguna de las personas que salen en esas fotos? ¿A alguien de Metro Sur?

Daniel se tomó su tiempo. De un bol de la repisa de la ventana emanaba el dulce y polvoriento aroma de un popurrí. A su espalda, el agente hacía rechinar el parqué y

de la radio que llevaba en el hombro surgían ráfagas de estática. Se volvió hacia Dooley, cabeceó y se hundió en un sillón de piel con tachones, frente a ella. Se miraron, frustrados.

—¿Alguna idea de dónde puede estar Kyle Lane? —preguntó Daniel.

—No. Un vecino amigo suyo dice que nunca está fuera a estas horas entre semana.

—¿Cree que lo han cogido?

—No hay signos de que hayan forzado la entrada.

—Tampoco los había en casa de Marisol Vargas —dijo Daniel.

—Ni en la de Jack Holley. —

Dooley chasqueó los dientes, un tic de frustración—. Un secuestrador es otra clase de delincuente, pero no podemos descartar nada.

—A lo mejor Lane está de viaje.

—Hoy ha ido a trabajar —dijo Dooley—. Se ha marchado a casa a la hora de siempre.

—¿Dónde trabaja?

—Es director financiero de una empresa de comida sana. Barras con vainas de llantén y aceite de linaza, ese tipo de cosas.

—¿Es de San Francisco?

—De Appleton, Wisconsin. Vino para obtener su título en Berkeley. No tiene antecedentes. No tiene

ninguna relación con las otras víctimas que sepamos. Hemos hecho arrestos, no hemos dejado piedra sin remover. No tenemos ni idea de lo que Lane le hizo al asesino, de lo que hicieron ninguna de las víctimas. Todo parece aleatorio.

Daniel entrelazó los dedos, un gesto para calmarse, pero se notaba las palmas sudadas.

—Si no cree que hayan secuestrado a Lane ni que esté fuera de la ciudad, entonces, ¿dónde demonios está?

—Eso es lo que nosotros llamamos una «pregunta clave de

investigación». —Marcó las comillas con los dedos.

Entró un agente de paisano, cubriendo con una mano el receptor del móvil.

—El teniente quiere saber cómo va a resolver lo de la puerta derribada.

Dooley suspiró y pareció hundirse más en el sofá. Luego abrió una mano.

—Hay más fotos en el dormitorio, al final del pasillo. Écheles un vistazo —le dijo a Daniel cuando tuvo el teléfono.

Seguía habiendo un montón de policías desanimados en el

vestíbulo, así que Daniel pasó por la cocina. Con las encimeras desnudas, los muebles de IKEA y la nevera Kenmore, tenía un diseño puramente funcional, en notable contraste con el salón. Cuando salió al pequeño pasillo, el ambiente volvió a ser el de antes: candelabros en las paredes, carteles de Campari, incluso una alfombra azteca que añadía un toque de color a la gruesa moqueta blanca. El viento arreciaba, gimiendo en los aleros, haciendo más insistente la música del móvil del porche: clin, clin.

En el dormitorio del fondo del

pasillo predominaban los muebles de madera envejecida. Una cama con pie y cabezal, pulcramente hecha, con una docena de cojines decorativos. En el espejo de cuerpo entero del rincón se reflejaban la gran ventana de la pared opuesta y la claustrofóbica imagen de la pared gris del vecino, situada a unos sesenta centímetros del alféizar.

Apoyándose en el grueso colchón, Daniel examinó las fotos enmarcadas de la mesita de noche.

Un montón de caras; ninguna que él reconociera.

Se pellizcó el puente de la nariz;

la frustración le acalambra las sienes. Luego se apartó de la cama y su movimiento se reflejó en el espejo inclinado. Evelyn tenía una versión auténtica en su vestidor. Hizo una pausa para asimilar el familiar diseño: el clásico óvalo ligeramente inclinado en su marco de madera con aplicaciones.

El reflejo que le devolvía era poco halagador: piel pálida, cara demacrada, los ojos hundidos por el nerviosismo y la falta de sueño. En los dos días transcurridos desde que había recibido por error la carta de amenaza, se había colado por el agujero de la conejera y estaba

perdiendo de vista a marchas forzadas el camino de vuelta. Le hacía falta volver a casa con su mujer, dormir bien una noche entera y recuperar su vida.

—¿Qué haces aquí? —se preguntó en voz alta. Cuando se volvió para marcharse, el reflejo de sus pies siguió inmóvil, disociado de su cuerpo. ¿Por una ilusión óptica? Desconcertado, se quedó quieto. Retrocedió.

Comprobó que sus piernas continuaban por debajo de la parte inferior del marco del espejo. Allí estaban los tobillos y..., sí, los pies. Solo que no llevaban sus zapatos.

Llevaban botas negras de trabajo.

La mente de Daniel daba tumbos, tratando de aferrarse a la realidad. La alarma le encendió las entrañas súbitamente.

Antes de que pudiera reaccionar, el hombre salió de detrás del espejo. Apareció aquella cara con la máscara blanca. Un brazo fornido empujó la parte superior del pesado espejo hacia delante y este giró violentamente sobre sí mismo. Daniel apenas tuvo tiempo de alzar los brazos antes de que el impacto lo derribara al suelo.

Una lluvia de esquirlas de cristal le cayó sobre la cabeza y los hombros. El espejo, situado horizontalmente encima de él, le impedía ver la habitación y a su atacante. Solo veía los tablones del suelo y los trocitos de espejo que giraban y rebotaban en una confusión de reflejos.

Hubo dos pasos pesados y luego otro sonido de rotura al otro lado de la habitación. ¿La ventana?

Daniel giró para liberarse, aplastando con el torso los cristales. La ventana rota apareció ante sus ojos primero boca abajo y luego boca arriba. El hombre se

había ido: tenía que haber saltado atravesando el cristal.

Los gritos de los agentes surgieron del fondo de la casa y Daniel tuvo un único pensamiento diáfano: «Espéralos.»

Se levantó del suelo. Miró la ventana con el cristal roto. A juzgar por el sonido de las pisadas, los agentes estaban todavía al principio del pasillo.

Los preciosos segundos se sucedían.

«No salgas por esa ventana.»

Pero ya tomaba impulso y el marco roto basculaba con cada paso chirriante.

Saltó de lado por la ventana. Los pedazos de vidrio roto todavía adheridos se quebraron contra sus omóplatos, con un ruido parecido al de dedos rompiéndose. Tras medio segundo de vuelo, el impacto de su hombro contra el muro del vecino lo dejó sin respiración. Bajó limpiamente al estrecho callejón.

El espacio entre los muros era más estrecho que sus hombros y tuvo que andar de lado.

Más adelante, el intruso corría velozmente hacia el patio trasero. La sudadera negra, los guantes y la curva de neopreno de la cabeza lo convertían en apenas una silueta

oscura, en una sombra independiente del ser humano que la proyectaba. Una puerta al final del callejón daba a un arco que conectaba los bajantes de los edificios colindantes. De la hembrilla de la puerta pendía un herrumbroso candado. El hombre estaba atrapado en aquel tramo de callejón. Y Daniel con él.

Con el rabillo del ojo vio que los policías se asomaban desde el dormitorio, enmarcados por la ventana rota.

—¡Aquí! ¡Está aquí! —les gritó.

Corriendo hacia la puerta trasera, el intruso saltó y agarró los

barrotes a media altura produciendo un fuerte sonido metálico. Trepó rápidamente, como una criatura con garras. Entre la puerta y el arco que la coronaba había un hueco. Era lo bastante grande para que un hombre se colara por él.

Daniel fue tras el fugitivo, gritando.

—¡Va hacia el patio trasero!

Mientras el hombre alcanzaba la parte superior y metía el torso por el agujero, Daniel corría a toda velocidad por el callejón, frotando los muros que lo flanqueaban con los hombros y haciendo que la

pintura se desprendiera a su paso. El lugar olía a alquitrán y aire reprocesado, exhalado por las rejillas de ventilación. Justo delante, el hombre se coló por el agujero: el vientre, la cintura y las caderas se desvanecieron.

Daniel llegó a la puerta y saltó, pero se le atascó un hombro en la pared y no pudo agarrarse con ambas manos a la misma altura de los barrotes. Luchó para sostenerse con las manos sudorosas. El suelo daba vueltas a sus pies, descontrolado. Escalando, oyó procedente de más arriba el suave susurro de tela rasgándose, el

repiqueteo del metal contra el suelo. Agarrándose mejor, Daniel se dio impulso. Alzó la vista hacia el agujero de la parte superior de la puerta justo a tiempo para ver la pesada bota venírsele encima como un pistón contra la cara.

La sensación de ingravidez duró más de lo que parecía posible.

El relámpago en la sien se debilitó a cámara lenta y la oscuridad hizo presa en él antes de que se estrellara contra el suelo.

El paquete de maíz congelado del congelador de Kyle Lane

adormecía la hinchazón de la ceja de Daniel, pero lo que le hacía falta realmente era algo para acabar con su frustración. El Hacedor de Lágrimas se había esfumado en el laberinto de patios interconectados y de callejones que había entre las residencias de los alrededores. Daniel tenía el ojo izquierdo inyectado en sangre, con una fina garra roja abierta bajo el iris, como si lo sostuviera. Cuando se la había visto en el espejo del aseo había tenido que agarrarse al borde del lavabo.

En aquel momento estaba sentado en el sofá de chenilla ante

la atenta mirada de Dooley y un trío de agentes de paisano, como si esperaran que volviera por completo la cabeza como la niña de El exorcista. Fragmentos de algunas frases se abrían paso en la oscuridad.

—... lo que pasa cuando hay civiles comprobando una casa...

—... irrumpiendo, Dooley, respondiendo a un potencial asesinato en marcha...

—... de una patada en la puerta principal pero sin pensar en mirar detrás de un jodido...

—... y además, Brasher no tendría que haber estado aquí.

Puede demandar a la ciudad...

—Si demandara a la ciudad — dijo Daniel—, seguramente sacaría el dinero de mi propio departamento, maldita sea.

Dooley se incorporó.

—Habla.

—Apenas. —Se movió y otra puñalada ardiente le atravesó el cerebro.

—Vale —dijo Dooley—. Cuéntemelo. Paso a paso. A estas alturas debe de ser bueno en ello.

Daniel se levantó para enseñarle literalmente paso a paso lo ocurrido. La casa estaba llena de CSI que empolvaban y fisgaban.

Los destellos de las cámaras fotográficas conseguían que el pasillo y el dormitorio parecieran una discoteca.

Abriéndose paso en medio de la ordenada conmoción le aportó todos y cada uno de los detalles que recordaba, interrumpido de vez en cuando por agentes que intervenían para dar nueva información o recibir instrucciones, que Dooley les daba sin rodeos, con eficiencia: «Traslada los controles a Dolores y hasta la Veintiocho.» «Peinad el centro recreativo y haced salir a los vagabundos de Billy Goat Hill Park, a ver quién ha

visto algo.» «Pasad las huellas por el AFIS ahora mismo; separad el trigo de la paja.»

Daniel miraba a los hombres que la miraban y asentían obedientemente, y se dio cuenta de que los tenía a todos medio enamorados, lo que a ella le resultaba tremendamente útil en plena cacería humana.

Prosiguió con su relato para Dooley mientras se movían por la casa y terminó cuando se detuvieron ante la ventana rota del dormitorio.

Dooley se asomó al estrecho callejón.

—Dice que ha oído que se le rasgaba la ropa cuando ha pasado por encima de la puerta, ¿no?

—Sí. Justo antes de que me diera una patada en la cara. — Estudió su expresión meditabunda —. ¿Espera encontrar un trozo de tela?

—Espero algo mejor que eso — repuso ella—. Espero que se le descosiera un bolsillo.

Él seguía sin pillarlo.

—De los bolsillos sale de todo, Brasher. Sobre todo cuando se te rompen. Vamos a echar un vistazo.

En lugar de salir por la ventana rota salieron por la puerta principal

y rodearon el edificio hasta el callejón. Había unas cuantas furgonetas de los medios de comunicación, y un helicóptero, que hacía un ruido atronador, barriendo la zona con un foco, a unas cuantas manzanas de distancia. Parecía salido de una película de ciencia ficción.

—Supongo que ahora deducirá que tengo sus cartas —comentó Daniel.

—Sabrá que está usted en el caso sea por lo que sea —dijo Dooley—. Lo que lo hará precisamente feliz. —Se metió en el callejón. Tenía los hombros anchos,

aunque delgados, e iba rozando ambos muros.

El callejón recibía apenas la luz de alguna que otra ventana, de modo que sus sombras alargadas saltaron rápidamente. La puerta se alzaba delante de ellos. En el extremo más alejado había un investigador en lo alto de una escalera de mano, inclinado penosamente bajo el arco para mirar de cerca los barrotes, con una fantasmagórica mano enguantada de blanco en la que llevaba una linterna.

Daniel se acordó de lo poco que le había costado al intruso subir por

ella.

Recordó cómo la musculatura se le marcaba debajo de la sudadera negra y holgada. Recordó la suela de aquella bota, descendiendo hacia su cara. Al recordarlo hizo una mueca de dolor.

—Ojalá lo hubiera agarrado por las piernas para empalarlo con los barrotes —dijo.

Dooley se detuvo.

—¿Y se supone que es usted terapeuta?

—Ahora no estoy trabajando.

Se acercaron a la puerta. Dooley iba mirando al hombre de la escalera.

—¿Qué haces ahí arriba, Roscoe?

—¡Oh! Ya sabe. Me faltan mil treinta y nueve días para retirarme con la pensión completa. Consígame una aplicación de iPhone que me lleve la cuenta atrás. —La linterna iluminó los extremos de los barrotes—. No he encontrado nada aquí arriba. Ni sangre, ni fibras. Nada.

—Hummm. —Dooley se sacó la Maglite del cinturón y se agachó al pie de la puerta, revisando el cemento con el haz de luz.

Daniel se pegó a la pared para tener una perspectiva ventajosa.

Dooley movió el haz de luz por la parte inferior de la reja, iluminando unas cuantas hierbas que crecían en las grietas del cemento, piedrecitas, manchas de herrumbre. Y un cuadrado blanco doblado a un lado, justo debajo del gozne inferior.

Usó el bolígrafo para sacarlo. Lo dejó en el suelo y lo abrió en V mirando hacia ellos. Se puso en cuclillas y Daniel vio que doblaba los hombros como si soportara un gran peso.

—¿Qué? —le preguntó.

Ella apoyó los omóplatos en la pared para dejarle ver el rectángulo

que tenía a sus pies.

Era una tarjeta de visita.

La suya.

Mientras miraba fijamente la fuente de letra en la que estaba escrito su nombre, los latidos de su corazón se acompasaron con los de su sien, dejándolo de nuevo a merced del dolor. Inmediatamente tuvo que hacer un esfuerzo para respirar, allí, en aquel callejón estrecho. Era como si los muros se cerraran sobre él. El teléfono de la tarjeta estaba tachado.

Le cogió el bolígrafo a Dooley y lo usó para darle la vuelta a la tarjeta. En la parte posterior había

algo escrito de su puño y letra: su nuevo número de móvil. Solo lo había escrito en seis tarjetas.

En las seis que había dado a los miembros de su grupo de terapia.

A pesar del frío que hacía en el tejado de Kyle Lane, sudaba bajo la máscara y su aliento húmedo le humedecía los poros. Permanecía sentado pacientemente, abrazándose las rodillas, observando cómo el helicóptero, que en aquel momento estaba a medio kilómetro, seguía con su fútil espiral cada vez más amplia. Desde el principio, los policías se habían centrado en las manzanas circundantes por las que él podría haber huido. La ropa negra había

disimulado bien su presencia en el tejado la única vez que el foco del helicóptero lo había barrido. Simplemente se había pegado a la base de la chimenea, camuflado por su sombra.

Los agujeros para los ojos disminuían apenas su campo de visión y seguía los pasos de Daniel Brasher mientras cruzaba el patio delantero, volviendo a su estúpido coche. Brasher se detuvo un momento con la mano en la capota y la cabeza inclinada, como para recuperar el aliento. Parecía alterado.

Cuando el terapeuta se hubo

marchado, se tendió de espaldas y se fijó en las pocas estrellas que podían verse a causa del resplandor de las luces nocturnas. El sonido del helicóptero fue disminuyendo y, abajo, en la calle, los motores se pusieron en marcha y los coches se alejaron de dos en dos y de tres en tres. Cuando se sintió a salvo, avanzó a gatas hasta el tejado de la casa de al lado y se dejó caer hasta la cubierta de una barbacoa del patio trasero. Por entre los listones de la valla vio a los investigadores forenses recoger sus cosas bajo la atenta mirada de una policía de raza negra.

Se quitó la máscara, inspiró una profunda bocanada de aire frío y se la guardó bajo el cinturón junto con los guantes. A continuación se quitó la sudadera, dejando al descubierto una camiseta térmica roja con el logo de los 49ers. La echó a un cubo de basura del patio y la enterró debajo de un montón de platos de papel sucios de ketchup. Bajándose las mangas largas de la camiseta, salió a la acera.

Iba andando y silbando, pasando los dedos por el seto de junípero para que soltara su delicioso aroma. Al volver la esquina se encontró de frente con

un agente que hacía la ronda y que llevaba varios conos de tráfico.

—Disculpe, agente —le dijo, acercándosele—. ¿Ha visto a mi gata? Es atigrada y se llama Lady...

—Lo siento —lo cortó el policía—. Hoy no tenemos suerte. No encontramos nada.

—¿Perdón?

—Da igual. No, no he visto a su gata.

El agente ni siquiera paró. Siguió arrastrando los conos de tráfico por el asfalto.

Lo observó alejarse y siguió andando y silbando su melodía desde donde la había dejado.

El sol asomó por el horizonte, desparramando una capa de oro por la icónica silueta de la ciudad. Daniel estaba agotado, medio dormido al volante. La neblina de primera hora de la mañana hacía juego con el abotargamiento de la madrugada que amortiguaba el latido de su cabeza.

Al retirar aquella máscara de motorista de neopreno, ¿qué cara hubiese quedado al descubierto? ¿La de A-Dre, la de Big Mac, la de Fang, la de Martin? ¿O algún

miembro del grupo le había dado la tarjeta a otra persona? ¿Era el asesino un socio, un hermano, un novio?

La encapuchada bajo la lluvia, ¿era Lil o Xochitl?

Fuera cual fuese la explicación, algo estaba claro: alguien del grupo estaba implicado en los asesinatos del Hacedor de Lágrimas. Alguien que había compartido debilidades y pecados íntimos. Alguien por quien él se había preocupado y a quien le había sonsacado cosas y por quien y contra quien había luchado, por lo general simultáneamente. Él se había comprometido a ayudar a

aquellas personas a reconstruir su vida. Se había ocupado de ellas y había cargado con sus problemas para que pudieran levantar cabeza.

Había creído conocer a aquellas personas. Había creído entrar en su mundo, sumergirse bajo la superficie, nadar en las corrientes de fondo. Tal vez estaba equivocado, sin embargo. Quizá no había entendido nada. Posiblemente su punto de vista daba igual y seguía siendo simplemente un gilipollas rico de Pacific Heights.

La conmoción y el miedo y la patada de mula en la sien lo habían

dejado en un estado de nervios pésimo, devolviéndolo como la marea a la orilla de un paraje a la vez conocido y extraño, una versión onírica de las calles por las que conducía. Atajó por Castro, donde drag queens latinas con redecilla y plumas se exhibían en las aceras, pavoneándose frente a bares con nombres poco imaginativos: El toro solitario, La mula de Missouri, Dirty Dick's.

Continuó, bordeando Haight, cuyas cunetas estaban llenas de furgonetas Volkswagen pintadas y drogatas fugitivos en busca de una década perdida. Durante el Verano

del Amor, Janis Joplin tocaba su Gibson en una caja de cerillas de una sola habitación de la barriada; era un sonar de pandereta con el que la comunidad de Grateful Dead sintonizaba y del que se alejaba. Quedaban en el barrio reliquias de todas las épocas superpuestas como estratos geológicos en los escaparates, trazando la historia de la evolución de los beatniks a los hippies a los yuppies a los fauxhemians.¹⁴

Yendo hacia el norte, pasó por Alamo Square, con su hilera de casas victorianas de tonos pastel iluminadas por los primeros rayos

rosados del nuevo día. Tras sus caprichosos hastiales profusamente ornamentados sobresalía la cúpula verdosa del Ayuntamiento, donde el excomulgado Joe DiMaggio le dio el sí a Marilyn y donde, un par de décadas más tarde, cinco balas de punta hueca derribaron a Harvey Milk en los pasillos del poder. Cuánta gloria y cuánta vergüenza. Cuánta belleza y cuánto horror. Una ciudad que se había quemado seis veces hasta los cimientos antes de su primera década, renacida de sus cenizas una y otra vez, como un boxeador que no quiere quedarse tumbado en la lona.

Dejó volar su imaginación sobre los tejados de Tenderloin, donde comerciantes con los pantalones caídos ponían bolsitas en manos esqueléticas y prostitutas transexuales batían unas pestañas inverosímiles con un cigarrillo en los labios pintados, fumándose el trabajo de la noche.

A unas manzanas de distancia, otro ecosistema: el capitalismo de Union Square en perenne refinamiento, donde los adornos navideños lucían en los ventanales. Neiman y Chanel, Saks y el fantasma de los almacenes I. Magning. Coppola había rodado allí

la conversación de La conversación, pero ni siquiera su cámara de vigilancia había podido captar el callejón sin salida donde Miles Archer se había encontrado con su muerte de ficción, ni el hotel Palace, donde el presidente Harding fue derribado por un corazón agrandado o una venenosa esposa.

Dejándose llevar como Peter Pan, Daniel llegó a Russian Hill, con sus sinuosas cuestas demenciales, con su vertiginoso descenso hacia Filbert, cuyos cuidados jardines de flores bordean las curvas de Lombard, la segunda calle más tortuosa de la ciudad. El Mustang

de Steve McQueen había quemado los neumáticos en esas cuestas durante la mejor persecución de coches habida y por haber, perdiendo (algo bastante improbable) seis tapacubos del Charger.

Luego llegó a North Beach con toda su chillona gloria italiana. Allí estaba la librería City Lights, donde Ginsberg había gritado, con la fachada acanalada noblemente encarada hacia el primer bar de topless del mundo, situado al otro lado del cruce (si creemos lo que dice la placa conmemorativa). Carol Doda bailaba en la barra luciendo

sus Twin Peaks particulares allí, en el Condor Club, a un tiro de piedra de la calle Green, donde Philo T. Farnsworth hizo honor a su disparatado nombre de inventor creando el primer televisor. Y supervisando toda esta sórdida y elevada historia, la columna estriada de Coit Tower, la velita clavada en el pastel de Telegraph Hill.

Todas esas historias de la ciudad. Todas aquellas vidas; cada una distinta. Soñadores e inadaptados, desplazados e inmigrantes, víctimas y delincuentes, todos ellos llenos de

miedos ocultos e impulsos sórdidos, fantasías pomposas y rabiosos deseos. Llegaban siguiendo cantos de sirena, persiguiendo el cielo, a aquella ciudad refugio metida en un remolino de mareas siempre cambiantes y neblina. Una península formada por siete colinas, centelleante y gloriosa, con empinadas cuestas y vertiginosos descensos, una laberíntica confusión de calles de un solo sentido y estrechos callejones, velada por la niebla, sombría y luminosa. Un microcosmos de la psique humana en todo su esplendor y en todo su horror, sus

brillantes y sus abominables capacidades.

Había muchos lugares para ocultarse, muchas maneras de desaparecer. Muchas máscaras, imaginarias y reales.

Y, detrás de una, un asesino.

14. Tendencia cuyos seguidores pretenden llevar una vida individualista de pobre conservando sin embargo su seguridad económica y usándola a menudo para hacer realidad su fantasía. (N. de la T.)

Daniel llegó a casa cuando la luz del día era todavía débil y las calles estaban bañadas en un resplandor trigueño. Cualquier persona razonable habría estado en la cama. De esa categoría, por supuesto, Ted y Danika Shea quedaban excluidos. Estaban practicando yoga en esterillas, en el porche delantero de su casa, haciendo el saludo al sol. Ted alzó la vista desde la posición del perro boca abajo y le dedicó una saludable sonrisa a Daniel, que

consiguió esbozar una débil mueca y se volvió hacia su camino de entrada.

La alarma sonó débilmente cuando Daniel entró en casa, pulsó el código y la reactivó. Atontado, se quitó los zapatos con los pies y subió la escalera. Al ver al hombre sentado a la isla de la cocina, dándole la espalda, lo dejó paralizado. La silueta robusta, los hombros encorvados, la suave curvatura del cráneo brillando a la luz de la lámpara de techo... La inmovilidad. Daniel se quedó con un pie en el aire antes de caer en la cuenta de quién era.

Leo Ritz. Estaba sentado, tan quieto como una estatua de mármol, con una pistola al alcance de la mano derecha.

Por un instante Daniel se preguntó si estaba muerto, pero Ritz movió apenas un hombro y volvió levemente la cabeza llevándose algo a los labios. Daniel se le acercó y vio la botella de Blanton y un segundo vaso lleno delante de Leo. Miró la copa, la parte posterior de la cabeza de Leo y otra vez la copa.

—¿Espera a alguien?

—A usted —repuso Leo.

—Creía que los tipos como usted

siempre se sentaban mirando hacia la puerta.

—No me hace falta.

Por encima del hombro de Leo, Daniel vio la imagen débilmente reflejada de la habitación en el ventanal de enfrente. Tenía la botella cerca del borde del mostrador, colocada de manera que reflejara la parte de arriba de la escalera.

Daniel rodeó la isla y se sentó. Había dos dedos de líquido dorado en el vaso. Dejó que el licor le recorriera la garganta y le caldeara el estómago.

—¿Dónde está Cris?

—Arriba. Duerme. Quería esperar despierta, pero en cuanto ha sabido que estaba usted bien...

—Se llevó el vaso a los labios.

Daniel estudió la botella facetada. Su bourbon favorito, genial, el que prefería. No habían repuesto la botella de Blanton del bar desde que habían liquidado la última, después de una cena, el mes anterior.

Ni siquiera recordaba que Leo hubiera traído bolsa alguna, pero allí estaba, con la ropa limpia, tomando bourbon de Kentucky envejecido en un único barril.

Le habían dado el código de la

alarma y un juego de llaves, pero Daniel no estaba seguro de cuándo había salido de la casa.

—Una copa —dijo Leo—. Cada cuatro horas.

—No me importa —contestó Daniel.

Leo se quitó el reloj de pulsera y le limpió el cristal meticulosamente con la camisa. Llevaba las uñas pulcramente cortadas y no había ni rastro de barba incipiente en la cara afeitada.

La pistola estaba bien engrasada, con el cañón apuntando hacia la nevera, sin una sola huella en él.

—Gracias por estar aquí —le dijo Daniel.

—Es mi trabajo. Me pagan bien por hacerlo. —Tenía la piel de la cara lisa, pero las arrugas en las comisuras de la boca y en la frente denotaban su edad y parecían, a la suave luz de la cocina, un código de sensatez.

—De todos modos, gracias.

Leo se pellizcó la nariz, un signo de sorpresa. Llevaba una pulsera fina de cuentas de rosario en la muñeca izquierda. Notó que Daniel la miraba.

—Los antepasados de los cristianos maronitas se remontan a

los invasores europeos de las Cruzadas. Guerreros desde el principio.

—Su pueblo.

—Mi pueblo.

Daniel se levantó y se acercó a la ventana. El sol era apenas una noción en el este. La niebla, espesa como una sopa, atenuaba su resplandor, filtrando el color del cielo. Todos los miembros de su grupo estaban allí fuera, probablemente dormidos entre las sábanas. Todos menos uno. Recordó la cola de caballo de Kyle Lane, la cara suave y el cuerpo esbelto de un hombre en apariencia

poco tendiente a la violencia. También él estaba ahí fuera, en alguna parte, vivo o muerto, tomándose un Mai Tai o aferrándose a la vida con un corte de cuchillo sangrante bajo cada ojo.

—Esta maldita ciudad — comentó—. Esta maldita niebla.

—Se dice que la niebla era tan espesa que los exploradores no vieron la bahía en las primeras incursiones —dijo Leo—. Pasaron de largo. Y eran hombres supuestamente hechos a todo.

Daniel se volvió para mirarlo.

—No es una ciudad que revele sus secretos fácilmente.

Leo apuró la copa y dejó el vaso en la encimera. Su mirada fija inquietó a Daniel.

—¿Qué le pasa?

—Es probable que el asesino sea alguien de mi grupo, pero no sé de quién sospechar.

—Entonces empiece a sospechar de todos.

—¿Así funciona? —La pregunta era en parte retórica; Daniel no esperaba que le respondiera y no lo hizo. Fue más concreto—: ¿Cómo sabe lo que le importa si sospecha de todo el mundo?

—Desde que su vida está en juego —repuso Leo—, usted no

sabe lo que le importa.

Daniel quiso protestar pero se mordió la lengua, asimilando aquello.

Leo ladeó la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—¿Qué le ha pasado en el ojo?

—Me han dado una patada en la cara.

—He tenido noches así.

—Usted ha pasado por situaciones así —dijo Daniel—, en más de un continente.

Leo apretó los labios; sin embargo, sonreía.

—Cierto.

—¿Protegiendo a personas?

—He defendido a algunas y he atacado a otras.

—Atacado —repitió Daniel.

—Sí. A personas que habían hecho cosas que ojalá pudiera considerar todavía inimaginables.

—Y cuando encuentra a quien tiene la culpa...

—¿La culpa? —Leo usó el canto de la mano para devolver el vaso al círculo que se había formado por condensación—. La culpa no importa.

—¿Qué quiere decir con eso de que la culpa no importa?

—Todo el mundo tiene la culpa. Nadie la tiene. Así que..., no hay

culpa. Solo hay gente a la que hay que matar.

Se bajó del taburete, cogió la pistola de la encimera y bajó la escalera. Daniel se quedó un rato mirando los dos vasos vacíos antes de irse a la cama.

—¿Alguien de tu grupo? —
Cristina se alarmó.

A pesar de que iba despeinada y llevaba la camiseta con la que dormía caída sobre un hombro al estilo Flashdance, estaba alerta. Al entrar Daniel se había incorporado, completamente despierta, y lo

había abrazado tan fuerte como para hacerle daño en las costillas. Después de mirarle bien el ojo a la luz intensa del baño, había vuelto a la cama y se había sentado con la espalda recta en un revoltijo de sábanas mientras él paseaba de un lado a otro de la habitación.

—Eso parece —le respondió.

—Supongo que ahora sabemos cómo te ha identificado el asesino con tanta rapidez, por qué sabía tu número para mandarte esa foto. — Hablaba deprisa, atropellándose de un modo impropio de ella—. Pero ¿no hay nadie más que tenga tu tarjeta? No sé, miembros de otros

grupos de antes.

—Con el teléfono tachado y el número nuevo escrito a mano en el dorso no. Recuerda que lo cambié hace solo unas cuantas semanas...

—Es verdad. La AT&T es una porquería.

—... y que solo les he dado el número nuevo a los del grupo. La tarjeta era de uno de ellos.

—Aun así, no es seguro que uno de ellos sea el asesino. Alguno puede haberle dado la tarjeta a otra persona o alguien puede habérsela quitado. —Antes de que él pudiera objetar nada, se lo impidió con un gesto—. Lo sé, lo sé.

Lo de la navaja de Ockham y toda la pesca... Simplemente digo que la tarjeta no es la prueba irrefutable de que uno de los miembros de tu grupo sea el asesino. Solo lo hace más que probable. —Hablaba apresuradamente y en voz bastante alta, retorciéndose las manos. Tras una pausa, añadió—: ¿Cariño? —Dejó de mirarlo.

—¿Qué?

—Ahora estoy bien. —Lo miró un instante y soltó un suspiro tembloroso.

Daniel se acercó a la cama y la abrazó.

—Los dos hemos trabajado con

mucha gente peligrosa —le dijo ella apoyada en su pecho—. Pero esto es una locura.

Daniel se sentó a su lado y apoyó la espalda en el cabecero de la cama. Le dolía de la caída desde la puerta.

Cris notó su mueca de dolor y le cogió una mano entre las suyas.

—¿Quieres que te traiga el Advil?

—No sé. ¿Te parece que me hará sentir mejor?

—Me hará sentir mejor a mí.

—Vale, pues.

Cris fue al baño y él oyó cómo rebuscaba en el botiquín.

—Suponiendo que sea realmente alguien de tu grupo, ¿cómo no sabes de quién se trata? Los ves tres días a la semana.

Daniel recordó a Martin, A-Dre, Big Mac y Fang. Eran cuatro hombres altos de más o menos la misma compleción.

—Todos son grandotes. Aproximadamente de la misma estatura. El asesino lleva esa ropa negra y holgada que impide ver bien su aspecto. Además, no puede decirse que lo haya visto bien. Siempre está corriendo o dándome patadas en la cara.

—¿Qué me dices de la mujer

que estaba bajo la lluvia? ¿Podría ser del grupo también ella?

Daniel cerró los ojos. Vio la silueta borrosa bajo el aguacero. Aquel dedo acusador que lo señalaba. Había permanecido inmóvil a propósito, incluso cuando un coche le había pasado a escasos centímetros. La capucha le ocultaba la cara y la cortina de lluvia, la silueta.

—Sí —repuso—. Podría serlo.

—Seis miembros, seis sospechosos —dijo Cristina.

—Tienes toda la razón.

Cris volvió con las pastillas en la mano y un vaso de agua.

—¿Qué está haciendo Dooley al respecto?

—¿Ahora? Registrando la casa de cada uno de los miembros del grupo con un oficial de la condicional y policías apostados cerca.

—Bien. ¿Se puede registrar el domicilio de alguien en libertad condicional en cualquier momento, donde sea?

El sol de la mañana se colaba por las persianas, derramándose en haces pálidos por el suelo de parqué. Pronto sería hora de levantarse. Tenía una reunión a última hora de la mañana con

Dooley para trazar un plan antes de la siguiente sesión grupal. A la noche siguiente tendría que volver a sentarse en círculo con aquellas seis caras, a menos de un metro de distancia de todas ellas. Pensó en lo seguro que se sentía en aquel momento, allí, en su cama, separado del mundo por las persianas cerradas. «Miedo» no era una palabra lo bastante fuerte para definir la bola de metal retorcido que tenía en el estómago.

—¿Qué harás mañana por la noche? —le preguntó Cristina—. Con el grupo, me refiero.

—No lo sé.

—¿Cómo vas a trabajar con ellos si sospechas de todos?

—No puedo.

Observaron cómo los haces de sol avanzaban despacio por el suelo, dando paso a las amenazas de un nuevo día.

Daniel llevaba la camiseta pegada de sudor cuando bajó corriendo la cuesta. El ardor de los muslos aumentó. Todavía no había dormido, ni siquiera echado una cabezada. Cada minuto de inquietud era una hoja de afeitar que lo cortaba, deshilachándole los nervios fibra a fibra. Por fin, a eso de las siete, sintió el impulso de eliminar el estrés de su cuerpo corriendo. Le dolía la cadera. En la caída de la noche anterior se había hecho un cardenal con la forma de

Australia. Además, la sien le latía, pero el dolor y su capacidad para perseverar a pesar del mismo eran algo reconfortante.

Cuando pasaba junto a una cascada de buganvilia que acentuaba una pretenciosa villa Tudor, oyó pasos a su espalda. Al principio era un rítmico tap-tap-tap que fue acelerándose.

Sin frenar, intentó echar un vistazo por encima del hombro. A media manzana de distancia vio a un chico fornido con la capucha puesta y la parte delantera de la sudadera gris húmeda de transpiración. La capucha le

ocultaba la cara, pero la silueta le resultó lo bastante familiar como para que se le acelerase el pulso.

Se olvidó del dolor y sacó fuerzas de flaqueza tratando de oír las pisadas. ¿A qué distancia estaba el otro? ¿A veinte metros? Las ventanas de las mansiones reflejaban el sol y le servían de espejo en el que mirar cada tanto la distancia a la que estaba el chico, que avanzaba rápidamente. Sus piernas robustas eran como pistones. Un cruce dejó a Daniel sin reflejo que mirar y cuando volvió a tener a su disposición una hilera de ventanas, el tipo estaba ya a quince

metros.

Por delante tenía la Lyon Street Steps, pero la escalinata estaba aislada en la linde del bosque y a descubierto, salvo por las hojas caídas de los eucaliptos. No había ningún testigo potencial. Una última fachada con ventanas le permitiría echarle al chico un vistazo y luego estaría atrapado en un cul-de-sac o abocado a la estrecha escalera. Ninguna de las dos situaciones era la ideal para enfrentarse a él.

Los pasos resonaban más fuertes, acortando distancias. Prácticamente espiritando, Daniel aprovechó la ventaja de la última

ventana en mirador, en la que primero apareció su reflejo, con el pavimento detrás, dificultosamente visto con el movimiento de las zancadas.

El encapuchado estaba a cinco metros.

El hombre dejó de mover los brazos con el impulso de la carrera y se metió una mano en el bolsillo para coger algo.

Daniel se notaba la camiseta fría y húmeda contra la piel. Los pulmones le ardían. Tenía las piernas cansadas. Pasó por delante de la ventana y vio el reflejo de su perseguidor en el preciso instante

en que sacaba la mano.

Los pasos estaban muy cerca.

Daniel esperó, escuchando, preparándose.

Se volvió de golpe, bajó un hombro y se echó encima del otro en un encontronazo de músculo y hueso. El tipo gimió y se tambaleó hacia atrás haciendo molinete con los brazos hasta caer al suelo. Entonces la capucha se le cayó y dejó al descubierto su cara juvenil e imberbe. En la mano, ya fuera del bolsillo, llevaba un iPod, que se había desconectado de los auriculares.

Del pequeño altavoz salía el

sonsonete de algún gurú de las finanzas seguro de sí mismo leyendo un audiolibro: «El incremento de las pérdidas en derivados financieros puede disminuir con...», hasta que el joven apagó el iPod.

—¿Qué demonios haces, tío?

Inmediatamente, Daniel lo catalogó como un estudiante de alguna escuela de comercio o un analista de algún banco de inversión. Lo invadió el arrepentimiento.

—Lo siento. —Respiraba tan agitadamente que los hombros le subían y le bajaban—. No te he

visto. He dado la vuelta porque me he olvidado algo en casa...

El chico se levantó del suelo, sacudiéndose la ropa, furioso.

—¿Vive por aquí?

—Sí.

—¿Sabe quiénes son mis puñeteros padres?

Daniel no pudo evitar reírse.

Se marchó a su casa, dejando al chico protestando, con la palabra en la boca. La agitación lo había dejado, una vez más, con el organismo cargado de hormonas de lucha o huida, que le mantenían la musculatura en tensión y la mente despejada. Ya había recorrido cinco

manzanas y todavía se notaba el corazón en la garganta, en alerta de socorro.

Fuera del Golden Boy Pizza, en North Beach, Daniel encontró a Theresa metiéndose en la boca una porción doblada de pizza siciliana.

—¿Tiene noticias? —la apremió, rebotante de ansiedad, y se daba cuenta de ello.

Sin dejar de comer, ella alzó un dedo para indicarle que esperara un minuto. La operación parecía la introducción de una viga de construcción en un rascacielos. Flotaba en la acera un olor penetrante.

—¿Qué es? —le preguntó después de dejarla masticar unas cuantas veces.

—Pizza de almejas con ajo —repuso ella, orgullosa, con las mejillas hinchadas de comida.

—No trate de besarme y nadie sufrirá daño alguno.

—Creía que habíamos quedado para comer.

—Es un aperitivo. —Se terminó la porción, se chupó los dedos y limpió las manos en los pantalones—. ¿Sabe esa ardilla de Ice Age?

—Sí.

—Tengo el metabolismo como el suyo. Algún día estaré como Nell

Carte, pero hasta entonces... — Cogió una cartera de piel bastante raída—. Vamos. Encontraremos un restaurante con reservados por alguna parte. No vamos a hablar en la calle.

Cruzaron Columbus pasado el Club Fugazi, donde un florido cartel teatral anunciaba Beach Blanket Babylon como la revista que más había durado sobre los escenarios de la historia. Una actriz con medias de cabaretera estaba sentada fuera, en un macetero, viéndoselas con un sombrero del tamaño de un cubo de basura.

Se metieron en el Capp's Corner,

un tugurio italiano con los manteles a cuadros, y eligieron una mesa tranquila.

Daniel hervía de impaciencia.

—Y bien, ¿qué ha pasado?

—Fuimos con los agentes de la condicional a interrogar a cada uno de los miembros del grupo, pero naturalmente todos estaban sanos y salvos, durmiendo en la cama toda la noche, aseguraron. Al igual que las noches en que fueron asesinados Jack Holley y Marisol Vargas. Por supuesto, ninguno de los asesinatos ha tenido lugar cuando el grupo estaba en una sesión de terapia.

—Por eso los asesinatos fueron planeados para medianoche —dijo Daniel—. Nadie espera que alguien esté en ninguna parte a esas horas. —Se dio cuenta de que estaba retorciendo la servilleta compasivamente—. ¿Registraron las casas?

—¿Casas? —Soltó una carcajada—. Estamos hablando de mierdas de apartamentos o a lo sumo de garajelos.

—¿Garajelos?

—Garajes adaptados, con un futón y un calentador portátil. —Sonrió desdeñosamente—. Así es como vive la otra mitad de la

población. Sí. Todas las residencias fueron registradas a fondo. No se encontró nada fuera de lo habitual, aunque normalmente los delincuentes cuyas casas pueden ser registradas en cualquier momento no dejan un cuchillo ensangrentado en la mesa de centro. ¡Oh! Y, ¡sorpresa!, no encontramos ninguna moto. Ninguno tiene tampoco moto alguna registrada a su nombre, por si eso sirve de algo, así que A-Dre puede haber cogido prestada o robado la que usted le vio conducir o, debería decir, la que le oyó conducir o creyó oírle conducir.

—¿Han encontrado a Kyle Lane?

—Sigue en paradero desconocido. Hoy no ha ido a trabajar, lo que, desde que empezó a hacerlo, no había pasado jamás. —Se miró la mano que tenía sobre la mesa como si fuera algo que quisiera machacar.

—Dios mío —dijo él en un susurro—. ¿Cree que ya está muerto o que alguien lo... retiene?

Theresa sonrió. El camarero se les acercó abriendo un bloc de notas, pero ella le hizo un gesto para que se marchara. Daniel también había perdido el apetito.

—Y ahora ¿qué? —le preguntó a

la inspectora cuando el camarero se hubo ido.

—Los mantendremos todo lo vigilados que podamos. Pondremos un coche sin distintivos policiales enfrente de cada casa, pero tener vigiladas a seis personas no es barato ni fácil.

»Tenemos cierto margen presupuestario dadas las características de este caso, pero aun así... Dado que no podemos estar seguros al ciento por ciento de que el sospechoso es uno de esos seis, la paciencia de mi teniente no será infinita.

—Y, mientras tanto, ¿qué harán?

¿Esperar a que llegue otra amenaza de muerte?

—Vigilaremos todos los movimientos de esos seis —dijo Dooley—. Igual que usted durante las sesiones.

El camarero volvió y les sirvió dos vasos de agua, comprobó de qué humor estaban y se marchó. Theresa no había apartado los ojos de la cara de Daniel.

Él cogió el vaso helado con ambas manos y el frío le penetró en las palmas.

—No puedo hacerlo —dijo—. Lo dejo.

A ella se le dilataron las fosas

nasales.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? ¿Por el peligro? Tenemos un plan para...

—No, no es por el peligro.

—Entonces, ¿por qué, Brasher?

—Tengo un deber con los de mi grupo. ¿Cómo voy a hacer mi trabajo si sospecho de todos ellos?

—¿Con qué cree que me enfrento yo todos los días?

—Yo no soy policía.

—No —convino Dooley—. Pero conoce a los sospechosos mejor que nadie, y eso implica que únicamente usted está en condiciones de detener esto.

—No es tan sencillo...

—Pues claro que no. La simpleza es un lujo del que no disponemos. Mire, comprendo sus reparos profesionales, pero esto no es o blanco o negro. Nada lo es.

—¿No deben serlo algunas cosas necesariamente? Si empezamos a saltarnos una norma aquí y otra allá, ¿dónde vamos a acabar?

—Están matando a gente —dijo Dooley—. Vio usted lo que le hizo a Marisol Vargas. Maldita sea, lo escuchó hacerlo desde la habitación contigua. Entiendo que esté preocupado por cómo se sentirá si no obra bien con un paciente. ¿Cree que se sentirá mejor si le rebana el

cuello a alguien más sabiendo que podría haber contribuido a impedirlo?

Daniel pensó en el aroma húmedo de las macetas que tenía Marisol Vargas en el comedor. En el espantoso borboteo de la cocina. En aquellas fotos de Kyle Lane enmarcadas encima del piano, imágenes congeladas en una casa vacía. Apretaba con más fuerza el vaso y lo soltó. Le dolían los nudillos.

—No. Pero la cuestión no es cómo voy a sentirme.

—Tiene usted su mierda de definición acerca de lo correcto y lo

incorrecto —le espetó ella—, pero esto es la vida real, y la vida real es sucia.

—¿Es un sermón? Porque ya pasamos por esto una vez.

—Por lo visto no quedó claro, así que vamos a repetirlo. —Su cuerpo esbelto se sacudió con un suspiro—. Hay un modo de hacer esto, de hacer lo correcto para usted y para ellos y también en general. Sabe Dios que no es fácil, pero en vista de a qué nos enfrentamos, ¿no vale la pena intentarlo?

Él miraba por la ventana, pero seguía notando el calor de su mirada en la mejilla.

—Creía que le gustaban los desafíos —añadió ella al cabo de unos segundos.

Daniel bebió un sorbo de agua. Se metió un cubito en la boca y lo masticó con los molares.

—Si lo hago...

Ella soltó el aire.

—... no voy a contarle absolutamente todo lo que suceda en esa sala.

—Está usted legalmente obligado a revelar información si un paciente es un peligro para los demás.

—Cierto, pero no sabemos cuál de los pacientes lo es.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Seguiré llevando el grupo.

Veré de qué puedo enterarme y le diré todo lo que tenga que ver con el caso.

—¿Cómo va a decidir qué tiene que ver con el caso y qué no?

—Tendrá que confiar en mi buen juicio.

Ella esbozó una sonrisa fingida y volvió a poner cara de póquer.

—Supongo que tendremos que soportarnos el uno al otro, entonces.

—Así que, ¿por dónde empezamos? —le preguntó él.

—Con sus criterios de selección.

¿Cómo decide quién entra en el grupo?

—Evalúo a los candidatos en una sesión previa. A mucha gente la terapia de grupo no le sirve de nada. Tienen que estar limpios de drogas, poseer una inteligencia despierta, no ser demasiado introvertidos.

—Estupendo —dijo Dooley—. El tipo al que buscamos es inteligente, coherente y muy organizado. Así que ha seleccionado usted una lista entera de sospechosos.

—Pero también puedo haber descartado a los psicópatas —dijo Daniel.

—A lo mejor el asesino no es un psicópata.

—O a lo mejor la he cagado durante el proceso de selección.

—¿Cree que lo ha hecho?

Se lo pensó antes de responder.

—No.

Theresa puso la cartera en la mesa y sacó de ella un fajo de expedientes, uno para cada miembro del grupo. Fue pasando las carpetas etiquetadas y Daniel la familiarizó con sus apodos.

—Todavía no he conseguido muestras de escritura de todos —le dijo ella—, y las muestras obtenidas bajo coerción no son rigurosas.

—Yo ya miré muestras y no concuerdan —dijo Daniel.

—¿Es usted grafólogo?

—Tengo algunos conocimientos en la materia, pero está más claro que el agua: nadie de mi grupo escribió esas notas.

Ella lo miró a la cara y asintió brevemente.

—Vale.

—Alguien puede estar escribiendo en su lugar —dijo Daniel—. Una esposa, una novia, un cómplice, lo que sea.

—Ya hemos comprobado eso —aclaró ella—. Big Mac es el único casado del grupo, ¿verdad?

—Sí. Martin estuvo casado, pero su mujer murió de cáncer de piel hace cuatro... cinco años.

Ella pasó unas cuantas páginas.

—No nos consta ninguna esposa fallecida.

Daniel recordó la frase de Martin: «Mi pareja murió cuando estaba dentro...» Luego se acordó de las primeras sesiones.

—Es verdad. Perdón. Era una novia formal, no su esposa.

—¿Decía gilipolleces acerca del tema?

—Su pena por la pérdida es auténtica. No hay modo de fingir eso.

—Y Lillian. —Theresa se calló—.

Lil también estaba casada.

—Sí, pero su ex marido está en la cárcel por robar un banco.

—Ya no —dijo Dooley—. Salió hace seis meses.

La sorpresa de Daniel debió de resultar evidente, porque Theresa le preguntó:

—¿No se lo ha dicho?

—Seguramente no sabe que está en la calle.

—No le he preguntado eso.

Daniel pudo por fin poner nombre a su incomodidad: tristeza. Aparte de lo sorprendido, lo furioso y lo traicionado que se había

sentido al encontrar su tarjeta, se dio cuenta de que también se había sentido triste. Durante los meses que habían estado en aquella sala sudando y discutiendo y trabajando duramente, había desarrollado verdadero aprecio, incluso afecto, por cada uno de los integrantes del grupo. Al margen del debate y del análisis estresante, un hecho era cierto: no quería que ninguno de ellos fuera el asesino. Sin embargo, había una espantosa realidad en juego y un hombre desaparecido, y la pregunta de Dooley merecía una respuesta.

—No —dijo—. Lil no me lo

contó.

—¿Sabe quién más ha salido de la cárcel? El hermano de A-Dre. Salió el mes pasado. —Le pasó una foto empujándola hacia él en la mesa—. Tiene la complexión adecuada, ¿no le parece?

—Sí. Es como A-Dre. —Daniel se sopló el flequillo—. Así que él puede ser quien redacta las amenazas, o el asaltante. Cada vez tenemos más sospechosos.

—Bienvenido a Homicidios —dijo Dooley—. Ya imaginaré por qué llevo dos semanas sin dormir.

Repasaron los expedientes de los demás. Dooley expuso la

información que había recopilado sobre las novias y los hermanos de Martin, sobre el tipo que era probablemente el padre del bebé que Xochitl había dado a una casa de acogida y un sinfín de otros parientes y allegados. Daniel contribuyó cuando le pareció relevante hacerlo y no respondió explícitamente a otras preguntas, lo que ya era mucho responder.

—¿Le sirvo lo de siempre, Dooley? —El camarero, desde una distancia prudencial, rompió el hechizo de la conversación.

—Sí, gracias —le contestó Dooley antes de girarse de nuevo

hacia Daniel y preguntarle—: En su opinión, ¿quién de los del grupo encaja más con el perfil de un asesino?

—Francamente, no puedo decírselo. El instinto me dice que ninguno es capaz de algo así, aunque ya hayan cometido delitos violentos.

—El de Big Mac fue el más descarado: asaltó un furgón blindado.

—El guardia del ascensor.

—Sí, sacarle una pistola a un guardia de seguridad armado...

—... pero se rindió sin oponer resistencia.

—Solo cuando estuvo en el suelo y porque los otros estaban mejor armados.

Ella se arrellanó en el asiento y cruzó los brazos.

—Martin también fue detenido por asalto a mano armada. Atracó varias tiendas de comestibles, almacenes y eso.

—¿Cuántos robos ha cometido?

—Lo acusamos de tres, pero había varios más que encajaban en el perfil. Husmeamos en los casos, no se los pudimos achacar. Pero bueno, el tipo ha encañonado a muchos inocentes.

—Y A-Dre planeó una fuga de la

prisión —dijo Daniel—. Y Lil vigiló para el robo de un banco. Y Fang golpeó a un chico hasta casi matarlo. Y Xochitl violó a una chica con un palo. Ninguno de ellos es un modelo de ciudadano. ¿Cómo va a llevarnos esto a ninguna parte?

—Tiene razón —convino ella—. ¿Por qué no probamos algo diferente? El curso que usted da: «Causa y rehabilitación.» ¿Escogen ellos al instructor?

Daniel sintió un hormigueo de calor en el cuello. Intuía la intención de Theresa.

—No. —A regañadientes, añadió—: Pero pueden proponer el tipo de

terapia a la que les gustaría someterse. Además pueden especificar si prefieren a un hombre o a una mujer como terapeuta.

Dooley le planteó la pregunta inevitable.

—¿Y cuántos cursos de «Causa y rehabilitación» los dan hombres?

Daniel se mordió el interior del labio.

Uno.

—Así que pueden haberle escogido a usted.

—Sí, por así decirlo.

El camarero llegó con una bandeja y les sirvió pan de ajo, espaguetis con albóndigas, calzone

y ensalada. Daniel apartó los platos, cuyo calor y aroma le resultaban de repente desagradables.

Theresa, por supuesto, enrolló la pasta con el tenedor y se llevó un buen bocado a la boca.

—¿Piensa que no es coincidencia que el asesino cuyo correo me llegó «accidentalmente» esté en mi grupo? —le preguntó Daniel.

La idea se le había ocurrido hacía unos cuantos días, pero había estado manteniendo al margen las implicaciones.

—No pienso nada —contestó ella con la boca abierta—. Estoy

explorando las posibilidades. — Tragó y dejó el tenedor—. Hay dos. Una: el asesino se sorprendió de verlo en casa de Marisol Vargas y decidió tenerlo vigilado de cerca a partir de entonces. O bien... —Dejó la frase en suspenso mientras se comía un pedazo de pan de ajo—. Dos: el asesino le mandó a usted las notas en los sobres grises del departamento.

—No iban dirigidos a mí.

—Pero estaban en su casillero.

Un sospechoso muy organizado. Las coincidencias me fastidian.

—Mejor no fastidiarla.

—No, mejor no. Se me pone la

piel pálida. —Se limpió los labios con la servilleta—. Usted siempre está en el meollo del asunto, ¿verdad?

Daniel notó el calor del rubor en la cara.

—¿Acaso soy sospechoso?

—No. Eso sería demasiado conveniente. —Torció la boca, un gesto inconsciente de ensimismamiento que lo sorprendió por lo juvenil que era—. ¿Tiene alguna idea de por qué alguien podría querer ir por usted?

—Ninguna en absoluto.

—La mujer de la noche que llovía lo señalaba a usted. —

Theresa, apoyándose en los codos, se inclinó hacia él—. ¿Estaba con su esposa cuando sucedió?

—Estaba a mi lado... —Su incomodidad se convirtió en rabia—. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Es posible que la mujer estuviera señalando a Cristina?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Por qué iba a señalarlo a usted?

—Ya veo que va a ser una de esas conversaciones en las que se responde a una pregunta con otra.

—Entonces, ¿por qué no responde a mi pregunta con una respuesta?

—Ya se lo he dicho: no tengo ni puñetera idea. No le he hecho nada malo a nadie.

Dooley se zafó de su intensa mirada.

—Es una afirmación de carácter muy general.

—Está bien. Voy a reformularla. No he hecho nada que me haga merecedor de la atención asesina de nadie.

—Vale. —Asintió con la cabeza—. Le creo, y no tiendo a ser ingenua. Como iba diciendo, pues, tal vez tenga que ver con Cris. Tiene un pasado peor que el suyo...

—Como usted.

—Su esposa trabaja en proyectos con un montón de personajes turbios. Tiene un ex marido con un historial de violencia.

—Cuidado, Theresa —le advirtió Daniel.

Ella hizo un gesto apaciguador con las manos, enseñándole las palmas.

—Lo único que digo es que no podemos localizar a su ex.

—Bueno, sabemos que no está en mi grupo.

—Pero ¿quién puede decir que no escribió esas cartas o que no está extorsionando a Xochitl o compinchado con Martin?

—¿Porque son todos mexicanos?

—Porque son todos criminales convictos.

Daniel descargó el puño sobre el fajo de expedientes.

—Tenemos un montón enorme de papeles, un centenar de posibilidades y nada concreto — dijo.

—La cuestión es examinar todas las opciones posibles hasta llevar el culo de ese tipo a la silla eléctrica.

—Señaló la calzone con el tenedor —. ¿Va a comerse eso?

Daniel le acercó el plato y se dispuso a marcharse del restaurante.

—Cuando vuelva a Metro Sur mañana por la noche —le dijo ella—, tendremos agentes apostados. En el garaje alguien se asegurará de que llega al ascensor. Estará a salvo una vez pasado el detector de metales. No es probable que el sospechoso intente algo en público, pero no correré ningún riesgo. Mientras dirija la sesión estaré en el edificio. Téngame en llamada rápida. Programe el teléfono para que con pulsar una sola tecla pueda llamarme.

—Un botón del pánico.

—Tenga cuidado incluso dentro del edificio.

—Siempre lo tengo —repuso él, levantándose—. Es un trabajo peligroso.

—¿Sí? —Se quedó con el tenedor a medio camino de la boca—. Bien, pues va a ponerse más peligroso todavía.

Después de comer con Theresa, Daniel se enfrentó al tráfico de la ciudad camino de un almacén de alfombras de Diamond Heights. Su agente inmobiliaria le había dejado un mensaje ofreciéndose a encontrarse allí con él para que pudieran mirar detenidamente los tipos de alfombras autorizados para su nueva oficina. Aquel paseo era, por supuesto, un pretexto de la agente para que le firmara el contrato de arrendamiento. En comparación con Berber, era una

actividad sin importancia cualquier día, pero a la luz de los recientes eventos, también parecía una distracción y supuso que podría aprovecharlo.

Eligiendo entre los enormes rollos, se sintió incapaz de procesar las especificaciones que el vendedor le daba rápidamente acerca de los métodos de secado y de teñido. No podía dejar de pensar en Kyle Lane, en la sesión del grupo de la noche siguiente y en todas las preocupaciones que ambas cosas le daban. Ansioso por salir del almacén, puso reparos a la agente inmobiliaria, que prefería, sin duda,

una Saxony beis de textura rugosa, a pesar de lo cual lo pilló cuando ya se subía al coche con el contrato en la mano y un bolígrafo preparado.

Daniel apoyó el contrato en el capó y la duración del mismo le saltó a la vista: veinticuatro meses. Seguramente ella se dio cuenta de que dudaba.

—¿Me he equivocado en algo? — le preguntó.

—No. Es que es una decisión importante.

—Muchos se sienten así —dijo ella. Llevaba unas enormes gafas de sol pero se estaba fijando en su ojo enrojecido; había sido

demasiado educada para hacerle preguntas, pero no lo era tanto como para abstenerse de mirarlo fijamente—. El compromiso abruma un poco, pero no olvide que si algo no va bien siempre puede darlo por finalizado renunciando al depósito y a dos meses de alquiler. —Rápidamente añadió—: Por supuesto, tendría que reembolsar los gastos de la moqueta.

—Por supuesto —dijo él, y firmó en la línea continua.

Yendo en coche de camino a casa, se dio cuenta de que iba a pasar a escasas manzanas de la casa de Kyle Lane. Casi sin darse

cuenta, giró el volante y se desvió.

En la puerta principal había dos tiras cruzadas de cinta policial. Mientras Daniel pasaba de largo, vio el estrecho callejón lateral. Notó que se sofocaba. Revivió la escena intensa y rápidamente. La silueta vestida de negro encaramándose a la puerta con destreza animal. El olor de alquitrán. Él corriendo a toda prisa y quedándose con los hombros encajonados entre los muros. El salto intempestivo, el sonido metálico cuando chocó con los barrotes. El asesino por encima de su cabeza, ya prácticamente colándose por la abertura, y la bota

negra tomando impulso para golpearle la cara. El sonido de un desgarrón. El tintineo del metal al golpear el suelo...

«Un momento.»

Daniel pisó el freno y el coche se detuvo con un chirrido.

El tintineo del metal al golpear el suelo.

Lo había olvidado.

Oyó mentalmente las palabras de Dooley: «De los bolsillos sale de todo, Brasher. Sobre todo cuando se te rompen.»

Así que algo más se le había caído del bolsillo al asesino. ¿Una llave?

No habían recuperado nada metálico del escenario del crimen. Se habían centrado de inmediato en la tarjeta.

Daniel aparcó y se apeó del coche. Notó que el pulso se le aceleraba mientras cruzaba el patio delantero. Se quedó en la boca del callejón, escrutándolo con precaución, antes de meterse entre las dos casas, ladeando un poco los hombros para acercarse a la puerta.

Cuando llegó se acuclilló y suspiró desilusionado. En el suelo no había nada.

Apoyó la espalda y siguió buscando por si el objeto había

rebotado y se había alejado.

Un bajante le rozó el codo. Siguió la tubería de uralita con los ojos hasta donde se juntaba con el canalón. Se puso a gatas y echó un vistazo debajo de la boca de la tubería. Allí, apenas visible, había un círculo de metal acanalado.

El borde de una moneda de veinticinco centavos.

Daniel sacó una tarjeta de crédito de la cartera y la usó para empujar la moneda hasta sacarla.

Parecía nueva. La cara plateada era tan brillante que incluso allí, en el callejón, reflejaba la difusa luz del sol. Con cuidado para no

tocarla, Daniel se la acercó más para leer la fecha grabada debajo del cuello de George Washington: «1967.» Tenía casi cincuenta años de antigüedad y, sin embargo, estaba prístina.

¿Era un recuerdo, una pieza de colección?

Daniel se acordó de que cuando había estado en el salón de Kyle Lane con Dooley, ella había apoyado los pies en la mesa de centro haciendo tintinear la calderilla que había en un plato negro Wedgwood. ¿Eran monedas especiales? ¿Había robado el asesino la de veinticinco centavos

de aquel plato?

De nuevo en el porche, la emoción y el nerviosismo lo hicieron acelerar. La puerta principal todavía estaba astillada de cuando el oficial novato la había abierto de una patada. Daniel pasó un nudillo entre las tiras de cinta policial y dio unos golpecitos en la hoja. La puerta torcida chirrió al abrirse. Doblándose por la cintura, entró a gatas.

El silencio de la casa resultaba extraño. En una mesa de recibidor había un ramo de rosas mustias y, a su lado, una caja de cartón vacía de la que sobresalía el plástico de

embalar. Fijándose en la fotografía del móvil que había en un costado de la caja, Daniel pensó en la vida que se había visto interrumpida allí. Apenas unos días antes, Lane había puesto el ramo en el jarrón y colgado el móvil, preparándose para otra semana.

Al fondo del pasillo, el viento silbaba en la ventana rota del dormitorio.

Daniel entró en el salón y atrajeron su atención aquellas fotos enmarcadas del piano; fotos de Kyle Lane con su fina coleta y aquellos ojos inteligentes. ¿Dónde estaba? ¿Qué le habían hecho?

Se acercó al montón de libros de la Toscana de la mesa de centro. El plato negro Wedgwood los coronaba con un toque de elegancia. Estaba lleno hasta la mitad de monedas, la mayoría con arañazos y gastadas. Removió el montón con el índice, pero las de debajo también eran comunes.

Escuchó el silencio y notó el leve tintineo del móvil: clin-clin. El aroma dulzón del popurrí lo estaba mareando un poco y tuvo unas ganas repentinas de huir de allí.

Volvió a la puerta principal haciendo un esfuerzo por no correr y salió por entre las bandas de cinta

policial al porche. La brisa había cesado y en el aire flotaba el humo de los coches.

Clin-clin.

Se quedó petrificado en los escalones de madera: el aire estancado no podía sacar música de un móvil. Volvió la cabeza despacio para fijarse en él, que colgaba de un gancho del techo. Los tubos de metal suspendidos seguían envueltos en la espuma de transporte, que los mantenía separados. Kyle Lane todavía no había tenido tiempo de desenvolverlos, por lo que era imposible que entrechocaran.

Entonces, ¿qué era lo que había estado oyendo todo aquel rato?

Clin-clin.

Volvió a oír el sonido y miró los tubos, completamente quietos, completamente silenciosos.

Sin apartar los ojos de los tubos, se llevó el móvil a la oreja, tecleando a toda velocidad con el pulgar. Esperó lo que tardaron en sonar dos timbrazos y luego Dooley le respondió.

—Estoy en casa de Kyle Lane — le dijo—. Venga ahora mismo.

—¿En casa de Lane? No estará dentro, ¿verdad?

Colgó y volvió a entrar en la

casa.

Una vez había entrado por una puerta demasiado tarde y eso le había costado la vida a Marisol Vargas. Le esperara lo que le esperase, no iba a aguardar más.

Notó la vibración de un zumbido en la piel cuando entraba en el salón. Era el teléfono que sonaba: otra vez Dooley. Lo apagó rápidamente. Pisaba con cuidado, tratando de no hacer ruido.

Delante, en el aparador de la porcelana, las copas de vino lucían en toda su variedad: las ventrudas para Borgoña; las acampanadas para Pinot Noir.

Daniel dejó de mirarlas para fijarse en la colección de libros de fotografías de la Toscana y luego entró en silencio en la diminuta cocina de armarios funcionales. No había nevera para vinos ni botellero. Echó un vistazo al interior de los armarios. No había vino en ninguno.

Clin-clin.

El ruido era prácticamente inaudible pero se quedó paralizado. Volvió al pasillo, a los carteles de Campari enmarcados y los candelabros murales, a la moqueta blanca y la alfombra azteca.

Una alfombra. Una alfombra

encima de una moqueta.

Para el gusto del que hacía gala Lane, resultaba una elección un poco extraña. A menos que hubiese estado tratando de ocultar algo.

Daniel se abrazó y avanzó tan silenciosamente como pudo. Cada paso era una agonía.

Con la punta del pie levantó la alfombra para apartarla y vio debajo los bordes de una trampilla.

La bodega.

Clin-clin.

El sonido procedía de allí abajo.

Con el corazón desbocado, se inclinó hacia el suelo y sacó la anilla metálica del hueco que ocupaba.

Una gota de sudor se le metió en el ojo izquierdo. Le picaba, pero no se atrevió a mover el brazo para secársela —clin-clin— porque cualquier gesto superfluo le habría hecho perder los nervios. Abrió la trampilla y vio lo que había tres metros más abajo —clin-clin—. Kyle Lane tendido boca arriba en el cemento del suelo, con la piel tan gris que parecía la de un reptil y la pechera ensangrentada. Con una mano llena de sangre se sujetaba el cuello. La sangre le llegaba hasta el codo de la manga. Tenía la otra mano encima de un revoltijo de cubertería que había caído de su

caja forrada de terciopelo —clín-clín— para pulsar con ella una tímida alarma.

Le habían rebanado el cuello y lo único que mantenía el aire en su tráquea era la mano con la que se agarraba la garganta.

De los cortes que le habían practicado bajo los ojos le salía sangre. Tenía las piernas retorcidas y un tobillo atado con una tira de tela a la pata de una silla de madera caída en la periferia del haz de luz. La pequeña bodega estaba recubierta por completo de botelleros salvo por unos estantes para guardar cosas de los que Lane,

sin duda, había derribado la cubertería en un intento de pedir socorro.

Horrorizado, Daniel se dio cuenta de que Lane había estado pulsando aquella alarma ya la noche anterior, mientras los policías hacían crujir las tablas del suelo con sus pesadas botas. Incluso cuando Daniel había llegado y hablado con Dooley, perseguido al atacante, vuelto otra vez para acompañar a todos por la casa. ¡Qué esperanzador tenía que haber sido el murmullo de las conversaciones de arriba para él! Sin embargo, no había podido gemir ni gritar

pidiendo ayuda, ni siquiera había podido apartarse la mano del cuello porque el aire se le habría escapado y habría muerto. Solo había podido hacer sonar los tenedores y las cucharas con los dedos de una mano y rogar que alguien oyera el ruido y lo encontrara enterrado en aquel ataúd de cemento.

La escena de abajo era como el sol: mirarla directamente abrasaba los ojos. Dejó a Daniel como pegado al suelo, petrificado, y le heló el aliento en los pulmones. No habían pasado más de dos segundos.

El herido miraba fijamente a Daniel con los ojos desorbitados. Con los dedos pulsó débilmente los cubiertos —clin-clin— una última vez antes de que Daniel bajara a trompicones la escalera de mano, pidiendo ayuda a gritos a pesar de que sabía que nadie iba a oírlo. Resbaló por el suelo hasta Kyle y dispersó los cubiertos con las rodillas —clin-clin-clin-clin—. Sostuvo contra el pecho a Kyle, apretando firmemente la mano del otro con la suya, ayudándolo a taponar el corte del cuello. Inmediatamente se notó la palma cálida y pegajosa.

Kyle aflojó la mano bajo la suya. Seguramente no podía más. Daniel incrementó la presión, intentando no cortar la vía de aire. Con la otra mano, sacó el móvil y tecleó un número con el pulgar.

—¿Dónde demonios está?

—Giro hacia la manzana ahora mismo —dijo Dooley—. ¿Qué...?

—Pida una ambulancia ahora mismo.

Kyle se agarró al cuello de Daniel con la mano libre.

—No... s... vaya... —Las palabras fueron un dilatado jadeo ronco.

Daniel dejó caer el teléfono e

intentó tranquilizarlo.

—No me voy. No me voy. Todo va bien. No me iré a ninguna parte. Yo no...

Kyle relajó por completo el brazo, rindiéndose, y Daniel notó la siguiente respiración silbando entre sus dedos. Le apartó la mano y le agarró el cuello directamente.

—Lo tengo. Lo tengo.

Kyle arqueó violentamente la espalda y golpeó espasmódicamente el suelo con los tobillos.

—No, ino! Está usted bien. Ya casi han... La ambulancia.... Está usted bien.

Unas cuantas burbujas
asomaron por los pegajosos
espacios entre sus dedos.

Luego, nada.

Oyó a Dooley entrando en
tromba por la puerta principal,
gritando su nombre, pero no fue
capaz de contestarle. Al cabo de un
momento vio que una sombra se
proyectaba en el suelo de la
bodega y luego la inspectora bajó
la escalera, prácticamente
cayéndose por ella. Se puso a su
lado y le buscó el pulso a Lane.

—Se ha ido —dijo—. Daniel, se
ha ido.

Sin embargo, él no lo soltó.

Al cabo de ocho minutos, cuando la ambulancia llegó, por fin permitió que Dooley le separara los dedos agarrotados del cuello de Kyle.

Resollando en la quietud del aseo de Kyle Lane, Daniel metió los brazos debajo del grifo y se los restregó; se quitó la sangre de los nudillos y de debajo de las uñas. Mientras se frotaba el agua se tiñó de rojo en el lavabo. Persistió, esperando a que el agua se volviera clara. No lo hizo.

Oía a Dooley hablando con otro policía al otro lado de la puerta.

—Vale —iba diciendo—, así que lo interrumpieron anoche cuando el novato pateó la puerta. Dio a Lane

por muerto, cubrió la trampilla de la bodega y se escondió detrás del espejo hasta que...

El resplandor amarillo de las luces del baño daba un tinte amarillento al reflejo de Daniel. No conseguía quitarse la sangre seca de debajo de las uñas. Añadió agua caliente al chorro, manchando el grifo de porcelana blanca. Echó agua al grifo para limpiarlo también, pero el agua rojiza se esparció y se asentó alrededor de la base.

—¿Por qué demonios le abre la gente la puerta de casa? —decía Theresa—. Tampoco esta vez hay

señales de que hayan forzado ninguna ventana.

Daniel oyó otra voz, esta más grave, en el pasillo.

—A lo mejor bloquea las cerraduras.

—¿Las dos cerraduras de seguridad de la puerta principal y las dos de la trasera? —preguntó Theresa—. Me parece, Medecos, que no tenía manera de abrir eso.

—¿Las víctimas lo dejan entrar?

—Lo dejan entrar.

El agua caliente le quemaba las manos, pero Daniel siguió frotándoselas. Los dedos se le habían enrojecido. La puerta se

abrió y vio a otra persona reflejada en el espejo, pero no alzó la vista. Se pasó la uña del pulgar por debajo de las otras, intentando borrar cualquier rastro de color. Notó la mano atenta de Dooley en el hombro.

—Tres víctimas —le dijo ella—. Tres lo convierten en un asesino en serie.

Daniel asintió apenas.

—¿Le han devuelto los técnicos forenses la moneda?

—Sí. —Dooley soltó el aire sonoramente, cabeceando con frustración—. Vale veinticinco centavos.

—¡Venga ya! ¿Una moneda de 1967 que parece recién acuñada? Algún significado tiene para ese tipo o no la mantendría en tan perfecto estado. —Daniel seguía frotándose las manos frenéticamente y salpicando el mármol del lavabo—. Puede que sea un año especial. Puede que...

—Puede que sea hora de que se vaya a casa. He llamado a Cristina y le he contado lo sucedido. Tiene que salir de aquí. Lo que ha pasado en esa bodega... —Por una vez parecía no saber qué decir.

Agarrándose al borde del lavabo, Daniel inspiró

profundamente, cerró el grifo y por fin se miró en el espejo.

—No tendría que haberlo visto —dijo.

—Lo sé. Pero no hemos llegado a tiempo. —Dooley cogió una toallita con flecos de un toallero y se la ofreció.

Cuando Daniel se volvió y se secó las manos, dejó una leve mancha roja en ella.

Se despertó con la luz de la luna en la cara. Las persianas del dormitorio no estaban bajadas y Cris, sentada en la silla giratoria,

con las piernas encogidas, miraba la calle por el cristal húmedo de lluvia. Se incorporó apoyándose en los codos y miró su silueta oscura. Ella solía sentarse de aquella manera durante los interminables meses de tratamiento, cuando no podía acostarse por culpa del ardor en la boca del estómago debido al reflujo ácido de las semillas radiactivas. Su comportamiento de aquel momento le recordaba aquella misma fragilidad.

Cáncer, terremotos, cajas fuertes Acme cayendo. Cuántas calamidades y cuánta tragedia inherente y evitable. ¿Por qué

añadir la maldad humana al cóctel?

Aunque la palabra «maldad» le parecía bastante dogmática, al recordar aquel destrozo humano tan real al pie de la escalera de la bodega, Daniel fue incapaz de usar una menos dura. El horror se había convertido en rabia ciega, en una llama dentro de un bloque de hielo.

Cristina por fin se dio cuenta de que la estaba mirando y dio la espalda a la oscuridad de la calle.

—No puedo dormir. Sigo viéndola ahí fuera, pendiente de nosotros, con ese chubasquero amarillo, señalándonos con el dedo. Noto su presencia al otro lado de la

persiana.

Daniel se levantó y se sentó a su lado. Miraron juntos la oscura calle. De vez en cuando pasaba un coche que iluminaba con los faros el punto exacto en el que había estado la misteriosa mujer hacía solo dos noches.

—Sigo viéndola —dijo Cris.

Él posó la mano sobre los puntos tatuados del pecho de su mujer, sintiendo el latido de su corazón en la palma. Más rápido de lo habitual. La notaba cálida, muy cálida.

Cris se la apretó un poco demasiado.

—¿Y si nos estaba indicando que somos el siguiente objetivo? —dijo —. Señalándonos para... para...

—No sabemos lo que quería decir, pero tendremos todo el cuidado del mundo, por si acaso.

—Ahí está el problema. Me siento impotente, y la impotencia es aterradora.

—Sí que lo es.

—No dejo de pensar en Kyle Lane. ¿Qué clase de persona le hace algo así a otro ser humano y para qué? ¿Qué quiere?

Daniel recordó su conversación con Dooley, sentados ambos a la mesa con mantel de cuadros del

Capp's Corner, y cómo había derivado hacia el terreno de lo personal. La afirmación de la inspectora acerca de los miembros del grupo había sido: «Pueden haberlo escogido a usted.» Cierto. Le había respondido con honestidad; se había estrujado el cerebro sin conseguir dar con ninguna teoría acerca de por qué podían haberlo señalado como objetivo. Tenía que ser Cris la amenazada.

—¿Crees...? —Se aclaró la garganta—. ¿Crees que Luis...? — Aquel nombre sonaba con crudeza pronunciado allí, dentro de los

muros de su habitación, donde estaban a salvo. Pensó que raramente, si alguna vez lo hacían, se referían al ex marido de Cristina por su nombre.

Preferían usar eufemismos para esa época. «En mi vida de antes», decía Cris, o «cuando todavía vivía en Mission».

Ella se había puesto de perfil. Veía la curva de la nariz, los labios carnosos, preciosos incluso en aquellos momentos.

—¿Qué?

—¿Crees que es una amenaza? Dooley me ha sugerido que podría estar detrás de esto. Que tal vez

tenga alguna relación con alguien de mi grupo.

—¡Dios mío! No lo creo capaz de algo así. Es un borracho inútil y amargado. Esto es demasiado... ambicioso para él.

—Uno nunca sabe de qué es capaz la gente.

—No. Supongo que tú no.

Permanecieron sentados sin apartar los ojos del tramo oscuro de calle que veían desde el piso de arriba. Nuevamente unos faros iluminaron a su paso el asfalto. Daniel notó que Cris se tensaba contra su brazo, aunque fuera no había nada más que las gotas de

lluvia repiqueteando contra el suelo. Ella soltó el aire que había estado conteniendo. Observaron el resplandor un poco más, esperando a que la mujer se materializara.

—¿De verdad que mañana vas a volver con el grupo? —le preguntó.

—No lo sé.

—Posiblemente estarás sentado en la sala con el asesino. ¿Eso te asusta tanto como a mí?

Daniel siguió mirando la calle. Su silencio, y ambos lo sabían, fue suficiente respuesta.

Entrando en el garaje de Metro Sur al volante del Smart, Daniel se notaba las palmas de las manos resbaladizas; la camiseta se le pegaba a la tapicería. Se apeó del coche, se secó el sudor de la frente y echó un vistazo a su alrededor, haciendo acopio de valor. Había unas cuantas personas yendo hacia el ascensor y otras tantas estaban sentadas en sus vehículos, ocupadas con los móviles. No supo identificar cuál de ellas era un policía de incógnito, pero Dooley le

había prometido que habría varios en el edificio y que también ella estaría allí haciendo de ángel de la guarda.

El el vestíbulo pasó por el detector de metales, fijándose en las caras conocidas de los guardias de seguridad y preguntándose hasta qué punto era eficaz aquel dispositivo, porque casi nunca lo oía pitar. Subió al primer piso sin apartar la mano del iPhone que llevaba en el bolsillo, preparado para llamar a Dooley apretando una sola tecla con el pulgar. Se puso tenso cuando se abrieron las puertas, pero no había nadie

esperando el ascensor, esperando para saltar sobre él. Dejó de contener la respiración y salió al pasillo. Mezclados con los delincuentes en libertad vigilada había un par de policías y de agentes de la condicional. Un policía de incógnito podía confundirse allí, en el piso de administración, sin tener siquiera que disfrazarse.

Un agente que pasaba le hizo un leve gesto con la cabeza y Daniel no supo si era una clave o simple cortesía.

Recorrió el pasillo con rapidez, deseoso de pasar un ratito en el

archivo antes de empezar la sesión. Después de saludar a la recepcionista, se encerró dentro, sacó los expedientes de los seis miembros del grupo y los repasó.

Eran interminables. Contenían páginas y páginas de historiales médicos y psicosociales, expedientes policiales, declaraciones de las víctimas, documentos judiciales, informes de seguimiento de la libertad condicional, interrogatorios previos a las sentencias e historiales laborales. Leyéndolos atentamente, comprendió por qué Dooley había recurrido a él para que le pasara lo

que encontrara en ellos. En lo concerniente a los miembros de su grupo, probablemente él tenía más información que la inspectora. Se acordó de sus quejas sobre los delincuentes: «Conducen coches sin registrar, disparan armas sin registrar, cambian de trabajo como otros se cambian de ropa, abandonan el piso de alquiler para caer en el sofá del primo Héctor. Sus archivos están incompletos o desactualizados.» Aunque fuese a los estantes que lo rodeaban, tenía que admitir que tenía razón. Muchos de los informes eran vagos o incompletos: tenían más lagunas

que contenido.

Al ir pasándolos y leyendo más de lo que ya sabía, su frustración fue en aumento, tanto que no se dio cuenta de que Kendra había entrado hasta que se hizo notar carraspeando. Cruzó los brazos y los brazaletes de madera que llevaba tintinearón. Había puesto cara de directora y lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Estás investigando un poco más? —le preguntó.

Daniel pestañeó.

—Sí.

—Esa policía refunfuñona y sus hombres se han instalado en mi

edificio. Ha tenido la bondad de recordarme que me diera prisa. Cortesía profesional, digamos.

—Lo siento —se disculpó Daniel—. Esto me tiene... muy ocupado. Pero podría haberme tomado la molestia de ponerte al tanto.

Ella notó su incomodidad.

—Así que eres el infiltrado de la inspectora Dooley en este caso.

—Yo no lo diría así.

—El modo de decirlo me importa un rábano.

—Hay razones fundadas para sospechar que alguien de mi grupo está implicado en estos asesinatos.

—¿Y si tanto tú como la

Detective Hard Charger estáis equivocados? —Apoyó la cadera en el canto de la mesa, mirándolo por encima de las gafas rectangulares. Llevaba un collar de cuentas enormes—. Sé que la formalidad no está de moda hoy en día, pero las seis personas de esa sala confían en ti y en tu consideración positiva en cuerpo y alma.

—Mi consideración positiva.

—Eso es, cariño. Tanto tú como yo nos leemos los manuales. Si no crees en esos individuos, ¿quién lo hará?

Daniel sabía mejor que nadie la respuesta.

—Si dejan de confiar en ti — prosiguió ella—, puede costarles la libertad. Y no serán los únicos en ir cuesta abajo si ellos dan un resbalón. Hay hijos, gente que depende de ellos, esposas.

—¿Crees que no lo he tenido en cuenta? Quiero hacer lo correcto con ellos. No quiero fallarles, pero...

—Comprendo que es una cuestión de vida o muerte. — Kendra se apartó de la mesa y se arregló la túnica de estampado multicolor—. Simplemente, no olvides que también lo es para ellos.

Daniel llegó tarde a la sala de la sesión, cabizbajo, interrumpiendo la charla del grupo. Ocupó su asiento e inspiró profundamente, estudiando por fin la cara de los reunidos.

«En este círculo hay un asesino, o el cómplice de uno.»

Mientras calibraba la capacidad de cada uno para la violencia, le pasaban por la cabeza vívidos recuerdos: el hombre vestido de negro trepando a la valla; la mujer sin rostro con el chubasquero

amarillo; el hombre ensangrentado de la bodega. Se le erizó el vello de los brazos. Se dio cuenta de que hasta entonces nunca había tenido miedo en aquella sala. Nervioso hasta los topes de expectación sí, pero no asustado. Curiosamente, eso le reveló el punto de vista de quienes ocupaban el resto de las sillas. Entrevió cómo se sentían los miembros del grupo asistiendo a las sesiones, desnudándose, inseguros y vulnerables.

X había dicho algo.

—¿Perdón?

—He dicho que qué le ha pasado en el ojo, consejero.

Los capilares rotos y el morado de la patada. Se había olvidado de ello por completo.

Se aclaró la garganta y estudió a los reunidos buscando algún signo revelador, pero no vio más que seis rostros curiosos vueltos hacia él.

—Me di contra la puerta del garaje cuando se estaba cerrando.

X se rio con disimulo, a propósito.

—Yo he chocado con esa puerta de garaje dos o tres veces.

Su primera mentira allanó el camino a la segunda.

—Me he dado cuenta de que os escribí mal el número de móvil. Los

dos últimos números están al revés. Dejadme ver las tarjetas. ¿Las lleváis todos?

Hubo un movimiento de manos buscando en los bolsillos. Mientras Daniel los observaba atentamente buscando respuestas, el olor de la sala se le hizo patente. No... No era solo un olor, era un... sabor. El cemento húmedo y mohoso le dejaba un regusto amargo en la boca.

Fang sacó de la billetera una tarjeta en perfecto estado.

X, por el contrario, rebuscaba en el fondo de la mochila.

A-Dre encontró la suya en el

bolsillo trasero y Big Mac, en el sujetabilletes. Martin husmeaba en la cartera, que llevaba sujeta al cinturón con una cadenita.

Lil leyó el número en la pantalla del móvil y los demás asintieron.

—¿Está bien? —preguntó, deseosa como siempre de recibir su aprobación.

Daniel asintió, recordando la tarjeta caída en la puerta de Kyle Lane.

—¿No tienes la tarjeta?

—Copié el número en el móvil —repuso Lil—, así que la tiré.

Seguramente había reaccionado involuntariamente, porque la joven

se apresuró a añadir:

—¿He hecho algo mal? Lo siento mucho si...

—Alguien me la habrá quitado, tío —dijo Martin, enseñándoles la cartera abierta.

—Eso no lo sabes —dijo Big Mac—. Puede habérsete caído.

—No. La llevaba aquí desde que el consejero me la dio, como él me dijo que hiciera, pero ahora no está. Alguien me la ha quitado. —Martin fue pasando los billetes, contando para sí.

—Llevas la cartera sujeta con una cadena, por Dios. —Daniel se dio cuenta, demasiado tarde, de

que no había sabido controlarse.

—Protegiendo todos esos billetes de un dólar. —X metió baza.

Martin le lanzó a Daniel una mirada asesina.

—¿Me está llamando mentiroso, consejero?

—Ha sido un simple comentario.

—¿Qué más da? —le dijo A-Dre a Martin—. Puedes quedarte la mía.

—¿No necesitas el número, A-Dre? —le preguntó Lil.

Irritado, A-Dre sacó un rotulador, se lo anotó en la palma de la mano y le tendió la tarjeta a Martin, que la cogió, sin apartar

todavía los ojos de Daniel.

—Menos mal que nunca te lavas las manos —dijo X, y A-Dre le hizo la peineta.

Daniel, incómodo, no le quitó ojo a Martin durante la sesión.

La conversación de los reunidos era más ácida de lo habitual. Todos estaban a la que saltaba, probablemente debido al humor de Daniel, que, viendo la necesidad de una distracción, decidió pasar enseguida a un ejercicio formal.

Lil aceptó ser la primera en ocupar la silla caliente. Se acercó incómoda a ella y la ocupó, atusándose los rizos del flequillo.

—Aquí hace un frío de muerte.

—Eché un vistazo a la ventana abierta—. ¿Soy la única que está helada?

—Sí —dijo Fang.

—Vale. Bueno. ¿Qué queréis preguntarme?

A Daniel se le escapó la pregunta.

—¿Has tenido algún contacto con tu ex marido últimamente?

Lil se echó atrás, herida.

—No. ¿Por qué? Está en la cárcel.

Así que no sabía que lo habían soltado... o mentía.

¿Qué pretendía lograr? Escuchó

mentalmente la discusión: Dooley a un lado, Kendra al otro. ¿Infiltrado o abogado del cliente? En cualquier caso, tendría que ser más listo y más sutil. Con sus torpes indagaciones solo llevaba al grupo al límite, con lo cual conseguía simplemente que se comportaran todos de un modo todavía más sospechoso.

Se dio cuenta de que lo estaban mirando, porque la pregunta directa que le había hecho a Lil había sido impropia de él, así que recondujo rápidamente la situación siguiendo la rutina familiar.

—Lil, quiero que escojas a quien

te gusta menos del grupo y que nos digas por qué.

—¿Puedo pasar?

—¿Por qué quieres pasar?

—No quiero decir nada que pueda... herir a alguien...

—Gilipolleces —terció Big Mac—. Tienes demasiado miedo para decirlo. No nos vengas con esas. Lo soportaremos.

Lil jugó con el pelo despeinado un poco más, cubriéndose los ojos con el flequillo.

—De hecho, no hay nadie que no me guste. Yo, eh... Creo que la gente es muy compleja y que todos tenemos buenas cualidades y...

Daniel se sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó. Con fuerza.

Sobresaltada, Lil se echó hacia atrás y las atrapó al vuelo. Una reacción aprendida e involuntaria.

Un supervisor le había enseñado a Daniel que los miembros tercios de un grupo a veces requerían técnicas más extremas, y estaba dispuesto a recuperar aquel entrenamiento inicial para sacudir a Lil.

—Responde —le espetó.

—Son dos —repuso ella rápidamente. Alterada, le devolvió las llaves. El primero es..., es Walter.

Fang se puso tieso en la silla.

—¿Yo? Si casi ni te dirijo la palabra.

—Exactamente. Es como si para ti no existiera.

—¿Y quién más? —intervino Daniel.

—Eso va a ser una sorpresa de cojones —dijo X.

—Bueno, sí, Xochitl —dijo Lil—. Evidentemente, eres tú.

—¿Por qué evidentemente? —le preguntó Martin.

—Porque es muy desagradable.

—Y yo que me creía un sol —dijo X.

—¿Por qué es desagradable? —

le preguntó Daniel, tratando de que Lil no se desviara del tema.

—Bueno —repuso ella—, porque no es feliz, eso está claro.

—¿No es feliz, ella?

—Pues sí. Parece tan sola con su rabia... Me la imagino ahora que se acerca Acción de Gracias y luego Navidad... —Una expresión indefinible afloró a su rostro y se calló de golpe.

Daniel notó que se estrechaba la habitación, enfocándose en lo que había querido decir Lil. Era lo que él consideraba el momento mágico de una sesión, el segundo en que caían las defensas y las

rendijas de la armadura se alineaban.

Habló en voz baja.

—La fiestas pueden llegar a ser muy solitarias, ¿verdad?

Lil se echó a llorar, apretándose los labios con el puño, las lágrimas corriéndole entre los nudillos. Incluso X estaba demasiado conmovida para hablar.

Lil se recuperó lo suficiente para reírse sin ganas.

—Vale. A lo mejor no se trata de Xochitl. A lo mejor en el fondo deseo... —Apartó los ojos—. A lo mejor deseo ser tan fuerte como ella.

Al oír eso, X inspiró con la boca abierta.

—Pero no lo soy —añadió Lil rápidamente. Otra risita despectiva—. Supongo... Supongo que no quiero estar tan sola. —Rechazó la idea con un gesto—. Pero, teniendo en cuenta la actitud de la sociedad hacia las mujeres de mi edad...

—Pusilánime —sentenció A-Dre.

—... y que en San Francisco hay tan pocos hombres heterosexuales, yo... Lo que digo es que sales y te sientes mal porque todos te ignoran.

—¿Puedes repetir la frase diciendo «me» en lugar de «te»? —

le pidió Daniel.

Lil carraspeó.

—Salgo y... —Una pausa para hacer acopio de valor—. Me siento mal cuando la gente... —Prácticamente susurró lo siguiente—: Cuando la gente me ignora. —Había echado los hombros hacia delante y parecía a punto de desaparecer.

—Así que has dejado de salir —dijo Big Mac—. ¿Cuánto hace de eso?

—Desde que... Desde que mi marido me dejó.

—¿Cinco años? —exclamó Martin.

—¿Te parece que volverás a intentar relacionarte socialmente?

—le preguntó Daniel.

Lil se encogió de hombros.

—Ya veremos.

—Contéstame, sí o no.

—Tal vez.

Siempre ambigua.

—¿Qué pasaría si respondieras sin rodeos? —le dijo Daniel. Ella iba a responderle pero se lo impidió con un gesto—. Espera. Piénsalo bien. No me obligues a tirarte otra vez las llaves. ¿Cuál es la verdadera respuesta?

—No sé cuál es.

—¿Qué sacas de no responder a

las preguntas con franqueza?

Lil se mordió el labio.

—Frustró a todo el mundo.

—¿Y eso es bueno? —preguntó

Big Mac.

—Al menos consigo ser el centro de atención —repuso ella, con la voz repentinamente ronca—. Este es el único lugar al que voy. Vivo sola. No tengo amigos en el trabajo. No tengo amigos. Este es mi único lugar.

Un extraño silencio se cernió sobre el círculo. Lil se sorbió los mocos y se miró las manos antes de proseguir.

—Nunca antes había vivido sola.

Siempre había tenido a alguien ocupándose de mí: mi padre; mi marido.

—¿Qué temes que va a pasarte si sales sola?

—No soporto que la gente me rechace. —Pegó la barbilla al pecho y respiró varias veces rápidamente, de manera superficial.

—Que te jodan, Lil —dijo Daniel—. Eres estúpida y fea y no te quiero aquí.

Lil se echó atrás de golpe, empujando el respaldo de la silla, que chirrió contra las baldosas. Lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Dime que no te importa lo que digo —le espetó Daniel.

—No me importa lo que digas —repuso ella débilmente tras una pausa.

—Dime que no te conozco, que no sé quién eres.

—No me conoces. —Esta vez lo dijo con un poco más de convicción.

—Dime que soy un grosero y que no debería hablarte así.

—Eres un grosero y no deberías hablarme así.

Daniel abrió los brazos.

—A lo mejor puedes soportar más de lo que crees.

Mientras Big Mac ocupaba la

silla caliente a continuación, Daniel se dio cuenta de que durante los últimos diez minutos había mantenido sus pensamientos alejados, por fin, de la investigación. Había olvidado que Lil no había podido sacar la tarjeta, lo que la convertía, al igual que a Martin, en sospechosa. Se había sumergido por completo en sus miedos y su vulnerabilidad, intentando sacarla de la ciénaga y que tomara conciencia de algo nuevo. Una conexión así era fuerte, lo bastante fuerte para distraerlo en plena avalancha de asesinatos. La voz de Big Mac fue quedando en

segundo plano mientras observaba con qué rapidez la sala había reclamado su apariencia de relativa seguridad.

Fue entonces cuando estalló la pelea.

Daniel notó la escalada al borde de la conciencia.

Big Mac se estaba poniendo filosófico en la silla caliente.

—... bajo la lluvia, patinando en el embarcadero y acabando casi en la bahía. Un metro más y mi camión se habría salido del borde. Supongo que no me había llegado la hora. Supongo que formaba parte del plan de Dios.

Al oír esto, Martin se levantó.

—¿El plan de Dios? ¿Qué me dices de la familia que murió ayer

en el derrumbe de Mission Terrace?
¿Dios decidió llevárselos a ellos en lugar de a ti? ¿Y de los niños que se mueren de hambre en África o donde sea que se mueran de hambre hoy en día? ¿Dios los elige también? ¿Eh? Pero para ti, para ti con tu gran e importante trabajo pacificador del mundo conduciendo un jodido camión de basura, ¿para ti decidió apartar los ojos de Oriente Medio y de los tsunamis y parar tu camión a un metro escaso del borde? ¿Para que pudieras vivir y cargar otro puto contenedor de basura, jodido capullo prepotente?

Cuando Big Mac se levantó de la

silla, la habitación se ensombreció.

Lil chilló y se apartó trastabillando, e incluso X, Fang y A-Dre retrocedieron unos pasos.

Daniel apenas tuvo tiempo de saltar al ruedo antes de que Big Mac se abalanzara sobre Martin. Puso una mano en el pecho de cada hombre mientras los dos corpachones forcejeaban para alcanzarse. La masa muscular de ambos era abrumadora: torsos duros como la piedra, como escudos, empujándolo.

Estaba gritando más que ellos. Entonces Martin le golpeó la barbilla con el codo, derribándolo.

La silla cayó al suelo girando como una peonza. Los dos pararon tan de repente como habían empezado, mirándolo avergonzados. La silla acabó por detenerse a cierta distancia.

Daniel aprovechó la pausa para levantarse y empujar a cada uno hacia su asiento.

—Atrás.

—Mierda, consejero —dijo Martin—. No quería...

—¡Ahora!

Los dos retrocedieron pero se negaron a sentarse, mirándose furibundos por encima de la cabeza de Daniel. Se respiraba la rabia que

sentían. En un remolino de pensamientos, recordó aquella silueta vestida de negro, la máscara sin facciones, la mirada de depredador atravesando la oscuridad de la casa de Marisol Vargas. Hizo un verdadero esfuerzo por concentrarse. Debido a su distracción había dejado que la reunión se descontrolara. Debía al menos a cinco de aquellas personas no volver a permitirlo.

—Sentaos —insistió.

Martin obedeció, pero Big Mac tardó, luchando consigo mismo de manera evidente, antes de sentarse por fin en su silla.

—Vale —dijo X—. Simplemente sucedió.

—Dios no escoge nada. Solo la gente lo hace. Y las cosas espantosas, simplemente suceden.

—Martin hablaba con la voz temblorosa por la emoción, a pesar de que no se le habían humedecido siquiera los ojos—. No sabes una mierda de eso a menos que tu mujer se esté muriendo de cáncer y estés sin blanca y robes una maldita tienda porque la persona a la que amas se está consumiendo...

X lo interrumpió.

—Todo el mundo tiene algo trágico que contar.

—Un momento —dijo Daniel. Luego se dirigió a Martin—: Antes de que sigamos con esto, vas a tener que asumir la responsabilidad por el modo en que le has hablado a Big Mac.

Martin se quitó las gafas a lo Buddy Holly y achicó los ojos. Le corría el sudor por el cuero cabelludo, que se le veía entre el pelo rapado.

—Vale. Tiene razón. Lo siento, Big Mac. Lo siento.

—No lo bastante —dijo Big Mac.

—Tiene derecho a cometer un error, Big Mac —terció Fang—. Nadie... eh... Bueno, nadie es

perfecto. Todos necesitamos tener derecho a... meter la pata.

A pesar de la tensión del momento, Daniel sintió una punzada de satisfacción por lo que había dicho Fang.

—Él se ha levantado primero, pero tú has ido por él, tío —le dijo A-Dre a Big Mac.

—Gilipolleces. —Big Mac volvió a levantarse—. Me ha atacado y no iba a quedarme sentado escuchando...

—Es tu última oportunidad de sentarte —le dijo Daniel.

Big Mac cruzó los brazos y siguió de pie.

—Vas a tener que irte, entonces
—le comunicó Daniel.

—Ni hablar. No me estoy
peleando con Martin...

—Entonces esperaremos hasta
que te vayas.

Permanecieron todos sentados
en silencio, mirando al suelo y
esperando. Big Mac cambió el peso
del cuerpo de un pie al otro varias
veces antes de salir en tromba y
cerrar de un portazo tan fuerte que
un montón de sillas del rincón se
desplazó.

Martin rompió el silencio
subsiguiente.

—Lo siento —repitió.

—Ha sido una reacción exagerada, Martin.

—La gente que habla de la voluntad de Dios me enfurece.

—La gente no te enfurece — puntualizó Daniel—. Tú te enfureces.

—Vale, vale. Yo me enfurezco porque sé que no hay nadie velando por nosotros. No hay ningún juez allí arriba que diga que mi mujer debía morir y otra persona vivir, o eso por lo que tuve que pasar...

Se secó el sudor de la frente con la palma de la mano y se la pasó luego por los tejanos.

—Salí de la cárcel unos cuantos meses después de su muerte. Ni siquiera entonces confiaba en mí lo bastante para ponerme al volante porque me echaba a llorar. No conseguía ver ni la carretera, sollozando como un niño en medio de la nada...

Daniel se acordó de Cristina tosiendo en el puño dentro de aquel baño de un blanco etéreo, con manchas de sangre en el vestido veraniego.

—Era una mujer perfecta —dijo Martin.

—Nadie es perfecto. —Lil jugaba con el dobladillo de la blusa—.

Como bien ha dicho Fang.

Otra vez flotaba la rabia en el ambiente.

—Tú no la conociste —le reprochó Martin—. Era toda inocencia.

Elevándola, como siempre, a la santidad. La autodefinición de Martin, todas sus defensas, en torno a la pérdida. Había situado su memoria en un pedestal de acero, lo que hacía casi imposible socavarlo.

Daniel frunció los labios y decidió cómo proseguir.

—¿Te impide el duelo hacer otras cosas?

—¿Como cuáles? ¿Quedar con otras mujeres? —gruñó Martin.

—Vivir —terció A-Dre.

Aquella respuesta imprevista pilló a Martin con la guardia baja.

—¿Vivir? No sé... Ya no sé cómo hacerlo.

—¿No sabes cómo vivir o no quieres? —le preguntó Daniel.

Martin desvió la mirada rápidamente.

—Si la deajo ir, entonces se habrá ido de verdad, y ella era lo mejor de mi mundo de mierda.

—Puedes encontrar una manera de relacionarte con los demás.

—No puedo.

—Así que no haces nada —dijo Daniel.

Vio con el rabillo del ojo que Lil se tensaba. Aquella afirmación también le dolía a ella.

Martin no respondió.

—Ya has tomado un montón de decisiones para cambiar: estar aquí, no volver a delinquir... —prosiguió Daniel—. ¿Cuándo decidirás renunciar a esa clase de vida? ¿Cuándo llegará el momento de que lo hagas?

Martin siguió callado tanto tiempo que Daniel estuvo a punto de seguir haciéndole preguntas para que se desbloqueara. Sin

embargo, antes de que lo hiciera le respondió:

—Mientras estuve dentro, unos nueve meses, al final hice labores de jardinería. Suena bien, ¿verdad?, labores de jardinería; pero prácticamente lo único que hacíamos era cargar sacos de tierra y quitar piedras del campo de detrás de la cárcel. Al otro lado del alambrado estaba el pequeño cementerio de la prisión, lleno de malas hierbas. Nadie se ocupaba de ninguno de los tipos que habían muerto allí. Nadie los echaba siquiera de menos. Miraba todas aquellas crucetas de madera y

todas aquellas lápidas descoloridas y pensaba: «Para ellos es demasiado tarde. —Inspiró profundamente—. Pero para mí quizá no.»

El impacto que había causado en los otros era evidente y Daniel les dio un poco de tiempo para que reflexionaran.

—¿Y los demás? —dijo tras la pausa—. ¿Cuál fue vuestro momento de inflexión?

Lil alzó su pálido rostro.

—Ahora mismo —contestó.

Después de la pelea y del modo

en que se había sincerado Martin, Daniel sugirió una pausa.

Mientras todos salían ruidosamente al pasillo para acercarse a las máquinas expendedoras, él se quedó en la sala, con la cartera a sus pies. El cansancio de los cinco días anteriores se le había echado encima como una pesada manta.

Cerró los ojos e hizo varias respiraciones profundas. El chirrido de una zapatilla en las baldosas lo sobresaltó. Fang, que estaba de pie, inclinado sobre él, retrocedió cuando se irguió.

—Perdón, consejero. —Se metió

las manos en los bolsillos—. Yo solo... eh..., solo comprobaba si estaba dormido.

Una imagen se apoderó repentinamente de la mente de Daniel: Fang echándosele encima con un cuchillo militar.

El otro se balanceó un poco y Daniel se encogió ligeramente.

Fang lo miró desconcertado.

Daniel disimuló con una carcajada.

—Está bien —le dijo, aunque el corazón se le había disparado—. Me parece que estoy un poco nervioso.

La cartera seguía en el mismo lugar, en el suelo, pero abierta. ¿La

había dejado así?

—¿Qué? —le preguntó Fang.

—¿Querías algo?

—¿Eh...?

—La cartera, la has abierto... —

Formuló la frase en parte como una pregunta y en parte como una afirmación.

Fang lo miró atentamente.

—No —repuso—. Solo he entrado.

Los otros, que habían vuelto bromeando y dándose empujones, se quedaron quietos analizando la escena que se estaba desarrollando.

X rompió la tensión.

—¿Llegamos a tiempo para que Fang deletree «abeja»?

Incluso Fang se rio un poco mientras ocupaban los asientos.

Daniel dejó de mirar a Fang y soltó el aire despacio, tratando de descartar sus sospechas.

—Ahora, X —dijo—, te toca a ti leernos la carta que has escrito desde la perspectiva de la chica a la que atacaste.

—Ah, vale. —X se dejó caer en la silla caliente sonriendo con descaro. Con sus hoyuelos de niña pequeña y las finas trenzas sujetas en la nuca, tenía un aspecto angelical. En otro mundo y otro

código postal, podría haber sido alumna de una escuela católica femenina. Hizo un globo de chicle y se palmeó el pecho. Luego cogió la libreta de notas que tenía en el regazo y se aclaró la garganta con teatralidad.

—Me llamo Chica Violada. Lamento que me violaran. Una pena que quisiera unirme a la banda porque eran sus normas. Con cariño, Chica Violada. —Volvió a bajar el cuaderno y a sonreír.

—Nos estás haciendo perder el tiempo —dijo Lil.

—Mira quién fue a hablar, Doña Quejica. —Martin se inclinó hacia

delante, con los brazos apoyados en las rodillas—. Siempre tienes algo que decir de todos los demás, ¿verdad?

—Sí —respondió X—. Claro que sí.

—En la última sesión hablaste de tu hija, de la hija a la que dejaste en una casa de acogida —dijo Daniel—. ¿Quieres hablar de eso?

—No hay nada que decir. Tuve que tomar una decisión y la tomé. No fue nada.

—Aquí pedimos honestidad —dijo Daniel—. El trato es ese.

X lo ignoró.

—Vale, pasemos a A-Dre —
propuso Daniel.

X se había quedado de piedra.

—¿No vas a discutir conmigo?
¿No vas a hacerme alguna pregunta
más sobre la pobre Chica Violada?

—No —dijo Daniel—. Hoy no
volveré a preguntarte por Sophie.

Por una décima de segundo a X
se le notó en la cara lo dolida que
estaba, tan brevemente que podría
no haberlo visto en la duración de
un parpadeo, antes de recuperar su
habitual máscara irónica de fastidio.
Renunció a la silla caliente con
rabia y se dejó caer en la suya.

A-Dre se lo tomó con calma, dio

la vuelta a la silla y se sentó de cara al respaldo, con los codos en la barra de metal.

—¿De qué vamos a hablar?

—¿Has pensado acerca de lo que tratamos la última vez —le preguntó Daniel—, en la lista de los pros y los contras que hicimos en la pizarra? En las consecuencias de usar la violencia. —Sus últimas palabras fueron un tanto bruscas, pero a propósito; trataba de sonsacarle algo sobre los asesinatos.

A-Dre le respondió sin rodeos.

—Un poco.

—¿Y?

—Simplemente, soy así.

—Un luchador.

—Un pandillero. Cuando me tocan los huevos, no puedo hacer otra cosa. Mira cómo ha reaccionado Big Mac esta noche. Verás, yo soy exactamente igual.

—¿Qué me dices de Lil? Si alguien le tocara las narices, ¿le pegaría?

—No, ella se arrugaría o algo parecido.

X rio entre dientes.

—Gracias —dijo Lil con un hilo de voz.

Daniel insistió.

—Entonces estás haciendo una

elección, ¿no? Tú escoges una cosa, Lil puede que otra.

Nada.

—Imagina que soy alguien que te insulta en la calle. ¿Qué podrías hacer en lugar de darme un puñetazo?

A-Dre fingió sostener una pistola con la mano y le disparó a la cabeza.

—Bum.

Risitas nerviosas.

Debido a la violencia de la que había sido testigo aquella semana, el gesto dejó helado a Daniel.

—¿De qué vas? —le preguntó—. ¿De asesino?

El tono de Daniel pilló desprevenido a A-Dre.

—Mierda, solo estaba bromeando. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer si alguien me toca los huevos?

Daniel tardó un momento en volver a centrarse.

—Yo lo primero trato de no hacer nada. Respiro profundamente. Relajo el cuerpo.

—Sí, bien. ¿Quieres que cambie por completo mi manera de ser? Eso es muy duro.

—No tanto como no cambiar tu manera de ser. El camino que has tomado no es precisamente fácil.

A-Dre se mordió el labio.

—Todos pensáis que soy un pandillero estúpido.

—¿Nos lo vas a preguntar?

—Ya sé lo que diríais.

—¿Nos lo vas a preguntar? — repitió Daniel.

—Bueno —dijo A-Dre—. ¿Lo pensáis?

Hubo varios noes y bufidos de desacuerdo de Fang, X, Lil y Martin, lo que sorprendió verdaderamente a A-Dre.

Daniel planteó de inmediato una preguntas, aprovechando que había bajado la guardia.

—¿Qué tendría que pasarte para

que dijeras que la violencia no te ha creado más que problemas?

A-Dre se quedó sentado en un silencio tan largo que llegó a hacerse incómodo.

—No quiero todo eso, nunca más —dijo por fin. Señaló la pizarra con una mano y Daniel se dio cuenta de que se refería a la lista de contras que había escrito durante la última sesión. Los trazos de tiza, aunque pálidamente, todavía se veían—. Pero si rehúyo una pelea, van a reírse en mi cara. Mis amigos se reirán de mí.

—En tal caso, necesitas otros amigos —dijo Martin.

—Mierda. ¿Dónde voy a hacer nuevos amigos?

—Ya tienes unos cuantos — contestó Lil—. Aquí mismo.

—¿Amigos? ¿Nosotros? —Soltó una carcajada—. No os queda más remedio que estar aquí, a vosotros. Aquí todos fingimos.

—Bobadas —bufó X, que con su repentina vehemencia pilló a todos por sorpresa. Señaló hacia la puerta con el índice—. Ahí fuera es donde todos fingimos.

Pareció darse cuenta de que había abierto las puertas a sus pensamientos y volvió a encerrarse en sí misma con la misma rapidez

que había saltado; agachó la cabeza y se puso a hacer dibujitos en el cuaderno. Durante las dos sesiones anteriores había estado diferente; algo florecía en ella, pulsando cuerdas y tirando de los recuerdos.

Daniel la miraba, pero ella no quiso alzar la cabeza, así que volvió con A-Dre.

—Deberías estar sorprendido y encontrar a personas que no se reirían si rehuyeras una pelea —le dijo—. Podrías incluso encontrar personas en las que confiar.

—¿Como quién?

—Como tu madre, tal vez —

comentó Fang.

Martin indicó con un gesto el tatuaje que A-Dre llevaba en el cuello.

—O LaRonda —apuntó.

—LaRonda está muerta —dijo A-Dre.

Al oír esto, hasta X prestó atención. Todos tardaron un poco en asimilar la novedad. Daniel procedió con cautela.

—¿Qué le parecería a ella todo esto de lo que estamos hablando?

—Ni idea. No la recuerdo.

—No la... —Daniel contuvo el aliento—. ¿No la recuerdas en absoluto?

—Era una criatura —dijo A-Dre—. Era la niña de mi padrastro. Yo tenía cinco años. Estábamos en la bañera, y mamá se fue para responder al teléfono y nos dejó solos. Se fue para responder al teléfono, eso hizo. Tenía cinco años. No sabía prestar atención.

X tenía la boca ligeramente abierta. Los otros estaban fascinados.

A-Dre tenía los ojos vidriosos.

—Le dijo a mi padrastro que lo hice yo.

—¿Qué pasó? —le preguntó Martin.

A-Dre se arremangó y les

enseñó la cicatriz de la quemadura, mirándolos con fiereza.

—Esto. —Tragó saliva y se humedeció los labios—. Ahora que soy viejo, me cuesta más pensar en ello.

—¿Viejo? —dijo Fang—. Solo tienes veinticuatro años.

—Sí —repuso A-Dre—, pero siempre pensé que a estas alturas estaría muerto, así no tendría que vivir con lo que hice.

Un gemido irreconocible resonó en el suelo y las paredes desnudas. Daniel tardó un momento en localizar la fuente del sonido. Era X, que, doblada por la cintura, se

apretaba el vientre.

—¿X? —la llamó—. ¿Quieres hablar de esto?

—No.

—¿Quieres...?

—¡No!

Daniel oyó un taconeo en el pasillo y se dio cuenta demasiado tarde de que ya habían sobrepasado el tiempo que duraba la sesión. La puerta se abrió y la recepcionista de administración entró, soplándose las uñas de las manos.

—Kendra dice que necesita tu acuerdo de rescisión de contrato.

Avanzó un paso desde el umbral

y alzó la cabeza, frunciendo la frente.

La habitación había vuelto a la vida.

Daniel dejó de apretar la mandíbula.

—Estamos en una sesión.

Ella bajó la mano e hizo estallar una bola de chicle, confusa.

—Kendra me ha dicho que la sesión había terminado hace quince minutos.

—¿Te parece que la sesión acabó hace quince minutos?

Ella repasó la habitación,

leyendo el rostro de los integrantes del grupo, y se marchó prudentemente.

—¿Acuerdo de rescisión? —dijo Lil con amargura.

Daniel notó el inicio de un sofoco.

—¿Adónde..., eh..., adónde se va? —le preguntó Fang.

—Me dedicaré a la práctica profesional privada.

El viento se hizo notar contra los gruesos cristales. Fuera todo era negrura.

—Así que ni siquiera somos sus pacientes de verdad, ¿eh? —dijo Martin—. Somos su pasatiempo.

—Nunca habéis sido un pasatiempo.

—Decía que su parte del trato era que estaría aquí tres noches por semana, lloviera o hiciese sol. ¿Lo recuerda? —inquirió A-Dre—. ¿O eso no era más que un poco de palabrería antes de volver a su verdadera vida?

Martin se levantó para marcharse y los demás lo imitaron.

—Como dice Big Mac, todos se van.

A Daniel no se le escapó que Martin estaba lo bastante furioso como para citar al tipo con el que se había peleado un rato antes.

—Voy a dejarlo pero no antes de que otro consejero se haga cargo del...

Demasiado tarde. Los había perdido.

X fue la última en irse.

—Aquí todos hemos sido sinceros menos usted —le espetó.

Mientras todos se marchaban, Daniel pensó en la nueva oficina, flotando por encima de California Street, con la moqueta mullida y bien iluminada, asomada desde el piso veintitrés al puente de la bahía envuelto en volutas de niebla. Echó atrás la cabeza y se fijó en las losetas caídas del techo.

Todo el mundo se va.

Daniel recogió la cartera y se quedó un momento en la habitación en calma, observando el círculo de sillas vacías y aspirando los olores de Metro Sur. Por seguridad, sabía que debía salir del edificio mientras todavía resonaran pasos en los pasillos, a pesar de lo cual tardó un momento en ponerse en marcha.

Salió al desolado corredor con el teléfono en la mano, preparado para llamar a Dooley si lo asaltaba un maníaco enmascarado con un cuchillo. Sin embargo, tenía vía

libre. Cuando llegó el ascensor, vacío, se apoyó en la pared del fondo, cerró los ojos y exhaló.

Las puertas se abrieron violentamente y abrió unos ojos como platos cuando vio a Big Mac empujando con el hombro para entrar en la cabina, rojo de rabia.

Mientras Big Mac entraba, pegó los hombros al ascensor, en posición, listo para salir a la carga o bloquear la del otro. Pulsó la pantalla del iPhone pero no podía arriesgarse a mirar hacia abajo para ver si había establecido la llamada.

Las puertas empezaron a

cerrarse y Big Mac se metió dentro. Era tan corpulento que bloqueó la luz parpadeante del techo. Antiguo luchador o no, Daniel no tenía nada que hacer contra él si la situación estallaba. Ladeó el teléfono y echó un vistazo a la pantalla: «Llamada no disponible.» Claro, en el ascensor no había cobertura, pero ¿habría sonado al menos una vez y alertado a Dooley antes de cortarse? Miró a Big Mac a la cara.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—No ha querido oírme ahí dentro. —Big Mac tenía la mano crispada en el bolsillo de la chaqueta, y Daniel se imaginó

aquel cuchillo militar de aspecto malvado justo allí, debajo de la tela.

El ascensor bajó.

Big Mac sacó la mano. Sujetaba una cartulina gruesa de color verde menta, que Daniel tardó un instante en identificar: era una tarjeta de asistencia.

—Necesito que me firme esto.

Daniel exhaló lentamente sin separar los dientes. No estaba lo bastante aliviado todavía.

—Si no me la firma —dijo Big Mac—, estaré jodido.

—Conoces las normas.

—Ya ha visto lo que ha hecho

Martin. Él me ha provocado.

—Martin ha aceptado su responsabilidad. Ha pedido disculpas y se ha sentado.

—Pues ahora acepto yo la mía y pido perdón. Necesito que me firme esto.

Llegaron a la planta baja y las puertas se abrieron, pero Big Mac se quedó donde estaba, bloqueándole el paso.

—Mac —dijo Daniel—. Déjame pasar.

Big Mac dio un puñetazo contra la pared del ascensor que resonó en el hueco.

—¿Señor Brasher? —La voz llegó

desde el vestíbulo—. ¿Está bien?

Era Angelberto.

El conserje dejó de trabajar y sacó la fregona del cubo, apoyándose el palo horizontalmente en los muslos.

No fue un movimiento abiertamente amenazador, pero dejó claro que estaba dispuesto a usar el palo a modo de arma. La musculatura se le marcó cuando apretó la fregona y abrió las piernas.

Big Mac se volvió y Daniel aprovechó para escabullirse.

Aparte de ellos tres, no había nadie en el vestíbulo y los pasillos

estaban a oscuras.

El hombretón salió del ascensor, valoró la situación y hundió un poco los hombros.

—¡Oh, vamos! —exclamó—. Estoy cabreado, sí, pero no hay para tanto.

Ofendido, avanzó marcha atrás hacia la puerta principal. Solo entonces Daniel vio a Dooley acechando en la oscuridad, al final del pasillo del fondo, observando, y le hizo una ligera seña para que se retirara: «Déjemelo a mí.» La inspectora lo hizo y desapareció. Big Mac vio el gesto y miró desconcertado hacia el pasillo, pero

no vio allí más que oscuridad.

Volvió la cabeza de bulldog hacia Daniel.

—Creía que me conocía mejor, consejero. —Le dio la espalda y salió empujando las puertas, que volvieron a cerrarse automáticamente.

Angelberto metió la fregona en el cubo y siguió trabajando.

—Gracias —le dijo Daniel.

—No he hecho nada, solo friego el suelo.

Daniel pasó por el detector de metales, ahora sin personal, porque no se admitía a nadie pasadas las nueve de la noche, y pulsó el botón

del ascensor de bajada al garaje. Mientras se preparaba para el paseo por las zonas oscuras del aparcamiento, lo asaltó una idea. Volvió sobre sus pasos.

—¡Eh, Angelberto! Está usted aquí mucho tiempo, ¿verdad? ¿Y abajo, en el garaje?

El hombretón asintió.

—El hombre que acaba de irse. ¿Alguna vez lo ha visto yendo en moto?

—No. No lo he visto conduciendo nada.

Daniel se puso a pensar entonces en el único hombre del grupo que no había podido

enseñarle la tarjeta.

—¿Conoce a un tal Martin? De complexión como la suya, un tipo corpulento que lleva gafas y camisas de franela.

—Sí. Ese no me gusta.

—¿Por qué no?

—Es grosero. Me mira por encima del hombro porque soy conserje, cuando él es un delincuente.

A Daniel, Martin nunca le había parecido arrogante.

—¿Ha visto si tiene moto?

—Ese sé que tiene coche.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se quedó sin batería el

lunes por la noche. Tuve que buscar las pinzas para recargársela.

—De acuerdo, gracias —Un borbotón de adrenalina dejó mudo a Daniel—. ¿A qué hora del lunes?

—Después de que acabara su clase. Aquí solo quedaba yo.

—¿Cuánto tiempo estuvo con él?

—Hasta muy tarde. Por lo menos hasta medianoche. Alguien se había llevado las pinzas para batería al cuartito de mantenimiento del tercer piso, así que...

—¿Está seguro de la hora?

—Sí, bastante. Puede que fuera incluso más tarde.

Eso significaba que no había modo de que Martin pudiera haber estado en la otra punta de la ciudad, en casa de Marisol Vargas.

Un miembro del grupo descartado. Quedaban cinco.

Animado, dio las gracias a Angelberto y bajó al garaje. Se metió en el Smart, puso el seguro y soltó todo el aire por primera vez desde que había entrado en el edificio.

—Hola, cariño... —La voz, procedente del asiento trasero, le dio un susto de muerte. Por el retrovisor vio a Dooley, inclinada hacia delante, hacia un foco de luz,

abriendo su Notepad—. ¿Qué tal el día?

—No tiene gracia.

—Ya, pero usted ha puesto una cara bastante graciosa. —Sonrió—. Lo siento. Trato de ser discreta hasta que todos sus Elvis hayan abandonado el edificio. —La radio de su cinturón se activó y se oyó la estática y una voz que daba un código. Theresa escuchó—. Lo que es ahora. Todo despejado esta noche.

Daniel echó el aliento al techo.

—¿Cómo ha ido ahí dentro? —le preguntó ella.

La puso al corriente, escogiendo

con cuidado lo relevante. Le contó que Lil y Martin eran los únicos que no habían podido enseñarle la tarjeta de visita. Que Martin había jurado que se la habían robado. Que Lil le había asegurado que creía que su marido seguía en la cárcel.

Evitó hablarle de la nueva pelea en la sesión, pero le contó lo de Big Mac en el ascensor y, por último, la coartada que le daba el coche averiado a Martin para el día del asesinato de Marisol.

—Eso es estupendo —dijo Dooley cuando le hubo relatado lo que le había explicado Angelberto.

—Seguiremos comprobando las coartadas, o la falta de ellas, para las noches de los asesinatos. Ya no consideraremos tan sospechoso a Martin, pero hasta que sepamos mejor lo que está pasando no perderemos de vista a ninguno de los seis del grupo, por si las moscas.

—¿Sus hombres los están vigilando ahora mismo?

—En este mismo instante. Sin embargo, los seis están repartidos por la ciudad, lo que es un inconveniente. Además, recuerde que son nuestros principales sospechosos, no los únicos.

Estamos cubriendo un territorio más amplio de lo que pueda imaginar.

—¿Han localizado al ex de Lil?

—No, pero sabemos dónde está el hermano de A-Dre, ese sí. Está aquí, en la ciudad. Encaja con el perfil, como he dicho, así que tenemos que tener disponible otra unidad para no quitarle ojo a él tampoco. —Anotó algo y luego alzó la vista—. Bien, ¿qué me dice de la sala del correo?

—¿Qué quiere saber de ella?

—¿Alguna otra carta de amor?

—No lo he mirado.

—No lo ha mirado.

—He tenido mucho en lo que

pensar esta noche, Dooley, por si no lo sabía. Además, creía que usted decía que el tipo a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que me estaba mandando por equivocación las amenazas de muerte.

—Yo no he dicho «por equivocación».

Daniel notó una repentina bajada de temperatura. El frío le llegó a los brazos a través de las finas mangas. Theresa abrió la puerta y él salió también y la siguió por el estacionamiento. Fueron en silencio hasta el desolado vestíbulo y luego por los pasillos oscuros. Los

sensores de movimiento iban encendiendo las luces del techo por tramos, cada uno de los cuales se activaba con un sonido metálico industrial cuando pasaban por debajo.

Dooley respiraba más deprisa y mantenía la mano cerca del bulto de la cadera. Vio que él la miraba y sonrió.

—Interiores de Vincen Price.

Continuaron con precaución, pero lo peor que vieron fueron unas cuantas ratas pilladas por sorpresa al encenderse repentinamente las luces. Con los ojos relucientes como gotas de mercurio, abandonaban

sus migajas y se colaban por debajo de las puertas cerradas.

Dooley suspiró aliviada.

—¡Menudo lugar!

—El presupuesto de la recesión.

Por fin llegaron a la sala del correo. Cuando cruzaba el umbral, contuvo el aliento. Allí estaba, perfectamente centrado en su por lo demás vacía casilla.

Un sobre interdepartamental gris.

Oyó vagamente la voz de Dooley, como si procediera de debajo del agua.

—No la toque.

Se puso de puntillas para ver

mejor y distinguió de inmediato la escritura apretada de disléxico. Aquella carta tenía una cosa diferente, sin embargo.

Iba dirigida a él.

se quemé viste Daniel Brasher
pero ¿hasta que punto? está
bien. ¿quieres participar? Ila
eres parte de mi cursada
también. dí a Molly Clarke de la
C. Sarl que amita lo que hizo
antes del 24 de noviembre a
medianoche. o morirá. se lo
dices TU personalmente o le
corto el gasnate en cuando
pueda.

Daniel tuvo que hacer un
esfuerzo enorme para no perder la

compostura y mantener la calma, puesto que la calma le era útil en aquel momento. Leyó la carta pero sin tocarla. La hoja de papel, sostenida por unos guantes de látex a la luz de una linterna de LED de técnico forense, le recordaba una pieza valiosa en una subasta. La salita del correo estaba abarrotada de policías de paisano. Parecían haberse materializado en cuanto los había avisado Dooley por radio. Las conversaciones se solapaban y le costaba pensar.

—... el matasellos indica que pasó por la estafeta de Bryant Street, a menos de dos

kilómetros...

—... puede haberla metido en cualquier buzón de la zona...

—... ha sido listo y ha evitado las cámaras...

—... ver otra vez la cinta, de todos modos, por si...

Theresa le puso una mano en el hombro y se lo llevó a un rincón.

—¿Está bien?

Sabía que estaba pálido, pero asintió.

—La letra coincide con la de las otras y no lo hace con la de nadie de su grupo. Aunque eso ya lo sabíamos.

—Sí, lo sabíamos.

—A esta mujer se le acabará el plazo el domingo —dijo Theresa—. Faltan dos días, pero deberíamos ir ahora mismo.

Un agente entró en la sala con una mano en alto como si ordenara parar el tráfico.

—Hemos dado con una Molly Clarke en el 1601 de Carl Street, número 312.

Una frase en particular se abrió paso violentamente en la cabeza de Daniel: «Ya eres parte de mi cruzada también.»

—Si no puede encargarse de esto... —le dijo Theresa.

—Puedo encargarme —repuso

él.

Theresa echó atrás la cabeza y asintió levemente.

—Está bien, pues. Vamos a comunicarle a la señora Clarke su amenaza de muerte.

El convoy policial avanzaba con majestuosidad presidencial por las calles tortuosas de Parnassus Heights. Molly Clarke vivía en alguna de aquellas hileras de casas adosadas idénticas, todas ellas de color amarillo pálido con moldura blanca, la viva imagen del control. Daniel se apeó del sedán de

Theresa, localizó el porche y pulsó el timbre del número 312.

Dooley se situó a su lado mientras él esperaba impaciente, con los demás policías en arco detrás de ambos, abrochándose los chalecos de kevlar y comprobando las pistolas. Daniel notó el calor que desprendían todos aquellos cuerpos.

Volvió a pulsar el timbre con insistencia hasta que Dooley le apartó el brazo.

—Dele un minuto. Seguramente está durmiendo.

Una furgoneta de los SWAT se detuvo junto al bordillo de la acera

de enfrente y tanto Daniel como Dooley miraron hacia atrás mientras el equipo se bajaba de ella.

El jefe corrió hacia ellos con un ariete.

—¡Oh, por el amor de Dios! Los chicos y sus juguetes. Si Clarke no abre, podemos despertar a un vecino antes de derribar otra puerta a lo Godzilla —murmuró Dooley.

Mientras los SWAT se unían a los que estaban en el porche, Daniel volvió a pulsar el timbre, mirando fijamente el altavoz redondo de tela metálica. El aliento se le condensaba debido al frío

nocturno.

—Perdonen...

Detrás de todos ellos, al borde de los escalones que bajaban hasta la calle, una mujer con bata de enfermera color berenjena sostenía con dos dedos una bolsa de plástico de la compra. Apenas se la veía entre la falange de torsos anchos y trabajados. Llevaba una tarjeta identificativa plastificada colgada de una cinta alrededor del cuello. Era, según ponía en letras rojas, del centro médico de la Universidad de California en San Francisco, la UCSF. Seguramente había terminado el turno de noche.

Los agentes se apartaron y la dejaron aislada; tenía un aspecto frágil y menudo. Miró indecisa con sus ojos azul pálido la hilera de coches patrulla y luego a las personas congregadas en su porche.

Se limpió la nariz respingona con el dorso de la mano en un gesto infantil de temor.

—¿Qué están haciendo aquí todos?

Daniel pudo leer el nombre de su tarjeta plastificada.

—La buscamos a usted —le dijo.
La bolsa de la compra se estrelló contra el suelo del porche.

Cuando los SWAT hubieron asegurado la urbanización de Clarke, Daniel y Theresa le dieron la noticia con tanta suavidad como pudieron. Se quedó sentada con rigidez en el brazo de su sofá de IKEA deshilachado por un gato.

Perpleja y agitada, aseguró que no conocía a las otras víctimas y que no tenía nada que ver con Metro Sur. Se le habían soltado algunos mechones de la coleta y llevaba una zapatilla desatada. Se expresaba haciendo gestos entusiastas con las manos, por lo que daba la impresión de que apenas se mantenía en pie, aunque

cuando le hubieron expuesto el problema varias veces se sentó en el sofá como era debido y dio muestras de una conducta más sensata y acorde con una enfermera diplomada.

La alarma de su reloj sonó y se disculpó. Fue a la cocina y disolvió un comprimido blanco en un vaso de agua.

—Dos veces al día —les explicó al notar que la miraban.

—¿Colesterol? —le preguntó Dooley.

—Mejor todavía. Soy hemofílica. —Se bebió el brebaje, hizo una mueca y dejó el vaso en el

fregadero—. Es un nuevo factor de coagulación que están ensayando en Hematología. Se acabaron los inyectores y los viales de mezcla, gracias a Dios. Todavía está en la fase de ensayo clínico: con este trabajo no voy a poder jubilarme joven pero me da acceso a ciertas cosas. Es una de las ventajas que tiene, ¿verdad?

Se limpió los labios y volvió a sentarse con ellos, masajeándose los nudillos, apretándoselos de uno en uno.

—Entonces, ¿no tiene ni idea de a qué puede referirse la carta? —le preguntó Daniel por quinta vez por

lo menos—. ¿Ni idea de lo que se supone que tiene que admitir?

—Ni idea. Esto es demencial. Una verdadera locura.

—¿En qué departamentos ha trabajado? —le preguntó Dooley.

—He estado en casi todos menos en Cirugía. He ejercido sobre todo en Medicina general. —Cabeceó—. Soy enfermera, por Dios. Ayudo a la gente. Nunca le he hecho daño a nadie a propósito.

—¿Y sin querer? —le preguntó Dooley—. Dado a un paciente la dosis equivocada. No seguir un protocolo que...

—¡No! No he hecho nada

parecido. Mire en los archivos del hospital si no me cree.

—No se trata de que no la creamos —dijo Dooley—. Tratamos de ayudarla, simplemente.

—De verdad que no me lo explico. —Clarke miró a su alrededor, como si buscara soluciones en el escaso mobiliario del salón—. ¿Qué tengo que hacer?

—Sinceramente, yo en su caso me iría de la ciudad, incluso del país. Me sentaría en una playa de algún lugar hasta que pillemos al tipo —le contestó Dooley.

—¿Tienen un sospechoso?

—Seis de momento y el número

va en aumento.

—Sentada en una playa —dijo Clarke, divertida—. Marcharme y ya está.

—Sí.

—Y volver, ¿cuándo?

—Como le he dicho, cuando hayamos pillado al tipo.

—Me encantaría, pero no puedo permitirme ese lujo.

—¿Por qué no?

—Falto un montón al trabajo por culpa de..., ya saben, de mi enfermedad. Algunas mañanas la hemartrosis, perdón, la hinchazón de las articulaciones, puede conmigo. Además, sufro una

hemorragia al mes más o menos. Oh, sí, faltó mucho al trabajo. Así que voy aguantando los días que me encuentro mal. Algunos el dolor es insoportable, pero tengo que ir a trabajar de todas maneras, porque... Bueno, porque no tengo elección, de hecho. Si me despidieran perdería mis prestaciones, una de las cuales es el mejor y más puntero tratamiento para mi dolencia. No. Con una enfermedad así, lo tendría crudo. — Tal vez debido a la iluminación, parecía tener más ojeras—. Así que sentarme en una playa a tomar piñas coladas no es una opción a mi

alcance.

—Eso es duro —comentó Daniel. Clarke se encogió de hombros.

—Uno hace lo que tiene que hacer.

—Sí, pero usted lo está haciendo bien. Eso tiene su mérito.

Notó que Theresa, que ocupaba la silla de al lado, lo miraba, sopesando lo que había dicho.

—Gracias —dijo Clarke—. No siempre me lo parece.

—Este asesino no va de farol —dijo Dooley, aparentemente a ambos—. Es cuestión de vida o muerte.

—También lo es que conserve

mi seguro médico —replicó Clarke.

Daniel se levantó y se acercó a la ventana y pudo disfrutar de una vista despejada de Hillway en el corazón del campus. A la derecha se elevaban los pisos curvos de aparcamiento, como el Guggenheim, pero carentes de su fluidez y su elegancia. Conocía aquel campus mejor de lo que le hubiera gustado. Más de una noche había llevado en coche a Cristina desde allí hasta su casa después del tratamiento. Iba acurrucada en el asiento delantero, con náuseas y sudorosa, como una sombra de sí misma. Su rápida compenetración

con Clarke, comprendió, no era solo por simpatía. También él sabía lo que era estar contra un muro que parecía demasiado alto para escalarlo.

La conversación continuaba a su espalda. Theresa concretaba algunas cosas.

—Le asignaremos una unidad. Dos agentes permanecerán con usted a todas horas hasta que acabe el plazo.

—¿Y luego?

—Y luego ya pensaremos qué más hacer.

—¿Estarán aquí conmigo el domingo por la noche?

Molly lo estaba mirando a él, no a Dooley.

—Sí —le respondió.

Un grito despertó a Daniel. Por entre la maraña de sus pensamientos alcanzó a comprender que Cris lo estaba llamando a gritos. Apartó las sábanas y trató de levantarse, pero no pudo porque llevaba una manta todavía enrollada en la pierna.

Cris estaba de pie junto a la ventana, con la silla giratoria detrás, palmeando el cristal mojado por la lluvia una y otra vez.

—¡Ahí! ¡Está ahí!

Él se libró de la manta de una

patada y se levantó. La oscuridad ocultaba la calle.

—La he visto —le dijo Cris—. Hay niebla, pero la he visto. Estaba ahí.

Daniel se había quedado sin aliento del susto y todavía trataba de respirar con normalidad. Observó la calle, pero donde tendría que haber estado la calle no había más que un río negro, un abismo.

Luego, unos faros barrieron el cruce y aquel chubasquero amarillo se hizo visible. La cara, sustituida por una sombra bajo la capucha, el brazo en alto, con la manga mojada

que goteaba, señalándolos.

El coche derrapó sobre el asfalto mojado para esquivar a la mujer, dando un bocinazo. Ella ni se inmutó.

Los faros se alejaron y la silueta volvió a desaparecer, dejándolos a solas con los nervios de punta y el martilleo de la lluvia contra la ventana.

Daniel corrió a la escalera y estuvo a punto de chocar con Leo, que subía en aquel preciso momento.

—La mujer... Está otra vez fuera, en la calle.

Leo cambió de dirección con un

único movimiento de rotación y bajó corriendo con Daniel pisándole los talones, tan cerca que parecía inminente un tropezón. De algún modo consiguieron bajar los dos tramos sin chocar. Cris corría detrás de ambos. Leo se volvió a medias en la puerta principal.

—Cierre inmediatamente en cuanto salgamos —ordenó.

Salieron a la calle antes de que Daniel considerara hasta qué punto iba desnudo. El frío le atravesó los calzoncillos y el fino algodón de la camiseta. Fue pisando charcos con los pies desnudos, corriendo hasta el centro de la calle, y se detuvo en

el lugar en el que la mujer había estado un momento antes.

No había nada más que la línea discontinua.

Percibía vagamente la presencia de Leo al fondo de la calle, buscando detrás de los arbustos y de los coches aparcados.

Dio la vuelta a la manzana dos veces. El vecindario era como una simulación de sombras chinescas, familiar pero diferente visto desde aquel ángulo, con las casas alzándose amenazadoras a su alrededor. La lluvia le golpeaba las mejillas y se le metía en los ojos, impidiéndole ver bien. Tenía los

músculos del cuello tensos y se dio cuenta de que estaba gritando en la oscuridad como un loco.

—¿Por qué estás aquí?! ¿Qué diablos quieres?!

De repente, unos faros salieron de la oscuridad a su lado y una camioneta lo esquivó por poco, dando un frenazo. Vio la cara del airado conductor en la ventanilla pasando de un modo extraño, como en cámara lenta, con la boca contraída de furia al volante.

La furgoneta siguió de largo y las luces de freno se perdieron en la niebla.

En la casa de al lado, Ted Shea

se materializó en una ventana del piso de arriba, con cara de evidente desconcierto, hasta que Danika apareció a su lado y cerró la persiana.

Daniel siguió bajo la lluvia, con la ropa pegada al cuerpo, empapada y pesada. Permaneció de pie en el centro de la calle hasta que notó la mano de Leo en la espalda, guiándolo hacia su casa y hacia la seguridad.

Entró, tiritando, se desprendió del chubasquero amarillo como si de una segunda piel se tratara y lo tiró al suelo de cemento con aire triunfal, el pellejo de un asesinato reciente. Las luces, como siempre, estaban apagadas para ahorrar dinero. Si no hubiera sabido que debía mirar hacia el colchón desnudo del rincón, no lo habría visto allí sentado, con la espalda apoyada en la pared, una pierna estirada y un brazo apoyado en la rodilla doblada de la otra, la mano

colgando. La miró con los ojos chispeantes, relucientes de fiero orgullo, de determinación.

A veces permanecía así sentado durante horas, sufriendo, haciendo planes.

—¿Se han asustado? —le preguntó.

—Están asustados, cariño.

Entonces sonrió, enseñando los dientes. Ella se le acercó y se arrodilló junto al colchón. Él le acarició la cara. Ella le cogió la mano y le cerró el puño. Lo miró implorante.

Cuando se la soltó, la abrió, así que ella volvió a cerrarle el puño

con fuerza.

—¿Cuándo volveremos a hacerlo, cariño?

Él le empujó la barbilla con el pulgar, ladeándole la cara, todavía húmeda de lluvia, apreciativamente.

—Ahora no.

Ella gimió, decepcionada.

—Queremos que dure —dijo él.

Se estiró en la cama y ella se acostó en el colchón a su lado y le apoyó la mejilla en el pecho. Olía a cigarrillos y a almizcle. Él le acarició el pelo.

—Pronto —le dijo.

Daniel se estiró con languidez, arqueando la espalda y despatarrándose, estirando las manos y los pies hacia las cuatro esquinas de la cama. En las sábanas, a su derecha, estaba marcada la huella del cuerpo de Cris. Oyó su voz en el piso de abajo y olió el aroma del café Illy torrefacto que se colaba entre los tablones del suelo. Bostezando, se pasó la mano por un ojo lloroso. Veía el reloj de la mesilla de noche borroso pero fue capaz de leer la

hora: eran las once y media. Increíble.

No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde. Pensándolo bien, no recordaba la última vez que había dormido profundamente. La noche anterior, sin embargo, después de subir la escalera y secarse, había caído en la cama redondo. Lo único que había notado antes de que todo desapareciera habían sido los dedos de su mujer acariciándole los hombros.

Bajó incrédulo a la planta baja, entornando los ojos y rascándose la cabeza, con el pelo de punta.

Cris, con el teléfono entre el hombro y la mejilla, estaba sentada en la cocina, mirando ceñuda los expedientes desplegados que tenía delante como si fueran un festín que no le apetecía, con las gafas, para variar, en la cabeza. Cuando lo vio se le iluminó la cara.

—Luego te llamo —dijo rápidamente, y colgó—. ¡Hombre! «¿Qué luz es esa que asoma por la escalera?»¹⁵

—¿De verdad que ya son casi las doce?

—Me parece que eso no es lo que dicen en la obra a continuación.

—Perdón. Ahora mismo no me

atrevo con un pentámetro yámbico.
—Paró de camino hacia la cafetera
y le besó la coronilla—. ¿Qué tal te
ha ido esta mañana?

—Mal. Aunque supongo que eso
es algo relativo hoy por hoy. Con
Caperucita Amarilla y todo lo
demás...

—¿Qué pasa?

Sonó el teléfono. Cris miró de
quién era la llamada y luego le
lanzó a él una mirada de disculpa.
Daniel le hizo un gesto de
magnanimidad con la mano y se
sirvió una taza de café.

—Nyaze —dijo ella—, ¿qué
puedo hacer por ti? —Y luego—:

No. ¡No! No podemos presentar la contraoferta al comité el lunes. Tendrían demasiado tiempo para su campaña de desprestigio antes de la votación. Se la daremos el martes a última hora; filtra algo al Chronicle para que esté online antes de que terminen de leer la portada. «Fuentes anónimas cercanas a la Comisión de Planificación confirman... tal y tal.»

Daniel, apoyado en el fregadero, se tomaba el café disfrutando de mirarla. Se expresaba con efusividad, puntualizando lo que decía cortando el aire con el canto de la mano.

De repente Leo apareció en la escalera, detrás de ella, inmóvil, con los brazos a los costados. Más que acercarse, era como si se materializara de golpe, instantáneamente transportado desde donde hubiera estado. Las luces cenitales aportaban un brillo cerúleo a su calva remarcándole los contornos del cráneo. Llevaba una chaqueta impermeable a pesar de que fuera lucía el sol.

Se movió por fin en círculo hacia Daniel, alejándose de Cris y quien estuviera al teléfono.

—Ha dormido —le comentó.

—Sí, y muy bien gracias a usted.

Es más fácil dormir sabiendo que está abajo. —Indicó con un gesto la ventana y la calle—. ¿No volvió a aparecer la Dama de Amarillo?

Leo no sonrió, pero apretó ligeramente los labios, divertido.

—Nada de lo que informar. —El acento se le notaba apenas, otra muestra de su eficiencia.

—¿Todo claro por el horizonte?

—Yo no diría eso.

Unas cuantas gotas gruesas golpearon la ventana y Daniel observó asombrado cómo la lluvia empezaba y arreciaba hasta convertirse en un aguacero. Leo se subió la cremallera de la chaqueta y

se abrochó el botón superior. Llevaba las negras zapatillas bien atadas, con un nudo doble.

—¿Se marcha? —le preguntó Daniel.

—No, pero no quiero estar dentro. Voy a vigilar la manzana. — Desapareció escaleras abajo.

—No podemos perder a Donahue de ninguna manera — decía Cristina—. Es nuestro voto bisagra. Si lo perdemos, se acabó. Wu le ha sugerido que si se pone en nuestra contra a última hora, va a tener una considerable pérdida de votantes en noviembre. Estamos hablando de un expediente X,

mierda.

Daniel volvió a llenar la taza de café y se sentó en la encimera. Cris llegó al punto culminante de la conversación, colgó y se mesó el flequillo.

—¿Sigues aquí?

Él la saludó con la mano.

—Apuesto a que desearías haberte casado con alguien menos estridente —le dijo.

—No.

—¿En serio?

—En serio. Detesto parecer sexista...

—¿Alguna vez después de decir eso viene algo provechoso?

—... pero estás muy atractiva cuando te enfadas.

—¿Sí? —Los ojos castaños se le habían iluminado con puntitos amarillos—. Así que hacerme enfadar será tu estrategia erótica de ahora en adelante...

—Me corrijo: estás atractiva cuando te enfadas con los demás.

—Ya veo. ¿Y qué me dices de cuando me enfado contigo? ¿No estoy atractiva?

—Me dejas sin aliento.

—Bien —repuso, volviendo con una ligera sonrisa a sus papeles—. En tal caso no me toques las narices.

Después de dejarlo para después casi toda la tarde, por fin salió a correr. Empezó en una cuesta descendente prácticamente en vertical por la ladera de Scott Street hasta Union, en cuyo cruce se detuvo. El comercio del Pacific Heights estaba allí: bancos y bares, gente que salía de los restaurantes a las aceras, madres con los brazos tonificados entrando con deportivos cochecitos en las tiendas. En una semana normal, él y Cris hacían recados en Union o comían ostras en el Café des Amis. Observando el torrente de gente que había en la calle disfrutando relajadamente del

sábado, le recordó lo mucho que lo había sacado de su rutina la última semana. La pacífica procesión de comercio, placer y lujo le parecía surrealista.

El semáforo cambió y continuó. Iba hacia el bosque de palos de velero del puerto deportivo; el sol arrancaba destellos a los cascos creando una imagen de postal. Giró hacia el este en Marina Green, donde los hippies tocaban sus tambores, aportando una involuntaria banda sonora a los ancianos que practicaban taichi con precisión mecánica. Dos hermosas chinas ensayaban la danza de los

abanicos con movimientos que eran como una filmación cuadro por cuadro delante de un equipo de ciclistas con maillot italiano y Speedo amarillo pegado al torso y un bus escolar que pasó como una exhalación. El sol hacía guiños en las impenetrables ventanas de las casas mediterráneas. Era fácil olvidar que la mayor parte del puerto se asentaba encima de un vertedero compuesto en parte por escombros del gran terremoto de 1906. El seísmo de Loma Prieta, que había resquebrajado la tierra e interrumpido la Serie Mundial de béisbol en 1989, había servido de

brusco recordatorio para los residentes de la zona. Sin embargo, siete edificios desmoronados, sesenta y tres estructuras condenadas al derribo y cuatro incendios no habían hecho más que conseguir que se aplazaran los partidos.

Aquello era San Francisco, que se preocupaba de su divertimento, que plantaba tumbonas mientras los icebergs se cernían sobre ella. Era una especie de negación, claro, pero ¿no era todo el mundo un poco culpable? Hacía apenas una semana que también el propio Daniel consideraba sólidos los

cimientos y ahora le parecía ver fisuras allá donde mirara.

Con la cabeza bullendo de ideas cada vez más tóxicas, corrió más para huir, pero sus pasos tecleaban nombres en el pavimento: «Marisol Vargas, Kyle Lane, Molly Clarke.»

Corrió por las curvas de la orilla, bordeando el parque acuático. Un concurso de castillos de arena estaba en su apogeo y un palacio de casi dos metros de altura con más torres que la Plaza Roja parecía trascender el material del que estaba hecho. Un grupo de nadadores del Dolphin Club salió de las heladas aguas grises, con los

dientes castañeteando y la piel pálida.

«Martin, Big Mac, Xochitl.»

Mientras se acercaba a la línea divisoria de Hyde Street, el aire cargado de salitre flotaba sobre los ladridos de los leones marinos que se habían instalado inexplicablemente en el muelle 39 tras el último gran terremoto. Más adelante, un torrente de turistas barría el Fisherman's Wharf, el Lugar que los del Barrio no Osan Pisar. Una ráfaga de viento trajo el olor de los almacenes de pescado y Daniel dio la espalda al muelle y corrió veloz de vuelta a casa.

«Lil, Fang, A-Dre.»

Le ardían los músculos y tenía el cuerpo completamente sudado mientras regresaba a lo largo del litoral y subiendo la colina hacia su casa. Cuando hubo asegurado los dos cerrojos de la puerta principal cayó en la cuenta de que había cambiado la ruta de su carrera aquel día no por ver otro paisaje, sino porque había suficientes testigos a lo largo de la misma para impedir un ataque.

15. En referencia al acto 2, escena 2 de Romeo y Julieta, de Shakespeare: «¿Qué luz es esa que asoma por la ventana?»»

Daniel fue chorreando sudor escaleras arriba hasta la cocina y se bebió de un tirón dos vasos de agua. Cris bajó a medias desde el dormitorio y se agachó para verlo. Llevaba el pelo sujeto en una cola de caballo y un lápiz entre los dientes; había trabajado todo el día. Por una vez, iba con las gafas sobre el puente de la nariz, como es debido.

Soltó el aire que había estado conteniendo.

—¡Solo eres tú!

—Solo soy yo.

—¿Dónde está Leo?

—Vigilando la manzana.

—Ya. —Se dispuso a subir de nuevo—. Típico de Leo.

El teléfono de Daniel, que estaba en la encimera, sonó y él lo cogió.

—Tu muchacho es un psicópata —dijo una voz femenina.

—Un momento —respondió él, mirando la pantalla del teléfono para ver de quién era la llamada. El nombre, Sue Posada, estaba fuera de contexto en su casa, así que tardó un momento en situarlo. Era la terapeuta ocupacional a la que

había mandado a Walter Fang para que lo tratara de su dislexia.

Cuando volvió a llevarse el teléfono a la oreja, Sue estaba en pleno discurso.

—... intenté que hiciera algunos ejercicios de lectura para su diagnóstico, pero se cerró en banda.

—Espera un momento. ¿Cuándo fue eso?

—Acaba de irse. No cuelgues, voy a echar una ojeada al pasillo.

—Se oyeron unos pasos apresurados y la mujer volvió a ponerse al aparato—. He empezado a recibir clientes los sábados desde

que tengo tanto trabajo, pero esto está tranquilo los fines de semana. No me asusto con facilidad, ya lo sabes.

—Lo sé. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Ese es el problema. No ha hecho nada de nada. He intentado hablar con él, pero se ha quedado sentado fulminándome con la mirada, sin decir ni pío. Es un tipo corpulento, por si no te has fijado.

—Me he fijado.

—Bueno, tiene algo raro. Me ha dado miedo. He creído que iba a... No sé. Hoy no hay nadie más en el edificio, como ya te he dicho, y él

se ha quedado ahí sentado con esa mirada asesina clavada en mí. No ha querido responder a ninguna pregunta, a nada. Le he pedido que se fuera y no ha querido, así que me he levantado tranquilamente y me he encerrado en el despacho. Estaba a punto de llamar al 911 cuando lo he oído marcharse.

—Siento que...

—No suelo trabajar con delincuentes violentos. He hecho algunas excepciones por ti pero ¿sabes qué?, no vuelvas a mandarme pacientes, nunca más.

—Antes de que pudiera responderle le colgó.

Daniel fue hasta el sofá y se sentó con los pies apoyados en la mesa de centro. ¿Había alguien del grupo de quien pudiera fiarse esa semana? Tanto Martin como Lil habían perdido la tarjeta; A-Dre había demostrado una declarada inclinación a la pelea y X, a cerrarse y a la cólera; Big Mac había tenido ese estallido emocional en el ascensor, y ahora Fang había revelado una faceta agresiva en un contexto inesperado.

Ese era el inconveniente de buscar a un sospechoso en un grupo de delincuentes violentos.

Detrás de las zapatillas de

Daniel, en la mesa de centro, estaba el acuerdo de rescisión que había prometido entregar a Kendra varias veces. Lo miró y luego terminó de cumplimentarlo y lo firmó. Acababa de soltar el bolígrafo cuando se dio cuenta de que Cris estaba de pie delante de él, con los brazos cruzados.

—Vale, mi vida —le dijo—. He estado encerrada demasiado tiempo. Estoy que me subo por las paredes.

—Y quieres...

—Pato laqueado.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Lo necesito. Es

algo visceral.

Daniel consultó la hora.

—Los mejores restaurantes chinos están en las Avenues o en la Península, y vamos a pillar la hora punta.

—Es sábado.

—Es San Francisco a la hora de la cena.

—Podemos estar en Chinatown dentro de diez minutos.

—No sirven comida china decente en Chinatown.

—¡Qué ironía! Es una pena.

—¿Te preparo algo?

—Nadie más lo hará.

Daniel la miró con sorna y luego

volvió a leer su acuerdo de rescisión. De repente Cris acercó la cara al papel, incordiosa.

—¡Pato laqueado! —insistió.

Disimulando su regocijo, Daniel se levantó del sofá y ella lo siguió por la escalera, caminando como Elmer Fudd y quedándose muy quieta cada vez que él se volvía a mirarla. Simuló esconderse detrás de la puerta mientras él se desvestía y se metía bajo la ducha. Cuando el vapor llenó la mampara, Cris asomó la cabeza.

—¡¡Pato laqueado!! —dijo.

—Vale, vale. Iremos en coche a Richmond.

Ella sacó la cabeza.

—Un momento —dijo—. Está ese nuevo de Chinatown.

—Bien. —Salió de la ducha y estiró un brazo para coger la toalla—. El de ese artículo.

—El semanario...

—¿Ese con la cubierta que ponía «¿qué es la cabeza?» todo junto?

—Ese mismo. —Se puso crema en las manos—. Creo que está en esa esquina...

—Al lado de ese antro del tipo de la verruga.

—Entonces decidido. —Con las manos pringosas de crema trató de agarrar bien el picaporte hasta que

por fin lo consiguió. Abrió la puerta y sonrió triunfalmente—. ¡Vas a ser mío, pato laqueado!

Dejaron el Smart en un aparcamiento carísimo cercano a Portsmouth Square, así llamada porque antes del relleno con escombros las aguas la lamían. El parque parecía ahora tan rodeado de tierra como un estado del Medio Oeste, y seis manzanas de torres de apartamentos impedían ver la bahía. La plaza era conocida, con razón, como el salón de Chinatown: los ancianos se reunían en los bancos para conversar, fumar en pipa y jugar a las damas chinas,

tomándose un descanso de sus diminutas habitaciones alquiladas.

Daniel y Cris, de la mano, iniciaron su largo y tortuoso camino hasta el restaurante. Era para ellos una tradición realizar aquel paseo. Primero bajaron por Bush para poder entrar en Chinatown por la Puerta del Dragón y crear atmósfera. Los leones de piedra del arco supuestamente protegían de los malos espíritus y Daniel se dijo que en aquellos momentos le convenía toda la ayuda que pudiera obtener. Una anciana con andador se les acercó ofreciéndoles hojas de propaganda de un amarillo

fosforescente.

—¡Dim sum! ¡Dim sum!

Cris no podía parar de reír mientras él trataba de librarse de la mujer, y al final se rindió y aceptó un folleto.

Fueron desde la turística Grant hasta Stockton, donde en realidad hacían sus compras los residentes, y encontraron el restaurante del artículo en la esquina, junto al tugurio del tipo de la verruga. Al abrirse, la puerta batiente acolchada les reveló un circo de cartas yendo de aquí para allá, langostas en acuarios de pared y una cocina digna del purgatorio

llena de vapor de la que salían disparados los camareros llevando en equilibrio bandejas abarrotadas.

En menos que canta un gallo llevaron a Daniel y a Cris hasta una mesa y los dejaron sentados frente a frente, sin aliento por el apresuramiento y embriagados por los olores. Ella agarró los palillos y los frotó entre sí de manera caricaturesca, fingiendo un entusiasmo incontenible. Él pidió una cerveza Anchor Steam y varios entrantes del menú, que estaba escrito en chino, así que sería una sorpresa cada vez que les sirvieran uno.

Cris se tragó unos cuantos comprimidos de Maalox para prevenir la acidez. La radioterapia le había quemado el esófago y tenía un ardor de estómago que empeoraba si tomaba comida picante. Miraba con ansia un plato que llevaba mostaza caliente. Cogió una pizca con el dedo rosado y se lo lamió, cerrando los párpados en una muda súplica; la asaltó la tos y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tuvo que beber agua.

—Una mexicana que no puede comer comida picante —dijo—. Soy una vergüenza para mi pueblo.

A pesar de la broma, estaba

disgustada, y Daniel sintió la necesidad de apretarle la mano.

El camarero volvió con un plato de fideos que Daniel aún no había probado. Cuando le pidió por gestos el pato laqueado, Cris prácticamente levitó de emoción.

—¿Sabes cuántos años viven los guacamayos? —le preguntó cuando el camarero se hubo ido.

—¿Por qué? ¿También nos vamos a comer uno?

—Hablo en serio.

—Eh... No. No sé cuántos años viven.

—Sesenta —lo instruyó ella—. Algunos llegan a los ochenta si los

cuidas bien. Hay quien estipula lo que hay que hacer con un guacamayo en su testamento. —Partió una bola de masa para ver lo que contenía—. ¿Te acuerdas de la señora Gao?

—¿De la familia chino-filipina de cinco generaciones de tu edificio? ¿La abuela de la tía abuela del aparador?

—La misma que viste y calza. Se trajo un guacamayo de Manila cuando vino a vivir aquí de joven. Pues con todo lo que está pasando con el edificio, está enferma de preocupación por él. Supongo que no les gustan los cambios. A los

guacamayos, digo.

—O, a lo mejor —sugirió Daniel —, la señora Gao descarga en él el miedo que tiene a ser desahuciada.

—Sí, una transferencia.¹⁶ O puede que simplemente quiera al pájaro.

—Puede.

Cris dejó los palillos en la mesa.

—Me preocupa mucho fallarles.

Es muy posible que clausuren ese edificio, Daniel.

—¿Podemos... echar una mano?

—No podemos «comprar» una salida a este asunto.

—¿Por qué no?

—Para empezar... —Una leve

sonrisa—. No tenemos suficiente dinero. Al menos «esta» rama de la familia no lo tiene. Tendría que haberme casado con tu madre. — Alzó una mano conciliadora—. Lo sé. Mala cosa.

—Espantosa. ¿Y en segundo lugar?

—Eso es precisamente lo que hacen esos tipos. Ponen dinero y más dinero hasta que todo el mundo se somete y ellos hacen lo que les da la gana.

—Así funciona el mundo.

—Ya lo sé. Espero acostumbrarme, pero no puedo. Soy una ingenua, supongo, o una

pensaba que estaba dispuesto a dejar Metro Sur y dedicarme a la práctica privada...

—¿Y no lo estás?

—No tanto como creía.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Esperó una respuesta que él no tenía—. No es por dinero. No necesitamos más cosas.

—Claro que no.

—Es porque...

—¿Qué?

—Bueno, cuando estaba enferma, decías que querías hacer algo que verdaderamente importara.

Daniel dejó la servilleta en el

plato.

—La práctica privada importa.

—Claro que sí, pero ¿te importa a ti?

—No es como si estuviera volviéndome un discotequero.

—No. Además he oído que los puestos en la industria discotequera están muy cotizados. Pero no estás respondiendo a mi pregunta, mi vida.

Dos ayudantes de camarero se acercaron como pirañas y retiraron los platos de la mesa. Cuando se fueron, Cristina le cogió una mano.

—Que te quede claro: no me importa si eres loquero privado,

gerente de cartera o comadrona siempre y cuando te levantes todas las mañanas sintiéndote vivo.

—¿Comadrona?

—Vale, a lo mejor eso ha sido un poco raro. Pero tienes un don, aunque sé que es un término del que se abusa, para hacer lo que haces, y en parte tiene que ver con la gente con la que trabajas. ¿Crees que sería lo mismo si trataras con la clase de personas que pueden permitirse un loquero de pago?

—A lo mejor haría más progresos con esas personas. —
Recogió con un palillo unos cuantos granos de arroz del plato—. Llevo

haciendo esto, ¿cuánto?, ¿tres años? A veces no sé hasta qué punto soy eficaz. La tasa de reincidencia es para vomitar. Puede que Dooley tenga razón y que no se pueda llegar a algunas personas.

—A algunas —dijo Cris—. ¿Qué me dices del resto?

—Consiguen logros en las sesiones y luego algo los hace saltar al cabo de seis meses o un año y vuelven a estar exactamente como al principio. —Frotó una mancha del mantel—. Mentiría si dijera que no hay días en los que me gustaría saber qué demonios estoy haciendo.

Ella se lo quedó mirando un rato.

—No solía pasarte —le dijo por fin.

—A lo mejor ha perdido el encanto. Cuando empecé a llevar grupos era muy emocionante. La adrenalina. Luego se convirtió en... la vida real.

—Sí. La vida real es dura y no tiene encanto y obliga a trabajar un montón. Se trata de no rendirse y de librar las batallas adecuadas y a veces de avanzar dos pasos para retroceder tres, pero tal vez algunas batallas merecen la pena aunque no vayas a ganarlas,

porque en tales ocasiones representas la diferencia, por pequeña...

Cuando Daniel alzó la cabeza, algo captó su atención en el límite de su campo visual, más allá del rostro de Cristina. Aguzó la vista. Al fondo del restaurante, al otro lado de la puerta de la cocina, en una escalera que descendía hacia la oscuridad, parecía flotar un óvalo a cierta altura del suelo.

¿Una cara?

Incorpórea.

Como si hubiera alguien de pie algunos escalones más abajo, con la cara casi al nivel del suelo. No

había rastro de cuello ni de torso en la penumbra.

El vapor de una freidora de la cocina le impedía ver bien. Se había puesto rígido en la silla. Notaba apenas la mano de Cris en el brazo, su preocupación, que movía la boca.

Cuando la neblina se disipó, de una sartén saltó una llamarada, iluminando brevemente la oscura escalera.

Lo suficiente para que Daniel distinguiera la sudadera negra que había estado ocultando el cuerpo y, suspendida encima, la ya conocida máscara de neopreno cubriendo la

cara y alisándola hasta una
amenazadora perfección.

16. Cris nombra en realidad una marca de calcomanías, Shrinky Dink, para referirse a un proceso de transferencia. (N. de la T.)

La cabeza sin rostro miraba, por lo que parecía, directamente a Daniel desde el otro extremo del restaurante. Como una máscara de esgrima, un epicentro completamente vacío.

Un chef pasó entre los fogones y le tapó la vista momentáneamente. Cuando se apartó, en la escalera no había nadie.

Golpeó la mesa con los muslos al levantarse, haciendo saltar los platos.

—¡Está aquí! ¡Llama a Dooley!

—le gritó a Cris, corriendo hacia la cocina.

Un camarero evitó chocar con él de puro milagro sin que se le cayera la bandeja llena de botellines de cerveza. Daniel cruzó la cocina como una exhalación, esquivando codos y protestas, hasta la escalera.

Tenía que haber otra salida al pie de los escalones. Si podía seguir al asesino y ver hacia adónde se dirigía...

Unos diez escalones empinados de cemento conducían a una habitación en desuso dividida por columnas de apoyo. Tras bajarlos,

Daniel accionó de un manotazo un interruptor sin resultado alguno; el crujido de los cristales bajo sus zapatos le indicó que habían roto estratégicamente la bombilla.

Con un rápido barrido se hizo cargo de dónde estaba. Cajones, telarañas, un congelador industrial cuyo motor se oía perfectamente en la esquina cercana. Aire estancado, húmedo y con olor a tierra. Al otro lado, por una puerta apenas entornada, entraba luz que se derramaba por el suelo polvoriento, teñida por los colores cambiantes de la calle de arriba: farolillos rojos oscilantes y neones.

Se quedó con un pie en el escalón inferior, asegurándose de tener vía libre para la retirada en caso de ataque. Respiró unas cuantas veces y trató de acostumbrarse a la luz, cuyo patrón cambiaba en el techo, la escalera y su propia cara. No era únicamente desorientadora, sino que servía de camuflaje porque desdibujaba las superficies y fundía cajón con viga y viga con pared: todo aparentemente inanimado pero lleno de movimiento.

Supuso que el hombre había salido por la puerta de enfrente.

Oía protestas en cantonés en la

cocina. Pasaban los segundos; tenía que seguir o volver y explicar su comportamiento.

Proseguir era una locura por infinidad de razones. Sin embargo, ¿iba a tener otra oportunidad de acercarse a él?

Volvió a ver a Molly Clarke. Su aspecto asustado en el sofá de su casita, donde se ocupaba de su enfermedad y de sus gatos tan bien como podía. Faltaban un poco más de veinticuatro horas para que se le acabara el tiempo.

Echó a correr hacia la puerta.

No había avanzado ni dos pasos cuando un pedazo de la columna

más cercana se desgajó, convirtiéndose en una silueta humana. La figura se precipitó hacia él, con un brazo preparado para darle un puñetazo. Daniel se volvió instintivamente, pero, aunque de refilón, recibió el golpe en la mejilla. Los oídos le pitaron y cayó despatarrado al suelo húmedo. La silueta oscura se le echó encima. Una mano enguantada pasó por la luz y Daniel vio un destello metálico. Alzó ambas manos y agarró al otro por las muñecas, deteniendo la punta del cuchillo militar a pocos centímetros de su nariz.

Forcejearon, enredados; el otro lo tenía atrapado contra el suelo y se le clavaban dolorosamente los omóplatos en el cemento. La máscara se le acercó y el hombre descargó todo su peso en el cuchillo. Por las aberturas escapaba un aliento agrio, penetrante y empalagoso. ¿De tabaco mentolado?

Daniel gruñó y luchó, clavando los talones en el suelo, pero la fuerza de su oponente era colosal. Aunque tenía la máscara a menos de un palmo de la cara, la abertura para los ojos en forma de ocho era demasiado estrecha y en la

habitación había tan poca luz que no logró ver si la piel que cubría era negra o blanca. Lo único que distinguió fue el resplandor de las pupilas y la punta del cuchillo a un centímetro de su mejilla, entrando y saliendo de su campo de visión como un borrón. Su atacante insistía y él se estaba quedando sin fuerzas. A pesar del pánico que sentía, tuvo un único pensamiento mientras veía la punta de acero que iba bajando milímetro a milímetro hacia su ojo: «El Hacedor de Lágrimas.»

Un recuerdo lo asaltó: la sensación de estar tendido debajo

de un oponente en la colchoneta del instituto, viendo del revés a la gente de las gradas que vociferaba, con el árbitro boca abajo observándolos, contando, la mano lista para anunciar el punto. Regresando a veinticinco años antes, se reencontró con el instinto, con toda esa memoria muscular, con todos los trucos sucios de luchador.

Apuntalando la muñeca del hombre con el antebrazo, Daniel liberó la otra mano y la cerró con el pulgar por encima del índice doblado, de modo que sobresaliera como un arma contundente.

Golpeó, cruzando la cara con los nudillos, y clavó el pulgar en el punto de presión de la mandíbula, a dos centímetros y medio de donde el lóbulo de la oreja se marcaba bajo el neopreno.

Un gemido de dolor, un soplo de aliento de menta en la cara de Daniel y un titubeo. Cuando le asestó un rodillazo tremendo en la entrepierna, el otro se retorció y el cuchillo se le cayó y se alejó patinando por el suelo. Agarró entonces con las manos enguantadas a Daniel por los bíceps y lo sujetó firmemente de nuevo contra el suelo, de modo que este

tuvo que hacer el puente arqueando la espalda y girar sobre la cabeza para crear distancia. Corcoveó, dio una voltereta atrás y quedó boca abajo en el suelo, esperando que el otro saltara sobre su espalda. Impacto. El hombre retrocedió un poco para adaptarse, sin embargo, y Daniel giró con ímpetu el torso, y le golpeó la sien con el codo.

El golpe lo libró de su oponente. La silueta negra rodó, arrollando una caja de cartón. El impulso lo llevó sin interrupción a quedar otra vez de pie a unos tres metros, cerca de aquella puerta trasera

entornada. Se miraron a los ojos un instante, separados por aquella distancia, mientras el hombre parecía decidir si luchar o huir. Al final recogió del suelo el cuchillo y se coló por la puerta, dejando entrar un torrente de luz y ruido de la calle.

Daniel se levantó y lo persiguió, subiendo un tramo corto de escalones metálicos hasta el nivel de la calle.

No se veía al hombre por ninguna parte, pero entre el tráfico vio la mesa de un puesto derribada y a una mujer encorvada contra un escaparate, protegiéndose el

pecho: la secuela de una conmoción.

Corrió hasta el bordillo, pero un bocinazo lo hizo retroceder de un salto. Pasó por delante de él un autobús con un efluvio de tubo de escape y un susurro del parachoques en su manga. Un centímetro más y le hubiera arrancado el brazo. En las ventanillas había caras de sorpresa: el número 30 a Stockton, lleno hasta los topes, como siempre.

Daniel se movió entre el tráfico, siguiendo al tipo por el rastro que iba dejando. Aquí un cubo de basura volcado, allí un turista

levantándose del suelo. Saltó una señal de tráfico caída y se abrió paso entre un corrillo de compradores, tratando de ver más allá. Nada. Frustrado, echó un vistazo a la calle bulliciosa buscando cualquier rastro del enmascarado. Tras un escaparate, un inexpresivo carnicero trinchaba mecánicamente un pollo. Las tortugas rascaban las paredes de cristal de los terrarios. Una corriente de aire trajo olor a pescado de un mercado.

Un estrépito anunció un choque producido nada más doblar la esquina y Daniel volvió a ponerse

en marcha. Demasiado tarde, vio el montón de vestidos de seda caídos en el suelo, patinó y cayó al suelo. Se levantó, librándose de un grupo de interesados y mosqueados mirones, para encontrarse cara a cara con la conocida vendedora que repartía folletos de propaganda amarillos.

—¡Dim sum! ¡Dim sum!

Apartándola, vio una silueta negra desaparecer detrás de una cortina de cuentas. Tuvo que dar unos cuantos pasos para recuperar el ritmo antes de cruzar la tienda llena de carteles de rebajas, tres camisas por 9,99 dólares, y salir por

la puerta trasera a un callejón, a tiempo de ver a la silueta oscura doblar hacia la calle y desaparecer.

Aceleró para alcanzarlo. Le ardía el pecho. Con la policía en camino y un gran número de testigos, Daniel jugaba con ventaja. Solo tenía que mantenerse lo bastante cerca para conseguir una prueba, para ver un coche o una moto a la fuga. Al salir precipitadamente del callejón estuvo a punto de chocar con un trío de aspirantes a comensales. Ni rastro de su atacante. Recorrió una manzana y luego la siguiente, bajo hileras de banderines de plástico rojo y amarillo, como interminables

líneas de meta. Por un hueco entre los tejados, vio la silueta del barrio financiero, situado a unas cuantas manzanas de allí, más allá de su futuro edificio de oficinas, con las diosas de Castanis materializadas en el cielo negro, coronando el rascacielos. Entre la niebla, retroiluminadas, parecían mirar hacia abajo, a Daniel, con atención impersonal. Su atención lo convertía y convertía su persecución en una pequeñez sin importancia, en una hormiga ante los dioses.

Siguió corriendo.

Las piernas lo llevaron de vuelta a Portsmouth Square. La luna

pendía blanca y atenta de una red de nubes. Más adelante, un puente elevado, que llevaba a la torre del Hilton y al Centro Cultural Chino, proporcionaba una panorámica privilegiada de todo el parque. Corrió hasta el centro y se subió a la barandilla de bloques de cemento, sobresaltando a una pareja de jóvenes que se besaban en un banco. Se desequilibró un momento en el borde traicionero, súbitamente consciente de que la caída desde allí era de seis metros, pero recuperó el equilibrio y echó un vistazo alrededor. Ni rastro del hombre.

Bajó de un salto, cruzó corriendo el estrecho puente y se subió a la otra barandilla. Vio demasiado tarde la silueta negra realizando uno de sus quiebros en la plaza, muy alejado. El hombre se detuvo y miró hacia atrás. Seguía llevando la máscara. Se miraron por un instante, inmóviles, desde lejos, con todo el parque entre ambos. Luego el otro se volvió, saltó un pasamanos de metal y desapareció en la noche.

Declarar ante la policía fue más largo que leer una novela rusa. Daniel y Cristina habían estado separados durante la primera ronda, para que no pudieran, ya fuese a propósito o sin querer, influir el uno en la versión del otro acerca de los acontecimientos de aquella noche. Ahora ocupaban dos sillas contiguas en el diminuto despacho de Dooley, en el corazón del 850 de Bryant. Cris estaba inusualmente pálida. Con la ropa arrugada por la pelea y la resaca de

adrenalina, Daniel suponía que tenía un aspecto exponencialmente peor. Los puntos clave de la noche lo acosaban sin tregua: el primer atisbo de aquella máscara detrás del vapor de la cocina; la silueta destacándose de la columna del almacén; la punta de un cuchillo a milímetros de clavarse en su pupila. Todas aquellas imágenes le venían a la cabeza de manera aleatoria, como descargas eléctricas.

Cris le apretó la mano y él se dio cuenta de que le temblaba la rodilla e hizo un esfuerzo para relajarla.

—¿Seguro que no quiere que

alguien compruebe si está herido?
—le preguntó Dooley.

—Estoy bien, gracias. Bastante bien. —Ahogando un gemido, se frotó la nuca—. Antes podía hacer el puente sin que se me agarrotaran todos los músculos del cuello.

—Eras más del doble de joven —le dijo Cris—, y nadie intentaba matarte.

—¿Le estaba espiando o intentando matarlo? —preguntó O'Malley desde el umbral, donde estaba apoyado en una jamba.

—A juzgar por el cuchillo con el que intentaba atravesarme el ojo,

supongo que no me equivoco si digo que intentaba matarme.

—A lo mejor ha sido en defensa propia. —Dooley calló y trató de rectificar—. Quiero decir que...

—Ya sé lo que quiere decir. Si no lo hubiera perseguido, tal vez no me habría atacado.

—Usted no ha recibido ninguna amenaza de muerte —terció O'Malley—. Se ha salido de la rutina. La siguiente, supuestamente, tendría que ser Molly Clarke.

—¿No recuerda nada más? —lo presionó Dooley—. ¿Ningún detalle, por pequeño que sea?

Daniel se inclinó hacia delante, con la piel pegajosa de sudor seco. Cerró los ojos y repasó mentalmente toda la lucha. El primer golpe. Sus omóplatos contra el suelo. Los agujeros de la máscara...

—Su aliento —respondió.

—¿Qué pasa con su aliento? —dijeron a la vez Dooley y O'Malley.

—Era agrio y rancio y de menta.

—¿Como de chicle?

—No —dijo Daniel, identificándolo—. Era de tabaco de mascar. Como de Copenhagen.

—El sospechoso masca tabaco —dijo O'Malley—. ¿Está seguro?

—Por completo. Ya sabe hasta qué punto los olores calan en la memoria.

Cris fue la primera en hacerle la pregunta más lógica.

—¿Alguien de tu grupo masca tabaco?

—No lo sé. —Hizo sonar los nudillos, dedo a dedo. Cuando se dio cuenta, paró—. No pueden hacerlo en el grupo. Mantenemos las salas libres de toda clase de sustancias.

Theresa miró a O'Malley.

—Que los agentes de la condicional los visiten mañana y comprueben si en los domicilios de

los sospechosos hay tabaco de alguna clase.

—¿Qué ha sabido de sus hombres esta noche? ¿No tenían que estar vigilando a los del grupo? —le preguntó Daniel a Dooley cuando el inspector se marchó.

—Lo mejor que pueden —repuso ella—. No pueden entrar en los pisos y supervisarlos en la bañera.

—¿Y?

—Ha habido un lapso de tiempo entre el momento del restaurante, cuando hemos sabido de usted, y el momento en que nuestros hombres han llamado a sus puertas. Sin embargo, Martin, Fang y A-Dre

estaban en casa. Lil había salido...

—¿Lil había salido?

—¿Eso es raro?

—Sí. ¿Dónde estaba?

—En una especie de reunión de la iglesia.

Sintió una pizca de orgullo por ella incluso en aquel momento.

—Y Xochitl estaba en el cine — prosiguió Dooley—. Nuestro hombre la perdió de vista veinte minutos, pero evidentemente no es ella quien lo amenazó en el almacén. De los hombres, Big Mac no estaba donde nuestro hombre creía. Había salido de su piso por una puerta lateral.

—¿No había ningún agente apostado en las entradas laterales? —le preguntó Cris.

—No tenemos efectivos ilimitados. —Dooley no apartaba los ojos de Daniel—. Parece poco plausible, pero los otros podrían haber salido y vuelto antes de que comprobáramos si estaban en casa. Anton... Perdón, A-Dre es el único al que podemos descartar. Seguro que estaba en casa. Vive en Bayview, así que no hay modo de que hubiera podido volver, colarse en su piso y abrir la puerta en ese espacio de tiempo.

Por tanto, se habían establecido

dos coartadas. El coche averiado de Martin durante el asesinato de Vargas y A-Dre en su piso de Bayview durante el ataque de Chinatown. Lo que, de los integrantes del grupo, dejaba a Big Mac y a Fang como posibles enmascarados. Big Mac había sido convenientemente imposible de rastrear esa noche, y Fang, según Sue Posada, había actuado de un modo imprevisible.

—Así que A-Dre es el que vive más lejos —dijo Cristina—. ¿Quién vive más cerca?

Daniel suspiró.

—Walter Fang. Vive en

Chinatown.

—A cinco manzanas del restaurante —añadió Dooley.

Daniel se acordó del susto en la silla al encontrarse a Fang de pie a su lado, inclinado hacia él. La cartera a sus pies, abierta.

—Pero si sus hombres lo estaban vigilando...

—¿Ha oído hablar de los túneles que conectan los cimientos de Chinatown? —le preguntó Dooley—. Ocultaban fumaderos de opio y cámaras de tortura durante las guerras Tong del siglo XIX.¹⁷ Sirvieron de vías de escape durante la Prohibición.

—Claro —repuso Cristina—. Pero creía que no eran más que un mito absurdo.

—Puede que sí, puede que no. Pero hemos encontrado un túnel entre un callejón y el sótano de ese restaurante —dijo Dooley—. Hay un gran agujero detrás del congelador.

Un momento de silencio durante el cual Daniel recordó el olor a tierra del sótano. Disponer de varias rutas de acceso y salida a aquel espacio le habría resultado útil al atacante. Se esforzó por atar cabos.

—¿Está sugiriendo que Fang...?

—Estoy diciendo que a lo mejor

salió de su casa y volvió a ella antes de que nuestro agente pudiera comprobar su ausencia. Además, tal vez sabe de la existencia de algún túnel de esos o lo que sean y es capaz de moverse por Chinatown sin ser detectado.

—Pero no puede atestiguarlo.

—Puede que sí. —Theresa alargó el silencio, como si sopesara si compartir más información con ellos—. Uno de los friegaplatos del restaurante es un delincuente habitual. Sale y entra con frecuencia. Además, es un pedazo de mierda de la Nación Aria. Cuando hemos interrogado al

personal de cocina, estaba más que nervioso. Sabe algo o miente acerca de algo.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Cris.

—A pesar de mi aspecto juvenil, llevo en esto más de lo que quisiera. —Se levantó y miró con intención a Cristina—. Sé cuándo alguien miente.

Cris puso cara de desconcierto.

—Entonces, ¿qué harán ahora?

—Voy a interrogarlo —dijo Dooley—. Quiero que presencie el interrogatorio.

—¿A través de un cristal espejado?

—Me parece que ve demasiado Ley y orden. —Se iba pero se detuvo en la puerta—. Lo quiero en la misma sala.

Daniel apretó la mano de su mujer para tranquilizarla y se levantó. Theresa, por su parte, le sonrió.

—No se preocupe. Lo tendrá en casa a medianoche.

Daniel siguió a la inspectora por el pasillo. Dooley dejó la pistola en una caja fuerte de pared y se detuvo ante una puerta con doble cerradura—. Ahí dentro pueden ponerse las cosas feas, así que se lo advierto —le dijo—: Esto no es

Metro Sur.

Todavía con el uniforme suelto de algodón de friegaplatos, Brant Vogel se desplomó en la silla, dejando que la melena rubia le cayera sobre los ojos, de manera que miraba entre las greñas del flequillo. Era nervudo, todo él tendones y nervios debajo de la bata de manga corta. La barba de un día le disimulaba no del todo las marcas de viruela de las mejillas. Llevaba el brazo izquierdo completamente tatuado. El tótem de los tres monos, el que no ve, el

que no oye y el que no habla, le cubría el antebrazo hasta la muñeca.

Dooley se quedó de pie y apoyó los nudillos en la deteriorada mesa, delante de Vogel. Daniel se apoyó en un rincón. Vogel se apartó el pelo y alzó la barbilla hacia él.

—¿Qué demonios hace aquí?

—Es un testigo —dijo Dooley—. Tú eres un testigo. ¿Por qué no juntarnos?

—Ya se lo he dicho, agente. No he visto una mierda. Cualquier mamífero superior sabe que, si no he visto nada, no soy un testigo. ¿Entiende?

—Un mamífero superior. ¡Qué ingenioso! —Indicó con un gesto su brazo derecho—. Y qué bien afeitado. ¿Te preparas para follar con el puño en la prisión federal?

Daniel notó que, de hecho, Vogel llevaba el brazo derecho completamente afeitado.

El tipo se arremangó para enseñarle un tatuaje reciente que le cubría la parte redondeada del hombro.

—Tengo que estar preparado. Mañana me lo terminarán.

—Deja que lo adivine: tendrá calaveras —se mofó Dooley.

Vogel apretó los labios y negó

levemente con la cabeza. El flequillo se le apartó lo suficiente para que se le viera un instante el tatuaje carcelario de la frente: una fina cenefa de esvásticas en la raíz del pelo.

Dooley sonrió.

—Me gusta el nuevo. Casi tanto como tu traje de friegaplatos. ¿Ahora estás a sueldo de un chino? Debe de hervirte la sangre esa tuya tan pura en las venas.

—Tenemos que apañárnoslas como podemos. Ellos lo controlan todo. A los amarillos y a los judíos.

—¿Y a los negros?

—Joder, he oído que ahora los

admiten en el Departamento de Policía.

Se rieron ambos. Luego, sin dejar de sonreír amistosamente, Dooley se estiró y le agarró el hombro derecho por encima de la manga. Él apretó los labios, pero no se encogió de dolor.

—Sé que hay algo que no me cuentas.

Vogel consiguió sonreír, aunque la sonrisa fue más bien una mueca.

—¿Con ese pelo rizado sintoniza mis ondas cerebrales?

Dooley se mantuvo impasible. Los dos se miraban, separados por la mesa. Alrededor de la mano de

Theresa, que seguía apretándole el hombro, aparecieron manchas de sangre.

—¿Sabes cuántos idiotas se han sentado en esta silla antes que tú? —le preguntó.

Por fin lo soltó, herido en su orgullo. Se alzó la manga y se miró las costras levantadas antes de volver a bajársela. Luego la fulminó con la mirada desde detrás del flequillo.

—¿Sabe a cuántos negratos ansiosos de poder me he enfrentado?

Theresa se sentó. Tranquilamente, posó las manos en

la mesa.

—Negrata, sambo, mono, cabeza de musgo, carbón. ¿Quieres cabrearme? No puedes. ¿Sabes por qué? Vivo en San Francisco, en el siglo XXI, y soy una policía afroamericana. Soy una jodida puta con autoridad. Ahora, mírame. Mira bien mis ojos marrón chocolate. ¿Parezco nerviosa? No. Pero a ti, monada... —Volvió a inclinarse por encima de la mesa y Vogel se apartó, pero ella se limitó a poner dos dedos en la muñeca, tomándole el pulso—. A ti el corazón está a punto de salirse por la boca. Dime: ¿por qué? No me gusta

apostar, pero si me gustara diría que es porque estás entorpeciendo una investigación policial, mientras que a mí me respalda toda la fuerza del Gobierno estadounidense. Cuesta creerlo, lo sé. Es el mundo al revés, pero es lo que hay. Hoy en día, así es. Así que, ¿volvemos al trabajo?

—Yo no trabajo con las de su calaña.

—Vale. —Apartó la silla y se levantó—. Que venga el inspector O'Malley. Es un hermoso chico blanco. Incluso tiene un bigote pelirrojo. Te gustará. ¿O'Malley?

Apenas había levantado la voz,

pero al cabo de un instante se abrió la puerta y entró O'Malley.

—¿Sí, inspectora?

—El señor Vogel quiere que lo interrogue alguien más de su gusto.

—Estoy ocupado con un caso. Tendrá que esperar con los demás en el calabozo.

—¿Quién vuelve a estar dentro?

—Solo los habituales de la banda Knock Out Posse —contestó O'Malley—. Tipos de piel oscura todos ellos.

—Divino —dijo Vogel—. Eso es divino.

—Dentro de unos diez minutos no lo será —repuso Dooley.

—Y también algunos de la Black Guerrilla Family, creo —añadió O'Malley.

Dooley puso cara de horror.

—¡Menudo montón de negros!

—No me tocarán —dijo Vogel—.

No saben quién soy. Para ellos no soy más que otro tipo atrapado en el mismo sistema que ellos.

—¿Qué es esto? —Dooley rodeó la mesa y le miró la frente de cerca—. ¿Son piojos?

Vogel se hundió en la silla.

—¡Oh, mierda!

—Puede que sea ilegal que el señor Vogel cohabite con otros presos si tiene piojos —dijo

O'Malley.

—Yo no tengo putos piojos, tío.

—No tendrá una máquina de afeitar, ¿verdad, inspector O'Malley?

—Pues sí, mira tú. Aquí mismo.

—Se sacó una máquina eléctrica del bolsillo y se la puso a Dooley en la palma.

Daniel observaba incómodo el perfectamente ensayado espectáculo..., con una pizca de admiración.

—De acuerdo —cedió Vogel—. Se acabó.

Se levantó de la silla, pero Dooley lo agarró, lo giró y le sujetó la cabeza por la nuca.

—Has perdido tu oportunidad. —
Le apartó el flequillo para dejar al
descubierto las esvásticas tatuadas
—. Vamos a pelarte antes de
dejarte en la jaula con los
mamíferos inferiores. —Puso la
afeitadora a escasos milímetros de
su pelo.

—¡Espere! ¡Espere, joder! ¿Vale?
Se lo diré.

Dooley apagó la afeitadora y se
hizo el silencio.

—Siéntate —le ordenó.

Vogel obedeció.

—Habla.

—He encontrado una cosa,
¿vale? —dijo Vogel—. No sé nada

de nada, pero he encontrado una cosa que se ha dejado el tipo.

—Dejado, ¿dónde?

—La ha usado para bloquear la cerradura de la puerta del almacén, la que da a la calle, seguramente para colarse dentro o para salir pitando. La he encontrado después de la pelea y me la he quedado.

—¿Por qué te la has quedado?

—Porque era dinero.

—¿Has encontrado dinero bloqueando la cerradura de la puerta trasera?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Se lo han quedado cuando me

han registrado al entrar. Tienen todas mis cosas.

Dooley le hizo un gesto a Daniel para que la siguiera y salieron al pasillo. Fueron hasta otra pared de cristal de seguridad. Ella llamó fuerte con los nudillos y el policía que estaba sentado al escritorio se volvió sin levantarse.

—Los objetos personales de Brant Vogel. Los necesito.

Al cabo de un momento el agente empujó una bolsa de plástico por la ventanilla. Dooley la cogió, miró su contenido y le cambió la cara.

—Ve a buscar a una rata de

laboratorio. Ahora mismo.

—¿Qué es? —preguntó Daniel.

Ella sostuvo en alto la bolsa para que la viera. Junto a unas llaves y una billetera había un rollo de monedas de veinticinco centavos. El papel se había roto y la mayoría de ellas estaban sueltas. Daniel se acercó hasta conseguir leer varias de las fechas acuñadas: 1985, 1987, 2002.

Y de la primera a la última parecían completamente nuevas.

17. Serie de violentas luchas habidas entre 1880 y 1921 entre facciones rivales Tong en el barrio de Chinatown. (N. de la T.)

A las nueve y media de la mañana siguiente, James recibió a Daniel en la puerta de la finca de Evelyn con unos guantes blanquísimos y gafas nuevas. Nunca había tenido unas labores concretas. Más que un chofer y menos que un secretario personal o que un administrador, se ocupaba de todo lo que necesitaba Evelyn desde que Daniel tenía memoria.

—¿Te hace llevar guantes de mayordomo? —le preguntó.

—¿Esto? —James se miró las

manos y Daniel vio que en realidad los guantes eran manoplas de microfibra—. No. Estoy abrigando.

—Ah. Ni siquiera ella llega a ser tan pretenciosa, supongo.

James cambió un tanto de cara, lo justo para parecer irónico. Le hizo un gesto y Daniel entró en el enorme recibidor tras él. Le dolían los hombros por culpa del forcejeo sobre el suelo de cemento y se notó el cuello agarrotado cuando trató de ver el techo abovedado, pero estar allí, en aquella casa, era una distracción que agradecía, una excusa para dejar de pensar en la

pelea del sótano, en la persecución por Chinatown y en el rollo de monedas de veinticinco centavos inexplicablemente relucientes que habían dejado perpleja a toda la División de Homicidios la noche anterior.

James se quitó las gafas nuevas. Tenía bolsas bajo los ojos. Por primera vez, parecía viejo. Había ido envejeciendo con los años, claro, pero de un modo tan gradual que pasaba desapercibido, como un atardecer en progreso hasta la oscuridad nocturna.

Siempre había parecido un hombre de cincuenta y cinco años

más o menos, congelado en el tiempo, el parangón de la circunspección y la templanza de la madurez. Sin embargo, en aquel momento a Daniel lo sorprendió el hecho de que, haciendo cálculos, tenía que estar forzosamente cerca de los setenta. Notar que tenía los hombros levemente encorvados y el cuidado con que cruzaba el umbral elevado, lo conmovió.

Accedieron por unas complejas cristaleras al jardín trasero. Pasadas media docena de hileras de plantas, encontraron a Evelyn arrodillada en su cojín floreado, arrancando las malas hierbas con

herramientas muy usadas. Todos los domingos por la mañana, arreglaba su premiado jardín con escaso placer. El personal se ocupaba de él los otros seis días de la semana. Su madre nunca estaba relajada, y menos allí fuera. Daniel se preguntaba a menudo por qué salía para dedicarle unas pocas horas. ¿Para tener una forzada sensación del deber cumplido? ¿O simplemente se sentía obligada a hacerlo? «Esto es lo que hacemos.»

—Te pedí que estuvieras aquí a las ocho —le dijo, sin alzar la cabeza. Luego alzó la vista, pero solo para mirar a James—. ¿Quieres

que haga algo? Dile que haga lo contrario. —Agitó la mano llena de tierra, descartando lo que James no había siquiera dicho—. Lo sé, lo sé. —Imitó su modo de hablar, con acento inglés y un deje de elegancia—: «Me pregunto de quién lo habrá aprendido.»

—¿Puedo terminar con los coches o va a seguir improvisando mi parte del diálogo? —le preguntó James sin el más mínimo atisbo de mala leche.

—A los coches.

James se retiró. Evelyn volvió a ocuparse de las malas hierbas.

Daniel giró el cuello. Lo tenía

tan agarrotado que apenas podía ver el cielo.

—Anoche estuve muy ocupado y esta mañana también lo he estado.

—Ya me he enterado.

—Faltaría más.

—Corre la historia por la redacción del Chronicle —dijo Evelyn.

—Estará lista para la portada de la mañana. Están atando cabos, relacionando los asesinatos, achacándolos a un único asesino. El Hacedor de Lágrimas, lo llaman.

»¿Sabes?, el asunto de los ojos... El presidente de la comisión de policía dice que esto va a caer

en esta ciudad como el asesino del Zodíaco pero sin el entretenimiento de los criptogramas.

—¿Eso ha dicho?

—No, pero debería haber sido más conciso. —Hundió una pala en la tierra húmeda—. He hecho unas cuantas llamadas. He conseguido evitar que se filtre tu apellido.

—Nuestro apellido, dirás.

—No, el tuyo. Yo no recuerdo haber estado rondando escenarios del crimen jugando a ser Eliot Ness.

—¿Eliot Ness?

—Tengo setenta y seis años. ¿Qué quieres? ¿Que me compare con Justin Bieber?

—Hay varias opciones entre el uno y el otro.

—Aun así. ¿Qué haces? Hay maneras más fáciles de matarse: con Xanax y whisky escocés; con un tubo de escape y una manguera. —Clavó la pala, indignada—. Enfrentarse a cualquier desafío a lo macho, ¿de eso se trata? Aunque sea el de otra gente.

Daniel pensó en tratar de explicarle de qué manera el impulso y la obligación lo habían enrollado, como una pitón, en el caso. Cómo el sentido del deber, aunque equivocado, lo había arrastrado al meollo de aquello, como la

arrastraba a ella allí afuera todos los domingos por la mañana para quitar las malas hierbas de un jardín que no necesitaba sus cuidados. Siempre había detestado quedarse sin hacer nada cuando otras personas estaban en peligro, pero si lo decía parecería empalagoso e interesado, así que se limitó a oler el perfume de las premiadas bocas de dragón enanas, que habían sido podadas una y otra vez para que volvieran a florecer durante las semanas de noviembre. Más allá del invernadero y del acantilado, el Golden Gate añadía unas cuantas pinceladas de color a

un melancólico cielo gris.

—No es seguro —dijo Evelyn—. Mira en lo que estás metido y te vas a cenar a Chinatown —dijo esto último con una dosis añadida de desprecio—. Supongo que Conchita sigue ocupándose de los proyectos todos los días, ¿no?

—Cristina. Tenemos cuidado.

—Vas a sentarte con esa mujer, ¿verdad? Con Molly Clarke, esta medianoche.

—Sí. Con la inspectora Dooley y muchos otros...

—¿No puedes dejar que la policía se ocupe de esto?

—La policía me ha pedido

ayuda.

—Ojalá dijeras que no a alguien aparte de a mí. —Sonó su teléfono y se limpió las manos con el polo, lo sacó y miró quién la llamaba. Puso mala cara.

—¿Vimal? —le preguntó Daniel.

—Juro que este hombre, y uso el sustantivo generosamente, necesita una nodriza.

—¿Por qué no pones a alguien más que lo ayude un poco?

—Eso ya no es asunto tuyo, ¿verdad? —El teléfono se le escapó de la mano y cayó en la tierra. Intentó limpiarlo pero con la tierra de las manos dejó huellas en la

carcasa—. Tú te fuiste, como hizo tu padre. —Parecía estar hablando más consigo misma que con él. Dejó el teléfono, frustrada, y miró furibunda las plantas que tenía alrededor—. Es un desastre, un verdadero desastre.

—¿Qué es un desastre?

—Me aseguré de que las brugmansias hubieran arraigado bien antes del invierno, de que el suelo estuviera drenado.

¿Era una respuesta o un tema nuevo de conversación?

Evelyn se levantó y metió la mano entre las flores pendulares blancas para enseñarle una hoja

amarilla.

—Sin embargo, se les caen las hojas.

—¿Araña roja?

—Pago a todo un equipo de jardineros..., bueno, no querrás saber cuánto les pago. Tienen un solo trabajo que hacer, uno solo. Les he permitido ese lujo. ¿Y no pueden mantener la araña roja alejada de mis flores?

—Despídelos.

—Lo he hecho. Esta es la tercera empresa.

—Mamá, no puedes quedarte sentada en esta colina criticando a los demás.

—¿Y qué más puedo hacer? —Se llevó la mano a la boca como para no hablar, pero ya lo había dicho. Apartó la vista con desasosiego y empezó a quitar hojas muertas de una brugmansia con enérgicos giros de muñeca—. Me gusta la riqueza —dijo mirando el arbusto—, veranear en la Costa Brava y los almuerzos en el St. Francis, pero sé que se trata de algo más. Sé que el dinero me protege. Sé que los criados me despedazarían con tanta prontitud como me sirven el té. —Una carcajada hueca—. No lo hacen, sin embargo. Hay un orden y me gusta el lugar que ocupo en él.

Daniel observó cómo los frágiles hombros de su madre se elevaban cuando inhalaba.

—Una mañana, el año pasado, me quedé encerrada fuera de casa. No iba arreglada ni maquillada. En traje de baño. James tenía el día libre. No había nadie del personal. Los vecinos no estaban en casa. Así que tuve que salir del vecindario e ir hasta la esquina, a esa tienda de licores asquerosa, para llamar por teléfono a un cerrajero. El tipo que atendía me señaló con el pulgar y dijo: «A la cola.» Tal cual. Me trató como a..., como a una vieja cualquiera.

—Mamá...

—No soy especial, lo sé. —

Cuando volvió la cara hacia él tenía la mirada tan acerada como siempre, pero los ojos enrojecidos por la emoción—. Pero no quiero volver a sentirme así jamás.

A Daniel se le había secado la boca y tuvo que hacer un esfuerzo para tragar.

—¿Así que quieres quedarte aquí arriba en tu castillo y tratar solo con personas a las que controlas?

—Sí. Y sí, no soy como tú, Daniel. No eres como yo, nunca lo has sido. Cuando estabas en segundo, te trajimos de París un

abrecartas de plata de ley. Era muy caro. Te lo llevaste al colegio para una presentación y, cuando fuimos a recogerte, nos enteramos de que se lo habías dado a uno de tus amiguitos. ¡Nos pusimos furiosos! Te dijimos: «Era un regalo muy especial. ¿No significaba nada para ti?» Y tú respondiste: «Por supuesto. Por eso se lo he dado a otro.» —Se rio—. ¿Te acuerdas?

Daniel sonrió sin poder evitarlo.

—Recuerdo que me castigasteis.

—Intentábamos enseñarte el valor de las cosas. —Negó con la cabeza, en jarras, con las manos sucias de tierra, mirando cualquier

cosa menos a él—. Si miro atrás, supongo..., supongo que estoy orgullosa de ti.

—Hubo un tiempo en que me hubiera importado mucho —dijo él, pero sin crueldad.

—¿Tan espantosa era? —le preguntó Evelyn.

—Me hiciste un gran regalo, mamá.

—¿Cuál?

—Me enseñaste a luchar.

Ella no se lo tomó como un insulto sino como él había pretendido. Lo miró un momento y le dio unas palmaditas afectuosas en el pecho antes de volver hacia la

casa.

A las once de la noche dejaron de fingir que no miraban la hora y Molly Clarke fue a buscar su despertador digital y lo puso en el tapete, donde pudieran verlo como si fuera un televisor. Theresa y Daniel estaban en las mismas sillas acolchadas que antes, dejándole más espacio a Molly en el sofá para que se moviera, nerviosa.

—Dios —comentó ella—. Esto es surrealista. Estar en el centro de este..., de este asunto. Esta mañana he cometido el error de

poner la tele. Los periodistas parecen casi contentos de poder hablar de esto. El Hacedor de Lágrimas. Una ciudad atemorizada. Como si fuera un videojuego. Sin embargo, yo soy el objetivo. Yo soy quien... —Se le quebró la voz.

—Tenemos dos coches fuera — le dijo Dooley—. Hombres en todas las entradas, en la escalera y en el ascensor. Nadie va a entrar. —Su Motorola sonó y bajó el volumen antes de llevárselo a la oreja. Enseguida frunció el ceño—. Recibido.

Molly se había levantado del sofá, descalza.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Nuestros muchachos desplegados por la ciudad pueden dar cuenta de todos los sospechosos. Están en la cama.

—A menos que salgan a hurtadillas —dijo Clarke—. Es difícil vigilar todas y cada una de las ventanas y las puertas, ¿verdad? Dijo usted que son seis, y solo son los seis que conoce.

Dooley sonrió moderadamente.

—Hemos dedicado un montón de recursos a esto, Molly.

—¿Por qué no mantiene a todos los sospechosos bajo custodia esta noche?

—Bueno, porque esto no es la Unión Soviética. —Moderó el tono, apaciguadora—. Mire... Vamos a mantenerla a salvo.

—Entonces, ¿por qué hay una ambulancia preparada ahí fuera? — Un pitido del reloj hizo que Clarke prácticamente diera un salto. Se agarró el pecho, retorciendo el jersey encima del corazón—. ¡Jesús, María y José! —Fue a la cocina y echó la medicina en agua. La cucharilla tintineó en el vaso al removerla.

—¿Qué? —le dijo Daniel a Dooley en un susurro.

—Todo va bien.

—Se lo leo en la cara, Theresa.

—Esto no me gusta. No sé lo que no me gusta, pero algo no encaja. Él sabe que ahora recibe usted las amenazas de muerte a tiempo. Sabe que estamos al corriente. No hay manera de que entre aquí. Sin embargo, no me parece de los que farolean.

Clarke volvió de la cocina, secándose los labios.

—¿De qué están hablando?

—De los Giants —dijo Dooley—. Lincecum está perdiendo velocidad en los lanzamientos rápidos.

Clarke apuró lo que quedaba en el vaso y volvió a su vigilia en el

sofá. A la media hora, renunciaron a la charla intrascendente. A las 11.46 de la noche, Clarke sollozó brevemente y luego se calmó. A las 11.57 volvió a romper el silencio.

—Las cuentas atrás son horribles. Es como si estuviera esperando que esto saltara por los aires.

—Tenemos todo el edificio asegurado por... —dijo Dooley.

—Lo sé. Pero aun así... —Se mordió el labio—. Alguien quiere matarme y no tengo ni idea de por qué.

11.58

—¿Tienen idea de lo impotente

que me siento? —Se cubrió la boca con una mano.

11.59

—Supongo que nunca sabemos cómo afectan a los demás nuestros actos —dijo Clarke—. A lo mejor fui grosera con alguien en el autobús. A lo mejor no le di suficiente propina a un camarero... o quizás algo peor. Puedo haber menospreciado a un paciente o...

—No puede culparse de que un psicópata la haya elegido como víctima —la interrumpió Dooley.

—No me culpo. Es simplemente que... No lo sé. No sé lo que hago.

Miraron el reloj en silencio.

Las líneas digitales rojas se redistribuyeron.

Medianoche.

Clarke dejó escapar un sonido gutural. Nadie habló durante un minuto entero. Daniel oía las rápidas exhalaciones de la enfermera. Flotaba en el ambiente el aroma del perfume de Dooley, ligero y con matices cítricos.

El reloj volvió a cambiar.

—Bien —dijo Dooley, levantándose—. Bien.

Clarke tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, pero le temblaban los dedos.

Daniel se fijó.

—¿No podríamos quedarnos aquí sentados un rato más? —le preguntó a Dooley.

La inspectora suspiró y volvió a sentarse.

Esperaron, evitando mirarse a los ojos, observando el reloj hasta las 12.30 y luego hasta la 1.00. Finalmente, sin necesidad de decir nada, se movieron y se levantaron.

Clarke estaba pálida de cansancio. Tambaleándose un poco, los acompañó a la puerta.

Dooley se detuvo.

—Vamos a dejar un equipo completo toda la noche —le dijo—, y mañana alguien se quedará con

usted.

Clarke tenía la frente perlada de sudor. Se lo secó con una mano.

—Estará usted bien —le dijo Daniel.

A Clarke le temblaron los ojos y se desplomó contra el muro, golpeándose un hombro. Luego cayó al suelo.

—Mierda —dijo Dooley—. ¡Mierda! —Cogió la radio.

Daniel corrió inmediatamente hacia la enfermera, que, tendida en el suelo, se convulsionaba arqueando la espalda, apoyada en los talones y la parte posterior de la cabeza. Le caía el vómito por la

mejilla. Daniel se arrodilló de golpe y se inclinó sobre ella. Con un dedo le limpió la boca para que no se ahogara. Convulsionándose, volvió a arquearse, esta vez de lado, como un pez arponeado. Con los ojos saliéndosele de las órbitas y las pupilas dilatadas, la cara se le iba amoratando.

Frenético, Daniel le protegió la parte posterior de la cabeza.

—Que vengan ya.

—¡Los he llamado! —gritó Dooley—. ¡Ya vienen!

Daniel notó el aire desplazándose al paso de Theresa, que abrió la puerta de par en par y

gritó. Unos pasos resonaron en el pasillo y entraron dos paramédicos.

—Es hemofílica, ¿verdad? No la empuje ni la golpee.

Apartaron bruscamente a Daniel y se arrodillaron junto a Clarke para ponerle una vía en cada brazo. Tenía el fino cuello lleno de moretones. Manchas rojo vino se le extendían por la esclerótica como nubes de tormenta. Su cuerpo rígido se convulsionaba como si los huesos intentaran atravesarle la piel. Su mirada desencajada denotaba que era terriblemente consciente de la situación: estaba experimentando plenamente todo

aquello.

—Hemorragia subconjuntival, equimosis...

—Abre el suero salino.

—Llama a los de Urgencias y diles que tengan preparado factor ocho.

—Hay presión aquí... y aquí.

—Suave..., suave...

—¿Por qué se ha caído? — preguntó Dooley—. ¿iPor qué se ha caído!?

Daniel notaba un hormigueo en la piel de la cara, como un millar de pinchazos de aguja. Miró hacia la encimera de la cocina, que se veía por la puerta. El frasco del

medicamento estaba junto al vaso vacío, en el que quedaba un residuo lechoso.

—El medicamento —contestó—. Ha puesto anticoagulante en su medicación.

Un paramédico calló, aún al teléfono.

—Traed vitamina K y plasma del banco de sangre. Pinta mal. —Colgó y ayudó a poner a Clarke en la camilla—. Apártense, dejen paso.

Daniel y Dooley se apartaron.

Mientras pasaba en la camilla, Clark tuvo otra convulsión y volvió la cabeza hacia un lado. Una lágrima de sangre le corrió por la

pálida piel de la sien.

A la mañana siguiente, la cocina de los Brasher parecía una tumba. El frío del amanecer no se despegaba de las paredes ni del suelo. Y el silencio... Leo estaba sentado en el escalón superior, de cara hacia la puerta de entrada. Mantenía una postura perfecta, con la columna recta y las manos en las rodillas. Nadando en una camisa de Daniel con puño francés, Cris estaba junto a la encimera, tomándose a sorbitos el té de menta que reservaba para cuando

tenía el estómago descompuesto o lo estaba ella, mirando sin ver la neblina de primera hora de la mañana que cubría la bahía. Daniel, por su parte, de bajón en el rincón casita del árbol del salón, mirando por el ventanal las casas baratas del hinchado pecho de los Twin Peaks. Todas aquellas cajitas tenían un aspecto idéntico, sí, pero de haberlas abierto habría encontrado una buena dosis de variedad de la Costa Este. Todos los tonos de piel de la ciudad, un arcoíris de etnias. Había una historia bajo cada tejado, las inevitables tribulaciones y

angustias, los interludios venturosos y las mudas tragedias, y sí, también la barbarie. Como, digamos, la de envenenar a una hemofílica con brodifacoum¹⁸ en un intento de que se desangrara internamente.

Molly Clarke había sido trasladada inmediatamente al hospital, que por fortuna se encontraba a solo media manzana de distancia. La habían estabilizado enseguida en Urgencias y la habían ingresado en la UCI, de manera que, al cabo de unas horas, había sido capaz de sentarse y tomar líquidos. Puesto que era enfermera

de la Universidad de California en San Francisco, había tenido todas las atenciones, sus colegas se habían turnado para vigilarla y había estado en buena compañía las veinticuatro horas.

Dooley había dispuesto que fuera trasladada a otro hospital de fuera de la zona, donde la habían ingresado con el nombre de Jane Doe. Cuando Daniel había por fin abandonado la UCI la noche anterior, Dooley lo había alcanzado a la carrera en los ascensores.

—Sé que da la impresión de que nos han derrotado, pero esta noche usted le ha salvado la vida a esa

mujer.

Daniel indicó el grupo de policías y de personal médico del pasillo.

—Todos lo hemos hecho.

—Usted ha pedido que nos quedáramos con ella un rato más. Ha visto que seguía asustada, que nos necesitaba a su lado. Si nos hubiéramos ido cuando yo pretendía, se habría desangrado sola en el piso teniéndome a mí en el vestíbulo montando guardia.

Daniel supo por el rictus de Dooley que le costaba decir aquello.

—No trabajamos en lo mismo —

prosiguió—, así que tenemos intereses diferentes, pero los míos no son más nobles que los suyos.

Seguía oyendo aquellas palabras ahora, sentado ante la ventana. Él, Leo y Cris estaban en lugares distintos del primer piso, como si temieran la proximidad, mirando en direcciones diferentes, atrapados cada uno en su propia burbuja de terror.

Sonó un golpe en la puerta de entrada.

Antes de que Daniel volviera la cabeza, Leo ya se había levantado, con una rapidez increíble para un hombre tan robusto como él. El

ruido lo levantó del sofá y Cris se volvió y dejó de golpe la taza en el mármol de la encimera.

—Quédense aquí —les dijo Leo.

Bajó con ligereza. La puerta rechinó. Cris y Daniel se miraron un instante. Un portazo. Pasos subiendo.

Apareció Leo con el periódico.

—Tienen que ver esto.

Daniel se le acercó con un par de zancadas. El florido titular rezaba: «Asesino en serie suelto por la ciudad.» El subtítulo era: «El Hacedor de Lágrimas se cobra su cuarta víctima.» Había también una foto de Molly Clarke, de quien se

decía que se encontraba en estado crítico.

Notó el calor de Cris en el hombro y luego oyó un jadeo.

—¿Es ella? —exclamó su mujer—. ¿Esa es Molly Clarke?

—Sí —dijo él—. ¿Por qué?

—La conozco. Se ocupó de mí durante algunas de las sesiones de radioterapia.

Daniel agarró con más fuerza el periódico. Una idea horrible lo asaltó.

Leo se había apartado un poco, dejándoles intimidad.

Cris se apoyó en el otro pie y los puntos tatuados sobre el esternón

se le vieron: una constelación minúscula.

—¿Qué significa esto? —Estaba claro que hacía lo que podía para no perder la calma; sin embargo, el susto de descubrir aquello le había enrojecido el cuello y las mejillas—. No puede ser coincidencia, ¿verdad?

Daniel miró la impactante portada. La tinta del periódico le había manchado el pulgar. Notó que se había quedado sin aire.

—No estoy seguro. —Tragó con dificultad y fue hacia la escalera—. Pero voy a enterarme.

18. Anticoagulante y antagonista de la vitamina K, una 4-hidroxicumarina letal. (N. de la T.)

Habían vaciado la sala de reuniones de Homicidios para convertirla en un improvisado centro de operaciones dedicado al Hacedor de Lágrimas. Cuando llegó Daniel, Dooley le echó un vistazo y dijo a los otros que hicieran un descanso para tomar café. Mientras él miraba asombrado el sanctasanctórum, Theresa se movía como un gato frente a una pizarra Vileda con una telaraña de conexiones entre localizaciones marcadas en un mapa, fotos de las

víctimas y antecedentes de los miembros de su grupo. En una mesa había fajos de registros de motocicletas y de perfiles de los empleados de Metro Sur, incluso algunos de trabajadores de los edificios colindantes. Era evidente que el Departamento de Policía de San Francisco no había reparado en gastos; para reunir tanta información habían hecho falta, sin duda, muchas horas de trabajo de mucha gente. Varios televisores tenían sintonizada la CNN y unas cuantas emisoras locales, que emitían imágenes sobre el Hacedor de Lágrimas, apodo que ya

aparecía en los rótulos que corrían a pie de pantalla. Un periodista había recurrido a entrevistar a gente de la calle que temía al asesino recién catalogado. Por la expresión de Dooley, de fría indignación, quedaba claro lo que opinaba de que se hubiera filtrado el apodo. Daniel se quedó mirando las pantallas escandalizado hasta que la inspectora quitó el sonido para que le prestara atención.

Arrastró los pies hasta una silla próxima a los últimos expedientes del caso y se permitió un momento para dar forma a los pensamientos que lo habían estado consumiendo

durante el trayecto en coche hasta allí.

Dooley esperó, tratando de no impacientarse. Detrás de ella, en pantalla, el logo del Hacedor de Lágrimas: una máscara de hockey con huellas de lágrimas, que desapareció por fin del ABC7, sustituida por unas imágenes de Gilroy Garlic Fry en el AT&T Park, el estadio de los Giants.

Daniel puso la mano abierta encima del montón de documentos más cercano.

—Marisol Vargas era profesora. —Tenía la garganta en carne viva, la voz rasposa—. Su campo, sin

embargo, tenía que ver con la medicina, ¿verdad?

Dooley dejó por fin de deambular y se sentó con precaución en una silla, como si se hubiera debilitado repentinamente.

—Salud pública.

—¿Trabajó alguna vez en la Universidad de California en San Francisco?

—No. Al menos no a tiempo completo.

—Compruébelo —le pidió Daniel—. Tiene que haber una relación. Y Kyle Lane tenía un máster en administración de empresas, ¿no? ¿Dónde trabajó antes de entrar en

la compañía de comida sana?

Dooley cogió un expediente y fue pasando las paginas.

—En la Universidad de California en San Francisco, ¿verdad? —le dijo Daniel cuando dejó de hacerlo.

Theresa asintió levemente.

—En Subvenciones y Financiación.

—Para el Departamento de Oncología.

—No lo pone. —Dooley cerró de golpe el expediente, con la frente fruncida, reflexionando—. Así que hay una relación médica entre Clarke, Lane y Vargas. ¿Cómo encaja Jack Holley en esto? Era

guardia de seguridad.

—¿Alguna vez vigiló...?

—No. Ni la Universidad de California ni tampoco ningún hospital. Yo misma he llevado su caso desde el principio, ¿recuerda? Me sé todo su historial laboral.

—Llame para comprobarlo.

—Daniel...

—Confíe en mí.

Sin dejar de mirarlo, Theresa cogió el teléfono y pulsó los números con un bolígrafo. Mientras recorría distintos menús y la pasaban a varios departamentos, Daniel se adormeció. Fue cerrando los ojos cada vez más hasta que al

final Dooley tuvo que llamarlo. Cuando oyó su nombre irguió la cabeza de golpe con una mueca por culpa de los músculos doloridos del cuello.

—¿Qué?

La inspectora tenía una mirada intensa y vivaz.

—La empresa de seguridad ha repasado todos sus registros de entrada y salida. Por lo visto lo trasladaron de su puesto de trabajo habitual a uno de una semana de duración. Solía trabajar en joyerías, por eso se nos pasó, pero se solicitó a la empresa que reforzara la seguridad del centro médico de la

UCSF durante una gran manifestación en favor de los derechos de los animales. Fue en... —Pasó las páginas de su cuaderno de notas.

—Fue en otoño de 2009 —dijo Daniel.

Dooley se quedó con la boca abierta.

—Del 5 al 11 de octubre. —Se lamió los labios—. Daniel, ¿quiere decirme qué demonios está pasando?

Daniel inspiró profundamente, dispuesto a soltarlo todo.

—En el periódico de esta mañana, Cristina ha reconocido a

Molly Clarke. Fue una de sus enfermeras.

—¿Cuándo?

—Hubo ensayos clínicos restringidos en la UCSF. Terapia experimental con isótopos radiactivos, ¿sabe?, para pacientes con cáncer de corazón.

—¿Me está diciendo que Cristina tuvo cáncer de corazón?

—Sí. Es infrecuente, pero lo tuvo.

—¿Y? —Dooley estaba perdiendo la paciencia y se le notaba.

—Ese ensayo clínico es el elemento de conexión entre las

víctimas.

—Pero ¿por qué?

Frustrado, Daniel estalló.

—¡No lo sé!

—Si las víctimas están relacionadas entre sí, entonces Cris también lo está. Sería mejor que...

—Tenemos un vigilante en casa. Antes de irme le he pedido que se quedara con ella sin perderla de vista ni un segundo.

Dooley todavía estaba atando cabos.

—Si su esposa participó en el estudio, eso significa que el asesino quería que usted recibiera esas primeras amenazas de muerte. No

pusieron los sobres por descuido en su casilla, solo querían que lo pareciera. Además, si el sospechoso forma parte de su grupo, como creemos...

—Entonces él, o ella, me escogió. Exactamente como usted suponía.

—¿Por qué habrán querido involucrarlo así? Me refiero a que no es usted otra víctima más sino el maldito foco de atención.

—Dice usted que sabe cuándo alguien miente, Theresa, así que míreme bien. —Se inclinó hacia ella—. No tengo ni la más mínima idea.

—Tal vez Cris la tenga.

—Hablaré con ella.

—Yo también. —Se levantó y abrió la puerta.

—¡Quiero a todo el mundo aquí! —gritó hacia el pasillo—. Tenemos nuestra primera pista decente.

Dooley no sacó nada más interrogando a Cris. Cuando terminó, habló por teléfono con Daniel. Estaba nerviosa y desorientada, así que le prometió mantenerla al corriente de los acontecimientos.

Cris quería correr colina abajo porque tanto la nevera como las

alacenas se habían vaciado durante la semana y quedaban pocas provisiones; además, él le había hecho prometer que no se separaría de Leo ni un solo momento.

A petición de Dooley, Daniel se quedó en el centro de operaciones. Llamaron a la Fiscalía del Distrito, coaccionaron a los jueces y las pistas volaron por los monitores y las líneas telefónicas. Los inspectores se prepararon para una pelea con los pit bulls del equipo legal del hospital, pero se mostraron colaboradores y les proporcionaron la información sin ningún inconveniente cuando les

llegó la orden judicial. Como era de prever, los expedientes de recursos humanos fueron los primeros que les entregaron, antes que los de los pacientes. En el transcurso de la mañana y de la tarde, el panorama fue aclarándose poco a poco.

Durante su año sabático, en 2009, Marisol Vargas había estado en contacto con el Departamento de Oncología en calidad de directora de proyecto para unos cuantos estudios. Mientras permaneció en la UCSF, Kyle Lane había supervisado la financiación de numerosos ensayos clínicos. Molly Clarke, por su parte, había ejercido

con dedicación como enfermera durante la misma época en Oncología, Hematología y Enfermedades infecciosas. El único proyecto en el que habían coincidido los tres había sido el estudio sobre braquiterapia en el que Cris había participado.

El repaso inicial de los inspectores por los archivos del ensayo, con la ayuda de los administradores del hospital, todavía no había generado señales de alarma.

—Entonces, ¿quién recibirá la siguiente amenaza de muerte? —preguntó O'Malley.

Daniel hizo un mohín pensando en otro sobre gris interdepartamental en su casilla.

—Consideremos a cualquiera que tuviera algo que ver con ese ensayo clínico en grave peligro —dijo Dooley a todos los reunidos—. Coordinadores, médicos, el principal investigador, secretarias, el jefe de personal, el director ejecutivo del hospital...

Hay que advertírsele y apartarlos de la zona. Me da igual si reniegan y se quejan. Después de lo de Molly Clarke no correremos ningún riesgo.

—¿Adónde se supone que

tenemos que decirles que se vayan?
—preguntó Rawlins.

—Si son médicos, a su casa de veraneo en Tahoe. Si están pelados, al Motel 6 de Daly City y que se registren con un nombre falso. Me importa un carajo, siempre y cuando no los puedan localizar hasta que podamos acabar con esta amenaza.

—Si el Hacedor de Lágrimas tiene un problema con algún estudio de los que se realizaron, ¿por qué no ha atacado al hospital?
—se extrañó O'Malley.

—Muchos testigos, mucha seguridad —sugirió Dooley—, con

todas esas estupideces de los derechos de los animales y de la investigación con células madre y los abortos...

—No —dijo Daniel—. El porqué no es la pregunta.

Todos lo miraron.

—Esto es personal. Tiene que ver con determinados individuos. «Admite lo que hiciste», ¿recuerdan?

—Pues volvemos a los pacientes que estiraron la pata —soltó O'Malley, lo que avergonzó un poco a Dooley.

La mayoría de los participantes en el estudio habían tenido la

misma suerte que Cris, lo que probaba la eficacia del tratamiento, pero dos de ellos habían muerto. Rawlins estaba recabando información acerca de los fallecidos por si algún familiar se estaba vengando.

Dooley se acercó a un tablón de anuncios y señaló una hilera de fotos policiales: Big Mac, A-Dre, Fang, Martin, Lil, X. Se las habían tomado con una luz poco favorecedora que les daba un aspecto macilento. En dos dimensiones y clavados en el corcho, parecían otros y resultaban sospechosos. De cada foto salía una

línea. Como rayos solares, las líneas las unían a listas de nombres subdivididas en categorías: familiares, socios conocidos, compañeros de celda.

—Quiero que comprobéis hasta la última conexión hasta que encontremos una que nos lleve a ese ensayo clínico, ¿entendido? —dijo Dooley.

Hubo murmullos de asentimiento y los reunidos se pusieron manos a la obra.

Después de tomarse la tercera taza de un sorprendentemente decente café, Daniel se excusó para ir al baño. Se lavó la cara y se miró

en el espejo. Apenas reconoció su reflejo. No había tenido del todo en cuenta el precio que había pagado por los acontecimientos de la semana y las evidencias físicas eran desastrosas.

El estrés le marcaba las arrugas de la cara. Se le notaban más las patas de gallo y tenía los ojos enrojecidos y una barba de dos días.

Cuando volvió al avispero del centro de operaciones, lo sorprendió ver que había cesado por completo la actividad. Los agentes se habían quedado paralizados en sus asientos por

alguna revelación reciente.

El temor le encogió el corazón.

—¿Qué? —preguntó.

—Venga aquí —le dijo Dooley, con los ojos clavados en la pantalla de su ordenador.

Obedeció.

—¿Le resulta familiar? —indicó un PDF de un formulario escaneado cumplimentado a mano.

MADRE: *viviana olvera*

PADRE: _____

NOMBRE DEL PACIENTE: *francisca olvera*

EDAD DEL PACIENTE: _____

Allí estaba la escritura de las amenazas de muerte, de las palabras que habían puesto en marcha la maquinaria.

—Viviana Olvera —dijo Daniel—. Fue ella misma quien rellenoó este formulario.

Le llegó la voz de Dooley a pesar de que le zumbaba la cabeza.

—Ya tenemos a quien escribió esas amenazas de muerte, pero tal vez no a su autor.

—¿Por qué no consta el padre?

—Puede que no sepa quién es —dijo Rawlins—, o es un ilegal, está casado con otra, en la cárcel o lo que sea.

—Mamá estaba sableando a las clínicas gratuitas, solicitando ayuda económica, así que probablemente era mejor no registrar a un marido ni un segundo salario —dijo Dooley.

—Pero eso es... Es algo bueno, ¿verdad? Aquí hay una dirección. — Daniel indicó la parte inferior de la pantalla.

—El edificio fue derribado en 2010. La hemos buscado en el sistema, lo que no ha servido de nada porque no consta en él. Según las notas que tomó el médico durante la sesión de acogida de la niña, la madre es una ilegal. Este es el problema. No hay certificado

de matrimonio ni de nacimiento. El árbol familiar se ha quedado sin hojas y sin ramas. Alguien deja a una niña a un metro pasada la frontera... —Se frotó la cara con ambas manos—. Y no hay padre.

Era como si el espacio en blanco los mirara fijamente: PADRE:

Dooley negó con la cabeza.

—Bien. Esta es la pregunta del millón: ¿quién es el padre de la criatura? Porque ese hijo de puta enmascarado está cabreado de verdad. —Le tendió a Daniel un papel, todavía caliente de la impresora, con una fotografía

granulosa.

Una niña de sonrisa espontánea, piel morena y unos hermosos ojos almendrados, con la dentadura irregular: le faltaban algunos dientes y tenía otros aún en crecimiento. El pelo moreno ensortijado luchaba con el peinado. Una cinta elástica le sujetaba una trenza lateral. Tenía un cuello fino de cervatillo y llevaba un vestido de cuadros manchado con un agujero debajo del cuello. Estaba en un trámite incómodo, pero su energía era tan pura, tan sincera, que impresionaba. Era la clase de criatura que tiene una risa musical.

—Imposible saber de qué raza es —dijo Dooley—. Podría ser medio negra, medio china, medio cualquier cosa.

—Eso quiere decir que el padre podría ser tanto Fang como Big Mac —comentó Daniel.

—Como Martin o A-Dre —puntualizó Dooley—. Sé que tienen coartada para algunas noches, pero no descarto a ninguno al ciento por ciento. El hermano de A-Dre puede estar metido en esto, y usted pudo haber estado con él en el almacén del restaurante mientras A-Dre esperaba en su piso. Francisca Olvera puede ser una prima, una

sobrino o la hija de un amigo. —Iba dando golpecitos con un lápiz en la mesa para remarcar cada posibilidad—. Lo único que sabemos con seguridad es que el asesino tiene algo que ver con el grupo. Eso es todo.

—Se centra en los hombres —intervino O'Malley—, pero ¿qué hay de la criatura que Xochitl entregó en adopción?

—Analizaron la sangre de Viviana Olvera para saber su tipo sanguíneo para las transfusiones —dijo Dooley—. No hay duda de que es la madre biológica.

—En cualquier caso, la edad no

se corresponde con la de la hija de X —añadió Daniel.

—¿Cómo vamos con el ex marido convicto de Lil? —preguntó O'Malley.

—Se unió a una banda de moteros en Montreal —repuso Rawlins—. Gubitosi lo ha rastreado. Así que Lil queda descartada.

—Descartada no. —La irritación de Dooley evidenciaba que su modo de ver las cosas ya había sido motivo de discusión con anterioridad—. Hasta que no tengamos algo irrefutable, y quiero decir tan probado y comprobado como un lanzamiento de la NASA,

no descartaremos a ningún sospechoso. Disminuiremos...

Los demás se sumaron a ella en un coro cansado:

—Disminuiremos las probabilidades de su implicación.

La inspectora parpadeó, entre divertida y molesta.

—Eso es. Y desviaremos los recursos en consecuencia.

Daniel planteó la pregunta que había estado rondándolo desde que había visto la cara de Francisca.

—¿Cómo le fue a la niña? Con el tratamiento, digo.

Dooley y O'Malley se miraron como si hubieran olvidado hasta

ese momento la presencia de Daniel.

—No participó en el estudio clínico —repuso Theresa.

—¿Cómo que no? El formulario que me han enseñado era para el estudio.

—La cogieron, pero en el último momento la eliminaron.

Todo el calor del cuerpo se le agolpó en la cara. Arrugó la hoja que tenía en la mano.

—Hubo una escena —dijo Dooley—, y supongo qué guardia de seguridad escoltó a la madre y a la hija fuera de las instalaciones hospitalarias. Jack Holley.

—¿Qué...? —Daniel tuvo que carraspear para seguir hablando—. ¿Qué le pasó a Francisca?

—Hay un registro de la morgue en la base de datos del siete de enero de 2010 —repuso Theresa.

El estómago se le revolvió. El vértigo le subió por el pecho y los brazos.

—¿Dónde la trataron?

—Estamos intentando averiguarlo —dijo O'Malley—. Pero, como sabe, los archivos médicos son complicados. Tendremos que conseguir órdenes judiciales y ponernos a comprobar cada hospital y cada clínica de la ciudad.

Va a ser duro. Ya ha visto de qué manera tan burda cumplimentó Viviana Olvera el formulario. Esa gente tiene suerte de poder aprovecharse del sistema, pero no les gusta formar parte de él.

Dooley se arrellanó en la silla.

—Tiene razón. La madre, una ilegal insolvente. El padre, «desaparecido en combate». Los archivos de la niña van a estar incompletos en el mejor de los casos.

—Por eso fue la más fácil de descartar —dijo Daniel, con la voz tan ronca que le costaba hablar.

Se imaginó a la mujer del

impermeable amarillo, desafiando la lluvia y el tráfico, señalándolos a Cris y a él. Viviana Olvera. Una madre afligida.

Dooley se levantó, preocupada.

—¿Qué sucede, Daniel? ¿Sabe usted algo de todo esto?

Él ya corría al baño a vomitar.

En el decimonoveno piso del Mark Hopkins, el ático del hotel albergaba un local único en San Francisco. Con su ambientación art déco y las vistas panorámicas de la ciudad, la venerable cafetería atraía a los turistas ricos, a los de rancio abolengo de la zona y a alguna que otra pareja de jóvenes dispuestos a pagar por la luz tenue y el remilgado servicio. Más de una fusión se había lubricado allí con las sugerencias del famoso menú de cien cócteles con Martini, y

bastantes anillos de compromiso pasaban por encima de los manteles almidonados azul índigo. En una ocasión, John Barrymore había llevado allí su mascota, un mono, corría la historia, para enseñarle las vistas. La cafetería era la preferida no solo de los simios sino también de las señoras amantes de los cócteles.

Tal como le había dicho James, Daniel encontró a su madre en un canapé tapizado, frente a los ventanales de vértigo, como si estuviera pilotando todo el edificio para aterrizar en las picadas aguas nocturnas de la bahía. Una amiga

suya, a quien Daniel conocía de vista, ocupaba un sillón clásico, con dos gimlets ya apartados a un lado.

—Tengo que hablar contigo a solas —le dijo Daniel.

—Querido, yo...

—Ahora mismo.

La otra mujer se levantó con rigidez, ajustándose el lazo de la blusa y declarándose ofendida al mismo tiempo. Cuando Daniel y Evelyn se quedaron solos, ella tomó un sorbo de gimlet y siguió mirando el panorama.

—Eso ha sido grosero. Deberías sentarte.

—Así estoy bien.

—Sí, pareces más que tranquilo.

—Del ensayo clínico restringido en el que estuvo Cristina en la UCSF, el que le salvó la vida, sacaron a una niña a última hora.

—Hizo una pausa porque temía continuar—. ¿Lo hiciste tú?

—Creo que deberías sentarte.

—¡No quiero sentarme!

Se acercó un camarero con las manos juntas, todo él decoro y conservador pelo rubio. En cualquier otro lugar de la ciudad, uno podía mirar a su alrededor y sentirse en las Naciones Unidas, pero allí arriba, en el decimonoveno piso, tanto la clientela como el

personal eran, a excepción de los hispanos que atendían la barra, blancos de club de tenis.

—¿Va todo bien, señora Brasher?

—Es mi hijo.

—Lo siento. No lo había reconocido, señor.

Daniel notó más que vio cómo el camarero se retiraba. Mantuvo los ojos fijos en el perfil de su madre; Evelyn estiraba el cuello para nadie.

—Llamé a Bill Emerald —dijo—. ¿Recuerdas a Bill, el jefe de investigación y desarrollo del hospital?

Daniel contuvo un ramalazo de

impaciencia que amenazaba con hacerlo explotar.

—¿Y...?

—Me dijo que no quedaban vacantes para el ensayo clínico, pero que podía descartar a alguien.

A Daniel le tembló la voz.

—¿Qué le dijiste?

—Hazlo.

—Simplemente... ¿hazlo?

—Por supuesto. Era lo que tú querías. —Le echó un breve vistazo—. De veras, creo que deberías sentarte, Daniel.

Se sentó.

Se quedaron mirando el magnífico paisaje: las torres de la

catedral iluminadas; los relucientes Bentleys del club Pacific-Union en la calle. Al norte, el haz de luz giratorio de Alcatraz atravesaba la niebla como una sonda alienígena midiendo la tierra.

—No fue eso lo que te pedí — dijo Daniel.

—Me pediste ayuda. Dijiste: «Jamás te he pedido nada. Te pido que me ayudes a salvarla.»

—Pero yo nunca supe que había que descartar... —No pudo terminar la frase.

—Me pediste que lo hiciera y lo hice. ¿Qué creías que pasaría?

—Creía que la añadirían.

—No había lugar, Daniel. Lo sabías.

—No lo sabía, no.

—Entonces, ¿por qué acudiste a mí?

—Porque tú...

Evelyn tomó otro sorbo.

—Eso es. Porque conozco a gente que está en deuda conmigo. Que me debe favores. ¿Tienes idea de cuánto dinero hemos aportado, a lo largo de varias generaciones, a ese hospital? Deberías. Su auditorio lleva nuestro apellido. Nuestro dinero ha financiado las fundaciones de la mitad de las instituciones de esta ciudad. Tú te

criaste entre nuestro palco de la ópera y las cenas del Círculo de Directores para el Museo de Arte Moderno de San Francisco, ¿y dices que no sabes cómo son las cosas?

Daniel estaba sentado pesadamente y en silencio al borde de la butaca.

—Todo el mundo tiene un precio —prosiguió Evelyn—. El tuyo era la vida de tu prometida.

—No lo sabía —insistió Daniel—. Nunca lo supe.

Evelyn se tocó la comisura de los labios.

—¿Se lo dijiste?

—¿Qué?

—Que me pedirías ayuda. ¿Se...
lo... dijiste? —esperó
pacientemente.

—No.

—¿Por qué no?

No era una pregunta del todo retórica, pero era evidente que no esperaba ninguna respuesta. Cuando había acudido a su madre en busca de ayuda, no sabía qué acciones emprendería, pero sí que a Cristina no le gustarían. Así que no se lo había dicho y, en cierto modo, tampoco él había querido saberlo.

Evelyn apuró la copa. El camarero apareció para preguntarle si quería otra.

—Por favor —le dijo ella.

La bebida llegó poco después y puso la mano en la elegante copa sin alzarla de la mesa.

—Así que lo hiciste para poder echármelo en cara, para demostrarme lo hipócrita que soy.

Su madre se movió en el asiento, apartándose despacio y cuadrando los hombros.

—¿De verdad piensas eso?

—No sé lo que pienso. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque independientemente de lo mala madre que sea o haya sido, sigues siendo mi hijo, y cuando acudiste a mí, destrozado y

perdido, habría hecho cualquier cosa para evitarte el dolor.

David se levantó. Fue hasta el ascensor con las piernas insensibles. La cabina bajó y bajó, y se encontró fuera, en la calle. La ciudad tenía el mismo aspecto, por supuesto. Era tal como siempre había sido.

El timbre del teléfono sacó a Daniel de su estupor al volante. Había llamado a Dooley y se lo había contado todo por encima. Por su modo de hablar, seguramente ella se había dado cuenta de que no estaba en condiciones por el momento de darle todos los detalles. Luego se había pasado diez minutos en silencio, dando tumbos por las colinas de la ciudad hacia su casa, con un temor creciente a la conversación que le esperaba.

Y ahora el timbre, estridente como un grito dentro del coche.

—¿Dónde estás? —le preguntó una mujer molesta y preocupada.

Era Kendra Richardson, su jefa.

Echó una ojeada al reloj, con pánico. Eran las 8.24 de la noche. Cayó en la cuenta de que era lunes. La sesión, la sesión que había olvidado, tendría que haber empezado casi media hora antes.

—Tienes a un grupo aquí, esperándote —prosiguió Kendra—. ¿Lo habías olvidado?

—No... No puedo... No puedo ir.

—Mira, sé que hubo un enfrentamiento en la última sesión.

Teniendo en cuenta cómo terminó la cosa, que no te presentes hoy no es exactamente lo ideal.

—Pásala a mañana por la noche. Estaré allí. Díselo en mi nombre.

—Ya sabes lo esencial que es la constancia.

—Kendra, tienes que creerme. Ahora no puedo hacer esto.

—Nunca has aplazado una reunión.

—Esta noche no me queda otro remedio. —Colgó y volvió a la calzada. La manzana hervía de actividad: había un aparcacoches y varios camareros frente a la casa de Ted y Danika Shea esperando

con bandejas de plata llenas de copas de champán. Redujo la velocidad al acercarse. Un coche estacionado le bloqueaba el camino de entrada. Hirviendo de agitación y rabia contra sí mismo, pisó a fondo el freno y se apeó del vehículo.

—¿Me ocupo de su coche, señor?

—No. Quiero que mueva ese SUV.

—Lo siento mucho. ¿Vive usted en esa casa? Creo que es de una invitada VIP de los Shea. Aparqué ahí antes de que llegáramos, así que no tenemos las llaves.

Daniel se dirigió en tromba

hacia la puerta de al lado, pasó junto al servicial personal (¿Kir royale? ¿Crémant de Alsacia?) y entre la multitud que llenaba el patio trasero. Aparte de un cubo de metal del tamaño de una secadora industrial, el patio estaba tenuamente iluminado, y le costó lo suyo localizar a los anfitriones. Desde todas partes lo asaltaban con comida de gourmet a la última moda anunciada con mucho aplomo: hamburguesas de costilla, róbalo sobre tostadas de harina de arroz ecológico, hojas de endivia rellenas de queso de cabra con menta. Las narices olisqueaban

copas de vino blanco frío del valle de Napa. Las conversaciones lo agobiaban. Hablaban sobre lo que no comían ni se ponían: animales que no fueran de corral o que no hubieran sido alimentados con pasto natural; ropa confeccionada en talleres clandestinos.

Se abrió paso más allá de un caballero que vociferaba que había estado trabajando para abrir su chakra navel y vio a Danika que agitaba los brazos como un charlatán de feria. El espectáculo estaba a punto de comenzar. Los congregados se pidieron silencio unos a otros mientras un escultor,

con unos estratégicamente raídos vaqueros, accionaba un interruptor y el gran cubo metálico se arrugaba con, Daniel tuvo que admitirlo, cierta majestad. Sin embargo, lo embargó un sentimiento de futilidad. Sabía que vomitaba el odio que sentía contra sí mismo, contra todo cuanto lo rodeaba, pero no podía evitarlo.

Ted estrechaba manos y apretaba codos como si de hecho hubiera sido él quien había hecho algo. Daniel se le acercó, gritando entre las cabezas.

—Ted. ¡Ted! Necesito que muevan un coche para que pueda...

—¡Has venido! —gritó Ted, apartándose de un corrillo para abrazarlo—. Daniel es un tipo listo que se dedicaba a las finanzas: preguntémoselo a él. —Le estrujó el hombro a un hombre de pelo desgredado que tenía al lado—. Wes tiene una web de concienciación medioambiental y social, y ha iniciado un boicot contra las gasolineras que importan de Oriente Medio. Hasta que todas nuestras tropas estén en casa...

—Mira, Ted, un coche bloquea mi camino de entrada...

—Vamos, Daniel. Un momento, esto es importante. Tienes que ver

el valor que tiene un boicot como este. —Tenía la cara roja por el alcohol y Danika había aparecido a su lado. La conversación era ya del dominio público y se había formado un corrillo—. Digo yo: ¿no es una maravilla...

—Los aparcacoches no tienen las llaves...

—... darles a la Shell y la Exxon y la Chevron donde más les duele, en la cartera?

—... una emergencia. Tengo que llegar a casa para hablar con Cris...

—Si podemos conseguir que suficiente gente...

—¡Me importa un carajo! —gritó

Daniel.

Los otros se apartaron un poco. Ted se le acercó, todo barbilla recia y esperanzada diplomacia.

—Vamos a calmarnos.

—Tú ya estás calmado —le espetó Daniel—. El cabreado soy yo.

—¿Qué puedes tener en contra de una web que...

—Es una ingenuidad, Ted. Da igual que le hagas el boicot a Oriente Medio con la gasolina. ¿De dónde vas a importarla? ¿De Nigeria, con su estupenda tasa de respeto por el medio ambiente y los derechos humanos? Vais a

boicotear a la Chevron hasta que... qué? ¿Hasta que importe crudo de Rusia, que será, de hecho, crudo iraquí vendido a través de los intermediarios del Báltico? Esto es un producto de consumo mundial. Dónde llenes el depósito de tu maldito Honda no va a cambiar nada.

En determinado momento el cuarteto de cuerda había dejado de tocar, cediendo el protagonismo del patio trasero a la perorata de Daniel. Los que estaban cerca no perdían detalle; los más alejados estaban de puntillas.

El del pelo desgreñado negaba

con la cabeza, molesto.

—¿Está en contra de la conciencia social?

—No. Estoy en contra de la conciencia social de cara a la galería.

—Y entonces, ¿qué? —dijo Danika—. ¿No hacemos nada de nada? ¿Esa es tu propuesta?

—Admitimos que estamos hasta el cuello de mierda —repuso Daniel con tono de hastío.

—¡No! —exclamó un espíritu valiente desde atrás—. Solo lo estás tú.

—¿En serio? —Daniel se volvió, indicando con un gesto la fiesta—.

Estáis aquí observando cómo se extrae el aire de un cubo de metal. ¿Cuántas bombillas LED harán falta para compensar este gasto de energía? Eso hacemos, sin embargo. Compramos diamantes que no sean de sangre y comemos atún que no ha sido pescado con red y alimentamos nuestra culpabilidad con virtud. ¿De quién nos burlamos? ¿De nosotros mismos? ¿De los demás? Nos concentramos a medias en consumir y a medias en conseguir que ese consumismo parezca ejemplar.

Era la verdad, claro, o al menos

una versión de la verdad, pero se puede usar la verdad como un bate de béisbol. Descargar su rabia de aquel modo era dulce, un alivio. Descargaba aquel bate destrozando el escenario y no quería dejar de hacerlo.

Danika tenía las mejillas coloradas.

—Nosotros no —dijo—. Nosotros hemos sido extremadamente...

—Danika, vosotros recicláis el papel de aluminio y voláis a Europa tres veces al año. Ted y tú y vuestros tres hijos dejáis una huella de dióxido de carbono tan grande como las de Godzilla. Es algo

inherente. Queremos ser buenas personas y hacer buenas obras, pero también nos gusta nuestra manera de vivir y queremos lo mejor tanto para nosotros como para aquellos a quienes amamos. No importa con qué fuerza lo intentemos, eso no nos desliga del resto del planeta.

Se le estaba pasando la rabia y notó un matiz de súplica en su voz. Todos se habían quedado callados. Miró su casa, suya y de Cristina, las persianas cerradas de la ventana de su dormitorio, volviendo a centrarse en lo que le esperaba. La fiesta se había enfriado. El silencio era

impresionante y todo el mundo lo miraba.

—Ahora, ¿puede quien sea que haya aparcado en mi camino de entrada mover, por favor, su puto SUV?

Daniel tecleó el código de la alarma y subió la escalera, dando unas palmaditas en el hombro a Leo el Centinela cuando pasó a su lado. En el piso de arriba la luz estaba apagada y la mesa, puesta con elegancia. El cristal y el mármol destellaban a la luz de las velas. Cris, sentada a un extremo, era incapaz de contener la sonrisa. Había un margarita en el lugar que le correspondía a él y, en el centro de la mesa, rosas frescas y una bandeja con tapa de plata.

—Supongo —dijo ella— que con todo lo que está pasando podemos tomarnos una noche de respiro para recordar cómo es estar los dos a solas. O casi a solas, ¿verdad, Leo?

—Cierto. —Oyeron responder a Leo desde la escalera.

—Cris... —dijo Daniel.

—Solo quiero que nos relajemos y hablemos de cómo va a ser nuestra vida cuando todo esto termine. Siéntate y tómate la copa, mi vida.

—Cris. Tienes que recoger todo esto.

Ella indicó con un gesto la bandeja cubierta.

—Tengo un plato especial para ti.

—Esta noche no.

Cuando se le acercó y lo vio, le cambió la cara. Daniel empezó a hablar antes de perder los ánimos. Le planteó los hechos tal cual, sin edulcorantes. Apenas oía lo que decía, porque el zumbido de los oídos se lo impedía. Sin embargo, notó varias cosas: algo que brillaba en la mejilla de su mujer; un repentino jadeo entrecortado; la silla de ella apartándose de la mesa en ángulo agudo y, luego, a Cris de pie, retrocediendo medio paso para alejarse de él, doblada por la

cintura de modo que le vio las vértebras cervicales, con la cara devastada y la mirada perdida.

—¿Qué hiciste? —dijo por fin—. Esa niña murió por mi culpa. —Se dobló más, agarrándose la cintura—. Y yo no tuve voz ni voto.

—Nunca supe que otra persona sería apartada del...

—Eso es lo peor —dijo ella—. Ni siquiera sabías lo que hacías.

—Cuando estabas enferma, también tú estabas aterrorizada, ¿no lo recuerdas? Sabías que acudiría a todos mis conocidos para conseguir ayuda. ¿Qué crees que significa eso?

—No lo sé.

—Así es como funciona el mundo, Cristina, lo quieras o no. Somos unos privilegiados. Nuestra vida, nuestros lujos se apoyan en los sacrificios de los demás. Tenemos oportunidades que otros no tienen y, por mucho que intentemos disfrazarlo o maquillarlo, seguirá siendo cierto.

—Cada aliento le retumbaba en las costillas—. Lo que mi madre hizo por mí, yo lo hice por ti.

—¿Y si no hubieras podido? Esa niña, sus padres, no tuvieron ese poder.

—Entonces, ¿qué deberíamos

haber hecho? ¿Fingir que no lo teníamos? No ocuparnos el uno del otro porque otros no pueden ocuparse de sí mismos? No puedes separar las cosas. ¿Cuántos pacientes no participaron en el ensayo restringido ni poco ni mucho por su nivel educativo o su lugar de nacimiento o el momento en que se realizó? ¿Y si yo hubiera llamado dos días antes y hubieran recibido tu solicitud antes que la suya? ¿Habría sido distinto?

—Sí —repuso ella furiosa—. Esto es diferente. No sé en qué. No sé por qué. Simplemente lo es. —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas

—. Y tú lo sabes. Por eso no me lo habías contado.

—Lo único que no te conté fue que había acudido a mi madre, a la que detestas.

—No la detesto. La compadezco. Es una privilegiada...

—¿Sabes qué, Cristina? Tú también.

Cristina sollozaba ya abiertamente y apenas se la entendía.

—Has dicho que tienes una foto. Quiero verla.

A regañadientes, Daniel se sacó el papel arrugado del bolsillo trasero. Se puso a alisarlo, pero ella

se lo arrebató y miró la foto impresa. Se le escapó un gemido.

—¿Cómo se llamaba?

—Francisca —respondió con la voz seca y quebrada.

A ella le caían las lágrimas por las mejillas, una tras otra, silenciosamente.

—Mi abuela se llamaba así. — Una gota cayó sobre la foto de la niña con la sonrisa desdentada, la trenza encrespada, aquellos ojazos castaños—. Podría haber sido perfectamente mi prima o mi sobrina. Si no me hubiera casado contigo, podría haber sido la madre que rellenó esa...

—¡Pero te casaste conmigo! Lo hiciste, y yo soy hijo de Evelyn y Denis Brasher. No podemos rebobinar y cambiar las circunstancias.

—Mira qué carita. —Cristina alzó el papel para que lo viera—. Incluso mientras luchábamos contra lo que luchábamos... ¿Cómo pudiste hacerlo?

—¡Entonces esa niña no tenía cara!

Toda la vida, toda la calidez pareció desaparecer del cuerpo de Cristina. Sus rasgos eran una máscara irreconocible para él. Dejó de mirarlo y fue hacia la escalera,

pensando cada paso antes de darlo como si caminara en la oscuridad.

La puerta del dormitorio se cerró arriba y él se quedó de pie un rato mirando fijamente el suelo, recordándose que debía respirar. Llevado por un impulso, se acercó a la mesa y alzó la tapa de plata.

Debajo, en el centro de la bandeja, descansaba un test casero de embarazo.

Ver aquello lo sacudió interiormente y todo resonó súbitamente para él: los antojos, las náuseas, la excitación nerviosa que iluminaba su cara mientras lo esperaba sentada a la cabecera de

la mesa.

Con los dedos temblorosos, cogió el test. Incluso a la luz tenue de las velas, el positivo se veía claramente.

El teléfono sonando contra su muslo despertó a Daniel en el sofá. Mientras luchaba para sacárselo del bolsillo, recordó la pelea con Cris. También recordó el test de embarazo, que cualquier otra noche habría sido motivo de celebración.

—Terapeuta. ¿Terapeuta, es usted?

Miró la pantalla del iPhone para ver la hora: la 1.14 de la madrugada.

Otra vez la voz.

—Es Fang, tío. Está en un buen

lío.

—¿Martin?

—Me ha llamado. Supongo que no ha podido ponerse en contacto con su patrocinador. Está al límite. Iba hacia un club. No he podido disuadirlo. Habría ido tras él, pero tengo trabajo...

—Mierda. ¿Adónde va?

Mientras Martin le daba la dirección, Daniel se calzó. Se puso una chaqueta y llamó a Dooley, que parecía completamente despierta.

—¿Alguien sigue a Fang? —le preguntó.

—Ahora mismo no. Como no hay nueva fecha límite, no podemos

tener vigilados las veinticuatro horas los siete días de la semana a seis sospechosos. ¿Por qué?

Se lo contó.

—¿Y va a reunirse con él? —le dijo Dooley, incrédula—. ¿De noche, usted solo, en su territorio, a escasas manzanas de donde fue atacado quizá por él?

—Si Walter Fang entra en ese club, hará pedazos su vida. Así de sencillo.

—Podría ser una estratagema para sacarlo de casa.

—Sí.

—¿Merece la pena el riesgo?

Daniel se imaginó a Fang en la

silla, dando golpecitos con el pie en las baldosas: «Cuando bebo, no controlo.» Llevaba tres meses de lucha para mantenerse sobrio.

—Es el trabajo. Quédese cerca del teléfono por si me apuñalan.

El suspiro de Dooley fue más bien un gruñido.

—Mandaré una patrulla para que se reúna con usted delante del club.

—Dícales que estacionen, esperen y observen. Tengo que poder hablar con él a solas. —Colgó y corrió hacia la escalera. Una silueta oscura se interpuso en su camino a mitad de tramo y retrocedió de un salto. Con todo lo

que le había pasado aquella noche se había olvidado de Leo. Leo, el que todo lo sabía y todo lo oía. ¿Dónde había adquirido la capacidad de saber cuándo ser una presencia que reconfortaba y cuándo no agobiar? Seguramente capeando muchas crisis. Lo que para Daniel era una turbulencia que sacudía su vida, para él no era más que otro día de trabajo.

—¿Quiere apoyo? —preguntó la sombra.

—No, gracias. Quédese con Cris. Solo... asegúrese de que no corre peligro.

—¿Le ha dicho que se marcha?

—le preguntó Leo.

—Esta noche ha oído lo suficiente para saber la respuesta.

—A lo mejor ella querría saberlo antes de que lo maten a usted en algún callejón de Chinatown.

Daniel trató de pasar, pero Leo le rodeó el bíceps con una mano enorme. Lo sujetaba con suavidad, pero la fuerza que podía llegar a ejercer resultaba evidente. Tenían la cara muy cerca el uno del otro en la estrecha escalera. Estaba oscuro, pero la luz de una farola que entraba por la ventana hacía brillar la coronilla de Leo.

—Va a ser padre —le dijo el

hombretón.

Daniel se soltó bruscamente y bajó.

Aceleró por la avenida Grant, recorriendo varias manzanas del barrio turístico. Era la calle más antigua de la ciudad y esa noche lo parecía. Entró en el club, que era más bien un bar con pretensiones, por un arco detector de metales. Al no ver ni rastro de Fang, volvió al coche y esperó.

Miró a lo largo de la acera e identificó a media manzana de distancia un sedán que bien podía

ser un coche de la policía sin distintivos. El asiento delantero estaba oscuro. Saber que allí había un policía era un consuelo, aunque notaba el conocido latido en el vientre mientras esperaba. ¿Y si Dooley tenía razón y aquello era una encerrona calculada?

Antes de que pudiera meditarlo, vio a Fang con un grupo de jóvenes chinos que salían de una calle lateral camino del club. Salió del coche y corrió tras ellos.

—¿Walter? ¡Walter!

Se volvieron hacia él. Iban vestidos de manera parecida: indumentaria deportiva, zapatillas

chillonas, vaqueros de diseño de tiro bajo. Daniel cayó en la cuenta de que lo superaban ampliamente en número.

Un tipo que llevaba gafas de sol con los cristales color rosa le dio un manotazo en el hombro a Fang.

—¿Quién coño es este gwailo?¹⁹

Fang se había quedado de piedra, como un alce en el punto de mira.

Daniel se lamió los labios, que se le habían secado.

—Soy un amigo de su padre — dijo.

Fang dejó de contener el aliento.

El tipo le hizo una breve reverencia con la cabeza a Daniel en señal de respeto.

—Nos vemos dentro —le dijo luego a Fang.

Los demás siguieron hacia el club, dejando a Daniel y a Fang solos en la calle. El chino tenía la cabeza gacha y respiraba pesadamente, como un toro a punto de embestir.

—Estoy furioso con usted —dijo por fin.

Daniel recordó fugazmente la cara enmascarada en la escalera del restaurante y luego la foto de Francisca Olvera, aquella cara de

niña, producto de una mezcla étnica tan compleja como la ciudad misma. ¿Podía realmente haber sido Fang su padre?

—Por..., ah... Por abandonarnos.

—Pues págalo conmigo —dijo Daniel—. En el grupo. No lo pagues contigo.

Fang miró el letrero de neón de la marquesina. Luego se miró las zapatillas amarillo plátano—. Usted ya se ha ido. Usted..., eh... Esta noche nos ha dejado tirados.

El dolor que denotaba su mirada era innegable.

Daniel se le acercó lo bastante para que pudiera apuñalarlo. Por

encima del hombro de Fang veía al policía de paisano, que se había apeado del coche y estaba apoyado en la puerta, fumando un cigarrillo y fingiendo no observarlos. Media manzana le pareció de pronto un trecho muy largo.

—Lo siento —dijo—. Tenía un asunto privado del que debía ocuparme, pero no uses eso como excusa para abandonar el barco.

—De todos modos, se marcha —repuso Fang—. ¿Qué le importa eso?

—Si no me importa, ¿qué demonios estoy haciendo aquí en la calle a las dos menos cuarto de la

madrugada?

—Es su trabajo.

—Sí, claro. Ahora mismo estoy ganando un dineral con las horas extra.

Fang esbozó una ligera sonrisa de superioridad.

—Cinco días más sobrio —le dijo Daniel—, y podrás comprarte un par nuevo de Jordans.

Fang torció la boca.

—¿Unas Jordans? Tío, es usted la persona más fuera de onda que he conocido. —Se volvió hacia el club.

—¿Dónde está la ficha? —le preguntó Daniel—. Tu medalla de

sobriedad.

Fang lo fulminó con la mirada, pero se sacó la medalla del bolsillo: un círculo impreso dentro de un triángulo que ponía «3 meses».

—Te ha costado mucho conseguirla, noche tras noche.

—Deme un respiro.

—No. Esto es una línea divisoria. Piensa en dónde estarás mañana. Piensa en cómo vas a sentirte al despertar.

Fang frotó la pieza con el pulgar. Luego se volvió y la lanzó. Chocó contra algo en la oscuridad con un sonido metálico.

—Quiero..., eh, eh. Quiero

entrar ahí. Voy a entrar. —Cuadró los musculosos hombros y se palmeó los muslos.

—¿Qué esperas que haga ahora? —le preguntó Daniel.

—Tratar de convencerme para que no entre.

—¿Y si no me necesitas a mí para eso? ¿Y si puedes elegir por ti mismo?

Echando humo por las orejas, Fang se mordió los labios y apartó los ojos. Tal vez la rabia por la marcha de Daniel había sido la causa por la que se había cerrado en banda en el despacho de Sue Posada. Después de todo, había

sido un día después de que a la recepcionista se le escapara la noticia delante del grupo, y ahora aquella rabia lo arrastraba nuevamente a la botella.

—Elijas lo que elijas, será mejor que estés dispuesto a vivir con ello —le recomendó—, porque ahora mismo, en este preciso instante, toda tu vida puede cambiar.

La puerta del club se abrió y el tipo de las gafas color rosa se asomó.

—¿Qué coño pasa, Walter? —gritó.

Fang echó un último vistazo a Daniel y se le acercó. Le dio un leve

puñetazo en el hombro al pasar y siguió adelante, alejándose del club. Daniel cerró los ojos y dejó escapar un suspiro largamente reprimido. Oyó al amigo soltar un juramento en cantonés y luego la puerta del club que se cerraba de golpe. Cuando se volvió, vio a Fang que caminaba ya lejos, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

Notó que aquella imagen le derretía lo que le quedaba de corazón.

19. Término cantonés para referirse a los caucásicos. Significa «fantasma». (N. de la T.)

—Vamos, Cris. Abre la puerta, venga.

»Hoy es otro día. Hablemos de esto o discutámoslo, o lo que te haga falta.

»Lo siento, ¿vale? ¡No lo sabía! ¿Cómo demonios iba a saber exactamente lo que mi madre haría? ¿Soy acaso responsable de ello?

»¿No te parece que esto ya roza el absurdo?

»¿Estás ahí? ¿Te encuentras bien? Estás embarazada, por Dios.

¿No deberías comer algo? Solo quiero asegurarme de que estás bien antes de irme. Tengo que verme con Dooley.

»Mira, sé que metí la pata y lo siento de veras. Tendría al menos que haberte dicho que iría a pedirle ayuda a mi madre.

»Vale. Me iré dentro de diez minutos. No quiero, pero... Leo estará aquí por si necesitas algo. Supongo que te veré... o al menos que hablaré contigo luego. A través de la puerta otra vez, ¡porque es condenadamente provechoso! Perdona. Yo... Perdona.

»No me iré a menos que te oiga

decir que estás bien. Así que vas a tener que decir algo. A menos que lo hagas entraré en la habitación.

Por fin oyó una voz débil al otro lado de la puerta.

—Vete.

El Tadich Grill, conocido como el Restaurante del Día Frío, es el establecimiento de su clase más antiguo del estado,²⁰ más incluso que la Coit Tower y el Golden Gate, y todo en él trata al máximo de conjurar el pasado, desde las lámparas de techo art déco y los detalles de latón hasta el desenvuelto personal con chaqueta blanca.

Daniel encontró a Dooley cerca del fondo de una barra de caoba hecha a mano de la longitud de un

velero que había sobrevivido al traslado, medio siglo antes, desde la calle Clay. Se la distinguía entre los abogados y los asesores financieros sentados muy juntos. Incluso los había haciendo cola y quitándose las pelusas del traje de rayas diplomáticas mientras esperaban a que algún taburete quedara libre.

Le había guardado un asiento, un milagro sin duda debido a sus duras maneras de policía. Encima del mantel almidonado que tenía enfrente, tenía el bol con rodajas de limón típico de la casa y media rebanada de pan de masa

fermentada, así como gallos, ostras, un cuenco de crema de almejas y otro de bullabesa. Sorbió el líquido de media concha.

—No consigo decidirme. Además, cuando estoy preocupada me da por comer. —Le indicó con un gesto que se sirviera a placer.

Daniel negó con la cabeza. Había perdido el apetito desde que había visto la foto de Francisca Olvera.

—¿Está más preocupada que antes?

—Bueno, ¿ha visto las noticias? El Hacedor de Lágrimas: más grande que Bundy. Anderson

Cooper y Brian Williams, noticia bomba en Drudge. John Stewart incluso improvisa sobre el asunto.

—¿Cómo lleva el caso?

—Para empezar con las pruebas físicas —repuso Dooley—, esas monedas antiguas tan relucientes como si fueran nuevas siguen siendo algo incomprensible. ¿Trabaja el asesino para la Casa de la Moneda? ¿Padece TOC? Estamos indagando sobre ácidos y numismática, pero no tenemos ni siquiera una hipótesis plausible de trabajo. —Se llevó a la boca una cucharada de sopa de almejas—. Molly Clarke está estable, la hemos

trasladado y escondido. Hemos seguido el rastro y relajado a los otros trabajadores que participaron en el ensayo clínico. Se ha aumentado la seguridad del personal esencial del hospital...

—La niña —la interrumpió.

—Estamos repasando todo lo que conseguimos encontrar sobre esa niña, lo que no es demasiado. O'Malley y Rawlins se han centrado en un par de clínicas donde la trataron y han encontrado el lugar donde murió. Están con el personal de hace cuatro años, pero hay un montón de sustitutos y los que han localizado no recuerdan los

detalles. Han visto a muchos niños enfermos desde entonces, por desgracia. Seguimos sin saber quién era el padre, y la madre, Viviana Olvera, está ilocalizable, probablemente para contribuir a planear todo esto. Sin embargo, hemos dado un gran salto, gracias a usted y a su esposa. ¿Cómo se lo ha tomado ella esta...?

De la parrilla llegaba el aroma de la leña de mezquite.

—Ha estado mejor.

—¿Por la intromisión de su madre?

—Y la mía, por acudir a ella.

Dooley dejó de masticar, o por

lo menos masticó más despacio.

—No se lo había contado.

—No.

Tras una pausa respetuosa, la inspectora partió un pedazo de pan y lo mojó en lo que quedaba de crema de almejas.

—Hay una lista larga de gente a la que debemos proteger. A cualquiera que haya tenido algo que ver con el hecho de que Francisca Olvera fuera descartada para ese ensayo clínico. ¿Y su madre? Fue la que tiró de los hilos.

—Hablaré con ella.

—Sáquela de la ciudad. Todavía no hemos recibido otra amenaza de

muerte. —Tenía la mirada intensa fija en él—. Puede ser para cualquiera.

—Esta noche tengo grupo. Miraré en la casilla del correo.

—Ya nos hemos tomado la libertad de hacerlo. No hay nada en esa casilla desde ayer.

—¿Esperamos, entonces?

—Esperamos. Y tenga cuidado.

El sillón orejero envolvía a Evelyn como una capa; el aire de la biblioteca olía a libros encuadernados en cuero y a leña de abedul ardiendo en la chimenea.

Miró a Daniel fijamente.

—¿Me tomas el pelo?

—Tú hiciste esa llamada telefónica, mamá. Tú metiste a Cris en el ensayo clínico. Eso significa que también eres un posible blanco.

Ella hizo un gesto displicente con la mano.

—¡Oh, cariño! Eso del victimismo no es para mí.

—Mamá, he visto a ese tipo, muy de cerca. Créeme: no te conviene estar aquí arriba, al borde de un acantilado, en una casa con trescientas ventanas.

Evelyn lo estudió un momento.

—¡James! —llamó.

Al cabo de un instante James estaba en la puerta.

—Haz las maletas —le ordenó—. Nos vamos al hotel Fairmont.

James se retiró.

—Mamá, esto no es ninguna broma. Tienes que irte de la ciudad.

—¿Qué va a hacer el asesino? ¿Atacar el ático del Fairmont?

Discutieron unos minutos, pero la mujer estaba más decidida que nunca, y Daniel no tardó en estar en el camino de entrada, apoyado en su coche, observando cómo James supervisaba a un montón de empleados que llevaban cajas para sombreros y conjuntos de maletas.

La limusina partió y James volvió al garaje. Al cabo de un momento, Evelyn estuvo instalada en el asiento trasero de su absurdo Bugatti cupé de 1938 con aerodinámica de Batmóvil y magistrales guardabarros como conchas de caracol. Apabullaba incluso a Daniel, a quien el Smart le parecía un triciclo en comparación.

—Supongo que Chiquita está molesta por la revelación de anoche —dijo la dama por encima de la ventana tintada.

—Cristina. Y sí, lo está.

—Bien. Gracias por escoltarme hasta el hotel. Estoy segura de que

preferirías no hacerlo, pero tu sentido del deber es admirable.

La siguió por la ciudad hasta la cima de Nob Hill, dejó el Smart al aparcacoches de cincuenta dólares y se acercó de prisa al personal que esperaba a las puertas del hotel. El director lo reconoció y lo guio hasta el ascensor junto con Evelyn y el personal del ático: un mayordomo, un trío de camareras, un masajista terapéutico y un chef. Todos subieron hasta la suite más cara de Estados Unidos.

La suite del ático, que ocupaba enteramente el octavo piso, constaba de tres habitaciones,

decoradas en tonos morados, crema y melocotón respectivamente, así como de un salón tan grande que empequeñecía el piano de cola. En aquella suite se habían alojado JFK y Tony Bennett. Daniel se acordó de que su madre se había quejado en una ocasión de no haber podido pasar allí un fin de semana porque el rey Hussein de Jordania tenía una reserva. ¿O había sido Gorbachov?

Mientras el personal ponía a Evelyn al corriente de las recientes mejoras, tomaba notas, seleccionaba vinos y ajustaba los

termostatos de las habitaciones, Daniel se impacientaba cada vez más. Tanta pompa lo agotaba. Pasaron por el inmenso salón con sus paneles murales de motivos chinos en plata y negro, con la araña y los candelabros de relucientes cuentas de cristal checo. La sublime biblioteca circular destacaba por las constelaciones sobredoradas contra un cielo azul celeste. No, la señora Brasher no tendría necesidad de usar el Ferrari California. Sí, el cordero lechal asado sería ideal, siempre y cuando estuviera deshuesado, a las ocho de la noche.

Mientras el mayordomo disponía la vajilla de porcelana Tiffany y las camareras ponían ramos de flores frescas en los jarrones chinos, Evelyn se marchó a la habitación contigua.

Daniel la encontró sentada en la cama, delante de un inmenso lienzo de David Hockney. Sobre el edredón, a su lado, había un albornoz del hotel con las iniciales de su madre recién bordadas en la pechera.

—Bien. Yo vuelvo a lo mío, entonces —le dijo.

—¿Tan pronto?

Daniel se detuvo en la puerta.

—Tengo trabajo —respondió, haciendo un gran esfuerzo para no parecer hostil.

—¿No quieres quedarte a cenar?

—Doy por sentado que se ocuparán bien de ti en mi ausencia.

—Pero, cariño... —Sonrió con ironía y se apoyó un antebrazo en la frente parodiando el modo de representar Lichtenstein la desesperación en sus cuadros—. ¡Todo esto es tan inapropiado!

20. The Cold Day Restaurant, así conocido porque Alexander Badlam Jr., que se presentaba a la reelección en 1882, se jactó de que sería un «día frío» aquel en que perdiera. Perdió por un amplio margen y los periódicos se hicieron eco de su comentario. Puesto que Badlam era un asiduo cliente del entonces llamado New World Restaurant, todo el mundo empezó a llamarlo el Restaurante del Día Frío, y así seguía llamándose cuando lo compró Tadich mucho después. (N. de la T.)

Cris bajó, pálida y ojerosa. Seguía llevando la camisa de Daniel, pero con las mangas bajadas que le cubrían las manos.

Leo estaba sentado en la cocina, con la pistola cerca de la mano, a unos tres centímetros del meñique, a una distancia meticulosamente calculada, sin ninguna duda, como la ideal para empuñarla y apuntar con ella.

Ella se acercó al fregadero y vomitó dos, tres veces. Leo se levantó, le ofreció un trapo de

cocina y volvió a sentarse en el taburete. Limpiándose la boca, Cris abrió el grifo y puso en marcha el triturador de residuos. Luego llenó un vaso de agua y bebió. Se volvió hacia Leo, que no dijo nada en absoluto.

Frustrada, puso el pequeño televisor y pasó por varios canales hasta dar con uno en el que salía un periodista del noticiero delante de una casa anodina, con el pelo alborotado por el viento.

—«... desconcertada por el llamado Hacedor de Lágrimas, que ataca aparentemente sin tener en cuenta el tipo de víctima ni el

barrio, incluido este de Noe Valley, donde residía Kyle Lane. Según un portavoz del Departamento de Policía de San Francisco, se están esforzando mucho para descubrir algún tipo de método en esta locura...»

Cris apuntó otra vez con el mando hacia el televisor y la pantalla se quedó en blanco. Tomó otro sorbo de agua y miró a Leo.

El guardaespaldas permanecía con la mirada fija al frente.

—¿Y bien? —le preguntó ella.

Leo apoyó las manos abiertas sobre el mármol, como si examinara su manicura.

—Cuando yo era niño, en los años setenta, las fuerzas especiales del ejército sirio invadieron mi país. Apoyaban a las milicias suníes. Las liberaron. Toda mi familia fue torturada y aniquilada. Mi hermana y mi madre fueron violadas y asesinadas. A mi padre lo injuriaron y le pegaron un tiro. Dos hermanos, siete primos, tres tías y un tío.

A Cris le dieron arcadas y dejó el vaso. Se había llevado la mano instintivamente al vientre. Al cabo de un momento asintió para que él continuara.

—He hecho muchas cosas durante mucho tiempo —prosiguió

Leo con la misma voz monótona y entrecortada—, pero nunca en la vida llegaré a entender los motivos por los que ustedes, la gente rica y protegida, luchan.

Los integrantes del grupo esperaban en sus asientos cuando Daniel entró en la sala. Lo pilló en el umbral la ligera corriente de aire que entraba por la ventana rota y le enfrió el sudor de la frente y el cuello. A pesar de las medidas de protección habituales en Metro Sur y sus alrededores, estaba al borde de un ataque de nervios.

Una de aquellas seis personas estaba probablemente emparentada con una niñita en cuya muerte él había tenido algo

que ver. Notó el peso de las miradas sobre él y ensayó de nuevo mentalmente lo que tenía previsto decirles. Se volvió y cerró la puerta.

Fue entonces cuando vio la lata de tabaco de mascar Skoal en la papelera del rincón. La etiqueta redonda verde de la variedad sabor gaulteria contrastaba con la bolsa de basura. La visión de aquella lata lo dejó sin habla. Se vio transportado al combate mortal en el almacén del restaurante, con el cuchillo a milímetros del ojo y el aliento dulzón del tabaco que salía por los agujeros de la máscara en la cara. Apoyó una mano en la

puerta cerrada. No le dio tiempo a reflexionar.

—¿De quién es ese Skoal? — preguntó. Notó a su espalda un silencio de desconcierto. Se volvió —. Hay una lata de tabaco de mascar en la papelera. ¿De quién es? ¿Alguno de vosotros masca tabaco?

—No, papá —dijo X, arrellanándose en la silla más próxima a la puerta.

—Hemos tenido polis en casa a todas horas, registrándonos delante de nuestra familia —le dijo Big Mac echando chispas. ¿Lo acusaba de algo?—. ¿Ahora tenemos que

soportar que nos registren las cavidades corporales en busca del puto tabaco?

—Las cavidades corporales... Eso sería un poco exagerado — repuso Daniel sosteniéndole la mirada.

—¿Qué te importa, además? — terció A-Dre.

—Quiero saber quién usa estimulantes durante las sesiones. —Una explicación poco convincente que lamentó haber dado en cuanto salió de sus labios.

Todos cabecearon o miraron al techo, irritados.

—Por lo visto, nadie —dijo

Martin.

—Entonces otra persona ha entrado aquí para... ¿qué? ¿Para usar la papelera?

—¿Qué problema hay, consejero? —le preguntó Big Mac.

—Mi problema es que pido honestidad. —Soltó toda la rabia reprimida—. Y alguno de los presentes no está siendo honesto conmigo.

Los reunidos parecían un poco sorprendidos por aquel exabrupto.

—Honestidad —repitió X, con mirada asesina.

Estupendo. Treinta segundos de sesión y ya había disgustado a todo

el mundo incluso más. Tomó nota mentalmente: pedir a Dooley que comprobara las huellas de la lata. Se serenó y se sentó en una dura silla metálica.

Antes de que pudiera abrir la boca, Lil se frotó los brazos desnudos.

—¿Nadie tiene frío? —preguntó.

—Otra vez, dale que dale con lo mismo.

Daniel parpadeó varias veces, intentando meterse en situación. Tenía la cara de Francisca Olvera grabada en el cerebro y buscaba alguna coincidencia en los rasgos de los reunidos. La veía en los ojos

de todos; la presión de la situación distorsionaba su punto de vista.

Las expresiones iban de la frialdad a la hostilidad. En la última sesión, al fin y al cabo, había habido una pelea y se habían enterado de la inminente marcha de Daniel.

—Os debo una disculpa —dijo, haciendo un esfuerzo por centrarse.

De momento todo bien.

Dilató la pausa, estudiando las caras para ver si alguno estaba interpretando la disculpa como algo más amplio que abarcaba a una chica fallecida cuatro años antes. Sin embargo, las reacciones fueron

indefinidas, ilegibles.

Big Mac estaba encorvado en la silla de enfrente, con un desagradable cardenal en la mano tumefacta. ¿Otra vez se la había pillado con un contenedor de basura o era una consecuencia de la pelea en el restaurante? Llevaba una chaqueta de Carhartt de color mostaza de trabajo y, por supuesto, botas de trabajo negras comunes y corrientes. Daniel pensó en los policías de paisano apostados alrededor del edificio y en Dooley dispuesta para responder a la llamada del iPhone que llevaba en el bolsillo. ¿Cuánto tardarían en

irrumper en la sala si la cosa se ponía fea?

Se dio cuenta de que se había descentrado mirando aquellas botas, así que volvió a concentrarse en lo que tenía entre manos.

—Tendría que haberos dicho antes que me iba —dijo—. Siento que os enterarais de ese modo. Fue innecesariamente desagradable y debería haberlo gestionado mejor, pero os haré un seguimiento durante este cambio y estaré a vuestra disposición sin coste alguno en mi despacho privado cuando me haya ido.

—¿Durante cuánto tiempo? —le

preguntó A-Dre.

—Tanto como haga falta.

Lil fue la primera en asentir y seguidamente unas cuantas caras se relajaron.

La de Big Mac no.

—Tiene una cosa a la que contestar.

—¿Cuál?

El muelle para reforzar la mano había hecho su reaparición y el hombretón lo accionaba con la mano hinchada como si fuera un elemento de seguridad o una medalla de honor: clang, clang.

—¿Qué pasó anoche? —Dejó de mirarlo para mirar a Fang.

Daniel comprendió que se refería al episodio del club. Martin seguramente lo había puesto al corriente. Suspiró aliviado.

Fang apoyó una zapatilla en la rodilla de la otra pierna y giró el cuello cohibido, sin llegar del todo a encogerse de hombros.

—Yo estaba... Bueno... No tiene importancia. No pasó nada.

Al oír aquello, Daniel se centró de golpe. Lo que no entraba en su campo visual perdió foco y de pronto no hubo más que lo que sucedía dentro de aquellas cuatro paredes, ni ensayo clínico restringido, ni niña muriendo de

cáncer de corazón, ni asesino sin rostro.

Se dirigió a Fang.

—¿No pasó nada? ¿Qué estás diciendo?

Fang se puso rígido y arrugó la frente.

Daniel fue enumerando con los dedos.

—Confiaste en Martin lo bastante para llamarlo. Confiaste en mí. Tomaste una decisión magnífica. No entraste en el club. No te emborrachaste. No te peleaste ni echaste al traste tu sobriedad ni te metiste en un lío con la policía. No te perdiste la

sesión de anoche. —Tras una pausa, añadió—: Anoche pasó de todo menos nada.

Fang volvió a ponerse cómodo, inexpresivo, aunque Daniel había aprendido a interpretar sus reacciones lo bastante para saber que estaba dándole vueltas al asunto. También sabía proseguir con la sesión y darle un poco de tiempo para que asimilara aquella nueva manera de ver las cosas, así que le pidió a Lil que ocupara la silla caliente.

La joven la ocupó y carraspeó ligeramente.

—Fui a una reunión de la iglesia

—dijo, tocándose el flequillo—, y me peiné para parecer..., bueno, menos fea.

—Yo creo que tienes una cara bonita —comentó Martin.

Ella se rio.

—Por eso llevas gafas, Martin. — Se dobló, con los hombros encogidos hacia delante—. Pero al menos quería intentarlo, ver el qué. Después de lo que, ya sabéis, de lo que hablamos la última vez.

Ruiditos de ánimo por parte de Big Mac.

—Muy bien, chica —dijo incluso A-Dre.

—No —repuso ella—. Fue

espantoso. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Todos me ignoraron y tuve un ataque de pánico. Salí al aparcamiento y casi me desmayé. Fue... humillante.

X hizo como si tocara un diminuto violín, pero Lil la ignoró.

—No puedo volver. Nunca. Solo fue la prueba de que nunca volveré a ser feliz.

Daniel tenía de nuevo la cabeza puesta en Francisca Olvera, de modo que hubo un cierto retraso hasta que se centró.

—Nunca volverás a ser feliz porque... —la interpeló por fin.

Lil daba puntapiés con aire

sombrío.

—Nunca encontraré a nadie.

—Y nunca encontrarás a nadie porque...

Se apretó el vientre, temblorosa.

—Nadie me querrá.

—Nadie te querrá porque...

—Nadie me querrá porque no tengo nada que ofrecer, ¿vale? No tengo nada que ofrecer a nadie.

Crujieron unas cuantas sillas. El viento silbaba al entrar por el agujero de la ventana.

—Está bien —dijo Daniel—. Voy a decirte lo que piensas y tú simplemente fíjate en la impresión

que da y responde como si fueras Xochitl.

—¡Oh, genial! Esto es fantástico. Compararme con ella. —Lil alzó la mirada—. ¿No puede dejarme tranquila solo una vez? Después de lo que he pasado, ¿en serio tiene que insistir tanto en sonsacarme?

—¿A quién buscabas? —le preguntó Daniel.

Ella miró al suelo rápidamente.

—A nadie.

—Estabas buscando a alguien para tener su apoyo, como si fueras una niña pequeña.

—Ah. Quiere decir... —Hipó—. No quiero hablar de mi padre.

—Vale. Entonces, ¿podemos en lugar de eso practicar este ejercicio? Ahora eres una mujer adulta. Puedes tomar decisiones adultas por ti misma.

Lil dudó y luego asintió con rapidez, como una niña.

Daniel se aclaró la garganta.

—Nadie te quiere. Nunca vas a ser feliz.

Lil parpadeó y las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Martin estuvo a punto de salir en su defensa, pero Daniel se lo impidió con una mirada y volvió a apoyarse en el respaldo, con la gran cara redonda contusionada por la

empatía. X se inclinó hacia delante, cautivada.

—No te está permitido estar en paz —prosiguió Daniel—. No te está permitido gustar a alguien. Eres un fracaso. Nadie habló contigo en esa reunión, lo que significa que nadie hablará contigo en ninguna.

Lil sollozaba y Daniel sintió una punzada de preocupación. Si la chica no salía de aquel apuro, todo iría terriblemente mal. Estaba a punto de recular cuando ella habló.

—Eso no es verdad —dijo, con un hilo de voz.

Daniel se aferró a sus palabras.

—¿Por qué no es verdad?

—Ha sido una sola reunión —
dijo con la misma vocecita.

—¿Qué dices? No te oigo si
hablas como una niña.
Respóndeme como si fueras Xochitl.
¿Alguna vez la has oído hablar así?

Lil lo fulminó con la mirada.

—Ha sido una sola puta reunión.
Los hombres se rebulleron en
los asientos. Daniel notó la sonrisa
de X, pero mantuvo la atención
centrada en Lil.

—Pero en esa reunión todos lo
hicieron mejor que tú.

—No. No lo hicieron todos
mejor. Había treinta mujeres y no a
todas les hablaron. —El miedo no

había desaparecido de su voz y seguía habiendo en ella un matiz de súplica, pero había enderezado la espalda y hablaba con más empuje.

—¿Y qué? La próxima vez te irá igual de mal.

—¡Puedo aprender! Puedo aprender a hacerlo mejor. ¡Puedo hacer cualquier cosa que me proponga!

Echando chispas por los ojos, se estrujaba las manos entre las rodillas, respirando entrecortadamente por la furia, con las clavículas marcadas.

Daniel alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Tienes razón. Puedes.

Lil se cubrió la boca con el puño, sorprendida de sí misma y quizás un poco asustada.

—Vale —dijo Daniel—. Buen trabajo.

—¿Ya está?

—Ya está. Ahora, la próxima vez que asistas a una reunión, no será con la intención de encontrar un hombre.

—Entonces, ¿por qué...?

—Te propondrás únicamente sonreír. Mira a la gente a los ojos. Di hola y haz un comentario agradable a tres personas, sean mujeres u hombres.

—¿Qué conseguiré con eso?

—Los cambios no se producen de la noche a la mañana —terció Big Mac.

Todavía ensimismado, Fang asintió levemente. Seguía impasible. ¿Estaba pensando en la decisión que había tomado la noche anterior delante del club y relacionándolo con lo que Lil afrontaba?

—Pero ¿y si va mal? —Lil se frotó los brazos, helada debido a la corriente de aire—. El ataque de pánico... Cuando me puse nerviosa en la iglesia y no podía respirar, y luego, fuera, en el aparcamiento,

creí que me moría. No estoy segura de poder arriesgarme a sentirme así de nuevo.

—Lo sentiste a causa de un estado de ansiedad y extrema agitación —le explicó Daniel—. La descarga de adrenalina te hizo hiperventilar. Te quedaste sin aire, de manera que aumentaste el ritmo de la respiración aún más y se te descompensó el nivel de CO_2 . Te mareaste y la cabeza te dio vueltas; estuviste a punto de desmayarte. Eso es todo.

—Eso no es todo. Fue una sensación muy real.

—Levántate —le ordenó Daniel.

Lil apretó los labios en un intento de reprimir el miedo. Al cabo de un momento, se levantó.

—Respira —le dijo Daniel—. Tan deprisa como puedas. Más. Más deprisa. Más deprisa.

Ella jadeó, se puso pálida y siguió jadeando hasta que se bamboleó.

—¡Para! Ahora junta las manos cubriéndote la boca y sopla. Suelta el dióxido de carbono.

Ella lo hizo y, al cabo de un momento, recuperó el equilibrio y se irguió.

—Me siento mejor. ¡Qué rápido!

—Tú lo has logrado —le dijo

Daniel—, así que también puedes solucionar esto.

Lil dio un paso atrás y se dejó caer en la silla, con la cara pálida pero exultante por aquel pequeño triunfo. Consiguió reír, nerviosa, y luego la sacudió un escalofrío.

—¡Qué frío hace aquí!

Fang se levantó, cruzó la sala y cerró la ventana.

Mientras los del grupo hacían corrillo durante la pausa, Daniel se sacó el móvil del bolsillo para mandarle un mensaje de texto a Dooley. En ese momento cayeron al suelo varias monedas. «mnde CSI tras sesión —tecleó—. lata de Skoal en paplera qzás huellas.» Tras comprobar por dos veces que su número estaba en llamada rápida por si se daba una emergencia, se agachó a recoger el dinero del suelo.

Había una moneda de

veinticinco centavos en el suelo agrietado. Mirándola, se acordó de las monedas perfectamente brillantes encontradas en los escenarios de los crímenes.

Se irguió de golpe.

—¿Alguien tiene cambio? Quiero una cola.

Todos hurgaron en bolsillos, carteras y billeteras para ofrecerle algunas monedas. Todos le ofrecieron dinero sucio, de aspecto normal, menos Big Mac, que se encaminó hacia la puerta, donde se detuvo.

—Big Mac, ¿tienes una de veinticinco?

El hombretón agarró el monedero con sus manazas.

—Ya tiene de sobra.

—Me parece que han subido el precio —argumentó Daniel.

La mirada del otro no flaqueó.

—No lo han subido.

Daniel se detuvo a medio camino de la puerta.

—Tío, eres un jodido cabrón. ¿No puedes darle veinticinco al hombre?

Big Mac siguió mirándolo un rato más antes de hozar en el monedero y darle una moneda a Daniel, que la atrapó al vuelo, con el corazón desbocado. No abrió la mano hasta

que estuvo solo en el pasillo.

La moneda estaba tan sucia y gastada como las demás.

Tomando sorbos de un Dr Pepper, volvió a su asiento.

—¿Quieres sentarte en la silla caliente, Big Mac? Háblanos de la pelea de la última sesión.

—No. X ha estado eludiendo su turno y eso es un asco.

—Que te jodan si lo esquivo.

—Todos venimos aquí a hablar de nuestras mierdas. Lo soltamos todo. Pero ella se anda con jueguitos siempre que ocupa esa

silla.

—No me ando con jueguecitos. Simplemente porque no me vaya todo eso de la Lacrimógena Oprah y toda esa mierda...

—¿Qué opináis? —les planteó a todos Daniel.

—Pues que sí —dijo A-Dre—. Que siente su flaco culo en la silla.

—Ella está... eh..., evitando no hacer nada.

—Vale. —X se levantó y se dejó caer en la silla con tanta fuerza que crujió—. ¿Qué queréis?

—Hablemos de Sophie —propuso Daniel.

—¿Otra vez esa mierda?

—Sí. Habla como si fueras ella.

Piensa en cómo se siente ahora.

—¿Cómo se siente... ella?

—Como si fueras ella —insistió

Daniel.

X soltó el aire de golpe, cruzó los brazos y se arrellanó levemente.

—Me siento feliz porque han pasado dos años desde lo sucedido y no quiero profundizar en ella todos los días como algunos.

—Piensa en Sophie como una persona —la dirigió Daniel—. Piensa en la influencia que tuvo aquello en su vida.

—Soy Sophie. —X esbozó una sonrisa estúpida—. Si la gente me

llama Chica Violada hiere mis sentimientos. Pero a muchas chicas las violan, así que supongo que eso me convierte en, no sé, una jodida nenaza.

Mientras que los otros se lo pasaron porque la consideraban un grano en el culo, Daniel se apoyó en el respaldo y notó la barra metálica contra los omóplatos. Tenía la misma sensación de que le habían cerrado la puerta en las narices que cuando se había quedado al otro lado de la de Cris aquella mañana.

—¿Qué es lo más importante que pedimos aquí? —dijo con

dureza—. Sinceridad y
responsabilidad. —Las palabras lo
golpearon como un bumerán.
Médico, cúrate a ti mismo.

—Estoy siendo sincera —repuso
X—. Simplemente, no me gustan
las verdades molestas.

—Y una mierda —le espetó Lil—.
Después de que yo me haya
sentado ahí y pasado por todo eso
que...

—¡Bua, bua, Lil! «¡Oh, nadie me
habló en la reunión de la iglesia...!»

—... tuviste miedo incluso de
echar un vistazo a...

—¡No tuve miedo! —X se había
agazapado en la silla, con la cara

roja. Volvió a relajarse y se mordió el labio inferior—. Vale. Está bien. ¿Queréis saber cómo la afectó? — Con las aletas de la nariz dilatadas, respiraba agitadamente—. No quiere pensar en eso cada puto minuto del día. No quiere revivir el dolor, la mejilla contra el cemento, la expresión de las chicas..., mi expresión..., cuando la sujetaba en el suelo. Se dice que no tiene importancia, que constantemente violan a chicas. Se hace la dura. Nunca jamás quiere ser impotente, pero está siempre asustada. No es capaz de entrar en una habitación donde haya otras personas sin que

se le acelere el corazón. Tiene que..., tiene que sentarse junto a la puerta, para poder largarse en caso necesario. Le duele cuando hace el amor, como si un cuchillo la atravesara. Así es como se siente, coño. ¿Vale? ¿Vale ya?

Un silencio de estupefacción. Faltaba aire en la habitación. Por un conducto de ventilación del techo entraba de manera desigual y las tuberías de las paredes protestaban.

Cuando volvió a hablar X, lo hizo con una vocecita tan débil como la de Lil.

—Era muy guapa. Quería que

estuviera tan destrozada como yo. —Se le descompuso la cara y gimió de dolor, sujetándose el vientre, balanceándose atrás y adelante, deshecha en lágrimas.

Daniel tardó un poco en recuperar el habla. Estaba a punto de decir algo cuando Lil se levantó y cruzó el círculo. En cuclillas delante de X, le puso las manos en los hombros y la otra se dejó caer en sus brazos.

Los pasos de Daniel resonaban en las paredes del garaje. Después de la sesión se había quedado en la sala hasta que un técnico forense disfrazado de conserje había recogido la lata de tabaco de mascar de la papelera. El técnico había podido sacar únicamente huellas parciales y borrosas; las había pasado por un escáner móvil sin hallar coincidencias en el sistema. Otra pista prometedora que no llevaba a ninguna parte.

Pasó entre las hileras de coches,

se subió al suyo y se quedó sentado un rato con las manos y la frente en el volante. Estaba tremendamente agotado.

Luego cogió el iPhone y le escribió un SMS a Dooley: «Sano y salvo.»

Al cabo de un momento el teléfono le zumbó en el regazo: «Lo sé. Mire arriba.» Tardó un momento en acostumbrar la vista a la penumbra hasta que la vio en un sedán estacionado contra la pared del fondo. La inspectora lo saludó con la mano a través de la luna delantera y él le devolvió el saludo.

Ella sonrió. Él también. Le

gustaba ver su cara.

El teléfono vibró con otro mensaje, pero Daniel le veía las manos a Theresa y supo que no era suyo.

DANIEL BRASHER.

Número desconocido.

El frío del garaje le atenazó el cuello. Se quedó mirando fijamente la pantalla, esperando el siguiente mensaje.

ADMITE LO QUE HICISTE O
SANGRARÁS POR ELLO.

TIENES HASTA EL DÍA DE ACCIÓN DE
GRACIAS A MEDIANOCHE.

Miró a Dooley, cuya expresión había cambiado seguramente al ver

la suya. Mientras la inspectora se apeaba del coche y se acercaba corriendo, volvió a mirar el teléfono que tenía en la mano.

A pesar de la bruma de espanto que lo envolvía, se daba cuenta de que era el primer amenazado que realmente sabía lo que debía admitir, lo que, por supuesto, planteaba una pregunta que los demás no habían tenido que tener en cuenta.

Le temblaban los pulgares, así que tuvo que realizar varios intentos y corregirse dos veces para teclear la respuesta.

ADMITIRLO

¿ANTE

QUIÉN?

¿CUÁNDO? ¿DÓNDE?

Tal como esperaba, el mensaje de error apareció en su alegre burbujita: NÚMERO NO VÁLIDO.

Dooley dio unos golpecitos en la ventanilla. Le abrió y ella se sentó a su lado. Cuando le pasó el móvil, oyó el pop de sus labios. Ya hablaba por radio, pero sus palabras no eran sino un borrón en comparación con el zumbido de su cabeza.

Acción de Gracias.

Dos días.

—¿Estás ahí, Cris? Mira, siento decírtelo a través de la puerta, pero la última amenaza de muerte va dirigida a mí. Se acaba el plazo a medianoche del Día de Acción de Gracias. Leo está asegurando toda la casa ahora mismo con agentes del Departamento de Policía de San Francisco: quieren registrarlo absolutamente todo por lo que pasó con Molly Clarke. Han empezado por la planta baja, pero pronto tendrás que abrir.

»Sigo aquí. Mira..., hoy me he

dado cuenta de una cosa durante la sesión. Siempre hablo de la sinceridad y la responsabilidad, pero yo no estaba siendo completamente sincero conmigo mismo, ni contigo, y si no podemos serlo el uno con el otro, ¿entonces qué? Si no somos capaces de compartirlo absolutamente todo..., incluidas las verdades más espantosas y vergonzantes, pues...

»Está bien. Ahí va.

»Cuando creía que iba a perderte, me sentí tremendamente impotente y aterrorizado. No era capaz de imaginar cómo serían los siguientes cincuenta años sin ti, o

tal vez lo era y me pareció que no me merecería la pena vivirlos. Pero no solo eso. Todo lo que estabas pasando, el miedo que tenías y el dolor que sufrías sin que yo pudiera hacer absolutamente nada: no podía hacer ni una mierda para disminuir tu..., tu... Lo siento. Espera. Dame una...

»Independientemente de lo que yo piense sobre las normas y las decisiones, toda esa mojigatería de mierda, habría hecho lo que fuese para evitártelo, para que te curaras. Y tienes razón: no me importaba qué hubiera que hacer, solo quería que vivieras. Siempre pensé,

siempre tuve la esperanza de no ser como mi madre y, sí, mis pacientes del grupo. Pero lo soy. Porque, por tu vida, no pensé en la moral, ni en las leyes, ni en la justicia. Habría hecho todo lo posible, y volvería a hacerlo.

Por fin el picaporte se movió y Cris se asomó por la rendija, con la cara enrojecida. Luego la puerta chirrió al abrirse y lo abrazó fuerte y le apretó el cuello. El cuerpo de Cristina era cálido y Daniel hundió la cara en su aroma. Ella lo abrazó todavía más fuerte.

—La nueva amenaza de muerte es para ti, ¿en serio?

Él asintió, con la mejilla resbaladiza contra la de su mujer.

—Nuestra situación es ahora la opuesta. Ahora es tu vida la que está en peligro y, mientras hablabas, se me ha ocurrido que...

—Tragó con esfuerzo—. Yo también he aceptado un favor de tu madre, al admitir a Leo. No hice ninguna pregunta, me limité a decir que sí porque tú estabas en peligro.

Daniel notaba su aliento cálido en la oreja.

—Me he dado cuenta de que yo también haré lo que sea para que estés a salvo —le susurró Cris.

Hicieron el amor por la mañana, con rayos de luz dorada como el heno entrando por las persianas bajadas e incidiendo en las sábanas arrugadas. Cris subía y bajaba entre espacios de semipenumbra. La boca henchida, los pechos, los hombros arqueados iluminados por el sol se perdían luego en la imprecisión. Estaba inclinada encima de él, presionándole los hombros con las palmas de las manos, con el pelo barriéndole el cuello. Cada sensación era nueva y más intensa

mientras se redescubrían una y otra vez. Ella le había dejado huellas rojas de las manos en el pecho y él a ella en la cintura. Luego disminuyeron el ritmo, ahora con él encima, mirándola, y cada vez más despacio, con los ojos cerrados y los labios abiertos, hasta que apenas se movieron. Se estremecieron a un tiempo, Cris boca arriba, abrazándolo.

—Necesito ver el mar —dijo ella cuando estuvieron vestidos.

Leo consintió seguirlos a una distancia prudente, así que bajaron por la colina hacia la costa, de la mano, como cualquier pareja que

sale a pasear el primer día espectacularmente soleado desde hacía meses. Al siguiente era Acción de Gracias.

Amite lo que hiciste. O sangrarás por ello.

Pero ¿dónde admitirlo? ¿Tenía que comunicárselo a toda la ciudad? Una conferencia de prensa era una idea absurda. Dooley no la había descartado y le había recordado que tenían hasta el día siguiente a medianoche para sopesar las opciones. «No se preocupe —le había dicho con una sonrisa de superioridad—. Todavía no ha matado a nadie antes de la

hora señalada.» Cris había propuesto sin demasiado entusiasmo salir de la ciudad, tomar un vuelo a alguna parte, aunque los dos sabían que no lo harían. Dooley necesitaba su ayuda, tenían a Leo en casa y, además, abandonar la investigación y el grupo era demasiado cobarde. Además, en algún momento tendría que volver a casa y afrontar lo que había que afrontar.

Daniel hizo un esfuerzo por volver a la realidad. Al fin y al cabo, aquel paseo podía ser el último. Ni él ni Cris hablaban; se limitaban a caminar bajo el cielo sin una nube y

a sentir el sol, que neutralizaba la brisa punzante.

Para el resto del mundo todo iba bien. Perros mezcla de labrador y poodle con correa de diseño pasaban brincando. Pasaban volando jovenzuelos en mountain bike y escúter, con carteras de mensajería al hombro. Cada vez que aparecía el Palacio de las Bellas Artes, tan anacrónico enfrente de las carísimas casas de Baker Street, Cris sonreía. Era demasiado moderno para ser una ruina romana, lo último que quedaba de la Exposición Internacional de Panamá-Pacífico

de 1915, el «seguimos en pie» del San Francisco posterior al terremoto. La superficie espejada del lago de la parte frontal del edificio reflejaba la cúpula octogonal. La imagen cortaba el aliento bajo el cielo azul sin mácula.

Continuaron por una estrecha lengua de tierra más allá del Club Náutico del Golden Gate, directamente hacia el borde del agua, donde en un golpe de genio extravagante, un maestro albañil había instalado una escultura que funcionaba como un órgano activado por las olas. Los tubos del

Dr. Seuss, rodeados de bloques de granito procedentes de un cementerio demolido de la época de la fiebre del oro, producían un gorgoteo intestinal hipnótico. Daniel y Cris se sentaron en una losa helada, mirando el mar gris y picado, escuchando el sonido de las caracolas más grandes del mundo.

Había surfistas que saltaban las olas como formas de vida evolucionadas, más allá de las cuales destacaba la silueta de la Roca, donde el Hombre de los Pájaros no criaba pájaros, Machine Gun Kelly perfeccionaba el tiempo y languidecía Al Capone, con el

cerebro estofado por la sífilis. Al oeste, en la base de aquel idolatrado puente colgante, sobresalía Fort Point, donde una chorreante Kim Novac había caído en los brazos de Jimmy Stewart, su rescatador. Todo el mundo engaña un poco y todo el mundo tiene un sueño, ya sea ambicioso o modesto, algo que quiere llegar a ser y una estrategia para lograrlo.

Daniel pensó en el corazón de Francisca Olveras rindiéndose, en el resultado positivo del test de embarazo en la bandeja de plata, en la amenaza de muerte aparecida en la pantalla de su móvil. Todo el

terror y el sentimiento de pérdida y la vulnerabilidad de la semana lo embargaron, amenazando con arrollarlo. Cerró los ojos y escuchó los tubos y el agua, una sección de trompas alrededor. Aquel canto de ballena vibraba en él y por un momento le pareció no tener límites ni fronteras, sintiéndose arropado en el enorme vientre del mar.

Cris le soltó la mano por primera vez desde que habían salido a pasear juntos por la ciudad. Le sujetó cariñosamente la muñeca y le extendió los dedos. Alzándose la camisa, le puso la palma en su

ombligo.

Notando el calor del cuerpo de su mujer, Daniel se dio cuenta de hasta qué punto sus sueños se habían vuelto modestos.

Más tarde, aquel mismo día, Daniel se estaba comiendo un bocadillo apoyado en el fregadero cuando Cris bajó la escalera desde el dormitorio, cerrando el móvil contra la barbilla.

—Tenemos que irnos. Leo... ¿puedes acompañarnos? —Estaba cogiendo las llaves, un jersey y echándose al hombro el bolso—. También necesito que los dos...

Daniel la agarró por los hombros cuando rodeaba la isla de la cocina.

—¿Qué ha pasado?

Cris se detuvo, con los labios temblorosos.

—Ha llegado el voto de la comisión de planificación. Se quedan con el edificio.

Con revestimiento de madera y recién pintadas de amarillo y marrón, las casas de Western Addition resultaban sorprendentemente lujosas, como residencias universitarias o viviendas para los militares. Había adosados de tres pisos y residentes en las escaleras de entrada y en los bordillos, hablando y señalando

hacia la acera de enfrente, donde camiones de la mudanza y furgonetas de transporte se habían congregado ante el edificio de apartamentos que Cris llevaba dieciocho meses tratando de proteger. Por una vez, las bandas rivales estaban las unas dentro del campo visual de las otras, aunque se mantenían en lados opuestos de la calle. Los integrantes de la Knock Out Posse, dueña de aquellas manzanas, se movían con libertad, pero los pocos sureños que se habían acercado desde South Van Ness con sus pañoletas azules y sus jerséis de los Cowboys de Dallas se

mantenían en su acera. Tal vez estuvieran desahuciando a algún familiar suyo o estaban allí simplemente por el dramón, por el reguero de lágrimas que salía por las puertas dobles del vestíbulo. Familias con cajas de cartón llenadas apresuradamente y ancianos negros que gesticulaban airados con un bastón; discusiones en varios idiomas y unos cuantos sollozos universales. Salía de vez en cuando algún policía aburrido con unos cuantos hombres trajeados que llevaban sujetapapeles con documentos de aspecto importante. Ni un solo periodista. Daniel se

abrió paso entre la gente, prácticamente apartándola con el parachoques delantero. Cris miraba por la ventanilla como un perro frenético por escapar.

Leo los seguía pisando el acelerador en su Ford Bronco. Estacionar habría sido muy complicado, así que Daniel dejó bajar a Cris y continuó con Leo. Milagrosamente, encontraron dos huecos bastante cercanos a una manzana de distancia. Con una moneda de veinticinco centavos se pagaban siete minutos de estacionamiento, y catorce lo dejaron sin blanca. Leo le dio

calderilla para que ampliara el límite del parquímetro y volvieron corriendo para reunirse con Cris.

La encontraron sentada en el bordillo lleno de gente de la acera de enfrente, con los brazos apoyados en las rodillas, mirando con desánimo el desalojo en curso. Leo se quedó cerca mientras Daniel se sentaba a su lado. Ambos observaron la escena y Cris se secaba las lágrimas de las mejillas de vez en cuando.

Incluso los pandilleros parecían melancólicos.

—Así va el jodido mundo — comentó sabiamente uno.

—Que lo paren —dijo Cris.

Al pie de un poste telefónico, junto a ellos, había un altar callejero: flores, un osito de peluche y la foto de una adolescente de largas pestañas y conmovedores ojos castaños con un vestido de confirmación. En el poste de madera quedaban las marcas de las balas extraídas. Lo inaceptable allí mismo, a diario.

Cris interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Esto era Fillmore, todo el barrio, no solo por el hotel Fillmore. —Alzó un brazo y señaló hacia el sureste—. Allí estaba la iglesia

ortodoxa de St. John Coltrane. Los fieles llevaban instrumentos y se sentaban con la banda de música. Durante tres décadas alimentaron a los indigentes. Luego el propietario les dobló el alquiler. Se fueron. Y allí —dijo, girando la cabeza hacia el norte— estaba el antiguo Winterland. Todos aquellos espectáculos con luces psicodélicas... Allí tocó Hendrix, ¿te acuerdas? The Doors, Zeppelin, los Dead. La noche de su clausura, Bill Graham salió al escenario con un porro enorme. Ahora no hay sino pisos. Y hasta con los pisos están acabando, de eso me quejo. A lo

mejor estoy anclada en el pasado. Tal vez tu madre tenga razón. Las puntocom fueron la última fiebre del oro y la nueva economía sea la Web 2.0. —Dibujó un movimiento en espiral con la mano hasta posarla en su regazo—. Así ha sido siempre y así será. Lo que me hace falta es simplemente madurar.

Una anciana filipina salió del edificio y cruzó vacilante la calle, ajena a los bocinazos de los coches. Llevaba una jaula antigua. Varios miembros de la familia la seguían con lámparas, cubos de basura, maletas con los cierres rotos. La mujer se dirigía hacia un coche

lleno de herrumbre, pero cambió de rumbo para sentarse al borde de una jardinera, con la jaula sobre los muslos. Le murmuró algo entre los barrotes al guacamayo blanco mientras su familia le imploraba con gestos que volviera.

Con un suspiro, Cris se levantó. Se acercó con Daniel a los frustrados familiares, pasó entre ellos y se inclinó hacia la anciana, tratando de establecer contacto visual con ella.

—Hola, señora Gao.

La mujer ni siquiera la miró. Siguió susurrando en tagalo. Una nieta tradujo desinteresadamente.

—Dice que a Dinky no le gustan los cambios.

Cris miraba impotente a la señora Gao, que seguía murmurando.

—Dice que Dinky tiene el estómago delicado. —La nieta dejaba de masticar chicle, escuchaba y volvía a masticar—. Dinky es demasiado viejo para mudarse. Dinky se morirá, se le partirá el corazón.

Por fin la señora Gao alzó los ojos de párpados caídos hacia Cris, sin dejar de hablar.

La nieta se examinó una uña mordida.

—Dice: «¿Por qué no puedes hacer nada?»»

Cris se marchó por fin a casa con Leo, y Daniel se quedó para ayudar a los Gao a cargar los vehículos que fueron llegando sucesivamente con portaequipajes embellecidos con ingeniosas configuraciones de pulpos.

Puesto que Cris estaba embarazada, no quería que acarreará cajas arriba y abajo por las escaleras.

Pensó en lo estupendo que sería estar vivo cuando el bebé naciera.

Vio demasiado tarde al agente que controlaba los parquímetros y que hacía su ronda en un cochecito que era más bien una carretilla, incluso más ridículo que su Smart. Dejó la última maleta en la acera y corrió, buscando en los bolsillos la calderilla que Leo le había dado.

Vio la notificación en el parabrisas y soltó una maldición. Sin embargo, cuando bajó la vista su superflua irritación se esfumó.

Las monedas de veinticinco centavos que tenía en la mano estaban relucientes, como nuevas. Mareado, les dio la vuelta para ver las fechas de emisión. Todas eran

de hacía por lo menos veinte años.

Pisando a fondo el acelerador, Daniel se puso en contacto con Dooley.

—¿Dónde está?

—Voy hacia su casa, de hecho. Iba a quedarme con usted para acompañarlo luego a Metro Sur.

—No entre en casa. Leo Rizk, el guardaespaldas que tenemos en casa, ese a quien nos envió mi madre, está implicado en esto. Me ha dado unas monedas de veinticinco como nuevas, como las de los escenarios de los crímenes.

—Vale, no cuelgue.

Daniel oyó su respiración por el auricular.

—Deletréeme el nombre.

Daniel lo hizo.

—Si es sospechoso, tenemos que pedir apoyo, que rodeen la casa.

Daniel volaba cuesta abajo por Webster, golpeando el chasis, que soltaba chispas.

—No pienso dejar de ninguna manera sola a mi mujer con él. Reúnase conmigo en el parque Lafayette, junto a las pistas de tenis. Es la zona más solitaria. Queda a dos manzanas de mi casa.

Lo llevaré allí. —Oyó cómo Dooley cambiaba de sentido con un chirrido de neumáticos.

—Tenemos que hacer esto despacio y bien.

—Dooley, voy a sacar de casa a ese tipo para alejarlo de mi mujer. Usted haga lo que quiera. Puede ir o no ir. —Cortó la comunicación y marcó otro número que había memorizado. Leo tenía acceso a su casa, conocía sus horarios y, dados sus antecedentes, Dios sabía qué más. Era un hombre introvertido que se había ganado de alguna manera la confianza de Evelyn. Había aparecido en su puerta

inmediatamente después de que hubieran visto a la mujer bajo la lluvia, como si hubiera estado esperando. No tenía la misma complexión que el asesino, era demasiado bajo, y había estado con Cris durante su rifirrafe en casa de Kyle Lane, pero si trabajaba coordinadamente con uno de los integrantes del grupo...

Leo contestó al primer timbrazo.

—¿Sí?

—Leo, necesito que se reúna conmigo junto a las pistas de tenis del parque Lafayette. Dooley ha descubierto otra pista. Sabemos quién es el asesino y necesitamos

su ayuda.

—No puedo dejar la casa, ni a Cristina.

—Es a mí a quien han amenazado de muerte.

—Y ella está embarazada, por no mencionar que es el mejor modo de llegar a usted. Si, digamos, el asesino quiere asegurarse de que irá a un lugar mañana a medianoche, no tiene más que cogerla.

—Dooley va tras el asesino ahora mismo —dijo Daniel—. Está en Bayview. No hay peligro. Venga ahora. —Cortó y dobló por Washington. Ahí estaba el parque.

La zona de tierra desigual cubría un montículo entre tramos de escalones y las calles circundantes eran de costosas casas victorianas. Encontró un hueco para aparcar y corrió hacia las pistas de tenis, donde Dooley lo esperaba en la densa penumbra, con los pulgares debajo del cinturón, como un sheriff de la vieja escuela.

—Ya viene hacia aquí —le dijo Daniel.

—Hay refuerzos de camino.

—Van a ahuyentarlo. Es un profesional experto.

—Mierda. Simplemente, se me pasó. No consta en los archivos. De

hecho es como si no existiera. ¿Quién coño es ese tipo para que lo hayan dejado entrar en su casa?

—Mi madre lo contrató. Suele hacer bien los deberes.

Dooley silbó.

—Los ricos no son como yo...

La calva de Leo fue lo primero que vieron tras unas hierbas. Pasó junto a un perro que atrapaba un Frisbee y sorteó unas cuantas personas que leían acostadas en toallas de playa, yendo hacia la zona del parque, menos concurrida, donde lo esperaban.

Daniel miró a Theresa. Le caía una gota de sudor por el cuello. La

inspectora sonrió con rigidez.

Leo se acercó y abrió los brazos en un gesto amplio.

—¿Qué?

Daniel se situó a su izquierda, de manera que Leo tuviera que apartarse ligeramente de Dooley. Por encima de la cabeza del guardaespaldas, en Gough Street, vio dos coches patrulla deteniéndose junto al bordillo.

—Hemos encontrado una pista que nos relaciona con el asesino — le dijo Daniel—. Le enseñó el puño y lo abrió.

Tenía en la palma las monedas relucientes de Leo, que arrugó la

frente, perplejo.

Dooley se llevó la mano a la cadera. Un chasquido apenas audible.

—Quiero que ponga las...

Leo giró sobre sí mismo tan rápido como un dibujo animado. Barrió con los pies las pantorrillas de Dooley, que se desplomó. La pistola seguía apuntándolo, pero quien la empuñaba era él. Movi6 las manos rápidamente, la revista cay6 al suelo y la bala cay6 de la recámara, desliz6 el cargador atrás y adelante, el resorte de ensamblaje salt6 y el cañ6n se solt6. En tres segundos, la pistola

estuvo desmontada y las piezas, en el suelo, a los pies de Leo.

Desarmado, parpadeó dos veces, como si solo entonces hubiese sido consciente de lo que había hecho.

Daniel apenas había tenido tiempo de darse cuenta de lo sucedido, pero una cosa estaba clara: si Leo hubiese querido hacerles algo, ya se lo habría hecho.

—Lo siento, agente. —Ayudó a Dooley a levantarse—. No quería que nadie resultara herido.

—¿Quién demonios es usted? —le preguntó Theresa, agachándose

a recoger las piezas de la pistola—. Al parecer no existe.

—Claro que no existo. Hay un tipo en el área 202 al que puede llamar para que le explique el porqué. Hasta entonces, ¿va a contarme de qué va esto?

Los agentes de apoyo aparecieron en la colina, a su izquierda, y Dooley les indicó que se alejaran, molesta.

—Ha sido por las monedas —le explicó Daniel—. Monedas tan relucientes como estas han sido halladas en los escenarios de los crímenes.

—¿Estas? Me las dio su madre.

Daniel abrió la boca pero no pudo articular palabra.

—¿Cuándo? —preguntó Theresa.

—Nos vimos en un restaurante antes de que me contratara. No tenía dinero para el parquímetro. Me dio calderilla de su monedero, igual que yo se la di a usted. — Retrocedió, repentinamente preocupado—. Pero ahora mismo no es esa la pregunta fundamental.

—¿Y cuál es? —inquirió Dooley.

Daniel ya corría hacia el coche, marcando un número de teléfono.

—¿Quién vigila a Cristina?

El teléfono y el timbre de la puerta sonaron al mismo tiempo, despertando a Cris de la cabezada que estaba dando en el sofá. Iba a responder a la llamada, pero un alboroto en el porche llamó su atención y dudó un instante antes de bajar la escalera.

A mitad del tramo que llevaba a la planta baja oyó unos golpes frenéticos en la puerta y luego los gritos de una mujer:

—¡Ayúdeme, Dios mío, oh, Dios!
¡Me persigue! ¡Por favor, abran!

¡Ayúdenme, por favor!

Cris bajó corriendo los últimos escalones y miró por la mirilla. Vio en primer plano la imagen deformada de una mujer hispana, con la cara golpeada y mechones de pelo húmedos por la sangre que le manaba de la boca. La desconocida miró hacia atrás por encima del hombro, atemorizada, y volvió a golpear la puerta.

—¡Ayúdenme, por favor! ¡Por favor, déjenme entrar! ¡Me persigue!

A las cinco de la tarde quedaba bastante luz solar todavía para que Cris viera, más allá del césped

delantero, la calle desierta. No había ningún agresor a la vista. Desactivó la alarma y empezó a descorrer el cerrojo de seguridad.

Se quedó inmóvil.

Los gritos de la mujer le llegaban a través de la puerta. Su terror era palpable.

—¿A qué espera? ¡Va a matarme! ¡Mire lo que me ha hecho! ¡Por favor! ¡Ayúdeme! —decía, respirando agitadamente—. ¡Ya casi ha llegado! Por favor...

Las baldosas del recibidor eran una llanura de hielo bajo los pies desnudos de Cris. Le temblaban los brazos, muy delgados.

Se miraba la mano con la que sujetaba el cerrojo. Sentía náuseas mientras oía los sollozos estrangulados de la mujer. Justo cuando los gritos alcanzaban una estridencia que Cris pensó que no podría resistir, cesaron de golpe, como si alguien hubiese pedido una pausa. Temerosa, se acercó de nuevo a la mirilla. La cara de la mujer seguía allí, pero completamente tranquila, con la boca herida torcida en una mueca desdeñosa. Vio cómo se lamía la sangre del labio inferior.

Con una exhalación temblorosa retrocedió un paso, muy despacio, y

luego otro. La puerta se sacudió con una violencia que hizo tintinear el jardín zen en miniatura de la mesa de adorno. Cris soltó un grito y se tapó las orejas instintivamente.

Aquella patada tan tremenda no podía haberla descargado una mujer.

Otro golpe, incluso más fuerte esta vez, aunque la madera blindada lo soportó.

Cris retrocedió un paso más.

Silencio.

Luego el sonido de pasos alejándose a la carrera.

El sonido de pasos de dos

personas.

Tanteó hacia atrás en busca del pasamanos de la escalera y se dejó caer en el último escalón, temblando de miedo.

Encontraron a Cris en el recibidor segundos después de que sus asaltantes se hubieran marchado. Daniel y Theresa, Leo y seis agentes de uniforme se habían repartido por la casa. Las radios atronaban. Habían mandado más coches patrulla por el vecindario, pero no había rastro de Viviana Olvera ni de su compañero.

Al menos ahora ya sabían cómo había conseguido el Hacedor de Lágrimas que las víctimas abrieran la puerta: enviando a Viviana en

primer lugar para que llamara al timbre y fingiera estar aterrorizada de tener a su atacante pisándole los talones. La visión de su cara, magullada e hinchada, por la mirilla, había convencido a las víctimas de que descorrieran los cerrojos. El Hacedor de Lágrimas probablemente esperaba donde no pudieran verlo, preparado para arremeter en cuanto lo hacían.

A Cris le seguían temblando las manos cuando Daniel la ayudó a subir y le explicó que Leo le había dado unas monedas relucientes que él, a su vez, había recibido de Evelyn.

—¿Realmente crees que tu madre tiene algo que ver con todo esto? —le preguntó ella.

—No tengo ni la menor idea. Ahora mismo Dooley va hacia la finca.

—Tú también deberías ir. Es tu madre.

—Quiero quedarme contigo.

—Ahora Leo está aquí. La puerta está asegurada y la alarma, activada. Estaré bien. Ve a ver qué demonios tiene que decir Evelyn en su defensa.

A Daniel se le había agarrotado el cuello, pero aun así consiguió asentir.

Puesto que debía estar en Metro Sur pocas horas después, siguió a Dooley en su coche por la ciudad. La inspectora hizo una entrada bastante agresiva en el Fairmont, de modo que Daniel se vio obligado a intervenir para calmar al jefe de recepción, que finalmente acabó por decirles que Evelyn tenía una reserva para almorzar en la planta inferior del Tonga Room.

Bajaron en ascensor. Dooley siguió a la camarera mientras que Daniel, decidido, la adelantó por la húmeda cuesta que llevaba al falso lago interior. El local era una explosión de la Polinesia de Disney

con tiki tótems, biombos de bambú y sombrillas de paja bajo un techo del que colgaban sartas de farolillos. Vio a Evelyn y a James sentados solos a una mesa, al borde del lago, y se les acercó.

Mientras lo hacía, cuatro hombretones se levantaron de las mesas circundantes para rodearlo, y casi le dio un síncope antes de darse cuenta de que eran los guardaespaldas de su madre. James arregló el lío por una parte y Dooley por la otra mientras Evelyn, completamente tranquila en su asiento, tomaba sorbitos de un brebaje contenido en una copa

cargada de fruta del tamaño de una pecera.

Cuando Daniel y Theresa se sentaron frente a Evelyn, caía sobre el lago una lluvia monzónica desde los aspersores del techo, y luego una barcaza salió de detrás del decorado y una mujer corpulenta envuelta en un pareo se puso a cantar «Bali Ha'i».

Daniel tuvo que gritar para hacerse oír y su explicación sobre las monedas no hizo sino aumentar la confusión. Su madre tomaba sorbitos, ignorando la luz de su móvil, que parpadeaba junto a la bandeja de pupu.²¹ La canción iba

in crescendo y cada verso de la letra era como una aguja que se le clavara en las sienes a Daniel. Por fin los cielos mecanizados escamparon y la barcaza retrocedió como la cabeza de una tortuga. Se quedaron los tres solos, la madre, el hijo y la inspectora de Homicidios, mirándose en el repentino y prácticamente absoluto silencio.

La pantalla del móvil de Evelyn volvió a iluminarse.

—¿Por qué no contestas al teléfono? —le dijo Daniel, exasperado.

Ella hizo girar la diminuta

sombrilla entre el índice y el pulgar, pulcramente cuidados.

—Porque Vimal sigue llamándome —repuso, con la voz pastosa por el alcohol.

Dooley hizo un gesto pidiendo tiempo muerto.

—Permítame hablarle con franqueza, señora Brasher. Hasta que aclaremos esto, es usted una presunta implicada en varias investigaciones por asesinato.

Evelyn echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. No fue su calculada risita, sino una risotada sincera. Luego cogió su bolso de mano de lentejuelas. Dooley se

tenso ligeramente, pero lo que hizo la dama fue simplemente abrir el cierre dorado y volcar el contenido sobre el mantel.

Barras de labios y calderilla se esparcieron. Muchas de las monedas estaban lustrosas. Claramente complacida consigo misma, dejó el diminuto bolso a un lado.

Dooley y Daniel se quedaron mirando las monedas relucientes, que habían aterrizado entre las costillas y el cangrejo Rangún, sin decir palabra.

—En 1938 —empezó Evelyn con grandilocuencia—, el hotel St.

Francis empezó a lavar todas las monedas porque las clientas se quejaban de que se ensuciaban los guantes con el cambio. Una tradición que persiste en la actualidad. —Hizo una pausa para tomar un trago de mai tai con teatralidad—. Así que, al igual que me complace ser una «presunta implicada» en varias investigaciones por asesinato, me siento obligada a encaminarla en una dirección menos equivocada.

Dooley se echó atrás en la silla hasta apoyar los hombros sonoramente contra el respaldo.

—Es increíble que se nos haya

pasado algo así.

—Estaban interrogando a la clase de gente equivocada. — Evelyn dejó la copa de cóctel vacía en la mesa, cogió una lustrosa moneda de diez centavos y la mostró como si fuera una púa de guitarra, sujetándola con el pulgar y el índice—. En San Francisco, querida, absolutamente todo es cuestión de dinero.

21. Plato de la cocina hawaiana consistente en un surtido de aperitivos de marisco y carne. (N. de la T.)

Con sus columnas de mármol y los clásicos ladrillos marrones, el hotel St. Francis es conocido como la gran dama de Union Square. Hammett lo usó de modelo para el St. Mark de El halcón maltés, y Daniel observó, mientras pasaba con Dooley bajo el histórico reloj del vestíbulo y subían la gran escalinata, que no había cambiado un ápice desde entonces.

Al cabo de un momento estaban en el llamado «armario de la limpieza», al final de un estrecho

pasillo, donde, rodeados de maquinaria de los años veinte y treinta, escucharon con forzada paciencia a Arthur Carrol, maestro lavandero de monedas, que les explicó el proceso. Usaba bastón con la contera en forma de cabeza de pato, gafas de montura metálica y el pelo cano peinado con raya, y era todo un caballero, exactamente como Daniel imaginaba que sería un maestro lavandero de monedas.

—¿Ven esta enorme máquina de bruñir plata? Fue construida antes de que se inventaran los cojinetes. Dentro de ella hay perdigones y bórax que forman una especie de

merengue gris que las frota y elimina toda la suciedad del mundo exterior.

Daniel tuvo que admitir que el entusiasmo de Arthur era contagioso, aunque agotador. Dooley abrió la boca para decir algo, pero el hombre ya se había puesto en marcha de nuevo.

—Una vez aclaradas, las monedas pasan a estas bandejas, donde se secan al calor de bombillas de doscientos cincuenta vatios. De aquí pasan al mostrador de entrada, a los restaurantes y a las tiendas de regalos.

»Les diré que al menos quince

millones de dólares han pasado por estas máquinas en mis cuarenta y nueve años. —Arthur se ajustó la férula que le sujetaba la muñeca, de aspecto futurista en aquel contexto, que le sobresalía del puño de la camisa de Brooks Brothers—. Aquí estamos, a setenta y cinco kilómetros de Silicon Valley, y todo es completamente mecánico.

—¿Quién más tiene acceso a este lugar? —le preguntó Dooley, avanzando como si necesitara remarcar físicamente la interrupción.

Durante el apresurado trayecto entre el Tonga Room y el St.

Francis, Dooley había telefonado a O'Malley al centro de operaciones y le había dicho que comprobara el historial laboral de todos los sospechosos más probables. Ninguno había trabajado en el hotel, cuyo precio y ubicación reducían mucho las posibilidades de que alguno de ellos fuera cliente. Así que tanto él como Theresa estaban ahora pendientes de la respuesta de Arthur, con la esperanza de que iluminara una hebra de la telaraña.

—Nadie —dijo Arthur—. Nadie del personal, ni huéspedes, ni guías turísticos. Puede que no sea una

gran cosa, pero es mi pequeño reino.

—¿Quién más trabaja aquí con usted?

—Durante cuarenta y seis años, ni un alma —repuso, con fiero orgullo—. Pero al final empecé a perder vista y luego las muñecas... Tengo artritis. —Alzó la férula—. Así que hace unos cuantos años...

—¿Sí?

—Empecé a traerme a un trabajador de vez en cuando para que me ayudara.

—¿De dónde?

—Estaba un poco avergonzado. Nunca hasta entonces había

necesitado ayuda. Pero en lavar las monedas se tardan cuatro horas o más, y hay que hacerlo dos o tres veces a la semana, así que ya imaginan el...

—Señor Carroll —lo interrumpió Dooley—. Necesito saberlo todo acerca de ese trabajador. Hemos seguido una pista en un caso de asesinato que nos ha traído a esta habitación, y necesito que me ayude.

Al oír aquello, Arthur abrió mucho los ojos. Se quitó las gafas y las limpió con el inevitable pañuelo anticuado que se sacó del bolsillo trasero.

—Cuando mis síntomas empeoraron, recogí trabajadores algunas veces para que me ayudaran. Lo hacía temprano por la mañana, antes del trabajo. No quería que nadie lo supiera.

—Trabajadores —dijo Dooley remarcando el plural—. ¿Dónde los recogía?

—En César Chávez. Durante el trayecto diario al trabajo. —Agachó ligeramente la cabeza. Fue el primer síntoma de erosión en su empaque señorial.

Era en la calle César Chávez, donde los peones hacían cola vestidos con vaqueros gastados y

guantes de trabajo, esperando a que algún contratista o capataz que salía de Home Depot los recogiera y los cargara en la trasera de la furgoneta, con la madera. Se les pagaba en metálico y en negro. Eso implicaba que no constaban como empleados y que no había rastro que el Departamento de Policía pudiera seguir en ninguna base de datos.

Respiraban el aire que olía a grasa de la habitación sin ventanas.

—Sé que es ilegal... —dijo Arthur.

—Ahora no se preocupe por eso —lo animó Dooley.

—... pero les aseguro que aprendí la lección. Empezó a faltar dinero, así que dejé de hacerlo, y tuve que confesárselo a la dirección del hotel. Eran bastante comprensivos, de hecho, lo que empeoraba las cosas. Temí que me sustituyeran. Como pueden ver, este trabajo lo es todo para mí. Sin embargo, estuvieron de acuerdo en contratar trabajadores temporales, esta vez de forma legal, para...

—¿Recuerda a esos trabajadores? —lo interrumpió Dooley antes de que pudiera tomar carrerilla.

—No muy bien.

—¿Trabajaban aquí algunos con regularidad? —Le lanzaba las preguntas por encima de la libreta negra de notas que tenía abierta ante sí.

—Por temporadas. Luego desaparecían. Ya saben cómo va eso, o a lo mejor no.

—¿Cuántos fueron en total?

—Puede que ocho o nueve.

—¿Todos ellos hombres?

—Sí. Es un trabajo físico. Hay que levantar mucho peso. —Alzó la muñeca con la férula—. Así que, por norma, contrato a los hombres más fuertes.

Dooley sacó de la libreta de

notas varias fotos de pequeño tamaño de los sospechosos y las esparció encima de un banco de trabajo. Eran las de Big Mac, A-Dre, Fang y Martin, así como otras dos que Daniel identificó porque las había visto en los tabloneros de anuncios del centro de operaciones: la del ex marido de Lil y la del hermano de A-Dre.

Arthur volvió a ponerse las gafas y las miró con atención.

—No sé.

—¿No sabe? ¿Cuánto hace de eso?

—El primer trabajador estuvo aquí hace tal vez tres años. El

último puede que haga nueve meses.

—¿Fue el último el que robó el dinero?

—Sí. A lo mejor algún otro también, pero fue entonces cuando me di cuenta. A toro pasado, fue una estupidez en más de un sentido.

Dooley indicó de nuevo las fotografías.

—Fíjese en ellas, por favor, señor Carroll.

Lo hizo, acercándose a milímetros de la nariz, frunciendo los labios.

—Sinceramente, no sé decirle.

—Pero se acuerda del grupo étnico, ¿verdad? —terció Daniel—. ¿Eran blancos, chinos, hispanos, caucásicos?

—No. —Arthur se rascó el cuero cabelludo—. Unos cuantos eran hispanos, pero los demás... Fue hace uno o dos años, y a unos cuantos pasos de distancia apenas veo nada. Examinar monedas no es bueno para la vista.

—Lleva gafas —dijo Dooley.

—Son unas simples lupas para ver de cerca. No llevo otras.

—Pero trabajaba usted con esos hombres aquí, en esta habitación de reducidas dimensiones.

—Lo importante son las monedas, no sus caras. —Pareció darse cuenta de lo que estaba diciendo y apretó la mandíbula—. Mi preocupación era que no me descubrieran y me despidieran. —Instintivamente se llevó una mano llena de manchas a la férula y le dio un apretón protector—. Supongo que me molestaban, que no quería que estuvieran aquí, porque no quería necesitarlos. Subían a la trasera de la furgoneta y cargaban bolsas y las vaciaban y ordenaban las monedas, y yo hacía todo lo posible por ignorar su existencia. —Arqueó las blancas cejas—. No me

daba cuenta, pero así era. Lo siento. —Se humedeció los labios agrietados—. Y siento no poder ayudarlos más.

—¿Tienen cámaras de seguridad en esta zona? —le preguntó Dooley.

—No, pero en el ascensor sí. Tenemos que usar los ascensores debido al peso de las bolsas.

—¿Usó usted el ascensor con todos los trabajadores?

—Con todos y cada uno de ellos.

—Me harán falta las cintas de seguridad del ascensor de todo ese período.

Mientras Arthur descolgaba un anticuado teléfono de pared y

hablaba con los de seguridad, Daniel consultó la hora. Su sesión grupal en Metro Sur empezaría en poco más de una hora. Dio unos golpecitos en la esfera enseñándole el reloj a Dooley, que asintió.

Dieron las gracias a Arthur Carroll y esperaron sentados en un sofá de piel de la planta baja, cerca del mostrador de recepción. Al cabo de quince minutos el jefe de seguridad se les acercó con una bolsa marrón de la compra llena hasta los topes de DVD.

—¿Eso es todo? —bromeó Dooley.

El hombre esbozó una sonrisa

tensa.

—Es la primera tanda. —
Mientras se volvía para marcharse,
añadió—: Nos ha pedido más de
tres años de grabaciones. Dé
gracias a que quemamos las copias
de seguridad.

—Gracias doy —dijo Dooley con
aquella deslumbrante sonrisa suya.

Mientras el otro se alejaba con
un taconeo de mocasines, Dooley
metió un dedo en la bolsa marrón y
echó un vistazo dentro. Volviendo a
sentarse para esperar con Daniel,
suspiró mirando hacia el techo
ornamentado.

—Diré a los técnicos forenses

que cancelen la celebración de
Acción de Gracias.

Era Xochitl la que ocupaba la silla caliente, para proseguir desde donde lo había dejado. Los demás la miraban atentamente.

Todavía agitado por la carrera para llegar a tiempo, Daniel se sentó erguido en la silla, dándole el protagonismo que merecía a la joven. Era su primera sesión grupal desde que la amenaza de muerte le había llegado al iPhone y Dooley había añadido incluso más medidas de seguridad alrededor del edificio. Había agentes de paisano en todas

las entradas y varios en cada piso. Había llegado hasta el punto de insistirle en esperar hasta que terminara la sesión en la sala vacía contigua. Antes de separarse en el garaje, Daniel le había recordado que el plazo no se acababa hasta la medianoche del día siguiente.

—Que será cuando lo mate —le había contestado ella medio en broma—. Puede mutilarlo o secuestrarlo en cualquier momento.

Al iniciar la sesión, había tenido que reconocer que por el hecho de tenerla allí mismo, al otro lado de la pared, se sentía mucho más tranquilo. Sin embargo, observando

la cara de los que formaban el círculo, las ideas lúgubres salieron a flote y estuvo a un tris de plantearlas. «¿Alguno de vosotros ha trabajado alguna vez lavando monedas en el St. Francis? ¿Quién trató ayer de derribar de una patada la puerta de mi casa y secuestrar a mi mujer? Quienquiera que conozca a Viviana Olvera que levante la mano.»

—La última sesión fue una pasada —dijo X, sacándolo de su ensimismamiento—. Todos esos sentimientos, toda esa mierda saliendo de mí... Y ahora no puedo volver a contenerla. Salpica por

todas partes. Ayer me dio la llorera en un concesionario. Patético. Ahora soy como Lil. Lo siguiente que haré será ir a reuniones de la iglesia.

Se oyeron unas risitas disimuladas.

—Pero, en serio: ahora que toda esa porquería ha salido y la veo, no sé qué hacer con ella. También estoy cabreada. No solo lloro sino que estoy cabreada con quienes me han hecho esto.

—Tendrás que aprender a perdonar —le dijo Lil.

—Chorradas —terció Martin.

X también parecía sorprendida

por la recomendación de Lil. Le lanzó una mirada retadora a Daniel, como si hubiera sido él quien se lo había sugerido.

—¿Te parece que puedo perdonar que me violaran?

—No lo sé —repuso Daniel—. Nunca me han violado.

—Un comentario muy útil —comentó A-Dre.

—¿Le dieron el título por eso, consejero?

Daniel ignoró las pullas. No quería que lo desviarán de la senda prevista. X seguía pendiente de él.

—¿Por qué voy a perdonar a esas guarras? —dijo—. Chica

Violada..., Sophie —se corrigió—, nunca me ha perdonado.

—¿Qué quieres? —le preguntó Daniel.

—Un G6. No, una limusina Hummer con Chris Brown sentado en el asiento trasero. Entonces podría atropellar a esas cerdas. — Se golpeó las uñas contra el pulgar en rápida sucesión—. No sé qué carajo quiero.

—¿Qué quieres de Sophie, entonces?

—Quiero... —X lo pensó un momento y se le llenaron los ojos de lágrimas, algo que la pilló por sorpresa—. Quiero que no esté tan

cabreada siempre.

Daniel miró a Big Mac, Lil y Fang, esperando que alguien interviniera, pero se limitaron a devolverle la mirada, decididos a que él llevara la batuta.

—Es un comienzo estupendo —dijo entonces—. Yo sé qué más quiero para ti.

X se mordió las mejillas.

—¿Qué?

—Quiero que domines lo que te pasó en lugar de permitir que te domine a ti.

—No me domina.

Daniel se levantó, atravesó el círculo y se sentó en la silla

desocupada de X, la que estaba al lado de la puerta. La joven se quedó rígida, mirándolo furibunda, con las manos contraídas sobre los vaqueros.

Daniel abrió los brazos.

—Quiero que esto no vuelva a asustarte.

Se levantó y volvió a su asiento. Con el rabillo del ojo vio que X se relajaba aliviada, se apresuraba a cruzar el círculo y reclamaba su lugar.

—¡Menudo montón de basura!
—Los ojos de Martin, aumentados por aquellas gafas de montura oscura, estaban llenos de rabia—.

Perdón, aceptación, pasar página...
—enumeró con repugnancia.

—¿Qué alternativa hay? —
preguntó Big Mac.

—¿Qué tal no estar en fase de
negación? Respetar nuestro pasado.
Reconocer las putadas que nos han
hecho.

—¿Te refieres a...? —dijo Fang.

—Sí —lo cortó Martin—. Me
refiero a mi reina.

La elección del sustantivo, esta
vez, en aquel contexto, puso en
guardia a Daniel.

Había dicho «mi reina», no mi
«mujer» ni mi «novia».

La corriente de aire que entraba

por la ventana le enfrió el sudor de la espalda, que se le había empapado de golpe. Alzó una mano y le indicó que prosiguiera.

Martin cruzó los brazos sobre la camisa de franela roja y negra.

—No quiero querer nunca olvidar lo que le pasó. Lo era todo para mí y la devoró ese... —Daniel detectó una leve pausa— cáncer de piel.

Un torrente de recuerdos invadió a Daniel. Martin, inflexible en su silla: «¡Era tan inocente!» Y antes, mientras le explicaba su historia a A-Dre: «Los tratamientos valían un ojo de la cara y nos dejaron secos. Al cáncer no le importó que nos

quedáramos en la ruina, sin embargo, así que robé en un par de colmados.»

Daniel pensó que Dooley estaba en la sala contigua, justo al otro lado de la pared. El iPhone, en su bolsillo, le presionaba tranquilizadamente el muslo, pero tenía una oportunidad, una sola, así que localizó el punto débil y apretó.

—Era muy vulnerable —dijo.

—Sí —convino Martin.

—Y tú eras impotente.

La nuez de Adán de Martin subió y bajó y él asintió brevemente.

—¿Qué fue lo peor de todo?

Martin respiraba más

agitadamente.

—Se despertaba por la noche, aterrorizada, con el corazón desbocado. Al final tenía miedo de ir a dormir, y yo también. También me daba miedo dormirme. —Se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz.

—No querías que estuviera asustada y sola —dijo Daniel—, ni siquiera el segundo que pudieras tardar en despertarte e ir a consolarla.

Martin, que se había tapado la cara con la mano, asintió.

—¡Era tan pequeña! —siguió Daniel.

Los otros estaban pendientes, confundidos, pero Daniel siguió con Martin, doblado por la cintura, sin quitarse la mano de la cara.

Volvió a asentir.

Para Daniel fue como si las paredes de la sala desaparecieran y los otros integrantes del grupo se desvanecieran. Solo quedaba un túnel espacial que lo conectaba a él con Martin.

—No tenía cáncer de piel —dijo Daniel, cogiendo despacio el iPhone—. Fue incluso peor.

Martin, con los hombros temblorosos y la cabeza gacha, se llevó los puños a la cabeza.

—El corazón. Fuimos a clínicas y hospitales para diferentes tandas de tratamiento. Cada puto médico tenía otra versión. La sacamos de preescolar...

—¿De preescolar? —X gesticuló incrédula—. ¿Qué coño...?

—Yo pensaba que la que había muerto era tu mujer —dijo Lil.

Martin ni siquiera las oyó. Volvió a ponerse las gafas y, sin incorporarse, alzó la vista, dejando a Daniel paralizado, con la mano a medio camino del móvil. Había una oscuridad en sus ojos desconocida para él. Con la musculatura de los brazos en tensión, daba golpecitos

en el suelo con un pie, en alerta, como una serpiente a punto de atacar. Daniel había visto a muchos bajo coacción y no le cabía duda de que si intentaba coger el teléfono Martin estallaría. Dejó la mano quieta, con los dedos metidos a medias en el bolsillo.

Los otros, atónitos, guardaban silencio, conscientes de que estaba pasando algo que se les escapaba. El aire que entraba por la ventana olía a escape de coche y en algún lugar un conductor tocaba incesantemente el claxon. Daniel estaba completamente inmóvil; el menor movimiento habría hecho

que todo se derrumbara. Los ojos negros de Martin, deformados por los cristales de las gafas, se habían vuelto penetrantes; lo taladraban y lo clavaban a la silla de metal.

Daniel empujó la mano otro milímetro hacia el fondo del bolsillo. De repente, Martin estaba empuñando un pincho. Lo mantenía bajo, pegado al muslo.

Una hoja de madera tallada para que pasara los detectores de metales, lijada hasta estar reluciente. La mayoría de los que estaban en la sala no veían el cuchillo, pero Lil, que estaba a su lado, lo vio y se puso pálida.

Daniel pensó en el teléfono que tenía a un milímetro de los dedos, en los policías de paisano apostados en el vestíbulo, en Dooley esperando en la habitación de al lado. Sin embargo, todos estaban fuera de su alcance. Martin se encontraba tal vez a un metro y medio de él, al otro lado del círculo. De un salto se le echaría encima y le rebanaría el cuello.

Martin se movió, apretando con más fuerza el mango de madera.

—Ha llegado la hora —dijo.

Con el cuchillo todavía bajo y los ojos fijos en Daniel, Martin apoyó el peso en las botas, dispuesto a saltar de la silla.

—Espera —le dijo Daniel.

Martin se detuvo. Lil ahogó un grito.

—Creo que ahora soy yo quien debería ocupar la silla caliente — prosiguió Daniel.

Martin se quedó inmóvil un buen rato antes de asentir con la cabeza.

Daniel se notaba la frente ardiente y un calor seco interior que

lo estaba cocinando. Sin apartar los ojos de Martin, se desplazó con cautela a la silla caliente.

—¿De qué demonios va esto? — dijo Big Mac.

A-Dre abrió los brazos.

—¿Alguien va a decirnos qué carajo está pasando aquí?

—El consejero tiene unas cuantas cosas que confesar —les explicó Martin.

—¿Cosas ilegales? —preguntó X.

—No, qué va —contestó Martin—. Nunca ha cometido un delito, porque no ha tenido que cometerlo. —Posó los ojos aumentados por los cristales de las gafas en Daniel—.

¿Me equivoco?

Daniel le sostuvo la mirada con tanto aplomo como pudo reunir.

—Todos nosotros hicimos lo que hicimos por alguien a quien amábamos —continuó Martin—. Andre por su hermano encarcelado; Lil por su marido; yo por mi hija.

X alzó una mano y trató de intervenir.

—¿Qué hija, Martin? Esta mierda me está sacando de mis casillas... —dijo.

Martin, sin embargo, gritó más para imponerse.

—Fang por su primo explotado. X empezó a traficar para ayudar a

su madre enferma. Big Mac necesitaba dinero para su familia.

—A mí no me incluyas —dijo este último—. Yo no soy una víctima. Lo que hice estuvo mal.

—No podemos poner excusas porque..., bueno..., porque hemos sido unos canallas.

—¡Bua! Te quejas como una niña, Martin —dijo X, y A-Dre asintió.

Martin apretó el mango del cuchillo. Las mangas de la camisa de franela que llevaba descosidas en los hombros dejaban al descubierto sus brazos abultados de levantador de pesas.

—¿Entonces qué? ¿Lo hicimos porque somos malvados?

—Porque tomamos las decisiones equivocadas —respondió Lil con la voz temblorosa.

—No podemos hacer lo que nos dé la gana simplemente porque estemos preocupados por alguien —añadió Big Mac.

—Hablemos un momento de esto —dijo Martin. Pegada al muslo, la punta del cuchillo giró despacio hacia Daniel—. ¿Puede usted hacer lo que le dé la gana porque esté preocupado por alguien?

Daniel inspiró entrecortadamente.

—¿Puede hacerlo?! —escupió Martin entre dientes.

—Tengo mejores opciones, sí —respondió Daniel.

—Mejores opciones, ¿eh? Y eso quiere decir que, cuando salpica la mierda, siempre puede tirar de la cuerda de su paracaídas dorado y alejarse flotando de los problemas. Cuando su mujer se puso enferma, no tuvo que atracar un banco. Le bastó con llamar a su anciana madre, ¿verdad, Brasher? —Martin se volvió hacia los otros para hablarles—. Es cierto. Le consiguió a su esposa un tratamiento que le salvó la vida. Y para eso tuvieron

que negárselo a mi hija.

—¿De qué demonios habla? —le preguntó A-Dre a Daniel.

Puesto que Daniel dudaba en responder, Martin se le adelantó.

—Sinceridad y responsabilidad. ¿No es eso lo que siempre dice, consejero?

—Sí, lo hice. Metí a mi mujer en un ensayo clínico restringido.

X parecía desolada.

—¿Sabía que su hija sería excluida?

—No, no lo sabía —dijo Martin —, lo que hace la cosa aún peor. Para toda esa gente: la enfermera que reorganizó esos formularios,

tachando un nombre y escribiendo otro; el contable que los selló; el guardia de seguridad que sacó a mi mujer y a mi hija a la calle cuando fueron a rogarles. Para todos ellos era algo tan insignificante en su vida que ni siquiera lo recordaban. Nadie cree haber hecho nada incorrecto, porque así es como son las cosas para ellos. —Encogió los musculosos hombros—. Así que imaginad mi sorpresa cuando, después de pagar mi deuda con la sociedad, fui puesto en libertad y vi que Daniel Brasher estaba impartiendo Razón y rehabilitación: enseñándonos a nosotros, los

delincuentes, cómo tomar mejores decisiones.

A Daniel se le estaban quemando los fusibles. Tenía la cara rígida de rabia, las venas abultadas en el cuello. Se volvió ligeramente y empujó un poco más los dedos dentro del bolsillo. Ya tocaba el teléfono...

—Pon las putas manos sobre las rodillas —le ordenó Martin.

Daniel puso rápidamente las manos en alto.

—¿Qué demonios pasa? —dijo A-Dre.

Martin alzó el cuchillo para que los demás lo vieran. Fue como si

una corriente eléctrica recorriera las sillas. Todos se irguieron de golpe. Él miró a Big Mac y a A-Dre, que se habían puesto rígidos.

—Apartad todos la silla. Todos menos usted, consejero. Sigamos. Eso es.

Daniel miraba impotente la pizarra. Dooley estaba justo al otro lado de aquella pared, a menos de dos metros. El ruido de sillas no la alarmaría más de lo que la habían alarmado las voces; era muy consciente de que pasaba de todo entre aquellas cuatro paredes. Su única esperanza era sobrevivir hasta que la sesión acabara o

mandar un mensaje de texto sin que Martin se diera cuenta.

—Al primero que se mueva le corto el cuello, ¿vale? —dijo este último amenazándolos a todos con el cuchillo—. Así que vamos a quedarnos aquí sentados. No os levantéis y escuchad. Dígales que lo haré, consejero.

—Lo hará —dijo Daniel—. Así que quedaos sentados y escuchad.

—¡Ah, no! Usted no. Usted va a tener que responder también. —Se dio unos golpecitos con la hoja del cuchillo en el antebrazo, estudiando a Daniel, antes de preguntarle—: ¿Podría haberle disparado en la

cabeza?

—¿Qué?

—A mi hijita de cuatro años, Francisca. ¿Podría haber empuñado una pistola y haberle disparado una bala en la cabeza?

A Daniel se le había secado la garganta.

—No —repuso con la voz rasposa.

—Bien. Así es como hacen las cosas los ricos. En lugar de eso usted llama por teléfono y tira de los hilos y vuelve a su casa de tres plantas en Heights. Pero es lo mismo, ¿verdad que sí?

—¿Tirar de los hilos que matar

de un disparo a una niña?

—¡No! Usted no mató a una niña. ¡Usted mató a mi hijita! Puso la vida de su mujer por encima de la de mi hija. ¡Dígalo!

—Tienes razón —dijo Daniel—. Hice cuanto pude para meter a mi mujer en ese ensayo clínico, sin tener en cuenta todo lo que implicaba. ¡Maldita sea! No tuve en cuenta nada de lo que implicaba. No estoy diciendo que eso estuviera bien o que fuera justo o moralmente aceptable, ni trato de justificarme tampoco, pero ¿no habrías hecho tú exactamente lo mismo?

—Claro que sí —dijo Martin. El dolor se había sumado a su rabia—. Pero usted pudo hacerlo. Usted lo consiguió.

Las últimas palabras de Martin dejaron a Daniel vacío por dentro. Se recordó que aquel hombre había rebanado el cuello a tres personas y envenenado a una cuarta.

Si había un momento para que Daniel se sintiera culpable y tuviera remordimientos era aquel, con su propia vida y las de otras cinco personas pendientes de un hilo. Intentó recuperar su papel como consejero en aquella sala y aplicar de nuevo las normas por las que

regía su trabajo: «No fuerces a ningún miembro del grupo. Déjalo llevar la voz cantante. Espera a que aparezca una brecha.»

—Necesito hacer esto bien, por ella —dijo Martin.

—¿Y eso hará que...?

Martin se presionó un lado de la cabeza con la mano, alzando el cuchillo, y Daniel oyó que las sillas crujían bajo la tensión de los demás.

A Martin se le desencajó la cara, a punto de sollozar, pero luchó contra el dolor y frunció el ceño, endureciendo de nuevo las facciones. Miró con cautela a los

demás, empuñando mejor el cuchillo. Se meció un poco en el asiento, como un luchador balanceándose en la colchoneta. Le corría el sudor por el cuello.

—No tiene ni idea de lo que he tenido que soportar —dijo, meciéndose un poco más.

Daniel imaginó las lágrimas de sangre cayendo de los ojos de Marisol Vargas, Kyle Lane, Molly Clarke. Martin había querido que sintieran lo mismo que él había sentido: la aflicción, la pérdida, el miedo. Se pasó el cuchillo de una mano a la otra, se levantó con la rapidez del rayo y dio un paso hacia

Daniel. Lil soltó un gritito y Fang se levantó. Daniel se tensó en la silla, dispuesto a ponerse en pie, pero Martin avanzó de una zancada con el cuchillo por delante y se le echó encima.

Daniel sentía la hoja en el cuello, clavándosele en la piel, a punto de cortársela. Todo en la sala estaba tan inmóvil como en un cuadro. Esperó que la tensión superficial cediera, el chorro caliente y húmedo que saldría del corte. Martin lo miraba desde arriba, flexionando el bíceps, con los labios apretados, y Daniel observaba el impulso asesino bajar

por aquel brazo musculoso como una ola. Notaba el puño tenso de Martin cuando consiguió articular unas palabras a pesar de la presión que ejercía el otro sobre su garganta.

—Entonces dímelo.

Martin se detuvo.

A pesar del torrente de pánico que le había invadido la mente, Daniel notó la respiración agitada de los demás. Hizo un nuevo esfuerzo por hablar.

—Dime lo que tuviste que soportar.

Martin apartó la hoja de su cuello y retrocedió unos cuantos

pasos para volver a sentarse en la silla. Tenía la parte inferior de los cristales de las gafas empañada. Hizo dar vueltas al cuchillo en la mano. Todos estaban mudos, en vilo.

Aunque suaves, las palabras de Martin arrastraban un gran peso, como si procedieran de lo más hondo de su ser.

—Había perdido tanto peso que se le marcaban las costillas. Parecía sacada de una película de guerra, o de África. Pesaba diez kilos. Y la fiebre... Se le ponía la cabeza tan caliente que me quemaba la mano. Teníamos que enfriársela con hielo;

lo fundía. Y no podíamos explicarle que aquello era por su... por su...

—Por su propio bien. —Daniel concluyó por él la frase.

Martin tomó aliento.

—En el último hospital tardaban demasiado en cambiarle las sábanas. Tenía demasiado dolor para levantarse e ir al baño, y si llegábamos tarde con la cuña... Tenía las sábanas sucias, siempre las tenía sucias. No podía cuidarla. Era su padre y no podía cuidarla.

Los demás escuchaban, pálidos y en tensión, pendientes de cada palabra.

A-Dre fue a decir algo, pero

Daniel alzó una mano para impedirselo y cerró la boca.

—Por eso estáis haciendo esto —dijo Daniel.

—Sí. Tengo que hacerlo bien por ella.

Daniel se dio cuenta de que había repetido aquella frase: «Tengo que hacerlo bien por ella.» Era un ruego desesperado, una fisura en el dolor de Martin. Captaba además una verdad subyacente: que tal vez toda esa puesta en escena de las lágrimas de sangre no era una cuestión solo de justicia, sino de remordimiento.

Se moría por tomar las riendas,

pero por difícil que le resultara, mantuvo la boca cerrada, repitiéndose mentalmente: «Deja que lleve él la voz cantante. Espera que se abra una brecha.»

Al cabo de un momento, Martin volvió a hablar.

—Durante los últimos días, no podía más. Estábamos en la ruina, pero teníamos el dinero suficiente para otra ronda de quimioterapia. Yo le había conseguido ese dinero, había hecho lo que tenía que hacer, pero me dijo: «Papi, estoy muy cansada. Por favor, no. Por favor, no me hagas esto.» ¡Yo estaba tan desesperado! Lo había hecho todo

por ella. Había incluso arriesgado la vida para conseguir el dinero, todo por ella, y a pesar de todo iba a... —Calló.

Y a Daniel se le reveló entonces la incógnita de la ecuación.

—Y a pesar de todo iba a dejarte —dijo.

Aquel ligero toque pareció encaminar a Martin por otro derrotero.

Por primera vez derramó lágrimas, aunque no había cambiado de cara.

—Estaba tan enfadado con ella por eso... Allí estaba, acostada entre las sábanas sucias, en los

huesos, y no podía perdonarla. No podía perdonarla.

Se quedó sentado, inmóvil, hecho un mar de lágrimas.

—¿Qué desearías haberle dicho?

—No haberle dicho, haberle hecho.

Daniel trató de recuperarse del traspiés.

—Pero si hiciste muchísimo por ella.

—No. —Martin cabeceó—. No.

Estaba avanzando hacia algo y Daniel calló de nuevo, dándole tiempo y espacio. Martin apretaba el cuchillo con tanta fuerza que la sangre no le circulaba por la mano.

—¿Qué desearías haber hecho por ella?

Martin hundió el enorme pecho.

—Quería las uñas de los pies pintadas como una princesa —dijo por fin—. Está ese sitio donde hacen la pedicura, a una manzana de la clínica. Cuarenta pavos valía llevarla y le dije a mi nena que no le hacía falta. Estaba furioso porque no quería someterse a más quimioterapia; me lo estaba rogando y le dije que no, que si no nos dejaba gastar el dinero en el tratamiento que podía salvarle la vida, no iba a gastarlo en que le pintaran las malditas uñas de los

pies. Mi pequeña, allí tumbada entre las sábanas sucias, y le dije que no, que no podía. —Las lágrimas le caían de la barbilla y goteaban en el suelo—. Murió con las uñas sin pintar porque yo estaba enfadado con ella. —Se cubrió el rostro con las manos dejando caer el cuchillo. Luego se echó desde la silla al suelo, de rodillas, encorvado y sollozando.

Daniel dejó por fin de contener el aliento, se sacó el móvil del bolsillo y pulsó unas cuantas teclas.

Al cabo de un momento se abrió la puerta y entró un torrente de agentes de paisano, encabezados

por Dooley. Martin seguía arrodillado, meciéndose como si estuviera rezando, con el pincho en el suelo pero fuera de su alcance.

Se lo llevaron sin que opusiera la menor resistencia.

Tras las explicaciones, las declaraciones de los testigos y las llamadas a Cris; tras las conversaciones con los miembros del grupo, con Kendra y con un sinnúmero de policías, Daniel estaba al lado de Dooley en la planta baja de Metro Sur, en el umbral del cuartito del conserje. Había todo un despliegue de agentes uniformados detrás de ellos, en el pasillo, lo bastante a la vista para que quedara clara su presencia.

—¿Por qué mintió acerca de la

coartada de Martin? —presionó Dooley a Angelberto—. Le dijo usted a Daniel que estuvo con él arreglando el coche hasta medianoche. No: dijo usted al menos hasta medianoche, lo que es algo engañoso, dado que en ese momento estaba al otro lado de la ciudad rebanándole el cuello a Marisol Vargas.

Angelberto estaba sentado en el banco de madera, delante de su taquilla abierta, mirando el suelo pulido, vestido con el mono holgado de trabajo, completamente aterrorizado.

—No mentí. No lo hice. —Indicó

el reloj que había en la pared, encima de la taquilla—. Era medianoche. Recuerdo que volví, preocupado de que fuera tan... — Pestañeó y se llevó la mano al pecho, como si estuviera a punto de tener una arcada—. ¡Oh, por Dios!*

—¿Qué? —quiso saber Dooley.

—Es noviembre...²²

—Sí. Es noviembre. Hable en inglés, hombre.

—El primer domingo fue... ¿cómo se dice? Fue el cambio del reloj.

Después de lo que había pasado durante las últimas dos horas, parecía imposible que nada pudiera

pillar por sorpresa a Daniel, pero tuvo otro sobresalto.

—El cambio de hora para ahorrar energía —dijo.

Angelberto tenía los brazos sudorosos.

—Luego atrasé el reloj.

—Así que no eran las doce como creía sino las once.

Dooley dio una palmada en la jamba.

—Así que Martin tuvo tiempo de sobra para llegar al 1737 de la calle Chestnut.

Angelberto parecía muerto de arrepentimiento.

—Lo siento. Siento mucho haber

dicho eso.

El móvil de Dooley sonó y ella respondió a la llamada con varios ajás, indicando por gestos a Daniel que saliera al pasillo.

—Parece que han localizado a Viviana Olvera, la novia de Martin. Vamos —le dijo tras cortar la comunicación.

Daniel echó un vistazo atrás para darle ánimos al conserje, pero Dooley ya se había adelantado a los agentes de uniforme de camino al garaje.

Dejó a Angelberto en el banco con los hombros hundidos y contemplando el reloj.

Las mañanas de verano, cuando la niebla amortaja la costa, la Sutro Tower, el único elemento visible del perfil de la ciudad, repite las señales de TV para hasta el último rincón de la ciudad. Cuando el viento sopla hacia Metro Sur es capaz de derribar a un hombre adulto, y en aquel momento Daniel se tambaleó debido a su fuerza y se vio obligado a apartarse rápidamente de la acera y a ponerse detrás de la barricada de la policía.

Estaban pasado Gandenside Drive, en una calle imposiblemente empinada y sumergida en el

cinturón de niebla que rodeaba la colina. Por si la cuesta, la escasa visibilidad y el viento no hubieran sido lo bastante desorientadores de por sí, la línea de Muni pasaba por su lado y los autobuses anunciaban su presencia con estruendo antes de salir de la neblina como buques fantasma. El aroma medicinal de eucalipto invadía el aire, y entre los jirones blanquecinos Daniel distinguía zonas verdes y el vago perfil de los edificios del Centro Médico de la UCSF, un baluarte frente al bosque.

Los SWAT se habían preparado y entrado en el edificio de

apartamentos hacía pocos minutos. Dooley iba de un lado para otro detrás de los caballetes, con la radio en la mano.

—¿Por qué demonios tardan tanto? ¿No ha confirmado el dueño haberla visto?

—A lo mejor ya no está —dijo O'Malley—. Acuérdate de que estos apartamentos han sido revisados un puñado de veces y nadie ha visto a nadie más que a Martin.

—Eso es porque nadie buscaba a nadie más que a Martin. —Se llevó la radio a los labios y miró fijamente la fachada del edificio. Era de la Sección 8 del Plan de

Vivienda de 1937, subsidiado para inquilinos con bajos ingresos, y lo parecía: un rectángulo de cemento similar a una pieza de dominó, que destacaba en el por lo demás cuidado vecindario.

Un inquietante ulular llegaba desde arriba, el lamento del viento que silbaba en el edificio y que a Daniel le ponía la piel de gallina.

Viviana oyó el roce de las botas en el pasillo y lo supo. Los ojos se le llenaron de lágrimas inmediatamente. Se había terminado. Martín había sido

detenido o estaba muerto. Incluso en aquel piso diminuto como una caja de cerillas se sintió repentinamente empequeñecida, como si las paredes hubiesen crecido a su alrededor y el techo se hubiera elevado.

Se había preparado para aquella soledad, para aquel final, pero experimentarla, sentirla instalándose en su pecho no era algo para lo que estuviera preparada. Primero Francisca, ahora Martín.

Notaba su presencia fuera. Un número indeterminado de hombres con pistolas y chalecos antibalas

preparándose, esforzándose al máximo por no hacer ruido, para ser invisibles. Todo aquello por ella.

Imaginó la cara de Martin, con tanto detalle que podría haberla tocado con la punta de los dedos. Él nunca se había rendido. Ni una sola vez.

Corrió hacia el colchón raído y lo alzó, descubriendo una trampilla que llevaba a un escondrijo. Unas cuantas cucarachas se colaron entre las tuberías y las barras de refuerzo. A un lado estaban sus carpetas: su plan oculto.

Se metió dentro y dejó caer el colchón en el preciso instante en

que sonaba el golpe de un ariete en la puerta.

La oscuridad la envolvió. Los agentes irrumpieron en la habitación, dando gritos. Ella, apoyada en las rodillas y los codos, respiraba polvo, haciendo lo que podía por pegarse al suelo y reptar hacia delante. Las carpetas resbalaron debajo de ella y su contenido se esparció: planos y expedientes de hospital, informes y horarios. En la oscuridad puso una mano encima de una foto brillante que se dobló, una valiosa instantánea de Uno de los Responsables llorando sangre, ya

fuese Marisol Vargas o Jack Holley.

—¡El colchón! ¡Mirad debajo del colchón! —oyó que alguien gritaba por encima de su cabeza.

Se esforzó por avanzar más, pero las manos y los pies le resbalaban en los papeles.

De golpe el mundo se abrió de nuevo y la luz cayó sobre ella desde la trampilla.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡La tenemos!

Luchó para moverse hacia la oscuridad, pero unas manos enguantadas la agarraron por los tobillos. Mientras tiraban hacia atrás de ella, vociferando, los brazos le resbalaron en las fotos de

los muertos, arrugándolas en la suciedad.

Fuera, la inquietud de Daniel había llegado al punto máximo cuando la radio de Dooley crepitó y ella volvió la cabeza hacia el hombro, protegiéndose tras el tronco gris de un ciprés de Monterrey que crecía en la acera.

Con la radio contra la mejilla, se tapó la oreja opuesta y miró hacia la dentada copa. Cerro la mano varias veces y volvió a acercarse.

—La han encontrado en un escondrijo, bajo el suelo del apartamento. Habían practicado un agujero de ventilación para que

pudiera meterse allí durante los registros.

Los dos esperaron en tensión, observando el edificio. Del cielo llegó otro gemido cuando el viento atravesó las puntas del edificio.

Por fin se abrió la puerta de cristal del vestíbulo y Viviana salió caminando entre dos SWAT, con las manos esposadas delante. La hicieron bajar los escalones de la entrada hasta la acera y el coche patrulla.

Daniel se puso rígido.

Aquella cara... Mientras la mujer se aproximaba, vio que la tenía hecha un mapa, con una mejilla

hinchada y una costra en el labio. No quería enfrentarse a ella, pero tampoco alejarse.

Cuando pasó por delante de él se detuvo y volvió la cabeza para mirarlo. Llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta gastada. Daniel olió la suciedad del escondrijo que se le había pegado. Oyó a su espalda el rugido de un autobús que subía la colina. Pensó que le escupiría en la cara, pero no, se limitó a mirarlo fijamente, con una expresión casi petulante.

El suelo tembló al acercarse el autobús, de modo que no pudo oír lo que le decía, aunque sí leerle los

magullados labios. Decían: «Ya verás.»

El autobús salió de la niebla.

Viviana sacudió violentamente los hombros para liberarse de los SWAT y saltó de la acera.

Hubo gritos y desconcierto, pero se les había escapado. Por un momento, Daniel pensó que intentaría en vano huir, pero se detuvo en el centro de la calzada y se volvió de cara hacia ellos.

Le sostenía la mirada a Daniel con una levísima sonrisa cuando la rejilla delantera del autobús se la llevó por delante.

22. En español en el original. (N. de la T.)

Daniel y Cris se estaban despidiendo de Leo en el césped de delante de su casa al día siguiente. No llevaba nada, ni saco de dormir, ni cepillo de dientes en el bolsillo. Era la persona más autosuficiente que Daniel había conocido en la vida.

—Perdón por haberlo confundido con un asesino psicópata —le dijo.

Leo sonrió apenas, divertido. Le tendió la mano, lo bastante grande para pertenecer a un hombre dos veces más corpulento, y Daniel se

la estrechó.

—Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros —le dijo—. No sé cómo pagárselo.

—Ya he cobrado —respondió Leo.

—No me refería a eso.

Leo no dijo nada. Estaba claro que no le gustaba hablar.

Cris fue a abrazarlo y él se encogió, subiendo los hombros hacia las orejas y manteniendo los brazos a los costados, sin devolverle el abrazo. Ella lo soltó y le palmeó el pecho.

—No nos pongamos sentimentales.

Leo se alejó hacia la calle. Su Bronco no estaba a la vista; solía aparcar a unas cuantas manzanas de distancia.

—Hasta pronto —dijo Daniel.

—Espero que no les haga falta —repuso sin volverse.

Mientras Leo doblaba la esquina, Cris entró en casa. Daniel acababa de subir al porche tras ella cuando un Subaru Outback se detuvo delante de la puerta de al lado. Llevaba un kayak en la baca que parecía un sombrero de Robin Hood. Ted Shea se apeó y se puso a quitar los pulpos. Entonces vio a Daniel, que lo saludó con la mano.

Ted bajó el kayak del coche, recorrió con él el sendero de entrada y cerró de un portazo.

«Ganamos a unos, perdemos a otros», pensó Daniel.

Encontró a Cristina en el piso de arriba, preparando tortas de calabaza, a pesar de que ya era la hora de comer. Tras el suicidio de Viviana Olvera, la noche anterior, Dooley le había pedido que volviera al 850 de Bryant para cotejar los últimos documentos encontrados con los informes acerca de los escenarios de los crímenes. Había llegado a casa cuando la calle mojada reflejaba los primeros rayos

del sol, apenas visible tras el horizonte. Cris y él habían dormido de un tirón por primera vez desde que recordaban y se habían levantado lo bastante tarde para que tuviera sentido comerse aquellas tortas a las dos de la tarde.

Se le acercó por detrás y le abrazó la cintura. Cris giró entre sus brazos, con la cuchara en la mano.

—Tres cosas por las que puedas dar las gracias —le dijo.

Él le puso la mano en la camiseta, por encima de los tatuajes de la radioterapia.

—Estás viva —le dijo él—. Estoy

vivo. —Bajó la mano hasta su vientre, notando por primera vez una ligera hinchazón—. Y por esto.

El teléfono sonó. Sin soltarla, Daniel se estiró para cogerlo.

Oyó la conocida voz, un poco chillona debido a la ansiedad.

—Daniel, necesito verte. Te necesito aquí.

—Mamá, no podríamos...

—Inmediatamente, Daniel. Sigo en el Fairmont. —Cortó.

Desconcertado, Daniel dejó el teléfono y Cris lo miró inquisitivamente.

—Era Evelyn. Le pasa algo.

—¿Algo peor de lo habitual?

—Parecía verdaderamente inquieta. —Cogió las llaves del coche—. ¿Quieres venir conmigo?

—No me apetece particularmente. —Volvió a ocuparse de la masa.

Una multitud de periodistas aguardaba frente al Fairmont, compitiendo por colocarse ventajosamente.

—¿Esto es por el caso del Hacedor de Lágrimas?

El conserje apretó los labios.

—No, señor Brasher.

—¿Qué pasa?

—Creo que será mejor que hable con su madre.

Subió al ático, más preocupado a medida que iba subiendo, y salió al enorme salón. Evelyn estaba sentada en el centro de un sofá curvo más largo que una limusina. La escala de la habitación y del cielo abovedado la empequeñecía. No había nadie con ella: ni James, ni el mayordomo, ni el ama de llaves. Aquello preocupó a Daniel todavía más.

Su madre sostenía un vaso con los dedos llenos de anillos. Cuando se le acercó notó una vaharada de whisky escocés. Ella agitó el

contenido del vaso y los cubitos tintinearón contra el cristal.

—¿Celestina no se ha molestado en venir?

—Cristina. Ha sido una semana muy larga.

—Supongo que no he generado mucha benevolencia.

—No, mamá. La verdad es que no.

Su madre tomó unos cuantos sorbos impropios de una dama.

—Me he enterado de la noticia. Por eso mi no tan secreto vigilante se ha marchado. Sale todo en la tele y en los periódicos. Has sido una pieza clave.

—La inspectora Dooley me dijo que me mantendrían fuera de esto tanto tiempo como pudieran —dijo Daniel—. ¿Cómo te has enterado?

—El jefe de la comisión me ha llamado esta mañana.

—Ah, sí. Tu fuente interna.

—No por mucho tiempo. —Miró a su alrededor y volvió a mirar el vaso.

Daniel la observó mirar el whisky un momento.

—¿Quieres contarme de qué va esto? —le preguntó.

—Se acabó, Daniel.

—¿Qué?

—Todo.

Tardó un poco en entender a qué se refería. La fortuna familiar se había esfumado. De eso iban todas aquella llamadas frenéticas a Evelyn desde el despacho.

—Las apuestas con la moneda —dijo—. Vimal.

—Exacto. Aunque fueron decisión mía. Él trataba de advertirme para que me echara atrás. —Tomó un sorbo con las manos temblorosas—. Ni que decir tiene que nunca me he hecho la cama, y ahora...

Daniel se dio cuenta de que no se había sentado, pero no tenía ganas de hacerlo. Aquella era la

clase de noticia que se recibía mejor de pie.

—Y ahora ¿qué?

—Perderemos la casa del acantilado. Sigo debiendo la factura de la villa, así que... —Hizo un movimiento con el vaso, otra residencia perdida—. Lo hemos estado notando estos últimos meses. Problemas de liquidez, creo que los llaman. El interiorista que reformó la suite principal me ha demandado. ¿Puedes creerlo? Una Brasher demandada por un simple interiorista?

—Entonces todo...

—Todo se ha perdido. Las

propiedades, los holdings, las acciones. Me quedan esos deprimentes fondos de pensiones que tu padre insistió en abrir hace un montón de años. No se pueden tocar en caso de... bancarrota. — Pronunció la palabra con la boca fruncida.

—¿Cuánto tienes en los fondos de pensiones?

Llevaba el pelo ligeramente revuelto en la nuca, el principio del alejamiento de su habitual aspecto impecable. Le daba un aspecto de fragilidad.

—No lo bastante.

—¿Cuánto, mamá?

—Generan unos doscientos mil al año. —Se dio unos golpecitos en el labio y lo miró con desagrado—. Debe de estar riéndose en la tumba.

—La gente puede vivir con eso.

—La «gente»...

Daniel se le acercó y trató de quitarle el vaso. Ella lo agarró con fuerza, convirtiéndolo intencionadamente su intento en cómico.

Por fin soltó el vaso y se arrellanó en el sofá, mirándolo con sorna. Él estudió el vaso y tomó un sorbo. Evelyn sonrió a su pesar.

—Tú eras inteligente —le dijo—.

Optaste por renunciar al dinero de la familia, imponiendo tus propios términos. Que te arrebatan algo es tan exasperantemente... patético.

Daniel miró hacia la terraza, donde una fuente de estilo marroquí burbujeaba agradablemente frente a una vista asombrosa de la Transamerica Pyramid. Sabía que aquellas diosas corporativas de Castanis estaban allí fuera también, con sus impenetrables caras en la sombra, observando aquella ruina como habían observado otras miles con anterioridad y observarían otras tantas.

Una fuente marroquí en un terrado. ¡Por todos los santos!

Se pasó los dedos por el pelo.

—¿Cuánto te cuesta esto?

Se lo dijo.

—¿Por «noche»? —Tomó otro sorbo de whisky escocés—. ¿Me tomas el pelo? Está bien. Lo primero es lo primero. Vamos a sacarte de aquí. ¿Dónde está James?

—No necesito a James. —Se levantó, se tambaleó un poco y luego recuperó el equilibrio—. Yo misma puedo hacer las maletas. —Desapareció en la suite principal. Se oyó un entrechocar de perchas y

ruido de botes de pastillas antes de que volviera a salir—. Vale. No tengo ni idea de hacer las maletas. Mandaré a James a recoger mis cosas. —Se rio y la risa se convirtió en un sollozo antes de que pudiera contenerse—. ¿Alguna vez te he contado la historia del día que pusieron el último remache del Golden Gate?

—No, mamá.

—Fue el 27 de abril de 1937. Mi madre estaba allí, embarazada, así que supongo que yo también estaba. Fue una ocasión solemne, como puedes imaginar. Habían fabricado un remache especial de

oro que se decía que valía cuatrocientos dólares de los de entonces. Durante la ceremonia, el martillo neumático colocó el remache, pero el oro blando no soportó la presión. Se rompió, llovieron astillas sobre los espectadores y cayó a la bahía. Así que... —Ladeó la cabeza—. Así que usaron un remache común de acero. —Se volvió hacia el espejo y se atusó el pelo, arreglándoselo en la nuca y luego recolocando algunos mechones—. Cuando mi madre me lo contó, pensé que lo que trataba de decirme era que esta ciudad siempre ha tenido una relación

incómoda con la riqueza. Pero a lo mejor quería decir otra cosa. —Se aplicó lápiz labial y se volvió hacia él—. Al final, el acero es más fuerte que el oro, ¿verdad?

Él la estudió un momento antes de asentir.

—Estoy asustada, Daniel.

Nunca la había oído decir aquello.

—No sé quién soy sin dinero. No sé cómo voy a vivir.

—Te ayudaré.

—¿Cómo?

—Te llevaré a una de mis clases con delincuentes.

Evelyn se dio un toque en la

nariz y se le escapó una carcajada.

—A lo mejor no eres tan inútil, después de todo.

Ella agitó la cabeza como para sacudirse el agobio y soltó un suspiro.

—La prensa pillará frío. Nos esperan abajo.

—¿Le pedimos al gerente que nos deje salir por detrás? —le sugirió Daniel.

—No, querido. —Su risa efervescente no carecía de humor—. Los perdedores van a pie.

Daniel no pudo menos que admirarla por aquello.

Contraargumentó con otra de

sus citas preferidas.

—Te complicas la vida.

Evelyn no sonrió, pero Daniel captó su regocijo por el modo en que recompuso los labios.

—Me habían dicho que lo fácil está sobrevalorado. Supongo que estoy a punto de entenderlo. — Cuadró los hombros, se giró hacia la puerta y se preparó para salir—. ¿Vienes..., vienes conmigo?

Daniel no pudo evitar pensar en los miembros de su grupo, esforzándose por afianzarse superando un pasado que habían permitido que los definiera: A-Dre y Big Mac, intentando pasar página;

Fang, alejándose del letrero de neón del club que le hacía señas para que entrara; X en aquella silla, confesando sus remordimientos; Lil, acudiendo a la reunión de la iglesia a pesar de que le temblaban las piernas y se quedaba sin aire del miedo a morirse de pánico en el aparcamiento. ¡Cuántas cosas le habían enseñado! Evelyn dio un paso inseguro y él se volvió ligeramente hacia ella y le ofreció el brazo.

Lo aceptó.

Juntos bajaron en un maravilloso silencio. El ambiente en el vestíbulo era contenido; el

personal, elegante y respetuoso.

Cada vez que se tambaleaba, él la enderezaba.

Y así salieron a la calle.

Los periodistas se amontonaron.

Daniel notó que su madre le apretaba el bíceps, clavándole las uñas, pero que sonreía al muro de cámaras y micrófonos. Fue llevándola hacia el coche sin apresuramiento.

Un periodista calvo se abrió paso hasta ellos.

—... creer los rumores de que su fortuna se ha esfumado de la noche a la mañana...

—¡Qué corbata tan bonita, Bob!

—le dijo Evelyn—. Veo que te has aficionado a los colores pastel.

—Muchos informes confirman que está arruinada —le espetó un agresivo reportero de televisión.

—No —dijo Evelyn—. Solo soy menos rica.

James detuvo el Bugati delante de ellos y Daniel la sacó de la melé y la sentó en el asiento trasero. Evelyn cerró de un portazo y él se encontró mirando su reflejo en el cristal de la ventanilla tintada.

Estaba a punto de marcharse cuando el cristal bajó y su madre sacó una mano, le agarró el brazo y se lo sostuvo un momento.

—Feliz Día de Acción de Gracias

—le dijo.

Otro aguacero mojaba la calle, que brillaba a la luz de los faros de los automóviles que la transitaban. No había luna ni estrellas, ni siquiera cielo, solo un techo de niebla que ocultaba la parte superior de los edificios. Daniel puso la mano en el cristal frío de la ventana del dormitorio, mirando el punto donde Viviana Olvera había estado con la cara oculta bajo la capucha amarilla. Cerró los ojos y revivió el ruido sordo del autobús al arrollarla, aquella sonrisita, como si

estuviera recordando una broma. Aquella cara destrozada, los labios pronunciando dos palabras: «Ya verás.»

Cristina estaba sentada en la cama detrás de él, con expedientes esparcidos sobre el edredón, mordisqueando un lápiz y reflexionando acerca del siguiente objetivo que plantearse. Alzó la vista y lo miró.

—¿Tienes hambre?

—¿Eso importa?

—¿Qué quieres decir?

Él sonrió burlón.

—¿Qué te apetece?

Ella se dio unos golpecitos en

los labios con el lápiz.

—¿Pato Pekín?

—Deberíamos ver cuántas preguntas seguidas somos capaces de hacernos.

Aquella voluptuosa sonrisa.

—¿Chinatown o el Richmond?

—¿Crees que hay algún sitio abierto a las nueve de la noche?

—¿Te importaría llamar y comprobarlo?

—¿Este antojo va en serio?

Cris dejó el lápiz. Le había cambiado la cara.

—¿Sigues asustado?

Daniel dejó de sonreír. Escucharon el golpeteo de la lluvia

en la ventana.

—Sigo esperando el otro golpe

—respondió por fin.

—La estás viendo —dijo ella—.

En la calle, ahora mismo.

—Supongo.

—A mí me pasa igual, aunque no tenga sentido. —Inspiró

profundamente, hinchando el pecho

—. Cuesta creer que esto se haya acabado realmente.

El teléfono sonó, estridente.

Volvió a sonar. Se miraron, incluso siguieron mirándose

mientras Daniel iba hasta la mesita de noche y contestaba. No le hizo

falta oír la voz para saber que sería

Dooley.

—Estábamos haciendo el interrogatorio posterior a la detención —le dijo—. No quería darle tiempo a Martin para inventarse una historia, y ha pasado una cosa.

Daniel sintió un escalofrío de miedo, como una uña descendiendo por su espalda.

—¿Qué?

—Asegura que hay otra persona secuestrada que sigue viva en alguna parte, sola, como Kyle Line en aquella bodega.

El temblor de su espalda se convirtió en sudor frío. No se veía

capaz de plantear la pregunta, pero Dooley continuó y se la respondió de todas formas.

—No sabemos de quién se trata. Todos los participantes en el ensayo clínico están controlados, al menos los que se nos han ocurrido. Le hemos estado presionando mucho para que diera un nombre, una localización, pero...

—¿Qué, Dooley?

Oyó un suspiro hondo.

—Dice que solo se lo dirá a usted.

Cuando la puerta de la cárcel se

cerró detrás del coche de Daniel, encerrándolo momentáneamente de parachoques a parachoques, tuvo un ataque de claustrofobia. Luego la puerta de delante se abrió, revelando una zona asfaltada anegada, y se acordó otra vez de respirar.

Un guardia lo acompañó dentro y hasta el piso de arriba, donde lo esperaba Dooley, que le recordó que, aunque Martin había pedido que no hubiese nadie más que ellos dos en la habitación, tanto la inspectora como los demás estarían escuchando hasta la última palabra y que debía hacer todo lo posible

para sacarle la información.

Lo llevaron a una habitación fría y húmeda con una casilla cerrada por un cristal a prueba de balas que la separaba de otra idéntica y enfrentada.

Un agujero para hablar del tamaño de un posavasos hacía los teléfonos innecesarios.

Esperó, contando los segundos, tratando de calmarse.

Un golpe metálico anunció la apertura de una puerta invisible, y luego se oyeron unas cadenas: Jacob Marley se acercaba. Martin apareció en el umbral. El corpachón apenas le cabía en el mono

naranja. El ambiente espartano no hacía sino resaltar todavía más la montura oscura de sus gafas. Sonrió de un modo misterioso cuando puso los ojos en Daniel y se adelantó con los grilletes para ocupar la silla de enfrente. Un guardia esperó hasta que se hubo sentado y luego desapareció por la puerta todavía abierta, tal como se había acordado.

La voz de Martin era ronca, casi un graznido.

—¿Está pensando en todo lo que tiene para estar agradecido?

—Entre otras cosas.

—Me han contado lo de Viviana.

—Se humedeció los labios—. Ahora estoy solo. Me enfrento a la pena de muerte. Ya sabe, pagar por las malas decisiones. A lo mejor tengo suerte. La vida en prisión... — Pronunciaba las frases con aquel acento urbano indefinido.

—¿Tienes algo que decirme, Martin, o no?

—Se lo estoy diciendo. Le hablo de usted y de mí. Verá, yo soy su imagen en negativo, su negativo fotográfico. —Trató de abrir los brazos, pero llevaba las muñecas sujetas a la cadena de la cintura y solo pudo mover los codos.

Incluso físicamente era en

muchos aspectos lo opuesto a Daniel. De piel oscura, musculoso, con la cabeza prácticamente afeitada, el pelo hirsuto.

—Lo tiene todo —dijo Martin—. Yo no tengo nada.

—¿Buscas compasión?

—No. Solo quiero que me comprenda. Por eso quería que encontrara esas cartas en su casilla. Quería que aprendiera lo que es ser impotente. Porque es eso. No sabes por qué alguien está incluido en un ensayo clínico, digamos, y luego ya no lo está.

—Pero llegaste a saberlo, ¿no?

—No tenía nada que hacer con

mi vida aparte de llegar a saber por qué, y hacer planes. Comprobé su casilla todos los días después de haber dejado en ella las cartas, pero usted no las recogió, así que no alargué los plazos, suponiendo que entraría en el juego en algún momento. No esperaba que se presentara en casa de Marisol Vargas: tenía que haber recibido el correo tarde esa noche. Imaginé que lo intentaría en casa de Kyle Lane porque había recibido la carta con mucho adelanto, pero no había moros en la costa. Al menos en la parte delantera. Luego, cuando se vio envuelto en lo de Molly Clarke...

bueno, tuve que ser creativo.

—Así que se trataba de darme una lección, ¿simplemente eso?

—Desde su nacimiento, no ha tenido usted idea de la realidad. En toda su vida. Incluso cuando muera, lo hará entre sábanas limpias. — Una inspiración entrecortada—. Cuando alguien a quien ama enfermó, ¿qué hizo? Cogió el teléfono. Y luego lo cogió su madre. Gastaron dinero. Movilizaron recursos. Yo quería que supiera por una vez lo que se siente al no tener recursos, ni red de seguridad, ni idea de lo que pasará a continuación. Eso es lo que quería:

que supiera lo que estaban haciendo cuando no se molestaban en saber lo que estaban haciendo.

—¿Es cierto que secuestrasteis a otra persona después de la reunión grupal de ayer o no ha sido más que una excusa para que viniera aquí y volver a soltarme el mismo rollo?

Martin apoyó la barbilla en el pecho. Le temblaban los hombros y Daniel creyó que sollozaba hasta que oyó la risita.

—¡Oh, yo no he secuestrado a nadie!

—Eres un pedazo de mierda. — Daniel se levantó para marcharse

—. Me estás haciendo perder el tiempo.

—¿De veras?

—Sí. Para ti se acabó, Martin. Has llegado al final del camino.

Martin no alzó la cabeza, pero sí los ojos relucientes.

—¡Oh, no! —exclamó—. Esto acaba de empezar.

Lo dijo en un tono que dejó a Daniel petrificado a medio camino de la puerta. Se volvió.

—Mire mi expediente —dijo Martin—. Ya lo ha leído. Ni secuestros, ni asesinatos. Usted me vio en la habitación, estaba justo ahí, y yo tenía un cuchillo contra su

garganta. Pero no pude hacerlo, y tampoco puedo secuestrar a nadie.

Daniel se esforzó para que no le temblara la voz.

—Así que no eres tú el asesino. Tú eres inocente, ¿es eso? Ya he oído eso más de una vez, Martin.

Martin sonreía de un modo siniestro.

—¡Oh, no soy inocente!

—¿Hay alguien secuestrado o no?

—Sí.

—¿Quién? ¿A quién habéis secuestrado, Martin?

La siniestra sonrisa otra vez.

—Le di una fecha límite. Acción

de Gracias, a medianoche. —Giró despacio la cabeza para consultar el reloj de pared situado a la izquierda de Daniel, que siguió su mirada.

Eran las 10.31 de la noche.

Se notaba los latidos del corazón como un tictac, la cuenta atrás del temporizador de una bomba. Volvió a recordar la sonrisita impertinente de Viviana Olvera cuando el autobús la había arrollado.

—También le hice una promesa —prosiguió Martin—. Dije que admitiera lo que había hecho o correría sangre. Bien... —Se metió el labio inferior entre los dientes—.

No dije que fuera a ser la suya.

Daniel se sofocó. Dio un paso hacia el cristal, derribando la silla.

—¿Quién?!

Aquellos ojos agrandados lo calibraron.

—¿Quién está secuestrado, Martin?

El otro se mordió el labio de nuevo y sonrió desde lo más hondo de su propio infierno.

A Daniel el tufo de amoníaco de la habitación le obstruyó la garganta. Retrocedió hacia el fondo de la cabina.

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué demonios habéis hecho?

Las mejillas, con una sombra de barba incipiente de Martin, se hincharon cuando esbozó una alarmantemente juvenil sonrisa.

—Gracias por venir en coche hasta aquí, consejero.

Daniel dio un puñetazo en el cristal blindado.

—¿Qué habéis hecho?

—Acuérdese simplemente de controlar la respiración —le dijo Martin—. Cálmese. Ese es el primer paso.

Dooley estaba en la puerta y tiró de Daniel.

—Dos coches patrulla se dirigen hacia su casa ahora mismo.

Martin no apartaba su entrenada mirada de Daniel.

—Usted tomó una decisión en otra ocasión. Una vida por otra. Pero esta vez la decisión la tomo yo. Ahora sabrá lo que se siente al no ser capaz de decidir nada en absoluto.

—¡Dime qué babéis hecho!

Dooley agarró a Daniel por detrás con sorprendente fuerza, pero él se soltó violentamente y saltó hacia el cristal.

Martin se secó la cara con el hombro y giró la cabeza.

—¡Guardia! He terminado.
¡Guardia!

—¡Dímelo! Maldito cabrón,
idime qué habéis hecho!

Dooley volvía a estar a su lado,
agarrándolo del brazo.

—Es inútil, Brasher. Vámonos.
Vamos a su casa.

Al otro lado del cristal, dos
guardias entraron, cogieron a
Martin cada uno por un hombro y lo
levantaron de la silla. No apartó los
ojos de Daniel ni un solo instante.
Mientras se lo llevaban, se reía a
carcajadas estridentes que
persiguieron a Daniel mientras salía
apresuradamente al pasillo.

Ahogaba el trino del teléfono un pliegue del edredón. Poniéndose crema en las manos, Cris salió del baño, seguida de una nube de vapor de la ducha. Colocándose los hombros de la camiseta de los Giants de Daniel, se subió a la cama y buscó el aparato. Le resbalaba por culpa de la crema, pero consiguió llevárselo al oído.

—¿Cris? Escucha, Cris. Te hemos estado llamando y, bueno. Los agentes están de camino...

—Un momento, mi vida. ¿De

camino hacia dónde?

—Hacia ahí.

Saltó de la cama. Las palabras de Daniel eran apenas un murmullo que luchaba con el zumbido de sus oídos. Leo se había ido, la alarma estaba desactivada. Se suponía que el peligro había pasado. Le habían dicho que se había terminado todo.

—Métete en el baño, enciérrate y espera. No cuelgues, sigue en comunicación con... —Volvió a oír apenas la voz de Daniel.

Por la ventana, contra el asfalto oscuro de la calzada, una pincelada de color le llamó la atención.

Un chubasquero amarillo.

Estaba extendido en el suelo, en medio de la calle, con la capucha alzada, como si su dueña se hubiera desvanecido.

Un coche le pasó por encima y la calle volvió a quedar a oscuras cuando la luz de los faros se alejó. A Cris se le escapó un gemido ahogado.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —oyó que decía Daniel.

Giró sobre sí misma y se dio de bruces con una pared que no tendría que haber estado allí.

Era una sudadera negra.

El móvil se le escurrió de las manos.

No quería alzar la vista, no quería que el tejido adquiriera la forma del pecho de una persona.

Sin embargo, la alzó.

Una cara sin facciones la miraba desde arriba, poco más que un óvalo oscuro. Aterrada, en un primer momento no se dio cuenta de que era una máscara, pero luego fue viendo la estrecha rendija para los ojos; el triángulo de la nariz; el perfecto círculo de agujeritos, como la boca de un alien.

Antes de que pudiera reaccionar la había agarrado por los hombros y la estrujaba. Gritando, subió una rodilla con fuerza, le dio en la

entrepierna y la presión en sus hombros disminuyó.

Un gruñido. Un aliento de tabaco de mascar aromatizado. El hombre se encogió. Girando, Cris le cruzó la cara. Le arañó sin causar daños al neopreno, pero le clavó las uñas en la zona del cuello que llevaba al descubierto.

Ella hizo un barrido.

Él quiso darle en la cabeza y Cris se agachó, de modo que el puño le pasó por encima de la cabeza y entre el pelo, y corrió como alma que lleva el diablo, descalza, por el parque.

Bajó la escalera medio

cayéndose porque las piernas le flaqueaban. Lo oía persiguiéndola, golpeando la puerta del dormitorio. Cruzó disparada la primera planta, rozó con el hombro la pared de la parte superior de la escalera para reducir el impulso. En un cuarto de vuelta captó un atisbo del hombre vestido de negro deslizándose como un fantasma y acercándosele.

Se apartó de la pared segundos antes de que él se golpeará contra ella, y descendió a la planta baja bajando los escalones de tres en tres y de cuatro en cuatro. Desembocó en el vestíbulo dando una voltereta y poniéndose de pie

con el mismo impulso.

Se lanzó hacia la puerta de entrada, tratando de agarrar el picaporte, pero el metal se le escurría entre las manos untadas de crema y no lograba accionarlo. Gritando de rabia y frustración, se secó las manos con la camiseta y lo intentó de nuevo. Esta vez el picaporte dio un cuarto de vuelta antes de volver a escapársele.

Unas botas resonaban en la escalera, a su espalda.

Frenética, miró a su alrededor y vio el jardín zen en miniatura.

Metió las palmas en la arena blanca pulcramente rastrillada, que

se le pegó a la crema. El macetero de porcelana patinó en la mesa decorativa y se hizo añicos mientras ella se volvía hacia la puerta principal.

La silueta negra llegó al vestíbulo, borrosa.

Cris cogió el picaporte y las manos llenas de arena la ayudaron a agarrarlo. Sí, lo accionó. Abrió de un tirón y un soplo de aire fresco y el distante sonido de sirenas entró, pero luego una bota dio una patada en la hoja de madera, a su lado, y el picaporte se le escapó de la mano y la puerta volvió a encajar en el marco con violencia.

La joven se volvió y vio un guante negro surcando el aire hacia su sien. Un chasquido y el vestíbulo se oscureció. Flácida como una muñeca de trapo, cayó en unos brazos fuertes que la arrastraron hacia el fondo de la casa. Los mechones del flequillo le cubrían los ojos, pero pudo distinguir vagamente la puerta principal desapareciendo de su vista, paso a paso.

A Daniel le dolían los nudillos de la fuerza con que apretaba el volante. El sudor le picaba en los ojos mientras seguía las luces y las sirenas del convoy de coches patrulla que se dirigía hacia el norte, desde el 850 de Bryant hacia su casa. Por la espantosa y fragmentada banda sonora que había oído desde su extremo de la línea telefónica, sabía que Cris no estaba. Estaría en otro lugar pronto, con los brazos y los tobillos atados, el cuello desnudo,

esperando la medianoche, el fin del plazo.

Así que, ¿por qué demonios corrían hacia Pacific Heights, jugando al pillapilla en lugar de intentar adelantarse al siguiente movimiento del Hacedor de Lágrimas?

El Hacedor de Lágrimas. Martin había quedado descartado. Si él no se la había llevado, ¿quién lo había hecho? Daniel trataba de ordenar el torbellino de sus pensamientos para centrarse en la última sesión grupal, haciendo zoom mental en cada cara del círculo.

Fang, Big Mac, A-Dre, Lil y X:

todos habían parecido sinceramente perplejos, incluso asustados, durante el ataque de Martin.

¿Quién, entonces?

Veía el sedán de Dooley más adelante, con la luz estroboscópica imantada en el techo y la sirena aullando. Era como si el aullido de la sirena contuviera el grito de Cris y el chasquido del teléfono al caer sobre el parqué. Apretó con más fuerza el volante. Tenía náuseas y se inclinó hacia delante, pensando en que podía vomitar o desmayarse o ambas cosas, pero el velo de estática se alzó de su visión, se enderezó y se centró en la tarea

que le esperaba.

¿Qué tarea era?

Una imagen se desgajó del histórico torbellino de pensamientos: aquella lata vacía de Skoal de la papelera.

Si ninguno del grupo la había tirado allí, ¿quién había sido?

¿Quién más tenía acceso al edificio y pasaba por las salas?

Se acordó de haber estado esperando a que el técnico forense, después de la sesión, disfrazado con un mono de conserje, sacara las huellas de la lata sin encontrar más que borrones inútiles.

Se le ocurrió una idea.

Cuando se acercaban a Market, sus pensamientos habían alcanzado el punto de ebullición y aceleró, alejándose de los demás. Derrapó girando hacia una calle lateral y enfiló hacia Metro Sur, situado a unas cuantas manzanas. La puerta del garaje estaba cerrada, así que dejó el coche medio subido en la acera y corrió hacia la del vestíbulo, sacándose las llaves del bolsillo.

Abrió y entró en el edificio a oscuras. Sus pasos resonaban en el alto techo. Recorrió los pasillos posteriores, encendiendo las luces a intervalos, revelando un pedazo tras otro de embaldosado. No había

ni un alma. Pillada en un fogonazo de luz, una rata se encabritó sobre las patas traseras y Daniel estuvo a punto de pisarla en su carrera hacia el cuartito del conserje.

De una sola patada casi arrancó la puerta de los goznes. Hasta que estuvo dentro y hubo inspeccionado la hilera de taquillas herrumbrosas situada delante del banco de madera no se dio cuenta de que su teléfono sonaba insistentemente.

Respondió jadeando. El tufo de gasolina de los productos industriales de limpieza le quemaba en el pecho.

—¿Adónde demonios ha ido? —

le preguntó Dooley.

—Angelberto..., el conserje. Rawlins me contó que tenía una coartada irrefutable para la noche del asesinato de Marisol Vargas. ¿Quién se la dio?

—No lo sé.

—Llame a Rawlins, ahora mismo. —Cortó la comunicación.

Estudió el endeble cerrojo que colgaba del pasador de la taquilla central. Vacío el contenido de una caja de herramientas en un rincón, encontró un martillo y golpeó el cerrojo, que cedió. La puerta metálica se abrió un poco. La abrió más con un nudillo y la luz del

pasillo fue iluminando el interior gradualmente.

Sonó de nuevo el teléfono y se lo pegó a la oreja mientras el contenido de la taquilla se hacía visible: la Polaroid amarillenta de Angelberto con su esposa y su hija; montones de ropa sucia; unas cuantas bolas de papel amarillo fosforescente arrugado, y dos pares de botas de trabajo negras manchadas de pintura.

Dooley le hablaba al oído.

—Martin. Martin fue quien apoyó la coartada de Angelberto la noche de la muerte de Marisol Vargas. Se dieron el uno al otro una coartada.

En el rincón del fondo de la taquilla había una taza de papel llena hasta arriba de monedas relucientes, como nuevas. A su lado, encima de un delgado fajo de sobres grises interdepartamentales, había un bote de raticida.

Daniel alzó el bote hacia la luz. Bajo la calavera de una rata y dos huesos cruzados, una etiqueta roja aconsejaba precaución: «Anticoagulante. No ingerir.»

Pensó en Molly Clarke, como un pez boqueando en el suelo de su casa. La peor pesadilla de un hemofílico.

El bote se le cayó de la mano.

Se fijó en algo que había en el estante superior de la taquilla. Era una lata de tabaco de mascar Skoal.

—Es él —afirmó.

Oyó por el teléfono un chirrido de ruedas.

—Haremos un registro. Llamaré a los SWAT, caerán sobre él como una bola de demolición.

—Eso si está allí —dijo Daniel, pero Theresa ya había colgado.

Miró aquellas bolas de papel amarillo fosforescente.

Recogió una y la desarrugó contra la pernera de los vaqueros.

En la parte superior, en negrita,

ponía: ¡Dim sum, almuerzo especial!

Se acordó de la anciana de Chinatown, acercándoseles a Cris y a él con sus folletos de color amarillo fosforescente: ¡Dim sum! ¡Dim sum! Había estado a menos de una manzana del restaurante donde Angelberto había aparecido, donde Daniel había luchado por su vida en aquel almacén.

Se puso de rodillas y apartó el montón de ropa sucia que cubría el fondo de la taquilla. Más y más folletos arrugados salieron con las camisetas interiores y los calcetines. Los contó allí mismo, en

el suelo manchado de aceite. Quince, veinte folletos. Como si la avasalladora mujer le hubiera entregado uno cada día. Como si él los hubiera arrugado, se los hubiera metido en el bolsillo y hubiera seguido su camino. Una rutina. Todos los días. Saliendo de su casa, que tenía que estar cerca del restaurante del artículo, ese de la esquina pegado al tugurio del tipo con la verruga.

Una casa en la que Cris podía estar oculta en aquel mismo momento, atada como un animal, esperando su sacrificio a medianoche.

Una vez más, Daniel oyó el eco del grito de su mujer en el teléfono. El gruñido animal del Hacedor de Lágrimas, de Angelberto, esforzándose. Las pisadas ligeras de alguien corriendo y luego las pesadas de alguien persiguiendo.

Secándose el sudor de los ojos, Daniel cogió la foto de la familia de Angelberto de la taquilla y fue hacia la puerta rota. Pasó por encima de las herramientas esparcidas por el suelo y dudó, mirándolas. Luego se agachó a recoger un cúter y lo sopesó en la palma. Extendió la hoja y la probó. La recogió y salió.

El reloj colgado encima de las

taquillas marcaba las 11.23 de la noche.

Saltándose semáforos en rojo, quemando neumáticos entre el tráfico y esquivando vehículos, Daniel llegó a Chinatown en doce minutos. Dooley le mandó un mensaje de texto diciéndole que seguían intentando dar con una dirección válida de Angelberto, y él le respondió que también él lo buscaba. La circulación era más lenta y no había dónde aparcar, así que dejó el coche en medio de Grant, bloqueando el tráfico. Los conductores de los coches que tenía

detrás se pusieron a tocar el claxon cuando echó a correr por la acera. Ristras de farolillos de papel flotaban de lado a lado de la calle. Aparte de unos cuantos turistas que habían salido para tomar una cena de Acción de Gracias poco tradicional, las aceras estaban desiertas. Encontró la esquina donde la anciana lo había interceptado con sus folletos, pero allí no había nada más que un cubo de basura y un joven vagabundo con dos terriers Jack Russell.

Se detuvo de golpe, contemplándolo incrédulo. No había tenido en cuenta la posibilidad de

que la anciana no estuviera allí, recorriendo la acera a aquellas horas. Acercándose al vagabundo, sacó la foto de la familia de Angelberto y se la puso delante de la cara.

—¿Ha visto a este tipo por alguna parte?

—No, tío. ¿Qué tal si me das un pavo o algo para comer?

Daniel le dio la espalda furioso, conteniendo el temor. Un rótulo luminoso amarillo de la acera opuesta llamó su atención: «¡DIM SUM!» Las luces del techo del local seguían encendidas, destacando hasta el más mínimo detalle: las

migas del mostrador, los reservados de vinilo agrietado, el grupito de ancianas sentadas a la mesa del fondo.

Cruzó corriendo la calle y un coche dio un frenazo para esquivarlo.

Más bocinazos. Continuó, subiendo de un salto a la acera. La puerta del restaurante estaba cerrada y palmeó el cristal.

Las señoras giraron la cabeza hacia él y reconoció a la que ocupaba la cabecera de la mesa. La anciana cabeceó y volvió a la partida de mah-jong.

Daniel aporreó el cristal con el

puño y la mujer se levantó, irritada, y rodeó el mostrador, ayudándose con el andador. Fue hacia la puerta y la abrió.

—¡Me va a romper el cristal! —le gritó en perfecto inglés.

—Este hombre, ¿lo ha visto?

—¡Está golpeando mi cristal como un loco!

El reloj de pared que Daniel veía por encima del hombro de la mujer marcaba las 11.38 de la noche.

—Mire esta foto. Por favor. Es una emergencia. ¿Ha visto a este hombre?

La miró con el ceño fruncido.

—Sí. Lo veo todos los días.

—¿Sabe dónde vive?

—¿Por qué iba a saberlo?

Daniel miró a las otras tres mujeres que lo estaban mirando a su vez, con los dedos encima de sus fichas. Aquello era una reunión de las ancianas de la ciudad.

—¿Puedo preguntárselo a ellas? Por favor, ¿puedo...? —Hizo un gesto y entró—. ¿Alguna de ustedes ha visto a este hombre? A este hombre de la foto.

Lo miraron sin inmutarse.

Daniel oyó el ruido del andador a su espalda y la mujer se puso a su lado. No le llegaba más que al codo. Se dirigió a las otras en

cantonés y fueron pasándose la foto. Todas la estudiaron con insoportable atención. Hablaban entre sí. El avance a paso de tortuga del proceso era una tortura. Daniel tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no gritarles que se dieran prisa.

Por fin una matriarca con pendientes de perlas, demasiado colorete y unos modales muy dignos asintió sucintamente y habló con la que estaba al lado de Daniel.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—Tiene alquilada una habitación a la amiga de la prima de su tía, la señora Lai-Wing.

El alivio fue tal que se quedó sin aire en los pulmones.

—¿Dónde?

Otro intercambio de palabras. Luego la mujer que estaba a su lado alzó el andador y señaló con los cuatro tacos de goma hacia el fondo del restaurante.

—En Waverly Place. Es una casa roja a la que le faltan tejas. Alquila la suite del sótano de su familia política.

—Lai-Wing no tiene familia política —dijo la matriarca. Devolvió unos cuantos mechones de pelo al moño que llevaba en la nuca—. Lai-Wing es afortunada.

—Gracias. —Agarró a la dueña del local por los hombros, le besó la frente y fue hacia la cocina, a pesar de que la mujer le gritaba algo. Cruzó la cocina y salió al callejón posterior, sorteando un montón de verduras podridas.

Waverly Place era una zona de dos manzanas de Chinatown, antaño conocida como 15 Centavos, por el precio de los cortes de pelo que allí hacían. Daniel salió disparado del callejón, derribando cajones de coles y empujando un contenedor hacia la avenida principal. Pasó corriendo por delante de casas eduardianas de

tres y cuatro pisos con balcones intrincados, banderas y rótulos en chino. Ondeaba un cartel que rezaba: LA CALLE DE LOS BALCONES PINTADOS. Entre una agencia de empleo y un templo, vio la destartalada casa roja.

No había coches patrulla ni sedanes sin distintivo policial, solo estaban allí la casa y él, frente a frente. El aire de Chinatown era frío.

Se detuvo delante, con las manos en las rodillas, jadeando.

Callejón arriba, hacia el este, casi invisible en la oscuridad, había una furgoneta de trabajo

desvencijada. A su lado, unos escalones de cemento conducían a la puerta de un sótano.

El miedo le arañaba el pecho por dentro.

Sacó el iPhone para comprobar la hora: eran las 11.47 de la noche.

Moviéndose en silencio por la callejuela, pulsó el número de Dooley y, a continuación, el botón de llamada.

—¿Dónde demonios está? — susurró.

—Hemos encontrado su casa. Estamos fuera. Los SWAT están listos para echar abajo la puerta.

—No la veo. —Se acercó a la

furgoneta agazapado.

Detrás, aparcada de cualquier manera junto a una valla de hierro forjado, había una moto herrumbrosa. La confirmación definitiva. Daniel se quedó mirando la moto y tuvo que recordarse que debía respirar.

—¿Dónde están?

—En un agujero, al norte de Sunnydale. ¿Está usted aquí?

Intentó tragar, pero tenía la garganta demasiado seca.

—¿En Sunnydale? Usted... No. Estoy en Chinatown, en Waverly. Delante de una casa roja que hay en el cruce con Clay.

Se acercó más a la furgoneta, sin incorporarse. Del retrovisor pendía un pase de aparcamiento de Metro Sur.

Tocó el capó.

Todavía no se había enfriado.

—Todos sus conocidos lo sitúan en... —dijo Dooley.

—Está aquí, Dooley.

Cortó la comunicación y apagó el móvil. Se sacó el cúter del bolsillo y desplegó al máximo la cuchilla. Luego rodeó la furgoneta y bajó los escalones erosionados hasta la desconchada puerta del sótano.

La puerta del apartamento del sótano estaba ligeramente entornada, con la barra de seguridad apoyada en la jamba, como si alguien hubiera entrado precipitadamente, con las manos ocupadas. Unos cuadrados de cristal en lugar de una mirilla le permitieron a Daniel echar un vistazo a la sala de estar. Había un colchón de futón desplegado sin base, un hornillo eléctrico y ropa desparramada en la alfombra con manchas de humedad. La pintura

descascarillada se le metió debajo de las uñas. Los goznes eran benditamente silenciosos. Estaba dentro.

Ni un alma.

Retrajo la cuchilla. Sus pensamientos eran un torbellino. Le quedaban diez minutos, tal vez menos.

Recordó a Marisol Vargas en el suelo de su cocina, llorando lágrimas de sangre, y luego su cara fue sustituida por la de Cris y a punto estuvo de perder el sentido. Se quedó quieto en la alfombra podrida.

«Ya verás.»

Vadeó el cruel terror que lo había invadido, diciéndose que debía buscar hasta el mínimo rastro de una pista. Las puertas del armario estaban abiertas y no contenía más que cartones de comida para llevar y cajas de pizza. Había cuencos sin lavar amontonados de cualquier manera junto al hornillo, y el lugar apestaba a pescado. Un amasijo de espaguetis secos se había derramado de un plato volcado en una esquina y la salsa roja había salpicado la pared. Por la puerta del baño vio el lavabo agrietado y el tanque del retrete sin tapa del que

sobresalía un gancho de alambre para tirar de la cadena. Allí, bajo la ciudad, aquel entorno primitivo parecía no solo de otro mundo, sino también de otra época.

Del baño salía un tufo terroso a humedad y una levísima corriente de aire. Se metió en el abarrotado espacio y se quedó de pie en el linóleo con los bordes levantados. La cortina de la ducha, llena de moho, se hinchó hacia él y luego retrocedió. Miró incrédulo cómo se hinchaba y se deshinchaba como un pulmón.

Con el pulgar extrajo de nuevo la cuchilla, milímetro a milímetro.

La cortina se le acercó un poco más. Haciendo acopio de valor, la descorrió.

Un agujero dentado del tamaño de un hombre se abría en la pared alicatada. El entramado de la pared había quedado al descubierto, como un costillar, con un espacio estrecho en descenso.

Respiraba agitadamente, de manera irregular. Trató de calmarse, pero el cuerpo se negaba a obedecerlo. Cogió aire y se metió en la bañera para asomarse a la abertura. Los baldosines que sobresalían se le clavaron en los hombros.

Un estrecho hueco descendía unos tres metros hacia lo que parecía un túnel. Solo había un camino que seguir: hacia abajo.

Metiéndose el cúter en el bolsillo, se introdujo por él y se dejó caer tan silenciosamente como pudo. Las astillas se le clavaban en las manos. Descendió el último tramo, pisó la tierra y a punto estuvo de caerse.

Echó un vistazo alrededor. El túnel era impresionante, lo bastante ancho para estar en él sin tener que agacharse. Se acordó del mito de los pasadizos que recorrían el subsuelo de Chinatown, del

acceso que Dooley había descubierto en el sótano del restaurante: fumaderos de opio y cámaras de tortura; las vías de escape de la Prohibición.

Con sus antiguos puntales y sus pernos oxidados, las paredes desmoronadas parecían bastante antiguas, pero habían recolocado unas cuantas vigas y las habían sujetado con abrazaderas de metal nuevas. El incansable manitas Angelberto las había reforzado. Los intestinales muros difundían un hedor húmedo de productos químicos, como un estanque apestoso. Daniel giró despacio

sobre sí mismo. El aliento formaba una nubecita por encima de su cabeza debido al frío. Luces de mina pendían de marañas de cables a intervalos, pero apenas llegaban a iluminar. A unos cuantos pasos vio una bifurcación. Una corriente de aire le rozó las mejillas, trayendo consigo un ruido apenas audible: los sollozos de una mujer.

Cristina.

Al oírla salió de su entumecimiento. Empuñando el cúter, caminó hacia la bifurcación del túnel. El miedo se había convertido en algo físico. Notaba un hormigueo en los brazos, la cara y

la nuca.

Llegó a la bifurcación y se metió por la primera rama para echar un vistazo. Un tramo corto se cruzaba con otro pasaje. A su derecha había una habitación adyacente, socavada en la pared del túnel principal. El viejo techo se había derrumbado y las vigas se habían partido, pero alrededor de los escombros habían apuntalado el espacio recientemente. De hecho, la habitación había sido parcialmente reexcavada y reconstruida con una capa de cemento.

Un movimiento en la

intersección del túnel, a unos diez metros, llamó la atención de Daniel. Paralizado por la incredulidad, vio a Angelberto retroceder por el tramo visible arrastrando una lona plastificada. Llevaba el habitual chándal negro y las botas de trabajo, así como la máscara de motorista, aunque sobre la frente. Silbando, pasó de largo.

Daniel se quedó quieto como una estatua, conteniendo el aliento.

El alegre silbido, que ponía los pelos de punta, resonaba en las paredes del túnel. De repente, cesó.

Agarrando bien el cúter, Daniel observó el corto tramo de túnel.

Una ráfaga de aire.

Un soplo.

Y luego Angelberto reapareció. Miró a Daniel con la cabeza ladeada, desconcertado. El aliento le salía de la boca formando nubecitas.

Daniel no pudo hablar al primer intento.

—Se acabó —le dijo al segundo—. Martin está en la cárcel. Ya lo sabes.

—Su mujer. —Angelberto escupió un salivazo marrón y se secó la barbilla—. Ella me pagará,

con el dinero de los robos. Todavía le queda dinero.

—Ha muerto.

—No lo creo.

—Se ha suicidado. Se puso delante de un autobús ayer, cuando fueron a arrestarla.

Angelberto se quedó pensando, con la cara tensa y el vello facial tieso.

—En cualquier caso, usted me ha visto. —Se sacó el cuchillo militar del bolsillo, lo desenfundó y se le acercó tranquilamente.

Daniel se volvió a medias, clavando los talones en la habitación excavada para tener

espacio para saltar hacia atrás y esquivarlo. El borde de la tierra compactada se le clavaba en las suelas de los zapatos. Los húmedos muros subterráneos ahogaban cualquier sonido procedente del mundo de arriba.

—La policía viene hacia aquí en este mismo instante —le anunció.

—Eso sí que no me lo creo —dijo Angelberto—. Si así fuera, usted no habría sido tan estúpido como para bajar aquí solo.

Un soplo de aire trajo el llanto ahogado de Cris. Daniel reaccionó como si le hubieran clavado una pica en las costillas. Angelberto

observó su reacción sin placer ni simpatía. Se le acercó más y se detuvo.

Daniel mantenía el cúter preparado pero a un costado y bajo. Se sacó la foto Polaroid del bolsillo trasero y la arrojó al suelo, entre ambos.

—Quieres dinero para traer a tu familia, ¿verdad?

Angelberto miró la fotografía y luego a Daniel.

—Piensa en ellos. Tu esposa, tu hijo, ¿querrían esto?

Angelberto bajó los hombros y el cuchillo. De algún modo Daniel podía oír el rumor de la bahía, el

agua chocando contra el lecho de la ciudad.

—¡Oh! —dijo el conserje—. Usted no lo entiende. Cree que me importa.

La reacción, reflexiva y casi de tristeza, pilló desprevenido a Daniel, pero mantuvo la vista fija en el cuchillo.

—¿Que te importa qué?

—Todo esto.

Aunque no alzó el cuchillo, arremetió contra Daniel y le asestó una patada en el pecho con aquella bota negra, lanzándolo hacia atrás.

Daniel notó el impacto; no dolor, sino un golpe sordo como el

de un ariete. Oyó el sonido de la carne desgarrándose y luego volvió atontado la cabeza, pesada como si la tuviera llena de cemento, de lado, y vio que la punta de una viga de hierro le sobresalía del hombro, empalándolo.

Se movió y por fin los nervios se le despertaron y notó el ramalazo de dolor.

Se le nubló la vista y luego se le despejó gradualmente.

Notaba la forma de Angelberto a poca distancia. El polvo le llenaba los pulmones y tenía una viga caída del techo encima, pero justo fuera de su alcance. Retorció los pies y

dio patadas a pesar del dolor, pero de cintura para arriba apenas podía moverse.

Estaba clavado al suelo.

La barra metálica, húmeda de sangre, le rozaba la mejilla.

Otro grito ahogado llegó por la galería para unirse al suyo. Su mujer, atrapada en su propia agonía.

La voz de Angelberto.

—Vuelvo enseguida. —Su sombra se alzó.

Las botas resonaron en la tierra, avanzando hacia Cristina.

Daniel se dio cuenta de que vociferaba de manera ininteligible.

Estaba de nuevo a punto de perder el sentido. En algún lugar persistía la advertencia que Dooley le había hecho en otro contexto, en otro universo: «Normalmente los criminales de mierda están completamente echados a perder. No puede usted abrirles los ojos. No puede enmendarlos.»

Intentó respirar y le resultó prácticamente imposible. La herida del pecho le dolía mucho. El recuerdo de sus propias palabras para Cristina se mofó de él: «Haría lo que fuese para mantenerte a salvo.»

«Bien —pensó—, pues hazlo,

joder.»

El más leve movimiento le causaba un dolor tan intenso que se arriesgaba a desmayarse. Buscó cualquier herramienta de metal pero no pudo fijarse en nada más que en las rápidas sacudidas de sus pulmones. Ató cabos: la subida del nivel de adrenalina aceleraba la respiración, que se volvía superficial, lo que a su vez disminuía la tasa de CO_2 , causaba mareo y, por último, desvanecimiento.

Por tanto, respiró más despacio, con inspiraciones profundas y regulares.

Gimiendo de dolor, se tanteó el pecho buscando el punto de penetración. La viga le sobresalía del trapecio, justo por encima de la clavícula.

No atravesaba hueso sino músculo.

Eso quería decir que tenía una posibilidad de extraerse el hierro.

Apretando la mandíbula y gritando, hizo un esfuerzo para inclinarse hacia delante y apartarse de la viga, pero la cuchilla de afeitar que le recorrió la herida hizo pedazos su voluntad. Cuando recuperó la capacidad de pensar, se dio cuenta de que no podía

liberarse; estaba colocado en un mal ángulo. Tendría que alzarse verticalmente para que la barra metálica saliera.

Imposible.

Entre la neblina de dolor, oyó aumentar los gritos de Cris. Angelberto había llegado a su lado.

Inspiró el húmedo tufo.

Pensó en Dooley y en los SWAT, en la otra punta de la ciudad, en Sunnydale. Theresa seguramente había mandado a los agentes hacia allí, pero tendrían que localizar el piso del sótano, el agujero de la ducha, los túneles subterráneos. No había tiempo para eso.

Se concentró y enfocó la vista en la viga caída del techo que pendía sobre su cabeza. Si conseguía agarrarla y alzarse para liberarse... Trató de levantar el brazo izquierdo, pero el dolor le atenazó el músculo. Lo tenía dormido, como un pedazo de carne. La mano derecha le tembló cuando se esforzó por levantarla. Apenas consiguió tocar la madera con la punta de los dedos. Imposible.

Dejó caer el brazo.

Se quedó tumbado, vencido.

Oyó de nuevo los sollozos de Cris y movió la mano derecha antes de pensarlo siquiera. Se desabrochó

la hebilla del cinturón y luego tiró del cuero. Hizo cuanto pudo para mantener el resto del torso inmóvil mientras alzaba las caderas y se lo quitaba, pero sintió un dolor cegador.

Sudando, gimiendo, sollozando, pasó la hebilla por la viga que tenía encima y agarró ambos extremos del cinturón con la mano derecha. Sin pensarlo, tiró, elevando el torso del suelo, tensando todos los músculos, que le ardían. Un rugido le arañó la garganta. Volvió a perderse en una neblina que le nubló la vista, alejando los sonidos y las sensaciones.

Cuando se dispersó, estaba sentado. La sangre le corría por el costado y la espalda, empapándole la camiseta. Se puso de rodillas con esfuerzo y se levantó. Recogió el cúter que se le había caído y avanzó por el túnel hacia su mujer.

No había tiempo para las sorpresas ni para urdir una estrategia. Daniel se tambaleó en la curva del túnel y vio a Angelberto más adelante, en otra especie de habitación excavada, esta más intacta. Con el cuchillo en la mano, estaba inclinado sobre Cristina. Su espalda ancha impedía ver la cabeza y el torso de Cris, pero sacudía las piernas blancas, atadas por los tobillos, sobre el suelo de cemento recién vertido. A un lado el conserje había puesto unas luces de

minería y una cámara digital, que parecía posada en un pesado trípode reforzado, el equipo dispuesto, sin duda, para inmortalizar la prueba de la muerte para recibir el pago que seguía creyendo que recibiría. El cuchillo descendió hacia la cabeza de Cris y dejó de verlo.

—¡No! —gritó.

Angelberto se irguió y se volvió. La cara de Cristina apareció detrás de sus botas. De un corte debajo de un ojo le manaba sangre, que se le mezclaba con las lágrimas, pero tenía la cara por lo demás intacta. Miró a Daniel, sollozando, incapaz

de hablar.

Empuñando el cúter, Daniel se acercó atropelladamente a Angelberto, que lo miraba inexpresivo. Si estaba sorprendido, no lo demostraba. Mientras Daniel se acercaba, el conserje cuadró los hombros para hacerle frente. Abrió la mano enguantada y agarró mejor el cuchillo, con la hoja hacia abajo, paralela al antebrazo, y el filo hacia fuera.

Sujetando bien el cúter, Daniel entró en el espacio despejado y notó el cemento repentinamente firme bajo los pies. El hombro le latía, le ardían los nervios y tenía el

brazo izquierdo inutilizado. Gotas carmesíes caían al suelo y en las puntas de sus zapatos. Lo dominaba el mareo; tenía apenas unos minutos antes de que la hemorragia lo dejara sin fuerzas.

La última vez había cometido el error de mirar el arma, así que esta vez miró a Angelberto a los ojos y se fijó en su cuerpo.

Los dos trazaron un círculo con cautela.

Un paso arrastrando los pies lateralmente. Una finta. Paso arrastrando los pies lateralmente. Finta.

Como en un cuadrilátero de

lucha libre.

Daniel mantuvo la atención fija en las piernas del otro, más robustas, estudiando la pauta de sus movimientos. Se agachaba a medias con la rodilla izquierda doblada. Avanzaba el pie y pasaba el peso a la pierna derecha, alzando ligeramente el cuerpo antes de llegar al momento decisivo.

Daniel lo reconoció de sus incontables horas sobre la colchoneta como el intento de hacerle una llave de rodilla. Cuando aquella rodilla derecha empezara a elevarse de nuevo, indicaría otro desplazamiento lateral. Si la

mantenía doblada y avanzaba, indicaría un ataque.

Ignoró el cuchillo, pendiente de la rodilla.

Desplazamiento lateral. Finta.

Cris se retorció para mirarlos, aunque tenía mechones de pelo sobre los ojos y pegados a la mejilla. Sus sollozos se habían vuelto roncós.

—No te preocupes —le dijo Daniel—. Estarás bien.

Desplazamiento lateral. Finta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Angelberto.

Desplazamiento lateral.

La rodilla derecha quieta en

ligera flexión. Un levísimo giro hacia Daniel, preparándose para la embestida. En ese momento Daniel hizo algo que iba en contra de toda lógica: se dejó atacar.

El movimiento pilló desprevenido a Angelberto.

Manteniendo bajo el centro de gravedad, Daniel saltó hacia atrás, girando sobre el pie izquierdo, como un torero haciendo una verónica. El impulso lo llevó en sentido contrario y Angelberto se tambaleó. El cuchillo pasó describiendo un arco a escasos centímetros de la mejilla de Daniel, a punto de cortársela. Adelantando

el pie trasero, Daniel le pasó el cúter por el cuello, y el hombretón se contorsionó tratando de evitar la cuchilla.

Se quedaron de nuevo frente a frente, a la misma distancia que al comienzo.

—Porque —contestó Daniel— ya estás muerto.

Angelberto balanceó la cabeza y un fino chorro carmesí le salió del cuello. Resolló, llevándose la mano a la herida para taponarse el corte de la tráquea. Se le escapó el cuchillo, que rebotó en el cemento.

Ahogándose, cayó de rodillas y luego de lado.

Daniel avanzó, mareado. Con la punta del zapato, le apartó a Angelberto la mano del cuello. La sangre manó del corte del cúter. Cada vez más débil, el herido volvió a cubrirse la herida y Daniel, una vez más, le apartó la mano. Luego se la pisó. Angelberto lo miraba fijamente. Tenía gotas de sudor en el fino bigote y la barba. Con la otra mano le cubrió la punta del zapato a Daniel, pero le resbaló.

Daniel corrió como pudo hacia Cris y cayó de lado junto a ella. No tuvo la fuerza suficiente para cortarle las ligaduras de los tobillos y las muñecas, pero le apoyó la

cabeza en el regazo y ella se acurrucó contra él en postura fetal, sollozando. Lágrimas de sangre brotaban del corte que tenía debajo del ojo. Intentó cubrirle el corte con el pulgar para detener la hemorragia, el llanto, pero se dio cuenta de que no podía.

Luchó contra la inconsciencia, acunándola lo mejor que pudo.

Parecía haber pasado una eternidad cuando por fin oyeron gritos aproximándose por el túnel.

Daniel esperaba nervioso en la silla de la sala de reconocimiento. Giró la cabeza demasiado rápido y un puñal se le clavó siguiendo el nervio hasta el oído y la parte posterior de la mandíbula. Habían pasado casi dos meses desde el episodio de los túneles y a medida que pasaban los días le dolía menos, pero todavía le quedaba un buen trecho por recorrer, sobre todo por las mañanas, cuando se levantaba rígido. Aunque la barra de hierro le había atravesado el

músculo y los nervios, el pronóstico a largo plazo era bueno. Las heridas de entrada y salida eran impresionantes. Le habían dejado cicatrices queloides, cada una del tamaño de un dólar de plata. Bajo la fina piel púrpura, la carne seguía hinchada y le producía un dolor intenso que algunas noches lo mantenía despierto, pero se le estaba curando bastante bien y solo era cuestión de que el cuerpo hiciera su trabajo.

Habían pasado muchas cosas desde que Cris y él habían salido de las profundidades del subsuelo de Chinatown, aunque nada

comparable con el peso de los once días anteriores. La historia había estallado como un castillo de fuegos artificiales cuyo resplandor había durado varios días en las noticias. Cada revelación salía en primera página de los periódicos o en la principal de las webs. Con dos días de retraso, los técnicos forenses habían hecho pública una foto de seguridad tomada en el ascensor del Fairmont en la que se veía a Angelberto subiendo hasta el cuartito donde limpiaba las monedas Arthur Carroll, con la musculatura de los hombros hinchada por el esfuerzo de cargar

con las sacas de calderilla. El Hacedor de Lágrimas, desenmascarado. El autor intelectual, mientras, seguía a la espera de juicio. Según el Chronicle, Martin permanecía bajo observación para impedir que se suicidara en los calabozos de detrás del número 850 de Bryant. El artículo mencionaba que los guardias le impedían mandar cartas.

Dooley había protegido a Daniel lo mejor que había podido, evitando al máximo que se lo mencionara en las ruedas de prensa, pero unos cuantos reporteros se habían hecho

eco de su grado de implicación en el asunto. Tuvo sus quince minutos de gloria antes de ser degradado sin contemplaciones a «marido de una víctima potencial».

Theresa se había pasado por su casa a ver cómo estaban, de uniforme, haciendo gala de su nueva insignia: era la teniente más joven de la historia del departamento, según la prensa.

Se sentaron en la cocina para tomar café, pero las pausas se prolongaban demasiado. Luego, en la puerta, habían hablado de verse de nuevo, aunque todos sabían que era una formalidad para dulcificar la

despedida.

—Olvídenlo. Es Chinatown —les recomendó Dooley deteniéndose en el descansillo, y los tres se rieron—. Cualquier cosa que necesiten... —añadió.

—Usted también, Theresa —le dijo Daniel. Tras un apretón de manos se quedó en el porche viéndola marcharse en coche.

Para celebrar el Año Nuevo, visitó su futuro despacho, al que llevó unas cuantas cajas de libros, una lámpara y un caro conjunto de escritorio, a pesar de que no se sentía preparado todavía para ocuparlo.

A medida que pasaran los días y se distanciara de los acontecimientos de finales de noviembre iría tomándose el cambio más en serio, suponía.

Aquella mañana, Kendra Richardson lo había llamado. Oír la voz de su antigua jefa lo pilló desprevenido. El casi violento final de la última sesión había acelerado su partida; todavía no había vuelto a Metro Sur. Después de los saludos de rigor, Kendra se había asegurado de recordarle que varios grupos se graduaban esa noche y que tal vez querría pasarse. También le había recordado que le

debía aún la puñetera rescisión de contrato.

Ahora estaba allí sentado, inquieto, en el corazón del Centro Médico de la Universidad de California en San Francisco. Los olores del hospital le recordaban las visitas del pasado, las horas de tortura en las duras sillas de la sala de espera de radioterapia esperando a que saliera Cris.

Aquel día todo era distinto, sin embargo.

En la camilla de exploración, Cris se incorporó apoyándose en los codos y le guiñó un ojo. Seguía teniendo la cicatriz bajo el ojo, un

fino trazo púrpura, pero aseguraba que había llegado a apreciarlo. «El acento para los tatuajes de la radioterapia —decía—. ¿Qué tiene de bueno un cuerpo si no parece vivido?»»

Dejó de mirarlo para fijarse en el monitor.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo, mi vida? Siempre podemos pintar las paredes de color lavanda.

El técnico de las ecografías recolocó la sonda en el vientre abultado de Cris y esperó la respuesta de Daniel.

—Sí —afirmó este—. Quiero saberlo.

El técnico miró a Cris, que asintió.

—Es una niña.

Cris dio un grito de alegría y luego se secó las lágrimas.

—¡Dios, las hormonas! — exclamó—. No es que ninguna opción fuera mala.

—«Perdón , señora, pero va a tener un ternero» —bromeó Daniel.

—Mucha gente se emociona en esta situación —dijo el técnico, limpiándole de gel el vientre.

Cris, tumbada en la camilla, lloró un poco más.

—¿Qué? —le dijo Daniel con suavidad.

—Pensaba que nunca lo lograría
—respondió ella.

Él estiró el brazo y le cogió la mano. El técnico apartó el carrito del ecógrafo y se marchó. La puerta se cerró, dejándolos a solas en el repentino silencio.

Cris miraba el techo, parpadeando para librarse de las lágrimas, y Daniel contempló maravillado su perfil, el pelo abundante y brillante, la piel suave. Nunca había parecido tan viva.

—¿Cómo quieres que se llame?
—le preguntó.

Ella se mordió el labio.

—Francisca.

—Como esa niña —dijo él—.

Como tu abuela.

Cris sonrió.

—Como esta ciudad —repuso.

Alejándose en coche del hospital aquel cortante día gris de enero, Daniel recibió una llamada del histérico gerente del edificio nuevo de Evelyn. Hablaba sin pausas, entre ansioso e indignado.

—Está bien, voy para allá enseguida —le gritó Daniel después de intentar colar algunas respuestas en la retahíla, y colgó.

Miró a Cris, que lo observaba

divertida.

—Es algo acerca de la falta de un permiso de obras —le dijo—. Él y Evelyn están en desacuerdo.

—¡Qué raro!

—¿Podemos ir?

—¿De veras tenemos que hacerlo?

—Es mi madre, y está asustada. Cris miró por la ventanilla.

—Te esperaré fuera.

Fueron hacia Nob Hill, el segundo barrio que más le gustaba a Evelyn y la cumbre más alta de la ciudad. Allí, en la Colina de los Palacios, había encontrado un antiguo edificio de piedra arenisca

rojiza que algún alma emprendedora había insertado entre pequeños bloques de apartamentos. Su piso de la segunda planta tenía bonitas vistas de la catedral.

Mientras se detenían, Cris tomó nota del edificio.

—Un notable descenso de categoría, pero no puede decirse que sea Bowery.

Daniel estacionó en doble fila y se apearon. Por la puerta del vestíbulo vio a Evelyn dentro, animada, señalando con el dedo la cara agría del gerente.

Cris se apoyó en la fachada,

bajo la marquesina.

—Aquí estaré bien.

Él entró. Evelyn hundió los hombros, aliviada, en cuanto lo vio.

—No entiendo por qué necesito otro permiso para cambiar las molduras de mi propio techo...

El gerente agitó un sujetapapeles de manera enfática.

—La junta ha sido muy clara en cuanto a los requisitos para...

Daniel alzó las manos.

—¿Es esto lo que falta? ¿Un simple impreso de una página?

—Sí —repuso el gerente, y añadió—: Y el voto de la junta, que se pedirá durante la reunión del

lunes.

Daniel cogió el sujetapapeles.

—Yo lo cumplimentaré.

—Me ha hecho falta autorización para cambiar la encimera de la cocina —dijo Evelyn—. Un permiso para insonorizar las ventanas, ¿y ahora esto? ¿Un permiso para cambiar las molduras del techo? No entiendo qué falta hace esta demostración de poder.

—Porque, mamá, el edificio no es tuyo. Tienes que seguir las normas, por molestas que sean.

—¿Las idean para serlo?

—En parte. —Aquello no le valió el menor destello de simpatía del

gerente, pero sí una ligera sonrisa de Evelyn.

La dama esperó hasta que la puerta de la oficina se cerró.

—Echo de menos a James —dijo entonces.

—Ya lo sé.

—Gracias por lo del formulario, y lo de esa reina amargada.

—La última vez que vine conocí a su mujer y a sus hijos.

—¡Oh, como si eso significara algo! —Miró la hora—. Tengo que estar en el club para comer.

—Ya veo que te estás acostumbrando estupendamente a tu paupérrimo estilo de vida.

—Meg me invita —repuso a modo de explicación.

—Entonces bien.

Una pausa incómoda.

—Estamos bien, gracias —dijo Daniel—. Cristina está en el segundo trimestre de embarazo.

—¡Oh, vamos! Habrá un montón de tiempo para carantoñas y bobadas cuando nazca la criatura.

—Comprobó la hora y se volvió hacia el ascensor—. Tengo que arreglarme.

Ya iba arreglada, pero Daniel asintió y ella se fue.

Fuera del edificio encontró a Cris con los ojos cerrados disfrutando

del sol en la cara. La miró un momento antes de que los abriera y le dijera:

—Acosador...

—¿Y ahora qué quieres? —le preguntó él.

—Pato Pekín.

Daniel se rio y le enseñó el formulario.

—Antes deja que cumplimente esto.

Un tranvía coronó la cuesta, acompañado por el característico campanilleo.

Daniel se puso a rellenar el formulario, pero Cris le tocó el brazo, así que alzó la vista y se

quedó mirando el tranvía que bordeaba el precipicio.

El conductor, con gorra y guantes propios de otra época, se ponía casi en posición horizontal para activar el freno. La tasa de lesiones de los conductores se salían de las gráficas: rodillas y espaldas delicadas; manos artríticas sujetando las enormes empuñaduras. Había muchas maneras más sencillas de llevar a la gente colina arriba y colina abajo, pero una de las normas de la ciudad era que los tranvías, los únicos monumentos nacionales móviles, no podían suprimirse.

Aparte de eso: la facilidad estaba sobrevalorada.

El tranvía pasó y vieron la catedral, imponente por fuera pero libre de espíritu por dentro, con el retablo de Keith Haring en el altar de la capilla interconfesional; ventanas emplomadas de Einstein y Franklin D. Roosevelt, Frank Lloyd Wright y John Glenn; lámparas seculares en una casa de Dios situada en la cima de una colina llena de mansiones de los barones del ferrocarril.

Cuanto más de cerca se la miraba, menos sentido tenía la ciudad. Ardía y se sacudía, se

levantaba y caía, y a veces incluso incumplía la obligación de permanecer bajo los pies de uno. Se ponía las cosas difíciles. En aquella tozuda persistencia había multitud de contradicciones y molestias, pero también belleza y carácter.

Daniel volvió a su impreso.

—¡Madre mía! ¿Esa mujer no sabe parar un taxi? —dijo Cristina al cabo de un momento.

Ahí estaba Evelyn, en el bordillo de la acera, cono una mano alzada; había pasado por delante de ellos sin que la vieran. Los taxis pasaban zumbando, sin notar su presencia.

Volvió a intentarlo, pero el barullo de la calle la aturdió.

Daniel echó un vistazo al portero, pero en aquel momento sonó un conocido silbido ensordecedor a su lado. Cris se sacó los dedos de la boca y se apartó de la fachada cuando un taxi se acercó a la acera.

Evelyn pareció sorprendida de ver a Cris repentinamente allí, a su lado. La joven le abrió la puerta y se la sostuvo.

Las dos mujeres se miraron.

—Gracias —dijo Evelyn. Se detuvo, inclinó apenas la espalda y le hizo un gesto de asentimiento

con la cabeza—, Cristina —añadió,
y subió al taxi.

En el pasillo, ante la puerta, dudoso, Daniel estaba más nervioso de lo que recordaba haber estado jamás. Escuchó el familiar sonido de la habitación: la risa de X, la voz estruendosa de Big Mac, A-Dre enfadado por algo.

Por fin hizo acopio de valor y entró.

Lo recibió un coro de saludos.

—¡Consejero!

—Señor... ajá, Luchador contra el Crimen.

Sonrió y saludó con un gesto a

la nueva consejera, una agradable mujer con aspecto de cansada con un vestido camillero azul raído.

—Los dejas solos —dijo, levantándose.

—Gracias.

La consejera estrechó la mano primero de X y luego de Fang.

—Buena suerte ahí fuera. Mi puerta siempre estará abierta.

Cuando se hubo ido, Daniel sonrió a ambos.

—Los graduados —dijo.

—Sí —repuso A-Dre—. Estos otros gilipollas van a seguir arrastrando el culo por este sitio.

Todos rieron más de lo que

daba la broma, seguramente para romper la tensión. Daniel miró a su alrededor, situándose. Se dio cuenta de que Lil llevaba el pelo recogido, la piel limpia y una camisa floreada.

—Estás guapa, Lil —le dijo.

La joven los saludó con la mano.

—Te pagan para decir cosas como... —Se calló. Agachó la cabeza—. Gracias.

—¿No hay nadie nuevo? —preguntó Daniel.

—No —repuso Big Mac—. Después de lo de Martin van a dejar que el equipo inicial siga hasta que nos graduemos todos. Basta de

interrupciones, ¿sabe?

—Ya.

—¿Por qué no se sienta? —dijo

A-Dre—. Quédese un rato.

A causa de los nervios, Daniel se había quedado de pie.

—Porque X está sentada en mi puta silla —soltó.

Ella se levantó dando una palmada.

—Vamos. Tenemos cosas que enseñarle.

Él se sentó.

—¿Como qué?

Ella señaló.

A-Dre se había llevado ambas manos al cuello.

—Tendrá que deducirlo —dijo X.

—¿A-Dre va a estrangularse? — preguntó.

—¡Tachán! —A-Dre abrió los brazos. No llevaba ni un solo tatuaje en el cuello.

Daniel se quedó mirando incrédulo el punto en el que antes lucía grabado en tinta LARONDA—. Me he quitado esa mierda con láser —dijo—. Mi primo tiene un negocio de esos. ¿Puede creer que ese hijo de puta está de...?

—Y... —lo interrumpió Lil.

Fang tenía la mano sobre el corazón, como si estuviera recitando el juramento de lealtad.

—No —dijo Daniel, sonriendo—.

¡No puede ser!

Fang apartó la mano para que viera una etiqueta bordada: OSH HARDWARE.

Daniel juntó las manos y las dirigió hacia él.

—Me parece que soy el perdedor del grupo. —Big Mac se tocó la nariz con el pulgar y parpadeó repetidamente—. He perdido el trabajo.

X se animó.

—Pero está tomando clases de regodearse en la autocompasión de Lil, así que eso es bueno.

Big Mac sonrió con aires de

superioridad y Lil le hizo la peineta a Xochitl, aunque luego pareció sorprendida de su reacción.

—Lamento enterarme, Mac — dijo Daniel—. ¿Cómo van las cosas en casa?

—Bien. Van bien.

Estuvieron juntos un rato, burlándose los unos de los otros y reviviendo algunos de los momentos preferidos. Fang se levantó para imitar a A-Dre fanfarroneando.

—Acordaos de cuando A-Dre no decía otra cosa que «Pelear es divertido. Soy... ah... Se me da muy bien.»»

—Mirad al engreído de Herramientas y Hardware —dijo A-Dre—. Espero que no tengas que hablar en ese trabajo nuevo tuyo.

Chocaron las manos.

X se levantó y carraspeó con sentido del humor, poniéndose roja.

—Queremos darle las gracias. — Se tiró sin darse cuenta del flequillo —. Darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

Daniel notó que se ruborizaba y miró al suelo.

—He aprendido yo más de vosotros que vosotros de mí.

—Tenemos otra sorpresa para usted —dijo Lil.

X se acercó a la puerta y se asomó al pasillo. Murmuró algo a alguien y luego volvió con una niña de pañales. Era una pequeña de aspecto notable, morena de piel, con la cabeza llena de rizos sueltos. Por el perfil y las largas pestañas, a Daniel no le cupo duda de que era la hija de Xochitl.

Aunque no era ya una criatura recién nacida, X la sostenía con mucho cuidado, como si temiera que pudiera caérsele.

Cuando volvió al círculo, una mujer de mediana edad entró y se quedó pegada a la pared, junto a la puerta. Era una asistente social. Se

trataba de una visita supervisada.

Daniel abrió la boca pero no articuló palabra.

X le enseñó a su hija.

—¿Verdad que es un encanto? Por lo visto no hace más que decir unas cuantas palabras y romper gafas de sol. ¿Eso es lo que hacen los bebés, romper gafas de sol? — La acunó con dulzura—. No voy a quedármela. —Le lanzó una mirada furiosa a la mujer—. Todavía. Pero la veré dos veces a la semana, y si consigo trabajo, con más frecuencia. Luego, tal vez...

Daniel se levantó.

—¿Puedo? —dijo, tendiendo

hacia ella los brazos.

X asintió y se la entregó. La sostuvo un momento, tratando de tragar saliva porque se le había hecho un nudo en la garganta. Luego se despidió. Fue por el pasillo hasta el baño, se encerró en una cabina y se cubrió la cara con las manos.

Cuando se serenó, volvió al pasillo.

Kendra estaba un poco más allá, junto al ascensor, en acalorada discusión con un hombre que vestía un chaleco de punto. Cuando vio a Daniel sonrió y el otro aprovechó la distracción para meterse en el

ascensor. Kendra se acercó a abrazarlo, envolviéndolo en un remolino de caftán amarillo.

—¿Me traes los papeles, cariño?
—le preguntó.

Él se sacó el documento de rescisión del bolsillo trasero, lo miró y se lo entregó. Ella lo aceptó sin alegría.

—¿Has visto a los graduados? —
le preguntó.

—Sí. ¿Qué tal la nueva consejera?

—Es estupenda, pero el tío del grupo nuevo... —Kendra hizo un gesto hacia el ascensor—. Ahí va, abandonando a media sesión, con

el rabo entre las piernas. Lo odian.

—Es que lleva chaleco de punto.

—Ya. Debería haberlo sabido. —

Echó un vistazo más allá de Daniel, hacia la última habitación del pasillo—. Siguen ahí dentro, regodeándose. —Hizo un rollo con los papeles y se dio unos golpecitos con él en los labios, pensativa.

—Ahora tendré que encontrar a otro que se ocupe de ellos.

Daniel no decía nada.

—Y se habrán envalentonado después de haber asustado a un consejero —musitó—. Es un desafío enorme, hacerse con un grupo así.

—Eres incorregible —le dijo

Daniel.

—¿Qué? —Fingió sorpresa—. ¡Oh! ¿Crees que te estoy pidiendo...?

—Y el Oscar a la Mejor Actriz es para...

—Bueno, no es que sea un trabajo a jornada completa. Se trata de un único grupo.

—Tengo que empezar en la consulta privada.

—¿Sabes lo bueno de tener un solo grupo?

—Deja que lo adivine —dijo Daniel—. Que puedes compaginarlo con la práctica en el sector privado.

—Eso es lo que estaba

pensando precisamente.

Daniel apretó la mandíbula. Ella lo observaba, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás. Tablas.

Por fin Daniel dejó escapar el aire en un suspiro que fue hasta cierto punto un gemido.

—Un solo grupo, Kendra. El último. De veras que va a ser el último.

—Pues claro, cariño. —Dobló el acuerdo de rescisión y lo hizo desaparecer debajo del caftán mientras volvía a su despacho—. ¿Por qué no me quedo con esto de momento?

Daniel la miró alejarse y permaneció un momento solo antes de volver por el pasillo hasta la sala del fondo.

Los miembros del grupo se pusieron en guardia cuando abrió la puerta y entró. Estudió atentamente a los integrantes del círculo: una mujer huesuda vestida para protegerse del sol incluso con aquella iluminación de porquería; una chica robusta con un grueso piercing en la nariz y otro en el labio; un chico larguirucho con trenzas africanas que le colgaban por detrás; dos pandilleros con cresta, norteños por los colores de

la vestimenta.

—Vamos a dejar claras algunas normas básicas —dijo Daniel—. No habrá violencia ni amenazas de violencia. Nos reuniremos dos horas los lunes, miércoles y viernes. Tenéis que ser puntuales y estar sobrios. Vendréis a lo largo de seis meses y no podéis perderos una sola sesión sin un justificante médico. Si llegáis tarde, se contará como una falta. Si se os pide dos veces que os marchéis u os marcháis por decisión propia, se contará como una falta. No podéis revelar en ningún casos la identidad de los demás miembros del grupo.

Si no sois una amenaza para vosotros o para el resto, nada sale de esta sala. Nada de insultos raciales. Nada de levantarse cuando os cabreéis. No podéis veros fuera del grupo. Eso incluye tener sexo con alguien del grupo.

Al oír esto último, la chica con el piercing en el labio hizo una mueca.

—Cuanto más sinceros y responsables seáis, más progresos haréis. A eso es a lo que apuntamos aquí: a los progresos, no a la perfección. Seré duro, y habrá contratiempos y daréis pasos en falso. El cambio no se producirá de la noche a la mañana. Esto es

un proceso.

El chico de las trenzas soltó un bufido de fastidio y los dos pandilleros se despatarraron en la silla.

—Ahora —dijo Daniel—, ¿tenéis alguna pregunta?

—Sí —contestó la mujer—. ¿Cuándo puedo irme, joder?

Daniel sonrió para sí.

Nada fuera de lo previsto.

Volvió a la puerta y la abrió de par en par.

—Cuando quieras.

Ella le sostuvo la mirada demasiado tiempo, con agresividad. Los demás estaban cautivados.

Por el conducto de la calefacción salía aire rancio y el cutre reloj de pared marcó un segundo y luego otro.

Finalmente la mujer cruzó los brazos y apartó la vista.

Daniel cerró la puerta y ocupó su lugar en el círculo de sillas.

—Bienvenidos al grupo —dijo—. Me alegro de que hayáis venido.

Agradecimientos

Aunque nacido en San Francisco, en el plan creativo la ciudad era para mí un lienzo en blanco, lo que me exigía contar con un equipo nuevo de expertos. Quiero dar las gracias a la agente Rosalyn Rouede del Departamento de Policía de San Francisco, una nativa como no ha habido otra para mostrarme los pasillos de acceso restringido, los oscuros callejones y los secretos ocultos de un lugar a la vez familiar y desconocido para mí. Vincent Pan también me hizo de guía por la

ciudad, tanto literal como figuradamente. Con irrefrenable entusiasmo, Darra Messing contribuyó a llenar los lapsos geográficos. También quisiera dar las gracias a Rob Holsen, del hotel St. Francis, que me dio a conocer una maravillosa y antigua tradición.

Confié en Philip Eisner, la doctora Melissa Hurwitz, David St. Peter y Maureen Sugden para que aportaran sus diferentes sensibilidades. Esta historia ha tenido la fortuna de teneros en su órbita, tanto como yo de teneros en la mía.

Keith Kahla, mi editor, estuvo en

todo, como también lo estuvo el resto de mi equipo en St. Martin Press, incluidos Sally Richardson, Matthew Shear, Matthew Baldacci, Kym Giacoppe, Loren Jagers, Jeff Capshew, Martin Quinn, Christine Jaeger, Hannah Braaten y Kevin Sweeney.

Debo todavía dar las gracias a Lisa Erbach Vance, de la Aaron Priest Agency, a Stephen F. Breimer, a Marc H. Glick, a Rich Green de la CAA, a Dana Kaye y, por último, aunque desde luego no en último lugar, a Rowland White del Michael Joseph/Penguin Group UK.

Sería un descuido no mencionar a Simba el Destructor, por las caminatas y por las horas que pasó lealmente junto a mi mesa de trabajo; a R. y a N., capaces de hacerme reír en cualquier momento, sobre todo cuando menos ganas tenía, y a Delinah, que ordena para mí el conocido panorama general, año tras año, con indescriptible elegancia.